UN THRILLER DE DAVID RAKER

TIM WEAVER

LAS VÍAS DE LA MUERTE



JENTAS

Las vías de la muerte

Persiguiendo Las vías de la muerte
Título original: The Dead Tracks
© Tim Weaver, 2011. Reservados todos los derechos.
© 2024 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S
Traducción: Ana Castillo, © Jentas A/S

ISBN: 978-87-428-1338-6

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

Published by agreement with Darley Anderson and Associates Ltd.

Para mamá y papá.

Palidecen todos los rostros...
Joel 2:6

PRIMERA PARTE

1

Nos conocimos en un restaurante junto al Támesis llamado Boneacres. Estaban sentados en un reservado al fondo. La lluvia se veía caer por las ventanas y ambos contemplaban la cola de gente que esperaba para entrar en la noria de Londres. La mujer levantó primero la vista. Caroline Carver. Había estado llorando. Tenía el blanco de los ojos enrojecido y se le había corrido parte del maquillaje. Era delgada e iba bien vestida, rondaba los cuarenta, pero no lo llevaba bien: tenía líneas en la cara —gruesas y oscuras como pintura al óleo— que parecían haber sido talladas con un bisturí, y aunque sonrió cuando me acerqué, no se mostró cálida. Había perdido su calor. La mayoría de los padres con los que trataba eran así. Cuanto más tiempo pasaban sus hijos desaparecidos, más frías se volvían sus vidas.

Salió del reservado, nos dimos la mano y se dirigió a su marido, James Carver. Era enorme; un oso de hombre. No se levantó, solo extendió el brazo sobre la mesa y apretó mi mano entre las suyas. Ya sabía algo de ellos, sobre todo por la llamada inicial de Caroline un par de días antes. Me había contado que vivían en una antigua iglesia, convertida en casa de cuatro dormitorios, desde la que él dirigía su empresa de construcción, un negocio que había levantado a lo largo de quince años. A juzgar por el precio de dos millones de libras de la propiedad, las marcas que lucían y algunos de sus clientes famosos, se veían bastante cómodos con su situación económica.

Me sonrió, con más sinceridad que su mujer, e hizo un gesto hacia el otro lado del reservado. Me senté con ellos. La carta del menú estaba abierta. El restaurante había sido una sugerencia suya y, cuando miré los precios, me alegré de que pagaran ellos.

—Gracias por venir —dijo James Carver.

Asentí con la cabeza.

—Este parece un lugar agradable.

Ambos miraron a su alrededor, como si no lo hubieran pensado

antes. Carver sonrió. Los ojos de Caroline volvieron al menú.

—Solíamos venir aquí antes de casarnos —dijo—. Cuando era un lugar de carne y marisco. —Su mujer lo miró, y él se acercó y le cogió la mano—. Caroline me dijo que antes trabajabas como periodista.

—Hace mucho mucho tiempo...

—Debió ser interesante.

—Sí, fue divertido.

Él me miró la mano izquierda. Dos de mis uñas estaban hundidas y agrietadas, con una cicatriz blanca prominente en el centro, donde la propia uña nunca volvería a crecer.

—¿Esas son tus cicatrices de guerra? —preguntó.

Me las miré.

—No. Estas se han añadido recientemente.

—¿Y por qué lo dejaste todo?

Miré a Carver y luego a Caroline.

—Mi mujer se estaba muriendo.

Ese era un tema de conversación impactante. Se movieron incómodos. Caroline volvió la mirada a la mesa y cogió su menú. Se aclaró la garganta. Antes de que el silencio se hiciera demasiado largo, Carver metió la mano en su chaqueta y sacó una fotografía. Algo se movió en sus ojos, una tristeza, y entonces le dio la vuelta y la colocó frente a mí.

—Esta es Megan —dijo.

Cuando Caroline llamó por primera vez, le indiqué cómo llegar a mi oficina, pero me dijo que quería que nos viéramos en un lugar neutral, como si venir a verme fuera la confirmación de que su hija se había ido para siempre. Después de acordar una hora y un lugar, me habló un poco de Megan: una buena chica, parte de una familia unida, sin novios, sin motivos para irse.

Llevaba fuera casi siete meses.

Doscientas mil personas desaparecen cada año en el Reino Unido —treinta mil solo en Londres—, pero la historia más mediática de

todas es la de la joven blanca de clase media y familia biparental. Cuando Megan desapareció, al principio los medios de comunicación se hicieron eco de la noticia: a escala local y nacional, y en algunos casos incluso en el extranjero. Durante semanas, un titular tras otro, todas las cadenas de televisión del país informaban desde las puertas de su casa. Había un nombre para casos como el suyo, que se deshacían a plena luz del objetivo de la cámara: síndrome de la mujer blanca desaparecida.

En la fotografía que me habían entregado, Megan estaba sentada con su madre en una playa. La arena era blanca, salpicada de pequeñas piedras y ramitas, y caía a un mar color zafiro. Detrás de Caroline y Megan, jugando, había un niño pequeño, probablemente de unos cuatro años. Estaba medio girado hacia la cámara, con los ojos clavados en el agujero que estaba cavando.

Carver señaló al chico.

—Ese es nuestro hijo, Leigh. —Me miró y pudo ver lo que se me estaba pasando por la cabeza: había una diferencia de edad de trece años entre sus hijos—. Supongo que se podría decir... —Miró a su mujer—. Leigh fue una sorpresa muy agradable.

—¿Cuánto tiempo tiene la fotografía?

—Unos ocho meses.

—¿Es de justo antes de que vuestra hija desapareciera?

—Sí, nuestras últimas vacaciones juntos, en Florida.

Megan era digna hija de su padre. Tenía la misma cara, hasta unos pliegues idénticos junto a los ojos, y también su constitución era igual a la de él. Grande, pero no gorda. Era una atractiva chica de diecisiete años: pelo largo y rubio, muy bien cuidado, y piel aceitunada que se había dorado atractivamente al sol.

—Contadme qué ocurrió el día que desapareció.

Ambos asintieron, pero no hicieron ningún movimiento para arrancarse a hablar. Sabían que ahí empezaba todo: el dolor de recuperar recuerdos, de volver sobre lo ocurrido, de hablar de su hija en pasado. Saqué una libreta y un bolígrafo con un movimiento

suave. Carver se volvió hacia su mujer, pero ella le hizo un gesto para que me narrara la historia.

—No creo que haya mucho que contar —dijo finalmente. Su voz era inestable al principio, pero empezó a encontrar más ritmo—. Dejamos a Meg en el instituto, y cuando fuimos allí de nuevo a recogerla más tarde, no volvió a salir.

—¿Parecía estar bien cuando la dejasteis esa mañana?

—Sí.

—¿No pasó nada?

Él sacudió la cabeza.

—No.

—Megan no tenía novio en ese momento, ¿verdad?

—Así es —dijo Caroline bruscamente.

Carver miró a su mujer y le apretó la mano.

—No que nosotros supiéramos. Eso no significa que no lo hubiera.

—¿Tuvo algún novio antes de aquello?

—Un par —dijo Caroline—, pero nada serio.

—¿Los conocisteis?

—Brevemente. Pero ella solía decir que, cuando por fin trajera a un chico a casa durante más de unos minutos, sabríamos que ese sí sería de verdad. —Caroline intentó sonreír—. Ojalá lleguemos a ver ese día.

Me detuve un momento mientras Carver se estiró dentro del reservado y deslizó el brazo alrededor de su mujer. La miró a los ojos y volvió a mirarme a mí.

—¿Nunca expresó la necesidad de viajar o de dejar Londres? —pregunté.

Él sacudió la cabeza.

—No, a menos que cuentes sus ganas de ir a la universidad.

—¿Y sus amigos? ¿Habéis hablado con ellos?

—No personalmente. La policía lo hizo en las semanas posteriores a su desaparición.

—¿Nadie sabía nada?

—No.

Cogí el bolígrafo.

—De todos modos, tomaré los nombres y direcciones de sus amigos más cercanos. Merecerá la pena verlos por segunda vez.

Caroline se llevó la mano al bolso, lo abrió y sacó una libreta de direcciones verde, lo bastante pequeña como para guardarla en el bolsillo de la chaqueta. Me la dio.

—Todas las direcciones que necesitará están ahí, incluida la de su instituto —dijo—. Es la libreta de Meg. La llama su «libro de vida». Nombres, números, notas.

Le di las gracias con la cabeza y agarré la libreta.

—¿En qué fase diríais que estáis con la policía?

—En realidad, no estamos en *una fase*. Hablamos con ellos una vez cada quince días. —Carver se detuvo y se encogió de hombros. Miró a su mujer—. Al principio avanzamos mucho en poco tiempo. La policía nos dijo que tenían buenas pistas. Supongo que nos hicimos ilusiones.

—¿Os dijeron qué pistas tenían?

—No. Fue complicado para ellos al principio. —Carver hizo una pausa—. Ofrecimos una recompensa por cualquier información, así que tuvieron que recibir *muchas* llamadas. Jamie Hart nos dijo que no quería darnos falsas esperanzas, así que nos dijo que él y su equipo revisarían las llamadas y cotejarían el papeleo, y luego volverían a ponerse en contacto con nosotros.

—¿Jamie Hart dirigía la investigación?

—Exacto.

El camarero llegó para tomar nuestros pedidos mientras yo escribía el nombre de Hart en mi libreta. Había oído hablar de él: una vez durante mis días en el periódico, cuando dirigía un equipo especial que trataba de encontrar a un violador en serie; y otra vez en una noticia del *Times* que había sacado de los archivos sobre un caso anterior.

—Entonces, ¿Hart volvió a contactaros? —pregunté cuando el camarero se fue.

Carver balanceó la cabeza de lado a lado. La respuesta era no.

Intentaba ser diplomático.

—No de la forma que hubiéramos esperado.

—¿Qué quieres decir?

—Al principio nos llamaban todos los días, nos hacían preguntas, venían a casa y se llevaban cosas. Luego, un par de meses después de iniciada la investigación, todo se detuvo. Las llamadas dejaron de ser tan frecuentes. Los agentes dejaron de acudir a la casa. Ahora todo lo que oímos es que no hay nada nuevo de lo que informar. —Su boca se aplanó. Hubo un instante de dolor—. Nos lo dirían si hubiera algo que valiera la pena saber, ¿no?

—Deberían hacerlo.

Carver se detuvo un momento con el tenedor sobre el plato. Luego empezó a comer despacio.

—¿Cuál es la fecha de la desaparición de Megan?

—Lunes 3 de abril —dijo Carver.

Estábamos a 19 de octubre. Ciento noventa y nueve días, y no tenían ninguna noticia. La policía no suele interesarse hasta pasadas cuarenta y ocho horas de la desaparición, pero, según mi experiencia, los dos primeros días son cruciales en el caso de las personas desaparecidas. Cuanto más tiempo lo dejabas, más jugabas con los porcentajes. A veces se encuentra a la persona cinco días, una, o dos semanas después de su desaparición. Pero la mayoría de las veces, si no aparecían en las primeras cuarenta y ocho horas, era porque habían desaparecido para siempre y no iban a volver, o porque su cuerpo estaba esperando a ser encontrado.

—¿Cuándo fue la última vez que alguien la vio?

—La tarde del día 3 —dijo Carver—. Fue a su primera clase después de comer, pero no llegó a la siguiente. Había quedado con su amiga Kaitlin en las taquillas porque las dos tenían biología. Pero Megan nunca llegó.

—¿Biología era la última clase del día?

—Sí.

—¿El instituto tiene circuito cerrado de cámaras de videovigilancia?

—Sí, pero con una cobertura muy limitada. Jamie nos dijo que

revisaron todas las cámaras, pero ninguna reveló nada.

—¿Le habéis dicho que habéis venido a verme?

Él sacudió la cabeza.

—No.

Era mejor así. La mejor estrategia iba a ser llamar en frío a Hart. A la policía, como es lógico, no le gustaba que personas ajenas se metieran en sus asuntos, sobre todo en los casos activos, y si captaban mi olor, cerrarían filas y se atrincherarían antes incluso de que me acercara.

—Entonces, ¿cuál es el siguiente paso? —preguntó Carver.

—A una hora que os venga bien, me gustaría ir a hablar con vosotros a vuestra casa; y echarle un vistazo a la habitación de Megan. No espero encontrar nada significativo, pero es algo que me gusta hacer.

Ambos asintieron. Ninguno de los dos habló.

—Después, empezaré a trabajar en esto —dije, poniendo una mano sobre el *Libro de vida de Megan*—. ¿La policía ha echado un vistazo a esto?

—Sí —dijo Carver.

—¿Y encontraron algo?

El hombre se encogió de hombros.

—Nos lo devolvieron.

Lo que significaba que no.

—¿Crees que es probable que esté viva? —preguntó Caroline.

Ambos la miramos, Carver se revolvió en su asiento, moviendo su cuerpo, como si le sorprendiera y a la vez decepcionara la pregunta. Quizá ella nunca antes lo había preguntado. O tal vez él no quería saber la respuesta.

La miré a ella, luego a él y de nuevo a ella.

—Siempre hay una posibilidad.

—Sí —respondió ella—. Pero ¿crees que está viva?

Bajé la mirada hacia mi comida, una langosta partida en trozos, sin querer que mis ojos me traicionaran. Pero al final tuve que

mirarla. Y, cuando lo hice, debió ver la respuesta, porque asintió y luego se echó a llorar.

Más tarde, fuera del restaurante, James Carver me estrechó la mano y vimos a su mujer alejarse lentamente por Victoria Embankment, con las Casas del Parlamento enmarcadas tras ella. Los barcos se movían por el Támesis, el agua oscura y gris. El otoño salía de su hibernación tras un verano cálido y húmedo.

—No sé cómo quieres hacer con el pago —dijo.

—Ya hablaremos mañana.

Carver asintió con la cabeza.

—Estaré disponible, pero puede que Caroline no, tiene trabajo en un colegio del sur de Hackney.

—No hay problema. Hablaré con ella cuando esté libre.

Vi a Carver ir tras su mujer. Cuando llegó hasta ella, le cogió la mano. Ella respondió, pero con frialdad, sus dedos duros y rígidos. Cuando él habló, ella se encogió de hombros y siguió caminando. Se dirigieron al muelle de Westminster y, al cruzar la calle en dirección a la estación de metro, Caroline me miró por encima del hombro. Por un segundo pude ver la verdad: que algo había quedado oculto en nuestra conversación; el rastro de un secreto, enterrado fuera de la vista de su marido.

Solo tenía que averiguar qué.

El día había empezado a oscurecerse a las cinco y media. Pasé por la oficina cuando volvía del restaurante. Había dejado algunas notas allí, incluidas algunas que había hecho esa mañana sobre Megan Carver. Cuando llegué a casa, pasadas las siete, la estancia estaba en penumbra. No había puesto la alarma, así que cuando entré los sensores sonaron suavemente mientras me movía: primero en la cocina, luego en el salón y después en el dormitorio principal, al final del pasillo. Dejé mis cosas, me duché y luego me quedé un momento en el borde de la cama, mirando unas fotos mías y de Derryn.

Una, justo al final del montón de todas las imágenes, era de

nosotros dos a la entrada de Imperial Beach, en San Diego, cuando me enviaron a Estados Unidos para cubrir las elecciones de 2004. Yo la agarraba entre mis brazos, con las gafas de sol tapándome los ojos y el pelo oscuro mojado por el oleaje. En el traje de neopreno me veía fuerte, bien definido y delgado en cada centímetro de mi metro ochenta. A mi lado, Derryn parecía más pequeña de lo que era en realidad, como si confiara en que yo la protegiera de algo fuera de cámara. Me gustaba la imagen. Me hacía recordar lo que sentía al ser la persona que ella necesitaba.

Volví a guardar las fotos en mi mesilla de noche y me vestí, mirando por la habitación las cosas suyas que aún quedaban. Habíamos comprado la casa cuando aún teníamos planes de formar una familia, pero, cuando la tinta se estaba secando en los contratos, descubrimos que ella tenía cáncer de mama. Todo pareció ir demasiado rápido después de aquello. Luchó durante dos años, pero nuestro tiempo juntos fue breve.

Algunos días puedo soportar la falta de tiempo, puedo simplemente apreciar cada momento que pasamos juntos y estar agradecido por ello. Pero otros lo único que siento en mi interior es rabia, por lo que le pasó y por cómo me quedé solo. En esos días encuentro la manera de empujar ese sentimiento hacia abajo y suprimirlo. Porque, en el trabajo que hago, hay gente que te ataca a través de los resquicios de tu armadura.

Y gente que se alimenta de esa debilidad.

2

La casa de los Carver era una antigua iglesia sajona en Dartmouth Park, con vistas a Hampstead Heath. Había tres vidrieras en la fachada y una puerta semiovalada de roble que se estrechaba en punta en la parte superior. Era una casa preciosa. Las enredaderas trepaban por la mampostería gris acero, el tejado era una masa de tejas oscuras y musgo amarillo. A ambos lados de la puerta había dos abetos en macetas. Todo estaba detrás de imponentes postes y un atractivo camino de grava que se curvaba hasta el jardín trasero. Había un interfono en uno de los postes del exterior, pero James Carver ya había dejado la verja entreabierta, anticipándose a mi llegada.

La gravilla fue una útil señal de alarma. Carver levantó la vista cuando atravesé las puertas; estaba medio inclinado sobre un cubo de agua, lavando la parte trasera de un Range Rover Sport negro con cristales tintados y llantas de acero impecables. En el garaje doble que había detrás de él había una camioneta Ford con material de construcción en el remolque y una reluciente moto roja Suzuki.

—David —dijo, dejando caer una esponja en el cubo.

Nos dimos la mano.

—Me gusta tu coche.

Señalé con la cabeza el Range Rover, por cuyo parachoques caía espuma de jabón. Él lo miró, pero no dijo nada. Supuse que intentaba restar importancia al hecho de que su vehículo de cinco litros sobrealimentado valía más que la casa entera de algunas personas. O tal vez ya no le importaba. El dinero no significaba mucho cuando no podías comprar lo único que te importaba.

Me hizo entrar a su casa por la puerta principal.

Por dentro era enorme. Suelos de roble y alfombras gruesas. Un salón que daba a un comedor que comunicaba con la cocina. Una cocina abierta, de acero y cristal, con las paredes pintadas de color crema. Arriba, el techo se elevaba en una cúpula ornamentada, y había un balcón que recorría tres lados de la pared interior, con una

escalera que subía hasta él. Desde el balcón se podían ver dos dormitorios y un cuarto de baño.

—¿Tú diseñaste esto?

Carver asintió con la cabeza.

—Bueno, la parte del balcón. La iglesia lleva aquí mucho más tiempo que nosotros.

—Es preciosa.

—Gracias. Hemos sido muy afortunados. —Hizo una pausa. El significado de lo que había dicho le golpeó, de vuelta a la realidad—. En cierto modo, al menos.

Lo seguí hasta la cocina.

—¿Quieres un café?

—Eso sería estupendo.

Sacó dos tazas de un armario.

—No sé qué necesitas hacer —dijo, llenando ambas—. La habitación de Megan está arriba. Puedes ir y echar un vistazo. O, si lo prefieres, puedo enseñártela yo mismo.

—Creo que echaré un vistazo por mi cuenta —le dije, cogiéndole el café—. Pero antes necesito hacerle algunas preguntas.

—Claro. —Sonrió, y me di cuenta de que era un mecanismo de defensa. Una forma de ocultar el dolor—. Lo que necesites.

Pasamos a la sala de estar. Al fondo, Leigh, el hijo de los Carver, estaba a cuatro patas dirigiendo un coche de plástico bajo un soporte para teléfonos. Levantó la vista cuando entramos y, cuando su padre le dijo que saludara, murmuró algo y volvió al coche.

Saqué un bolígrafo y un bloc.

—Hablemos un poco más del 3 de abril.

—El día que Megan desapareció.

—Exacto. ¿Siempre la llevas al instituto?

—La mayoría de las mañanas.

—¿Algunas no?

—De vez en cuando lo hacía Caroline. Si mi empresa tiene un contrato en otro país, me gusta ir al lugar durante las dos primeras semanas. Después de eso, suelo dejar que el capataz se encargue y

hago todo el papeleo desde casa. Es entonces cuando llevo... —Carver hizo una pausa—. Cuando llevo a Megan al instituto y a Leigh a la guardería.

—¿Así que tuviste una visita *in situ* el 3 de abril?

—Sí.

—¿Y por eso la llevó Caroline?

—Correcto.

—¿También fue ella a recogerla?

—No, fui yo.

—¿Qué ocurrió?

—Aparqué fuera —dijo—. Siempre lo hago en el mismo sitio, todos los días. Pero Megan nunca salió del instituto. Así de sencillo. Entró y nunca salió.

Tomé algunas notas.

—¿Qué estudia Megan?

—Ciencias: física, química, biología.

—¿Alguna vez has visto a sus profesores?

—Un par de veces.

—¿Cómo son?

—Parecen agradables. Es una buena estudiante.

Me dio los nombres de los docentes y los añadí a mi bloc. Entonces cambié de dirección, intentando evitar que se emocionara demasiado.

—¿Megan tiene un trabajo a tiempo parcial en algún sitio?

—Trabaja en un videoclub fines de semana alternos.

—¿Le gusta?

—Sí. Gana algo de dinero.

—¿Quién más trabaja allí? ¿Tienes algún nombre?

—No. Tendrías que ir y preguntar.

—¿Qué hay de los lugares a los que suele ir?

—¿Te refieres a *pubs* y discotecas?

—Me refiero a cualquier sitio —dije—. A cualquier lugar al que le guste ir.

—Tendrías que hablar con sus amigos para saber los sitios a los

que suelen ir los fines de semana. Cuando reciben la paga, les gusta ir a la ciudad. Pero no estoy seguro de a dónde van.

—¿Qué hay de los sitios a los que soléis llevarla?

—Tenemos costumbre de ir a menudo al campo: al Peak District, al Lake District, a Yorkshire Dales. A Caroline y a mí nos encantan los espacios abiertos de esas zonas. Londres te asfixia después de un tiempo. Empezamos a llevar a Meg al norte en cuanto tuvo edad para andar.

—¿Crees que podría haber ido a uno de esos lugares?

Carver se encogió de hombros.

—No sé a qué habría ido allí.

El día anterior les había preguntado por novios, pero quería volver a preguntarles individualmente a cada uno de los progenitores de Megan. Lo que se aprendía con rapidez al trabajar en personas desaparecidas era que todos los matrimonios tenían secretos y que una mitad de la pareja siempre sabía más que la otra, sobre todo cuando había niños de por medio.

—Por lo que sabes, ¿no tenía novio?

—No, que yo sepa.

—Pero ¿qué piensas?

—Mi instinto me dice que es posible que haya conocido a alguien. —Se movió un poco en su asiento, acercándose al borde del mismo —. ¿Crees que es nuestra esperanza?

—Creo que merece la pena seguir ese camino. Los chicos de la edad de Megan tienden a desaparecer por dos motivos: o son infelices en casa, o se han escapado con alguien, probablemente alguien a quien sus padres no aprueban. No parece que fuera infeliz en casa, por eso pregunto por los novios. Quizá descubramos que Megan no se ha fugado con alguien. —Hice una pausa y lo miré—. O quizá descubramos que sí.

—Pero, si se hubiera escapado con alguien, ¿no habría visto las ruedas de prensa que hemos dado? La Megan que conozco no las habría ignorado. No habría ignorado el dolor que nos está haciendo pasar. Nos habría llamado.

Lo miré, luego me aparté, pero él había visto la respuesta en mi rostro, y no era la que quería. Era aquella en la que no la chica no volvía a casa con vida.

La habitación de Megan estaba muy bien ordenada y apenas se había tocado desde su desaparición. Un gran ventanal daba a Hampstead Heath, con armarios a ambos lados. A la derecha había una estantería de tres pisos llena de libros de ciencias. Frente a la ventana, cerca de la puerta, había un pequeño escritorio con un MacBook de alta gama sobre él, aún abierto. Unas fotografías rodeaban el portátil: Megan con sus amigos, Megan con Leigh cuando era un bebé, Megan con sus padres. También había una mecedora en una esquina de la habitación, peluches mirando hacia fuera y un póster de un rompecorazones de Hollywood de mandíbula cuadrada en la pared de arriba.

Arranqué el MacBook y lo revisé. El escritorio estaba prácticamente vacío, todo ordenado en carpetas. Deberes. Documentos Word. Postulaciones a universidades en formato PDF. Al hacer clic en Safari, recorrí sus marcadores, su historial, sus *cookies* y sus descargas, pero, a excepción algunas canciones con letras explícitas, nada destacable. Había un enlace a su perfil de Facebook en el navegador —el correo electrónico y la contraseña se registraban automáticamente—, pero la única actividad en los últimos siete meses era la creación de un grupo dedicado a su memoria. A juzgar por los comentarios, la mayoría de la gente asumía que no iba a volver a casa.

Ambos armarios estaban llenos de ropa y zapatos, pero el segundo tenía un par de cajas de plástico apiladas en el fondo. Las saqué y abrí la tapa de la de arriba: estaba llena de fotos. Cuanto más joven aparecía Megan en las fotografías, menos se parecía a su padre. De joven era un poco más pálida, con el pelo prácticamente blanco, y sin ninguno de los parecidos que tanto asombraban en fotos más recientes. Las fotos posteriores estaban menos

desgastadas por el tiempo, sus padres aparecían más mayores y su cara empezaba a reflejar algo de la forma de la de su padre.

Abrí la segunda caja.

Dentro había una cámara digital. La saqué, la encendí y empecé a recorrer las fotografías. Había veintiocho en total, la mayoría de Leigh. Un par de ellas eran de Megan y lo que debían ser sus amigos, y en la última estaba de pie frente a lo que parecía la entrada de un bloque de pisos. Utilicé el *zoom* y me acerqué: las puertas de entrada tenían paneles de cristal que reflejaban la luz del día en dos bloques color crema. Un trozo de pared de ladrillo a la derecha. Y nada más.

Volví a su MacBook e inicié iPhoto, con la esperanza de encontrar una versión más grande, pero ninguna de las imágenes de la cámara estaba en el ordenador. No había llegado a descargarlas. Comprobé la fecha en la cámara: 6 de marzo. Veintiocho días antes de que desapareciera. Acercando de nuevo el *zoom*, estudié la foto por segunda vez, pues el reflejo en el cristal habría sido el identificador más útil de dónde se había hecho, pero estaba lleno de luz. Entonces, cuando volví a su cara, me di cuenta de algo.

Su sonrisa.

Era una sonrisa que no había visto en ninguna de las otras fotos de ella. Por primera vez, parecía una mujer. No una niña.

«Porque está posando para alguien que le atrae».

—¿Has encontrado algo?

Me giré. Carver estaba en la puerta.

—No estoy seguro —dije, y levanté la cámara y la caja donde Megan la guardaba—. ¿Puedo llevarme esto?

—Por supuesto. —Se acercó más—. He mirado esas fotos cientos de veces. También la policía. Algunos días siento que me he perdido algo. Que algo se me ha escapado. Luego, cuando vuelvo, solo encuentro lo mismo que había visto antes. Pero quizá necesite un par de ojos nuevos.

Se acercó más y cogió una fotografía antigua de Megan. Observé sus ojos recorrer el marco, empapándose de recuerdos. Cuando por

fin levantó la vista, pude ver que intentaba evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—¿Sabes dónde es esto? —le pregunté, entregándole la cámara.

Miró la imagen y la estudió; sacudió la cabeza.

—No.

—¿No la hiciste tú?

—No.

—¿Alguna idea de quién la pudo hacer?

Carver se encogió de hombros.

—Tal vez uno de sus amigos.

El teléfono empezó a sonar abajo. Carver se disculpó y desapareció. Cuando se fue, revisé el resto de la caja. Más fotos, algunas cartas, joyas antiguas.

Todo rastro de una vida que Megan había dejado atrás.

Era casi la hora de comer cuando me fui. El sol se había ocultado, las nubes se esparcían por el cielo. A lo lejos podía ver la lluvia que subía desde el corazón de la ciudad.

Abrí mi viejo BMW serie 3, tiré mi bloc en el asiento del copiloto y me volví hacia Carver, que me había acompañado a la salida.

—Me gustaría hablar con tu mujer —le dije—. *En privado*.

—Por supuesto. Yo mañana salgo de visita...

—No hay problema. Me gustaría seguir con la investigación, así que si puedes decirle que la llamaré, sería genial.

—Claro. No hay problema.

Después, mientras me alejaba, por el retrovisor lo vi desaparecer por las puertas de su casa. Parecía como si se hubiera quedado sin aliento. Unas semanas más, y podría parecer que también le habían arrancado el corazón.

3

Había una cafetería a un kilómetro del instituto de Megan. Me senté junto a la ventana, pedí un bocadillo de *bacon* y saqué el *Libro de vida de Megan*. La noche anterior, cuando le había echado un vistazo, había sido difícil obtener algún tipo de claridad. Eran solo sesenta páginas de notas al azar. El libro estaba seccionado alfabéticamente, pero ninguna de sus entradas se correspondía con la letra correspondiente. Donde debería haber nombres, había números de teléfono. Donde se suponía que había números de teléfono, había nombres.

Volví al principio. En la primera página había escrito su nombre y el título *Libro de vida de Megan* con bolígrafo rojo. Debajo había garabateado «*¡Contáctame!*», con dos números al lado: uno lo reconocí como el de su casa y el otro como el de su móvil. La policía habría revisado sus registros telefónicos y comprobado sus últimas llamadas, entrantes y salientes. También habrían investigado en su correo electrónico. Tendría que conseguir sus registros telefónicos a través de mis contactos, pero la policía había pasado los datos de acceso al correo electrónico de Megan a sus padres, presumiblemente a petición de los Carver. Ellos, a su vez, me los habían trasladado a mí. Si había algo que valiera la pena encontrar allí, o algo crucial para la investigación, era difícil creer que la policía hubiera facilitado los datos de acceso, incluso a sus padres, pero, al igual que sus registros telefónicos, era algo más que había que tachar de la lista.

A mitad del libro, vi un nombre que reconocí: *Kaitlin.* Carver la había mencionado durante el almuerzo del día anterior. Era la chica con la que se suponía que Megan había quedado de camino a su clase de biología. Pero Megan nunca llegó. El nombre de Kaitlin estaba en un gran corazón, al igual que otro: Lindsey Watson. Anoté los nombres y números de teléfono de ambos contactos.

Cuando terminé, una camarera con cara de pocos amigos apareció en mi mesa y me tiró el plato delante sin decir nada. Cuando se

marchó, le di un mordisco al bocadillo y me quedé mirando un telediario en un rincón de la cafetería. Una cámara recorría el Támesis. Parecía el aeropuerto de London City.

—... llevada a cuidados intensivos con hipotermia. Su estado se describió inicialmente como crítico, pero ha seguido mejorando, y el personal del hospital ha informado a Sky News de que esperan que sea dada de alta mañana. La policía todavía no ha facilitado los datos personales de la mujer, pero algunas fuentes nos han dicho que creen que tiene entre cuarenta y cinco y cincuenta años. Otras noticias: un agricultor en...

Terminé mi bocadillo y volví a hojear el libro, de principio a fin. Había muchos nombres. Unos treinta. Solo seis eran varones. Añadí a los chicos a mi lista, pagué la cuenta y me dirigí al instituto de Megan.

El Instituto de Secundaria Newcross era un enorme edificio victoriano de ladrillos rojos a medio camino entre Tufnell Park y Holloway Road. Dejé el coche delante y me dirigí a la entrada. El lugar estaba desierto. Pasé por delante de un par de aulas y vi que las clases ya habían empezado, con los chicos mirando, medio interesados, dentro de ellas. La recepción principal estaba al final de un largo pasillo que daba a unos grandes ventanales con vistas a los campos de fútbol del centro. La decoración interior había viajado en el tiempo, a 1974. Un par de finos paneles correderos de cristal sobre un trozo de falso granito separaban a tres secretarias del mundo exterior. Todas estaban sentadas frente a pupitres de teca sobre sillas de color verde como el de las batas de los médicos, descoloridas.

Golpeé el cristal. Las tres eran mujeres de aspecto feroz. Dos de ellas no me prestaron ninguna atención; la otra me miró, me observó y decidió que al menos merecía la pena levantarse por mí. Deslizó hacia atrás el panel de cristal y miró el bloc que tenía en las manos. Sus ojos, como los de Carver el día anterior, recorrieron mis uñas. Lo que nadie llegó a ver fueron las otras cicatrices, aún

peores, del mismo momento. Habían pasado casi diez meses, y aunque me había recuperado totalmente, algunos días aún podía sentir los lugares donde me habían golpeado y torturado. Mi espalda. Mis manos. Mis pies. Tal vez un dolor sordo siempre estaría ahí, como un residuo, recordándome lo cerca que había estado de morir y cómo iba a asegurarme de que no volviera a ocurrir.

Saqué una tarjeta de visita y la puse en el mostrador delante de la mujer.

—Me llamo David Raker. Trabajo para los padres de Megan Carver.

La mujer registró el nombre al instante. Detrás de ella, ambas mujeres levantaron la vista.

—¿Qué quiere decir con «trabajo»?

—Quiero decir que estoy tratando de averiguar a dónde ha ido.

Todas asintieron al unísono. Ahora tenía su atención.

—¿Puedo hablar con el director?

—¿Ha concertado una cita?

Sacudí la cabeza.

—No.

La secretaria frunció el ceño, pero que estuviera allí por Megan pareció ablandarla. Pasó un dedo por una agenda.

—Tome asiento mientras lo llamo.

Sonreí para dar las gracias y me senté en una estrecha sala de espera a la derecha de la recepción. Más sillas verdes. Carteles advirtiendo de los peligros de las drogas. Un jarrón de flores azules falsas. Pasaron unos chicos, me miraron y siguieron adelante. Todo olía a cera para muebles.

Sonó un teléfono; un ruido largo e ininterrumpido. Una de las recepcionistas lo cogió. El cristal estaba cerrado, pero ella me miraba mientras hablaba.

—Vale —dijo un par de veces, y colgó el teléfono. Se inclinó hacia delante y abrió el cristal—. Tardará cinco minutos.

Un cuarto de hora después, por fin llegó.

Se dirigió directamente a la recepción, con cara de prisa y corriendo, como si hubiera salido como una bala desde el lugar de

donde venía, y siguió los ojos de sus secretarias por el pasillo hasta donde yo estaba sentado. Se acercó.

—Steven Bothwick.

Me levanté y le estreché la mano.

—David Raker.

—Encantado de conocerlo —dijo, usando un dedo para apartar un poco de pelo de su cara. Estaba perdiendo lo que le quedaba, y no lo disimulaba muy bien.

—Estoy aquí por Megan Carver —comenté.

—Lo sé —respondió—. Una chica encantadora.

Me dirigió hacia una puerta con su nombre más adelante en el pasillo. Su despacho era pequeño, atestado de libros y carpetas. Una gran ventana detrás de su escritorio daba a los campos de fútbol. Bothwick sacó una silla que estaba junto a la pared y la colocó al otro lado de su escritorio.

—¿Quiere algo de beber?

—No, estoy bien, gracias.

Asintió con la cabeza, apartando algunas carpetas de su camino inmediato y metiéndose bajo el escritorio. Rondaba la cincuentena y apenas rozaba el metro ochenta, pero tenía una intensidad, una determinación, una expresión fija y fuerte.

Me metí la mano en el bolsillo y saqué otra tarjeta de visita.

—Solo para que quede claro, no soy policía. Antes era periodista.

Frunció el ceño.

—¿Periodista?

—*Era*. Llevo dos años como rastreador de personas desaparecidas. Ese es mi trabajo ahora. Los Carver vinieron a verme y me pidieron que investigara la desaparición de Megan.

—¿Por qué?

—Porque la investigación policial se ha topado con un muro de ladrillos.

El director asintió con la cabeza.

—Lo siento mucho por su familia. Megan era una estudiante fantástica con un futuro brillante. Cuando vino la policía, les dije lo

mismo. —Cogió mi tarjeta y la miró—. Lo suyo es un gran cambio de carrera.

—No tanto como cree. —Lo vi mirar lo que ponía: «David Raker, investigador de personas desaparecidas», y después mirarme a mí.

Me devolvió la tarjeta.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Tengo un par de preguntas.

—De acuerdo.

Saqué mi bloc de notas y lo dejé sobre el escritorio.

—Sus padres me dijeron que la dejaron aquí la mañana del 3 de abril y que no volvió a salir esa tarde. ¿Pasan lista a los alumnos?

—Bueno, lo hacemos a primera hora de la mañana y otra vez después de comer, sí. Pero solo para los de primero a cuarto de secundaria.

—Eso es de once a dieciséis años de edad, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Así que Megan era demasiado mayor?

—Sí. Nuestros alumnos de bachillerato son tratados más como adultos. Los animamos a que vayan a clase, pero no vamos a criticar las ausencias.

—Supongamos que falto un par de días a clase. ¿Se daría cuenta alguien? ¿Y a quién se lo comunicarían, a usted?

—Sí. Si un alumno falta continuamente a clase, el profesor me informa.

—Pero ¿algunas ausencias aquí y allá?

Carver se encogió de hombros.

—Puede que se dé el aviso o puede que no. Depende del alumno. Algunos contribuyen tan poco a las clases que su presencia puede sentirse menos. Supongo que, en ese caso, un profesor no se daría cuenta tan rápidamente. Pero Megan... Creo que nos habríamos dado cuenta enseguida si hubiera faltado mucho a clase.

—¿Era una buena estudiante?

—En el tres por ciento de nivel más alto de aquí, sí.

—¿Y nunca se metió en problemas?

Él sacudió la cabeza.

—En absoluto, no.

—Tengo entendido que tenía física y luego biología para las dos últimas horas del día que desapareció, y que a física asistió.

—Exacto.

—¿Su profesor lo confirmó?

—Sí. Y los otros quince estudiantes que estaban allí con ella.

—¿Cuánta distancia hay entre ambas aulas?

—No mucho. Están en el mismo bloque. Química está en la última planta, física en la segunda y biología en la planta baja.

—No hay cámaras en esa parte del instituto, ¿verdad?

—Por desgracia, no. Tenemos cámaras, pero no podemos permitirnos tenerlas en todos los edificios, no con el presupuesto que manejamos. —Se giró en su silla y señaló un diagrama en la pared. Era un plano de los edificios del instituto, con pequeños iconos de circuito cerrado de videovigilancia esparcidos por él—. Esas son las cámaras que tenemos. Una en la entrada, otra en el aparcamiento, otra en la recepción, otra fuera del bloque de inglés y matemáticas y otra en los campos de entrenamiento.

—¿Por qué solo en el bloque de inglés y matemáticas?

—Porque es el más alejado de aquí.

—¿Hay varias entradas al centro?

—No. Bueno, al menos no entradas *oficiales*. Algunos de los alumnos viven en las urbanizaciones situadas más allá de los campos de fútbol, por lo que saltan la valla y atraviesan los campos. También hay un aparcamiento trasero detrás del bloque de bachillerato, donde algunos de los alumnos de bachillerato aparcan sus coches, si tienen la suerte de tenerlos. Eso también está vallado, pero solo hasta la altura de la cintura.

—Así que, si ella hubiera querido salir de los terrenos del instituto, y no ser capturada en las cámaras, ¿su mejor apuesta habría sido saltar la valla en la parte trasera del aparcamiento del bloque de bachillerato?

—Correcto. Creo que eso es lo que concluyó también la policía.

Me agaché y saqué el *Libro de vida de Megan*.

—¿Sería posible hablar con un par de estudiantes?

—¿Amigos de Megan?

—Sí. —Busqué en mi bloc de notas—. ¿Lindsey Watson y Kaitlin Devonish?

El director asintió, cogió el teléfono y marcó un número de cuatro cifras. Al otro lado de la puerta, oí sonar un teléfono en recepción.

—Linda, necesito que vengan Lindsey Watson y Kaitlin Devonish lo antes posible, por favor. —Y colgó—. ¿Alguien más?

Miré el bloc, le di la vuelta y se lo acerqué.

—Las seis personas de abajo —dije, señalando los nombres de los chicos—. ¿Alguno de ellos es estudiante aquí?

Sacó un par de gafas del bolsillo superior de su chaqueta, se las puso y estudió los nombres por un momento.

—Sí.

—¿Todos ellos?

—Conozco a todos menos a uno.

—¿A quién?

—Anthony A. J. Grant.

—¿No reconoce ese nombre?

—No —respondió, quitándose las gafas. Se levantó y se dirigió a un archivador situado al fondo de la sala. Tenía tres cajones, cada uno lleno con las mismas carpetas, y cada una etiquetada. Era de suponer que le gustaba hacer las cosas a la antigua usanza. Fue a la G, pero no encontró nada.

—Definitivamente no es uno de nuestros estudiantes.

—¿Todos los estudiantes del instituto están en esas carpetas?

—Los estudiantes actuales, sí.

Volví a acercar el bloc hacia mí y puse un signo de interrogación junto a A. J. Grant.

—Los otros chicos que aparecen aquí... —empujé el bloc de nuevo hacia él—, ¿están todos en el mismo año que Megan?

—Sí.

—¿Sería posible hablar con ellos?

—Sí, pero hoy solo con Lindsey y Kaitlin. Cuatro de los otros se van de excursión a Normandía. Los demás... Bueno, la verdad es que no sé dónde está Charles Bryant. El año pasado faltó mucho a clase porque murió su madre. Esta semana se cumple un año de su fallecimiento y no ha venido para nada. He intentado llamar a su padre, pero no he obtenido respuesta. Incluso envié a uno de los profesores a su casa, pero no había nadie. No tengo ni idea de dónde está, y para ser honesto, creo que esta semana es mejor dejarlo tranquilo.

—¿Sería posible conseguir su dirección?

—Me temo que no puedo dar direcciones.

Llamaron a la puerta. Bothwick levantó la vista.

—Adelante.

Entraron dos chicas. Avanzaron arrastrando los pies mientras sus ojos revoloteaban entre nosotros dos. Una era guapa: menuda, maquillada, esbelta y femenina. La otro era más sencilla, más alta y vestía de forma más conservadora, pero sonreía.

—Kaitlin, Lindsey, este es el señor Raker. Está investigando la desaparición de Megan para su madre y su padre.

Me puse de pie.

—David.

—Lindsey —sonrió la chica más alta.

La otra dudó.

—Kaitlin —dijo en voz baja. Tenía un acento marcado.

Me volví hacia Bothwick.

—¿Le parece bien si voy con ellas a otro lugar?

Parecía completamente desconcertado, como si le hubiera amenazado con quemar la escuela.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que si le parece bien si llevo a las chicas a tomar un café.

—¿Por qué?

—Me gustaría hablar con ellas en privado.

El director me miró con desconfianza.

—Preferiría que se quedaran en las instalaciones del centro.

—De acuerdo. En ese caso, ¿hay algún sitio al que podamos ir donde no nos interrumpan?

—Pueden ir a la cantina.

—¿No habrá estudiantes allí?

—Ya ha pasado la hora del almuerzo.

Miré mi reloj. Dos y media.

—De acuerdo, iremos allí.

4

La cantina era larga y estrecha, con el suelo de listones de madera vieja, los techos altos y esculpidos en yeso blanco. A lo largo de un lado había cuatro enormes ventanas. La luz entraba a raudales mientras la lluvia salpicaba los cristales. Enfrente estaba la cocina, con mujeres corpulentas vestidas con uniformes blancos que limpiaban enormes cubas de comida a medio terminar.

Durante el trayecto, Lindsey había sido la que había hablado. La última vez que había visto a Megan fue antes de que los Carver se fueran a Florida.

—Parecía estar bien —dijo, volviéndose hacia su amiga—. ¿No es así, Kay?

Kaitlin me miró, luego a su amiga y asintió.

—Entonces, ¿cómo es que no la viste entre que volvió y desapareció? —le pregunté a Lindsey.

—Estuve de intercambio estudiantil en Italia.

—¿Y tú, Kaitlin?

Kaitlin me miró un instante. Parecía nerviosa, como si creyera que estaba en problemas. La policía probablemente había estado en su casa, haciendo preguntas y tratando de investigar desde distintos ángulos. A veces, eso provocaba el efecto contrario. La policía terminaba presionando más porque sentía que la persona se estaba cerrando, pero solo se cerraba porque sentía que no estaba ayudando. Tal vez, de alguna manera, Kaitlin se sentía responsable. Si se hubiera encontrado con Megan fuera de la penúltima clase del día, en lugar de junto a las taquillas, quizá nunca habría desaparecido. En cambio, se despidió de su amiga después de comer y no volvió a verla.

—¿Puedes contarme qué ocurrió? —le pregunté, cuando ya estábamos todos sentados.

—Se lo dije a la policía.

—Sé que lo hiciste. Sé que los ayudaste mucho. Solo estoy tratando de ver si hay alguna pequeña cosa que puedan haber

pasado por alto. No estás en problemas. Estoy aquí para ayudar a los padres de Megan y averiguar qué le pasó.

Ella asintió con la cabeza, pero aún parecía nerviosa. Tenía las manos pegadas a las piernas y una de ellas le frotaba suavemente la parte superior del muslo.

—Por cierto, ¿de dónde eres?

Me miró y frunció el ceño.

—De Tufnell Park.

—No. Quiero decir, originalmente.

Seguía frunciendo el ceño.

—Sudáfrica.

—Me lo imaginaba. Bonito lugar. Yo vivía en Sudáfrica.

Por primera vez, algo cambió en su expresión: la dureza y la quietud fueron sustituidas por un ligero ablandamiento de los músculos.

—¿En qué parte? —preguntó ella.

—En Johannesburgo.

Kaitlin asintió, pero esta vez apenas se le movió la cara, como si no me estuviera escuchando. La estudié por un momento, su mirada, su mano moviéndose contra su pierna, y por primera vez me pregunté si era la timidez lo que le impedía abrirse o algo más.

—¿Kaitlin?

Se giró y me miró.

—¿Puedes repasar lo que ocurrió?

—Pasé la hora del almuerzo con Meg —dijo en voz baja—. Luego, a primera hora de la tarde, yo tenía historia y ella física. Habíamos quedado en las taquillas del bloque de ciencias entre clase y clase, pero esperé allí y no apareció.

—¿Por qué quedasteis en las taquillas?

Ella frunció de nuevo el ceño y miró a Lindsey.

—Siempre lo hacemos.

—¿Antes de biología?

—Sí. A menos que hayamos tenido una hora libre juntas antes. Si

tenemos un rato libre, Lindsey, Meg y yo solemos ir a la biblioteca o al bloque de bachillerato.

—¿Parecía que Megan estaba bien ese día?

—Sí.

—¿No se mostraba fuera de sí o preocupada por algo?

—No.

—¿Estaba como siempre?

—Más o menos.

Hice una pausa.

—¿Más o menos?

Kaitlin se encogió de hombros.

—Como le dije a la policía, comentó que le dolía la cabeza desde hacía un par de días. Nada importante. Solo que se encontraba aturdida.

Lo anoté, y luego empezamos a hablar de Megan en general: cómo era, su personalidad, cómo había sacado sobresalientes en sus exámenes. Lindsey fue la que habló. No dijo gran cosa. La mayor parte coincidía con lo que los Carver ya me habían dicho: seriedad en los estudios, seriedad en su carrera, seriedad en no dejar que nada se interpusiera en su camino. Básicamente, la fugitiva más improbable que se podría conseguir.

—¿Se llevaba bien Megan con los profesores del instituto?

—¿Quién se lleva bien con *los profesores?* —dijo Lindsey.

—¿Tenía una relación cercana con alguno en particular?

Lindsey arrugó el rostro.

—Estoy buscando razones por las que podría haber desaparecido.

Su boca formó una O, como si de repente entendiera la línea del interrogatorio, y luego sacudió la cabeza.

—No lo creo. En ciencias, muchos de los profesores son mujeres.

Asentí con la cabeza.

—Su padre dijo que solía trabajar en un videoclub...

—Sí —respondió Lindsey—. Trabajaba dos fines de semana al mes. Pero creo que ese sitio cerró hace unos tres meses.

—De acuerdo. ¿Y conoció a alguien mientras estuvo allí?

—No lo creo. —Hizo una pausa, miró a Kaitlin, no obtuvo ayuda y se volvió de nuevo hacia mí—. Nadie aparte de Charlie, pero ya lo conocía de antes.

—¿Quién es Charlie?

—Charlie Bryant.

—*¿Charles* Bryant?

Lindsey volvió a asentir.

—¿El chico cuya madre murió?

—Sí.

—¿Eran amigos?

—Salieron un tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—No sé... un par de meses.

—¿Cuándo fue eso?

—Después de la muerte de la madre de Charlie.

—¿Hace un año?

—Sí. Aunque fue una relación dura. —Hizo una pausa, como si acabara de darse cuenta de por qué—. Quiero decir, él acababa de perder a su madre. Creo que me ya me entiende.

—¿Por qué cortaron?

—Megan dijo que sentía pena por él, pero que en realidad no le gustaba. Después de un par de meses, ella lo dejó.

—¿Y él cómo se lo tomó?

—Pues se disgustó. A él le gustaba mucho Meg, mucho. Pero parecía estar bien.

—¿Seguía trabajando en el videoclub cuando Megan desapareció?

—Creo que sí.

—¿Así que todavía hablaban?

—Sí.

—¿Y se llevaban bien?

—Sí, yo diría que sí... —Lindsey miró a Kaitlin—. ¿Verdad, Kay?

Kaitlin me miró y asintió. Yo subrayé el nombre de Charles Bryant.

—¿El nombre A. J. Grant significa algo para alguna de vosotras? —Sus rostros inexpresivos me dijeron todo lo que necesitaba saber.

Cambié de táctica—. ¿Tenéis algún *pub* o club favorito al que soléis ir?

—Tiko›s —dijo Lindsey de inmediato.

—¿Eso es un club?

—Sí. En West End.

Tomé nota de ello.

—¿Algún otro?

Se miraron entre ellas.

—En realidad, no —continuó Lindsey—. Vamos a muchos sitios, pero Tiko›s es el lugar con mejor música.

Saqué la cámara digital de Megan y me desplacé hasta la foto en la que aparecía delante del bloque de pisos.

—¿Alguna de vosotras hizo esta foto?

Ambas la estudiaron, Lindsey sosteniendo la cámara.

—¿Dónde es eso?

Yo me encogí de hombros.

—No lo sé. ¿No lo reconocéis?

—No —dijo Lindsey, negando con la cabeza.

—¿Kaitlin?

—No —dijo ella.

Asentí, volví a coger la cámara y miré un instante a Kaitlin. Sus ojos se apartaron de los míos y volvió a enfriarse. A desconectarse.

Definitivamente, algo pasaba.

Bothwick no estaba en su despacho cuando volví. Eché un vistazo a la recepción, donde una de las secretarias atendía una llamada telefónica, y entré con rapidez en el despacho, cerrando la puerta tras de mí. No tenía mucho tiempo.

Dos carpetas estaban apoyadas en el borde del escritorio, donde las había dejado el director. Las de Kaitlin y Lindsey. Dejé la de Lindsey donde estaba y cogí la de Kaitlin. Dentro había una fotografía escolar de ella, probablemente un par de años más joven. Debajo, una lista de las asignaturas que cursaba y un registro de asistencia. De un vistazo rápido, todo parecía bastante bueno. Sin

ausencias prolongadas, sin comentarios en los espacios previstos. En la página siguiente estaba la dirección de su casa en Tufnell Park y en la última, su último informe escolar. En la parte inferior: «Sobresaliente en teatro».

Estaba claro que no era tímida.

Cerré la carpeta con un chasquido, la volví a colocar sobre el escritorio y abrí el cajón superior del armario archivador. La carpeta de Bryant medía unos veinte centímetros. Dentro había una foto suya. Era un chico guapo; pelo oscuro, ojos brillantes. Debajo había una hoja con su dirección. Vivía con su padre cerca de Highgate Wood.

Entonces, afuera, pude oír pasos.

Bothwick.

Cerré el expediente, lo dejé caer de nuevo en el cajón del armario y lo cerré tan silenciosamente como pude. Un segundo después, el director apareció en la puerta.

—¡Oh! —dijo—. Disculpe.

—No hay problema.

—¿Consiguió todo lo que necesitaba?

Sonreí y volví a mirar un momento los archivos para comprobar que estaban donde él los había dejado. Entonces le di la mano y le dije que sí.

Lindsey tenía razón: el videoclub en el que trabajaba Megan estaba cerrado. No solo cerrado por hoy. Cerrado permanentemente. Pasé de largo y me dirigí por Holloway Road a la casa de Bryant en Highgate, un adosado de tres plantas con garaje doble y porche de hierro forjado.

No había ni una sola luz encendida en ningún lugar del interior.

Llamé al timbre y esperé. Nada. Ni un movimiento. Ni un sonido desde el interior. Cuando empezó a llover, primero chispeando y luego con más fuerza, bajé del porche y me acerqué a un lado de la casa. Un camino conducía paralelamente a la propiedad, detrás de una verja cerrada. Pude ver un trozo de jardín, pero no mucho más.

De vuelta a la puerta principal, volví a llamar al timbre, pero, cuando nadie respondió por segunda vez, me dirigí de nuevo al coche bajo la lluvia.

5

Tres semanas después de Navidad, llegó un folleto a mi puerta. Anunciaba un grupo de apoyo para viudas y viudos menores de cuarenta y cinco años. No creía mucho en el destino. De hecho, apenas creía. Pero entendía por qué la gente podía hacerlo cuando ese folleto aterrizó en mi felpudo. Por aquel entonces acababa de salir de un caso que casi me mata, y había pasado las Navidades solo viendo viejas películas caseras de Derryn. Física y emocionalmente, estaba de bajón. Así que en la segunda semana de enero decidí, de improviso, ir con ellos, sin esperar que cambiaran mucho las cosas. Nueve meses después, seguía formando parte de mi rutina semanal.

La mayoría de los martes nos reuníamos en un colegio comunitario de Acton, en una sala que olía a café rancio. Pero, una vez al mes, todos contribuíamos e íbamos a comer a algún sitio. Si no hubiera aceptado ir, lo habría cancelado para concentrarme en el caso Carver, pero ya era demasiado tarde para echarme atrás. En lugar de eso, me dirigí de la casa Bryant a mi oficina en Ealing, cogí una muda de ropa y algo de desodorante, y luego conduje hasta el restaurante. Era un sitio tailandés en Kew, cerca del río.

Algo chisporroteaba en la cocina cuando entré, el olor a coco y salsa de soja llenaba el aire. Había catorce personas sentadas a una gran mesa junto a una de las ventanas. La mujer que dirigía el grupo era una chica bajita y rechoncha de treinta y dos años llamada Jenny. Su marido había sufrido un ataque al corazón al coger un tren en King›s Cross. Me vio, se acercó y me dio un beso en la mejilla. Jenny me cayó bien desde la primera vez que hablé con ella. Era vivaz, ingeniosa y divertida, pero sabía entender a las personas, leerlas y conectar con ellas. Caminamos juntos hacia la mesa y me disculpé con todos por llegar tarde, estrechando manos y saludando a algunos de los habituales. Quedaban dos huecos: uno estaba en el centro, junto a un contable llamado Roger que, tras un par de copas de vino tinto, siempre se ponía a hablar de la potencia

de freno de su Mazda RX-8; el otro estaba justo al final, junto a dos caras que no había visto antes.

—David, tenemos un par de recién llegados esta noche —dijo Jenny. Se inclinó hacia mí mientras caminábamos hacia ellos—. Esperaba que pudieras entretenerlos por mí.

Jenny los presentó como Aron y Jill. Ambos habían perdido a sus parejas y se habían conocido compartiendo la rutina matutina en la misma cafetería. Me pregunté si se habrían juntado desde entonces, pero se sentaron a la mesa separados y, mientras hablábamos, recordaron a sus parejas de un modo que dejaba claro que no estaban juntos.

Pedimos y pasamos la siguiente media hora conversando amablemente: el tiempo, el tráfico, un diputado local al que habían pillado con un chico de compañía y los pantalones por los tobillos en un baño de Bayswater. Ambos parecían bastante agradables. Ella tenía los ojos de un azul intenso —como uno se imaginaba que se ve el mar en aquellos lugares del planeta a los que no se puede permitir viajar—, ligeras imperfecciones en la piel, como cicatrices de acné, y una pequeña marca justo encima de la protuberancia de la barbilla. De ambas cosas ella era consciente. Cuando hablaba, sus manos se dirigían automáticamente a su rostro, los dedos de una de ellas se apoyaban en la curva de su mandíbula y los de la otra se recogían el pelo rubio detrás de las orejas. Era una cualidad atractiva: una especie de timidez subyacente.

Él tenía unos treinta y tantos años, el pelo castaño oscuro, los ojos del mismo color y la nariz un poco torcida, como si alguna vez se la hubiera roto y no se la hubieran colocado bien. Vestía de forma tradicional —camisa de cuello de pico, pantalones grises, chaqueta lisa— y, si hubiera tenido que adivinar, habría dicho que era un trajeado de la City, ardiendo en las llamas del infierno de los mandos intermedios. Tenía aspecto de estar desanimado, como si nunca pudiera salir a flote.

—¿A qué te dedicas, David? —preguntó Aron cuando llegó la comida.

—Encuentro personas desaparecidas.

—¿Como un investigador?

—Sí, algo así. —Sonreí—. Salvo que no tengo una placa que enseñar y no puedo tirar puertas.

Aron se rio. Jill esbozó una fina sonrisa, como si acabara de ofenderla. Intenté entender qué le podía haber molestado. *Tal vez el comentario de la policía.*

Aron la miró y luego se dirigió a mí.

—El marido de Jill era policía. Era... —La miró de nuevo y ella asintió, dándole permiso para contar la historia—. Murió estando de servicio. Le dispararon. —Aron hizo una pausa—. Y ella todavía está tratando de averiguar quién lo hizo.

—Oh, lo siento mucho —dije.

Ella levantó una mano.

—No pasa nada. Ha pasado casi un año, debería controlar mejor mis emociones. —Esta vez sonrió de verdad.

La conversación volvió a temas más generales —películas, deporte, más sobre el tiempo— antes de desembocar en por qué estábamos todos en Londres. Jill trabajaba en *marketing* y acababa de mudarse a la ciudad después de que su marido consiguiera un trabajo en la Policía Metropolitana; Aron confirmó lo que yo sospechaba: que trabajaba en finanzas y en un banco de inversión en Canary Wharf. Finalmente, la conversación se cerró y volvimos a mi trabajo.

—¿Disfrutas con lo que haces? —preguntó Jill.

—Sí, la mayor parte del tiempo. —Levanté la mano izquierda y moví los dedos donde las uñas estaban dañadas—. Aunque no siempre. A veces duele.

—¿Cómo te hiciste eso?

Hice una pausa, mirándome los dedos.

—Algunas personas simplemente prefieren permanecer ocultas —dije, tratando de quitarle importancia, intentando desviar cualquier otra pregunta.

Así era más fácil.

Más tarde, fuera del restaurante, mientras un par de ellos —incluido Aron— arreglaban la cuenta, me puse a hablar con Jill a solas. La noche era fría. Por encima de nosotros, el cielo se abrió por un momento y la luna se dejó ver; luego volvió a desaparecer tras bancos de nubes oscuras.

—Gracias por hacernos compañía esta noche, David —dijo—. Soy consciente de que a veces no es fácil encajar con gente nueva.

—Ha sido un placer conoceros a los dos.

—Me alegro mucho de que Aron me convenciera para venir. No estaba segura de ello, debo admitirlo. Pero creo que esto será bueno para mí. Como sabes, éramos bastante nuevos en la ciudad cuando Frank murió; es decir, tenemos amigos repartidos por todo el país, pero no demasiados aquí, en Londres. Y básicamente he pasado el último año sin salir.

—Todos aquí lo entenderán. —Miré a Aron y luego a Jill—. ¿Así que os acabáis de conocer?

—Más o menos. Aron toma su café de la mañana en el mismo sitio que yo. Un día me limité a saludar y luego, poco a poco, empezamos a charlar y, bueno... aquí estamos. —Entonces se detuvo. Me estudió, como si le diera vueltas a algo en la cabeza—. Es más, estábamos pensando en salir a tomar algo el viernes por la noche. Eres bienvenido.

Me miró, sus ojos bailaban a la luz del restaurante. Miré dentro hacia Aron, que se reía de algo que le había dicho Jenny, y luego volví a mirar a Jill.

—No quiero pisar a nadie.

Sus ojos siguieron los míos.

—*¿A Aron*?

Asentí con la cabeza.

—Oh, no, solo somos amigos. No estoy preparada para algo así. —Echó un vistazo al interior—. ¿Por qué no me das tu número? Te enviaré un mensaje o te llamaré, y si decides que quieres venir, puedes hacerlo. Pero sin presión.

Le di mi número. Mientras lo guardaba en su teléfono, volvió a

mirar a Aron. Quizá no estaba preparada. Quizá él tampoco. Pero no cabía duda de que sentían algo el uno por el otro, aunque solo fuera afinidad. Y no quería entrometerme, porque sabía un poco cómo se sentía eso de encontrar por fin una conexión con alguien en las sombras dejadas atrás.

6

Mis padres se habían ido hacía tres años cuando murió Derryn, y yo había sido hijo único. Sin hermanos. Ni hermanas. Al principio me apoyaba sobre todo en los amigos y, durante un tiempo, iban rotando. Pero, poco a poco, las cosas empezaron a cambiar. Antes de que Derryn muriera, bromeábamos, nos reíamos unos de otros, discutíamos sobre fútbol y cine con cerveza. Después de enterrarla, nada de eso pareció importar ya.

Solo una persona pareció entenderlo.

Cuando llegué a casa pasadas las once, miré a través de la valla hacia el salón de al lado y vi a mi vecina Liz inclinada sobre su portátil. Liz había sido diferente a los demás, a pesar de que nunca había tenido la obligación de serlo. Se había mudado tres semanas después de la muerte de Derryn y no me conocía de nada. Pero, cuando empezamos a hablar, ella se convirtió en la persona que se sentaba allí y me escuchaba —noche tras noche, semana tras semana— trabajando para recuperar el buen recuerdo de mi matrimonio.

A los tres o cuatro meses, empecé a darme cuenta de que sentía algo por mí. Nunca dijo nada, ni siquiera actuó realmente. Pero estaba ahí. La sensación de que, cuando yo estuviera listo, ella estaría esperando. Cuando lo había necesitado, también me había dado ayuda práctica. Era una abogada brillante que dirigía su propio bufete en unas oficinas de la ciudad. Cuando mi caso antes de Navidad había ido mal, se había sentado conmigo en una sala de interrogatorios de la policía mientras intentaban desentrañar qué había pasado y por qué. Después, yo había mentido a la policía y, en el fondo, sabía que Liz se daba cuenta. Pero nunca se enfrentó a mí, y nunca lo mencionó. Comprendió que la pérdida de mi esposa había cambiado mi necesidad de confiar en alguien, y parecía dispuesta a aguantar.

Esa noche, cuando salí al porche, mi luz de seguridad se encendió. En la puerta de al lado, notó el movimiento. Sus ojos se

entrecerraron, y entonces pasé al pleno resplandor de la luz. Esbozó una sonrisa y se puso en pie, haciéndome señas para que me acercara. Asentí con la cabeza, bajé por el camino y subí hasta el porche. La puerta ya estaba abierta, enmarcándola mientras estaba de pie en la cocina buscando en un armario.

—Hola, señor Raker —dijo, levantando la vista mientras bajaba un molinillo de alta gama. Sobre la encimera había una bolsa de granos de café, envueltos en papel de plata.

—Elizabeth. ¿Cómo estás?

Ella sacudió la cabeza. Odiaba que la llamaran Elizabeth.

—Estoy bien. ¿Tú?

—También. ¿Has estado hoy en el juzgado?

—Mañana.

—Oh, y ¿estás segura de que quieres que te moleste?

—Eres una distracción agradable —dijo, y me dedicó una sonrisa.

La casa estaba ordenada y seguía teniendo ese aire de «recién mudada», a pesar de que llevaba viviendo allí casi dos años. El salón tenía una preciosa chimenea abierta, acabada en mármol negro con un marco de piedra. Había troncos amontonados a ambos lados y un pequeño ángel de madera, con las alas desplegadas, en el lugar donde debería haber habido un fuego. El resto del salón era minimalista: dos sofás, ambos negros, un televisor en una esquina y una maceta al lado. Había un sistema de sonido Denon bajo la ventana delantera. En la única estantería, muy por encima de los sofás, había cuatro fotos, todas de Liz y su hija. Se había casado joven, tuvo a su hija poco después y se divorció al poco tiempo. A pesar de que Liz solo tenía cuarenta y tres años, su hija Katie ya estaba en su tercer año de universidad en Warwick.

Me senté en el salón. Cerró la tapa del molinillo y lo puso en marcha; el ruido como de ruedas de tractor sobre suelo pedregoso, el olor a café tostado llenando la casa. Cuando entró al salón, cerró la puerta de la cocina casi por completo y se sentó frente a mí.

—¿Qué has estado haciendo?

—Era la noche del grupo de apoyo.

—Ah, claro, cierto. ¿Cómo ha ido?

—Bastante bien. Esta vez no me he sentado al lado de Roger.

Ella sonrió.

—Es el tipo del Mazda RX-8, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Dónde habéis cenado?

—En un restaurante tailandés en Kew.

—Oh, ya sé dónde es. Una vez llevé allí a un cliente después de que lo acusaran de recibir bienes robados. —Hizo una pausa y volvió a sonreír—. Un tipo astuto, sí. Por suerte, el tiempo de cárcel que le ahorré se compensó con la factura gorda que le eché en el buzón al final del juicio.

—Seguro que tus servicios son caros.

—No te imaginas lo *caros* que son. —Me guiñó un ojo—. Si te encuentras en posesión de algún reproductor de DVD dudoso, David, ya sabes dónde acudir.

Volvió a sonreír y nos miramos un momento mientras el ruido del molinillo de café llenaba el silencio.

—¿Así que estás en un caso en este momento?

—¿Recuerdas a Megan Carver?

Ella se detuvo un momento. Conocía el nombre, pero no sabía de dónde.

—¿No es esa chica que desapareció?

—Exacto.

—Guau. Gran caso.

—Lo bastante grande. Intento encontrarla.

—Si es que sigue viva.

—Sí, bueno, creo que hay una alta probabilidad de que no lo esté.

Liz no insistió más, aunque sus ojos se clavaron en mí y supe que quería hacerlo. Era más que una curiosidad natural. Había paralelismos obvios entre nuestro trabajo —los clientes perjudicados, el desentrañar mentiras y medias verdades, la construcción de un caso—, pero, en el fondo, sabía que sus razones eran mucho más simples que eso: quería sentir que avanzábamos hacia alguna parte.

—Ah, casi se me olvida —dijo al cabo de un rato, y desapareció por el pasillo.

Volví a mirar una de las fotos de la estantería. En ella, Liz tenía el brazo alrededor del cuello de Katie e iba vestida con falda y una camiseta sin mangas. Estaba fantástica. Ojos oscuros y juguetones, pelo largo color chocolate, curvas esbeltas y suaves. Nunca habíamos hablado de las relaciones que había tenido desde que nació su hija, pero parecía imposible que no hubiera habido alguna. Era hermosa sin dar a entender que lo sabía, lo que solo la hacía más atractiva.

Regresó un par de minutos después. En sus manos había un sobre.

—Toma —me dijo, y me lo entregó.

—¿Me estás cobrando el café?

—Ja, ja, qué gracioso, Raker. No, uno de mis antiguos clientes acaba de abrir un nuevo local. No sé cómo es, pero quizá puedas invitar a unos cuantos del grupo una semana. Trabajando en Derecho, no tengo amigos de verdad, así que tiene más sentido que los tengas tú.

Sonreía.

Miré dentro del sobre. Había ocho *tickets* con el nombre de un restaurante italiano recién abierto en Acton en la parte superior. Cada uno te daba un plato principal gratis.

—¿Estás segura? —pregunté.

—Sí, absolutamente.

La miré y luego volví a mirar los *tickets*. «*No te lo pienses. Hazlo*». Levanté la vista. Ella volvía a mirarme con la misma expresión.

—¿Estás libre el viernes?

Hizo una pausa. No pude decir nada.

—No sientas que necesitas pedirme...

—Te lo pido porque quiero.

Liz volvió a sentarse en el sofá, cruzó las piernas y volvió a sonreír.

—Sí —dijo. Estoy libre.

—Entonces, me parece que vamos a cenar en un italiano.

7

La caja de plástico de Megan me esperaba en la encimera de la cocina cuando entré. La llevé al salón y me senté a la mesa, extendiendo el contenido frente a mí en tres montones separados: joyas, cartas y fotografías.

Primero revisé las joyas. Algunas cadenas de oro. Una pulsera. Un par de anillos. En medio de todos ellos había un collar. Era inusual, casi fuera de lugar entre sus otras cosas: un fragmento de cristal oscuro, posiblemente obsidiana, en un largo cordón negro. Lo sostuve frente a mí y, al verlo girar despacio en mis manos, me di cuenta de que las iniciales de Megan estaban inscritas en el reverso. Dejé el collar, apartado del resto de las joyas, y me volví hacia las cartas.

Las cartas escritas a mano ya eran bastante raras, así que imaginé que las de la caja tendrían al menos un par de años. Pero me equivoqué. Había cinco, todas sin enviar, todas a sus abuelos en Norfolk, la última escrita en la semana después de su decimotercer cumpleaños.

A continuación, me dirigí a la habitación de invitados y encendí el ordenador. La cámara de Megan utilizaba un cable USB estándar de Sony, el mismo que el mío. Lo conecté y copié las imágenes en mi escritorio. La mayoría de ellas reflejaban a la Megan de las fotografías que ya tenía de ella, así que me dirigí a la última del bloque de pisos.

Todo estaba mucho más claro. Dos puertas metálicas, con paneles de cristal reforzado. Bultos de luz solar que brillaban en el cristal, con solo el más mínimo indicio de algo más: tal vez un árbol reflejado, y tal vez el borde de otro edificio. Había ladrillos de color amarillo arena detrás de Megan, a mano derecha, y ella iba vestida con unos vaqueros oscuros, un jersey negro de cuello de pico, una gruesa cazadora bómber y una bufanda roja.

Y ahí estaba esa sonrisa.

Abrí otra de las fotos de ella con Leigh en la playa y las coloqué

una al lado de la otra. Diferentes momentos. Diferentes lugares. Diferentes sonrisas. La sonrisa en la playa era cálida, pero impostada. Una sonrisa para la cámara, no para nadie más allá de eso. La otra era diferente. No había nada de fingido en ella. Esa sonrisa se dibujaba en su rostro, llenaba sus ojos y daba color a sus mejillas. Necesitaba averiguar dónde se había hecho esa foto.

Pero, más que eso, necesitaba averiguar quién se la había hecho.

Usando la contraseña que la policía le había dado a los Carver, accedí al correo electrónico de Megan. Había cuarenta y dos mensajes en su bandeja de entrada, la mayoría de ellos boletines generados de forma automática de empresas en las que seguramente había comprado o que había visitado en el pasado. Otros tres me llamaron la atención: dos de Kaitlin y uno de Lindsey. Los tres habían sido enviados tras la desaparición de Megan y, cuando los abrí, sus amigas le pedían que volviera a casa o, al menos, que llamara a sus padres. La policía probablemente interrogó a las chicas sobre los correos electrónicos y comprobó las respuestas de sus cuentas.

Justo al final había un correo de una organización benéfica llamada London Conservation Trust. Parecía un poco fuera de sincronía con las tiendas, los restaurantes de comida rápida y los horarios de cine que componían sus otros correos electrónicos, así que hice clic en él. Se abría con un boletín de aspecto anodino en el que se detallaba la preocupación de la LCT por el desarrollo urbano y el impacto que estaba teniendo en la fauna de los parques de la ciudad. Agradecía a Megan su donación de diez libras y decía que el dinero se destinaría a garantizar la protección de la fauna ante la continua expansión de la ciudad.

De repente, mi teléfono empezó a sonar.

—David Raker.

—David, soy Spike.

Spike era un *hacker* ruso que vivía en un minúsculo piso de Camden Town y al que conocía desde mis tiempos de periodista. Por

aquel entonces, lo había utilizado mucho. Podía conseguirte una dirección, un número de teléfono, el extracto de una tarjeta de crédito, incluso los datos de una cuenta bancaria... básicamente lo que quisieras. Cuanto más arriesgado era el trabajo, más había que pagarle, pero entonces —cuando la historia era lo único que importaba— me había ayudado a investigar algunos casos grandes. Solo lo había visto una vez en persona: estaba dolorosamente delgado y pálido, como si apenas viera la luz del día. Lo más probable es que tuviera algo que ver con el hecho de que hacía cinco años que había expirado su visado de estudiante y nunca se había aventurado a salir al exterior.

Le había llamado por la tarde, antes de ir al restaurante, y le había pedido que me consiguiera los registros del teléfono móvil de Megan de los tres meses anteriores a su desaparición y de los seis meses posteriores.

—Spike, gracias por devolverme la llamada.

—Hey, no hay problema. Siento que sea tan tarde —podía oírlo escribir algo con un teclado—, pero tengo lo que querías aquí. Hay *muchas* llamadas.

—¿Cuántas?

—Doscientas setenta y cuatro, más cuatrocientos noventa y dos mensajes de texto.

—Será una velada divertida. ¿Algo después del 3 de abril de este año?

—Eh... —Spike hizo una pausa—. No. Ninguna. ¿Cómo es posible?

—Eso es lo que intento averiguar. —Salí de la cuenta de correo electrónico de Megan y pasé a la mía—. ¿Hay alguna posibilidad de que me envíes esa información por correo electrónico? ¿Puedes convertirlo en PDF, JPEG o algo así?

—Sí. Lo pondré en PDF. Lo tendrás en un par de minutos.

—Genial, gracias.

—¿Tienes los detalles de mi nuevo lugar de entrega?

Spike era un hombre de dinero en efectivo, por razones obvias. Tenía una taquilla en un centro deportivo cercano a su piso y daba a

sus clientes el código de acceso, que cambiaba todos los días. La taquilla era su banco.

—Los tengo. Aunque puede que te necesite para algo dentro de un rato.

—Sí, no hay problema. Sabes que no soy un hombre que funciona de nueve a cinco.

Colgué. Cuando introduje el nombre de usuario y la contraseña de mi cuenta de Yahoo, el correo electrónico y el PDF ya me estaban esperando. Saqué el PDF y lo abrí. Treinta entradas por página. Veinticinco páginas y media.

Volví a la cocina y encendí la cafetera.

Dos horas más tarde, casi a las dos de la madrugada, había reducido su lista de llamadas a dieciocho números diferentes. Reconocí un par de ellos a primera vista: el número de su casa, los teléfonos móviles de su madre y su padre y algunos otros de su libro de vida. El resto no los había visto nunca.

Volví a marcar el número de Spike.

—Voy a devolverte por correo electrónico una lista de dieciocho números de teléfono diferentes —le dije una vez que me contestó—. ¿Puedes conseguirme tantos detalles de cada uno como tengas a mano?

—Claro.

—Necesito nombres y direcciones de cada uno. Cualquier otra cosa que se te ocurra, puedes incluirla también como parte de los honorarios.

—Esto no va a ser un trabajo rápido.

—No hay problema. Saca lo que puedas y llámame. Estaré fuera mañana... —Me detuve, miré mi reloj—. Ya hoy, más bien, así que dame un toque a mi móvil, ¿de acuerdo?

—Entendido.

Colgué y volví a mirar la cara de Megan en el monitor. Nunca había fallado en encontrar a una persona desaparecida. Supongo que, en cierto modo, tenía un don para ello, una especie de atracción magnética que los traía hacia mí, aunque sus cuerpos fueran lo

único que quedara por encontrar. Estudié su rostro, sus rasgos, y esperé que tuviera más suerte, igual que esperaba que la tuvieran todas las personas cuando me encargaba de sus casos. Porque el peor momento de todos era volver al nido, sentarme frente a las personas que me habían contratado y tener que decirles que el niño que habían traído a este mundo acababa de desaparecer de él.

8

Tiko›s —el local nocturno favorito de Megan, Kaitlin y Lindsey— estaba encajonado entre un *pub* gay llamado Captain S y un salón de tatuajes, justo al lado de Charing Cross Road. Al otro lado de una puerta decorada con máscaras aztecas y madera oscura, me encontré con una melodía de bajo de R›n›B que me rompía los huesos y mil televisores que me lanzaban la MTV a los ojos. Había un camarero y un solo cliente. El cliente tenía dos botellines de cerveza delante y ambos ya se habían terminado. Acababan de dar las once de la mañana.

—Buenos días —me dijo el camarero al acercarme.

En el bar había un cartel que decía que servían desayunos.

—Buenos días. ¿Qué hay en el menú?

—Lo que quiera. —Miró a su alrededor mientras secaba un vaso—. El chef no está precisamente hasta arriba de trabajo.

—Tomaré huevo, *bacon*, unas tostadas y un café solo, entonces.

—Marchando —dijo—. Tome asiento.

Me coloqué en la barra, a unos cinco taburetes del tipo de los botellines de cerveza. Levantó la vista, con los ojos enrojecidos y moteados. Saludé con la cabeza. Él me devolvió el saludo de la misma manera. Luego volvió a bajar la cabeza y se quedó mirando los botellines vacíos.

Observé el lugar. Constaba de dos plantas, con una escalera de caracol entre ellas y un estrecho balcón sobre la zona del bar y la pista de baile. Probablemente había peores formas de pasar un sábado por la noche, pero no estaba seguro de cuáles eran.

Un par de minutos después, reapareció el camarero. Lo primero que hizo fue meter la mano en uno de los frigoríficos y sacar otro botellín de cerveza.

—La comida está pedida, el café está listo —dijo, quitándole el tapón a la cerveza antes de entregársela al otro tipo—. ¿Quiere beber algo mientras espera?

—Sí, tomaré un zumo de naranja.

El camarero asintió con la cabeza. Metí la mano en el bolsillo y saqué una fotografía de Megan que había cogido de la caja. Una de ella en casa con su uniforme escolar. La foto era probablemente de hacía un par de años, pero su aspecto no era muy diferente al de las fotos más recientes. Aunque a veces había que trabajar sobre las impresiones. Cuanto más joven era la víctima, más emoción generaba y más ayuda era probable que recibiera. Levanté la fotografía mientras el camarero me ponía el zumo delante.

—No estoy aquí solo para desayunar —dije—. Estoy haciendo un trabajo para la familia de una chica que solía venir mucho por aquí. —Dejé la foto en la barra y se la acerqué—. ¿La reconoce?

Miró la foto.

—A juzgar por ese uniforme escolar, parece que no debería haber entrado aquí.

—No mencionaré nada al respecto.

Asintió, sonrió un poco.

—No me resulta familiar.

—Imagino que la policía vino en un momento dado, hace unos seis meses.

El camarero enarcó una ceja.

—¿La policía?

—Solía venir con un par de chicas de su edad.

—¿Ha desaparecido?

—Su nombre es Megan Carver.

Los ojos del camarero se abrieron de par en par por un momento. El nombre le sonaba.

—Es la chica de las noticias. La que desapareció.

—Es ella.

Volvió a mirar su foto, como si intentara ver algo que no había logrado distinguir la primera vez. Luego sacudió la cabeza y me devolvió la foto.

—Recuerdo las noticias, pero aún estaba sentado con los pies en alto en una playa de Tailandia cuando desapareció. Solo llevo cuatro meses trabajando aquí.

Asentí y guardé la foto.

—Supongo que esperaré a desayunar entonces.

Mi pedido llegó un par de minutos después y estaba sorprendentemente bueno. Los huevos estaban blandos, el *bacon,* crujiente y las dos tostadas, empapadas en mantequilla. Cuando terminé, empujé el plato hacia la barra y me dispuse a terminar el café y el zumo. El camarero estaba limpiando las mesas al otro lado de la sala. A cinco taburetes de mí, mi compañero de barra acababa de terminarse su tercera cerveza.

Le eché un vistazo. Miraba hacia los botellines vacíos, con un ojo abierto y otro cerrado. Tenía barba de varios días y su pelo parecía haber pasado semanas sin champú, pero iba bien vestido: pantalones Diesel, un jersey Ted Baker, un abrigo Quiksilver y, asomando bajo la manga, un reloj Gucci. Básicamente el borracho mejor vestido de Londres.

—¿Está bueno el desayuno? —preguntó sin levantar la vista.

—Bastante bueno, sí.

—Pareces sorprendido —dijo con voz tranquila.

—Lo estoy.

—No deberías estarlo. Aquí se desayuna bien.

—Ya veo —dije—. Acabo de comprobarlo.

Saqué un billete de veinte de mi cartera.

—Tu chica —dijo, girando sobre su asiento, y apartó los botellines como si quisiera olvidar que se había pasado el desayuno degustando tres cervezas—. Megan. Parecía una buena niña.

Ahora tenía mi atención.

—¿La conocías?

—No, no la conocía. —Cogió una de las botellas y la separó del grupo—. Pero tuve a la pasma aquí haciéndome preguntas sobre ella un par de días después de que desapareciera.

Lo miré fijamente. Se incorporó, sonrió y se volvió hacia mí. Se dio cuenta de que intentaba atar cabos en mi cabeza: ¿el *borracho* era el dueño de aquel sitio?

—¿Eres el encargado?

—El propietario. El encargado trabaja para mí.

—¿Qué te preguntó la policía?

—El mismo tipo de preguntas que acabas de hacer. Que si había estado aquí. Que si la reconocía. Que si alguna vez se había metido en problemas. —Hizo una pausa, devolvió el botellín de cerveza al grupo y volvió a mirarme—. No tenía nada para ellos, como tampoco lo tengo para ti. Podría haber venido aquí durante años y habría significado tanto para mí como alguien que viene por primera vez. —Se encogió de hombros, con un poco de pesar en los ojos—. Esa es la naturaleza de estos lugares.

—¿La policía se llevó algo?

—Imágenes de las cámaras de seguridad.

—¿Cuántas?

—Tantas como teníamos.

—¿Y eso cuántas son?

—Guardamos el valor de un año. Eso es lo que nos aconsejan nuestro equipo jurídico y de seguridad, por si sucede algo aquí y tenemos que ir a juicio. También guardamos un año más, pero solo una copia, y en una caja de depósito en un banco cercano a Saint Paul. Todo lo que quede fuera de esos dos años, lo desechamos.

—¿Así que la policía te quitó un año de grabaciones?

—Tomaron los seis meses hasta la fecha de su desaparición, inclusive, y el mes posterior.

—¿Y encontraron algo?

—Eso habría que preguntárselo a ellos —dijo—. Pero, como ahora vuelven a estar en el cajón de mi escritorio de arriba, creo que no hará falta.

Entonces me miró y una sonrisa se dibujó en su cara, como un cristal que se rompe. Y me di cuenta de que se trataba de un hombre para quien beber no era un placer, una adicción ni simplemente algo que hacer. Era una forma de encontrar una salida. Por un breve instante, cuando nos miramos al otro lado de la barra, fue como ver mi reflejo en un espejo.

—¿Estás bien?

Asintió y apartó la mirada.

—Creo que puedo ayudarte.

Y, cuando miró hacia atrás, uno de sus ojos se estaba llenando de lágrimas. Se bajó del taburete y me hizo un gesto para que lo siguiera al segundo piso.

Se llamaba Paulo Janez y su despacho daba a una callejuela londinense llena de casas adosadas y oficinas. En una pared había un enorme cuadro en blanco y negro de Tony Montana. En la otra había una serie de fotografías. Él aparecía en la mayoría de ellas, al igual que otro hombre, que supuse que era su padre. Tenían el mismo aspecto: piel oscura, pelo negro, ojos castaños, vestidos de manera impecable. Me pilló mirándolas.

—Es mi padre —dijo en voz baja, y se sentó frente a su escritorio. Abrió uno de los cajones y empezó a revisarlos. Tomé asiento enfrente y observé en silencio. Al final sacó siete DVD atados con dos gomas elásticas. Cerró el cajón y los colocó en el escritorio ante a mí.

—Adelante —me dijo, haciéndome un gesto.

—¿Estos son los siete meses de grabaciones que se llevó la policía?

—Correcto.

Saqué una tarjeta y se la pasé por el escritorio. Era mi garantía de que le devolvería los DVD. Cogió la tarjeta, la estudió y asintió con la cabeza para decir que lo entendía.

—¿Estás casado? —preguntó.

—Ya no.

—¿Divorciado?

Hice una pausa. Tal vez podía sentir algo en mí, como yo podía sentir algo en él. Una conexión entre nosotros. Una tristeza que burbujeaba bajo la superficie de la piel.

—Mi mujer murió de cáncer —dije finalmente.

Asintió, parecía casi aliviado, como si hubiera empezado a dudar de sus sentimientos iniciales.

—Mi padre falleció hace dos meses. La única persona que me ha importado de verdad.

—Lo siento.

Una sonrisa triste se dibujó en su rostro y luego se quedó callado un momento.

—Coge los DVD y mira a ver si encuentras algo. Espero que lo hagas, por el bien de esa familia.

9

Poco antes de las tres de la tarde, Caroline Carver abrió la puerta de su casa y me vio entrar en el camino de grava. Me sonrió. Pero, como en el restaurante un par de días antes, solo era una sonrisa por obligación. Antes de que Megan desapareciera, imaginé que había hecho girar muchas cabezas, pero, cuando me condujo a la casa, demacrada y agotada, me di cuenta de que ahora solo era un reflejo parcial de la mujer que era.

Pasamos a la cocina, donde Leigh estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, empujando coches sobre el linóleo.

—¿Quieres beber algo? —preguntó.

—Agua está bien.

Asintió con la cabeza, pero no hizo ningún esfuerzo por decir nada más y, mientras llenaba un vaso del grifo, me di cuenta de que me estaba resultando difícil analizarla. Normalmente era bastante eficaz leyendo a la gente. Podía ver a través de lo que les hacía funcionar. No estaba seguro de si se trataba de un talento natural o de una habilidad cultivada durante años de ver a políticos mentir descaradamente. Pero, de cualquier manera, Caroline Carver era diferente. Se comportaba como cabría esperar de una madre en duelo: distante, frágil, con la desaparición de su hija afectándola en todos los ámbitos de su vida. Pero a veces veía a otra persona. Una mujer de fuerza y acero que podía enterrar sus sentimientos tan profundo como fuera necesario.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó finalmente, mientras me llevaba al salón. Tocó la cabeza de Leigh a la vez que se sentaba y no obtuvo ninguna reacción a cambio.

Me senté enfrente.

—De momento, sigo las mismas pistas que la policía. Necesito asegurarme de que no se les ha escapado nada.

Dejé el bloc sobre la mesa y lo abrí. Lo miró, volvió a mirarme y asintió, viendo que estaba listo para empezar.

—Quizá podrías hablarme de aquellas últimas semanas.

Hizo una pausa y se encogió de hombros.

—No estoy segura de que haya mucho que contar. Jim estaba en un trabajo en Enfield, por un nuevo contrato allí, así que fui yo quien llevó a Meg al instituto durante la mayor parte de esa última quincena. También la mañana en que desapareció.

—¿Te pareció que estaba bien ese día?

—Sí —dijo—. Perfectamente bien. Siempre se muestra con una fuerza positiva. No estoy segura de dónde la ha sacado, porque tanto Jim como yo podemos ser algo... bueno, *temperamentales*, supongo. —Sonrió un poco, una sonrisa de verdad por primera vez desde que la había conocido. Luego volvió a desaparecer de su rostro—. Creo que por eso es tan buena estudiante. Mantiene la calma todo el tiempo. Nunca se sobreexcita ni se deprime. Es una chica increíble.

—¿Qué puedes decirme sobre Charles Bryant?

Caroline me miró. No sabía si me estaba diciendo que nunca le había gustado o si le sorprendía que yo hubiera sacado el tema.

—Megan salió con él por un tiempo.

—¿Lo conociste?

—Solo lo vi una vez.

—¿Cuánto tiempo salieron?

—No mucho. Quizá dos o tres meses.

—¿Cómo era?

Ella se encogió de hombros.

—Parecía estar bien. Era un momento duro para él.

—¿Megan no lo quería?

—Definitivamente no —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Creo que ese fue el problema. Salió con él porque le daba pena. Lamentaba que hubiera perdido a su madre de esa manera. Y también porque era una buena persona. Lo vio y supo que necesitaba a alguien que lo ayudara en el proceso de duelo.

—¿Cómo se tomó la ruptura?

—¿Qué quieres decir?

La miré. Caroline no estaba jugando conmigo, a pesar de que

podía ver hacia dónde estaba tratando de conducir la conversación. Quizá la idea de que su hija saliera con alguien no era algo en lo que le gustara pensar, sobre todo si de algún modo había influido en su desaparición.

—Quiero decir, estoy tratando de trabajar todos ángulos posibles —le dije.

—Se molestó.

—¿Intentó convencer a Megan?

—No, la verdad. Creo que, en el fondo de su corazón, sabía que la relación no iba a durar. Era consciente de por qué Meg estaba con él. Estaba claro que sentía algo por ella, un afecto muy fuerte, pero parecía un chico sensato. —Creo... —Hizo una pausa y me miró—. Creo que si vas por ese camino, pensando en Charlie Bryant..., bueno, es la dirección equivocada.

—¿La policía habló con él?

—Sí. Me figuro que tenían una teoría similar a la tuya.

—¿Se vio Megan con alguien más después de la historia con Bryant?

Caroline tuvo una ligera vacilación.

—No —dijo, pero no me miró—. Jim y yo lo hablamos con ella y le sugerimos que sería mejor que se concentrara en sus estudios. Estaba a tres buenas notas de conseguir una plaza en Cambridge. Valía la pena un pequeño sacrificio.

Asentí, pero no anoté nada.

Definitivamente, algo pasaba.

—¿Qué hay del nombre Anthony Grant o A. J. Grant? ¿Te suena de algo?

Ella sacudió la cabeza.

—No.

Metí la mano en el bolsillo y saqué una copia impresa de la fotografía que había encontrado en la cámara de Megan. La había ampliado en el ordenador.

—¿Reconoces esta foto?

Caroline la cogió.

—Sí. Está en su cámara.

—Exacto. ¿Alguna idea de dónde está hecha?

Acercó la imagen hacia ella.

—No. Recuerdo que esta es una de las fotos que analizamos al principio, porque Jamie Hart nos preguntó lo mismo.

—¿Averiguó algo?

—No. La policía revisó todas sus fotos, las de sus amigos, todo lo que pudo. —Hizo una pausa, con un destello de una lágrima en uno de sus ojos—. Pero no encontraron nada.

—¿Así que nunca averiguaron quién hizo esta?

Volvió a mirar la foto y luego hacia arriba.

—No. ¿Por qué?

—¿No crees que su cara se ve diferente ahí?

—¿Su cara?

Señalé a Megan.

—Su sonrisa.

—¿En qué sentido?

—No lo sé. Tú la conoces mejor. Pero esta sonrisa y la que tiene en algunas de las otras fotos... me parecen diferentes.

—¿Cómo de diferentes?

Yo me encogí de hombros.

—No estoy seguro. Tal vez no sea nada. Creo que sería útil averiguar quién hizo esta foto, eso es todo.

Algo pasó por su rostro.

—¿Estás bien? —pregunté.

Ella frunció el ceño.

—Por supuesto. ¿Por qué?

«Porque algo te pasa».

—Pareces un poco... distraída.

—Estoy bien.

Lo dejé pasar.

—Solo retrocediendo un segundo, ¿definitivamente nunca mencionó que tuviera otra relación *después de* Charles Bryant?

Hubo otra pequeña vacilación.

—¿Caroline?

—No.

—¿Nunca mencionó a nadie más?

Un movimiento en sus ojos.

—No, ella seguro que no...

—Caroline.

Entonces se detuvo. Me miró.

—¿Quieres que encuentre a tu hija?

—Por supuesto. ¿Qué clase de pregunta es esa?

Eché un vistazo a una fotografía de Megan, en un marco sobre una mesita de cristal al final de uno de los sofás.

—Solo pregunto porque tengo la sensación de que se me escapa algo.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que no estoy seguro de que estés siendo totalmente honesta conmigo. Necesito que me lo cuentes *todo*. Aunque solo sea una sospecha, una corazonada.

Hizo una pausa, miró mi bloc y se pasó un dedo por el ojo. Si me equivocaba, tendría que pedirle disculpas, pero debía estar seguro. No podría trabajar en el caso si una de las dos personas del mundo que mejor conocía a Megan no estaba dispuesta a darme toda la información que tenía.

Finalmente, después de lo que parecieron minutos, Caroline levantó la vista, con tristeza y decepción en los ojos. Se volvió y miró la fotografía de Megan que yo había estado mirando hacía unos momentos. Luego, con determinación en la voz, dijo en voz baja:

—Creo que deberías irte ya.

10

Cuando llegué a casa, casi había anochecido. El otoño se acercaba rápidamente: una vez que el sol desaparecía del cielo, llegaba la noche, y con ella bajaba la temperatura. Puse el fútbol en el salón y luego encendí la radio en la cocina. Una de las cosas que más temes cuando te quedas solo es el silencio.

Después de ducharme, fui a la cocina y empecé a preparar la cena, vaciando un paquete de verduras salteadas al wok junto con unas rodajas de pollo. Mientras lo veía dorarse, volvía una y otra vez a Caroline Carver. No podía quitarme la sensación de que se estaba guardando algo. Aunque no podía leerla tan claramente como me hubiera gustado, sabía que no me equivocaba. Había algo que flotaba entre nosotros, igual que la primera vez que nos vimos en el restaurante. Un secreto. Una verdad a medias. Una mentira. *Algo*.

Estaba sentado frente al televisor y habían transcurrido veinte minutos de partido cuando mi teléfono empezó a sonar. Dejé el plato a un lado y pulsé «Responder».

Era James Carver.

—Caroline me ha contado de lo que la has acusado hoy —dijo, yendo al grano—. ¿Crees que se guardaría algo importante? *¿En serio* crees que *haría* algo así? ¿En qué mundo vives?

—Espera un min...

—No, espera *tú* un minuto. —Bajó la voz. Debía estar en otra habitación, intentando mantener la conversación lejos de ella—. *Nunca más* vuelvas a acusar a mi mujer de tratar de interponerse en la búsqueda de Meg.

—Yo no la he acusado de...

—No me digas que no. *Sé* que lo has hecho. Te pago para que seas investigador, no un psicólogo aficionado.

—Deja que te explique.

—¿*De verdad* crees que Caroline no quiere que la encuentren?

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿a qué demonios estás jugando?

Hice una pausa, dejé que se calmara un momento.

—Parecía indecisa.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo.

—Nuestra hija lleva desaparecida *seis meses*. ¿Sabes cómo es eso? ¿Sabes lo que eso te hace? No, *no lo sabes*. No tienes ni idea.

No contesté. Quería que sintiera que había conseguido su victoria.

—¿Vas a disculparte?

—Escucha, James... No os conozco bien a ninguno de los dos, pero me dejo llevar por mi instinto, y si resulta que estoy equivocado, os pido disculpas.

—La *insultaste*. ¿Entiendes lo que te digo?

—No volverá a ocurrir.

—Claro que no. —Se aclaró la garganta—. Creo que deberíamos dejarlo.

—¿De qué estás hablando?

—De que te quiero fuera del caso. Te confiamos lo más preciado de nuestra vida, te dimos dinero, todo lo que necesitarías para hacer el trabajo. Pero has destruido mi confianza en ti, David. Y has insultado a mi mujer. No lo permitiré. No permitiré que le hables así.

—Esto es ridículo.

—Mete las cosas de Megan en un sobre y envíanoslas por correo. Lo que hayas averiguado hasta ahora, ponlo por escrito e inclúyelo también. Lo último que necesita Caroline ahora es volver a verte en nuestra casa. Te pagaré los tres días que has trabajado, y un día más como gesto de buena voluntad. Aunque no es que la merezcas.

—¿No crees que esto es un poco exagerado?

Y colgó.

11

A las dos de la madrugada, algo me despertó. Por un momento, el ruido fue distante y distorsionado, solo un sonido al borde de mi sueño. Entonces, cuando abrí los ojos, vi que mi móvil vibraba suavemente en la mesilla de noche. Me acerqué y lo cogí.

—¿Hola?

—¿David?

Me froté un ojo.

—Sí.

—Soy Jill.

Tardé un par de segundos en darme cuenta de que era Jill, del grupo de apoyo.

—Siento mucho llamarte a estas horas.

—Eh... —Miré el reloj. *¿De verdad me estaba llamando a las dos de la mañana?*—Eh, no hay problema.

—He intentado contactar con Aron, pero no contesta. Creo que está trabajando esta noche. También lo intenté con un amigo policía de Frank, pero tampoco me lo coge. No sabía a quién más llamar. Supongo que pensé que, debido a tu trabajo, sabrías qué... qué...

Me senté en la cama, todavía un poco aturdido.

—¿Estás bien?

—Siento mucho despertarte.

—No, no, no te preocupes.

—Es que... No sé a quién más...

—En serio —le dije, encendiendo la lámpara de la mesilla de noche, con el cerebro dándoles vueltas a las razones por las que podría estar llamando—, no te preocupes. ¿Qué ocurre?

—Yo... —Hizo una pausa. Cuanto más despierto estaba, más angustiada empezaba a sonar—. Hay...

—¿Qué?

Hizo una pausa.

—Creo que alguien vigila mi casa.

—¿De qué estás hablando?

—Hay alguien al otro lado de la calle. Ha estado sentado en su coche toda la tarde, mirando hacia mi casa. No sé qué hacer.

—¿Sigue allí?

—Sí.

—Vale —dije, y salí de la cama, apartando las sábanas. «*Quiere que vayas*»—. ¿Quieres que vaya?

—Sí, *gracias*.

Le temblaba la voz. Estaba asustada.

—¿Dónde vives? —Me dio la dirección—. Asegúrate de que todas las puertas y ventanas están cerradas. Si no estás segura, en cualquier momento, llama a la policía. Estaré allí tan rápido como pueda.

La noche era fría. Durante el trayecto tuve la calefacción a tope, con la lluvia salpicando el parabrisas durante todo el camino. La carretera era estrecha, con coches aparcados a ambos lados. Jill me había dicho que tenía una puerta negra, pero en la oscuridad todas las puertas parecían negras. Encontré un hueco a mitad de camino, me bajé y vi que estaba a unas diez casas. Escudriñé la calle en busca de alguna señal de alguien vigilando su casa, pero era difícil con la lluvia. Los canalones se estaban llenando. El agua salpicaba los cristales y la carrocería. La visibilidad era baja.

No había luces encendidas en su casa. Llamé a la puerta dos veces, luego me giré y volví a mirar calle arriba y calle abajo, esta vez desde la protección de su porche. Muchos coches. No había rastro de nadie sentado dentro de uno.

La puerta se abrió.

Jill iba vestida con pantalones de chándal y un gran forro polar holgado. Sus ojos se desviaron más allá de mí, hacia un punto a mi derecha. Me giré y seguí su mirada. No había nadie allí. Cuando volví a mirarla, pude ver la confusión en su rostro.

—Se ha ido —dijo en voz baja.

Volví a mirar hacia la calle.

—Eso parece.

—Pero ha estado ahí toda la noche. —Me miró y luego salió a la calle—. Estaba sentado en un coche rojo. Creo que era un Ford.

No pude decir nada. No estaba loca, y dudaba que estuviera teniendo alucinaciones. Pero estar solo cambia las cosas. Pequeñas cosas. Saber que hay alguien más en casa contigo es una manta de seguridad, aunque —en última instancia— seas tan vulnerable como siempre. Me miró y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Te he hecho perder el tiempo.

—No —dije—. No, en absoluto.

—Debo estar volviéndome loca.

—No —repetí, y toqué con una mano la parte superior de su brazo —. No estás loca. Podría haber estado vigilando otra casa. Podría haber sido policía. O un agente del Gobierno. O quizá piensen que eres una terrorista.

Ella mostró una sonrisa.

—Eso me hace sentir *mucho* mejor.

Me miró, se llevó la mano a la cara y luego dirigió su rostro hacia abajo. En sus ojos, ahora que la tensión había pasado, pude ver lo que estaba pensando: «*¿Por qué demonios he abierto la puerta vestida así?».*

—¿Te gustaría entrar a tomar un té o un café o algo?

—Claro —dije—. Un café me sentará bien.

Su casa era pequeña pero moderna; un hogar piloto arrancado de las páginas de una revista. Los preciosos suelos de madera llegaban hasta el salón, donde había una gruesa alfombra bajo una mesa de haya y cristal repleta de libros brillantes. Una original chimenea de ladrillo dominaba una pared, con una estufa de leña enclavada en ella. Enfrente había dos librerías llenas de clásicos, a ambos lados de un televisor negro de pantalla plana. Debajo se amontonaban DVD, la mayoría en idiomas extranjeros. No parecía que fuéramos a hablar de las escenas de acción de *Predator*. Señaló uno de los dos sofás de cuero color crema y desapareció en la cocina.

Había fotografías de su marido en algunos estantes de la librería y

también en la repisa de la chimenea. Me acerqué y cogí una. Aparecían en una reunión policial en alguna parte. Ella llevaba un vestido de verano floreado y el pelo recogido. Él la rodeaba con el brazo y llevaba el uniforme completo, con dos estrellas plateadas en el hombro. Volví a dejar la fotografía en la repisa de la chimenea justo cuando Jill traía dos tazas de café y las dejaba sobre la mesa. Se sentó en el otro sofá.

—Tu marido era inspector —le dije.

—Conoces los galones de policía.

—¿Era detective?

—Sí. Trabajó para Thames Valley antes de pasar a la Policía Metropolitana. Fue entonces cuando vinimos a Londres.

—¿Fue policía todo el tiempo que estuvisteis casados?

—Todo el tiempo —dijo, vertiendo leche en su taza. Cuando terminó, se sacó un collar de debajo de la chaqueta. Llevaba un pequeño ángel de plata colgando del extremo, con una larga lanza en una mano—. Este es san Miguel.

—El santo patrón de los policías.

—Exacto. —Me sonrió—. Estoy impresionada.

—Llegué a conocer bastante bien a la policía como periodista.

—Este collar era de Frank. Iba a enterrarlo con él, pero al final preferí la idea de tenerlo cerca de mí. Me pareció... —Revolvió despacio su bebida—. Me pareció lo correcto.

Asentí, mostrando que lo entendía.

Una fina sonrisa se dibujó en su rostro.

—A veces, sigo comprando su comida favorita cuando voy al supermercado. Sigo dejando la llave en la pared de atrás, por si vuelve a casa. Supongo que... Supongo que no puedo aceptar que se haya ido.

—¿Te importa si te pregunto qué le pasó?

Jill frunció el ceño. Me miró un momento. Entonces, al parpadear, uno de sus ojos empezó a lagrimear. Se limpió y volvió a acomodarse en el sofá, con ambas manos alrededor de su taza de café.

—Me dijeron que formaba parte de un equipo especial que investigaba el crimen organizado ruso. Había algún vínculo con... ¿la Agencia contra el Crimen Organizado?

Asentí con la cabeza. En mi vida anterior como periodista, había tenido un par de contactos dentro del Servicio Nacional de Inteligencia Criminal, que más tarde pasó a formar parte de la Agencia contra el Crimen Organizado. En el momento de su creación, en 2006, los medios de comunicación la etiquetaron como «el FBI británico», pero como pocos de sus agentes tenían potestad para detener y la mayor parte de su trabajo era de vigilancia y coordinación, se acercaban más al modelo del MI5.

Jill se removió, con los ojos llenos de tristeza.

—Un par de semanas después del funeral, uno de sus amigos vino aquí.

—¿De manera extraoficial, puede ser?

—Oh sí, definitivamente. Creo que sintió pena por mí. La forma en que las cosas habían sido... comunicadas. Intenté averiguar qué le pasó a Frank en las semanas posteriores a su muerte, pero la versión oficial que me dieron sus jefes, nunca...

—Nunca te dejó satisfecha.

—Tenía la sensación de que aún quedaban huecos por llenar.

—¿Qué quieres decir?

Ella se encogió de hombros.

—Me dijeron que se estaban acercando a un pez gordo de una de las bandas rusas y que les habían dado el chivatazo de que podía estar en un almacén de Bow.

—¿Y lo estaba?

—No lo sé.

—¿No te lo dijeron?

Ella sacudió la cabeza.

—No.

—¿Porque querían mantener el caso en secreto?

—Exacto. Y yo sabía lo suficiente sobre el trabajo policial como para entenderlo. No quería conocer los detalles de la investigación,

pero sí saber qué le había pasado a Frank y quién lo había matado. —Tardó unos instantes en volver a serenarse—. Todo lo que me dijeron fue que él y otro agente recibieron un disparo en el pecho.

—¿De quién? ¿De aquel tipo ruso?

—Dijeron que pasó rápido.

—¿Así que no lo sabían?

Su voz vaciló.

—Oficialmente, dijeron que no.

—¿Y extraoficialmente?

Ella se detuvo un momento.

—El amigo de Frank me dijo que la gran figura que buscaban era un hombre llamado Akim Gobulev.

«Gobulev».

—El Fantasma.

Me miró.

—¿Has oído hablar de él?

—Ha estado en la lista de los más buscados de la Agencia contra el Crimen Organizado desde que existe la agencia.

—¿Por qué lo llaman el Fantasma?

—Porque nadie está seguro de que esté vivo.

—¿Cómo?

—El Servicio de Investigación Criminal solía bromear diciendo que Gobulev estaba enterrado en alguna parte o que tenía el poder de volverse invisible. Le achacan de todo: tráfico, prostitución, drogas, blanqueo de dinero, pero nadie lo ha visto en años. La única prueba de que existe es una entrada en un ordenador de Heathrow de hace más de una década. Aterrizó en un vuelo procedente de Moscú y luego se desvaneció en el aire.

—El amigo de Frank dijo que se estaban acercando a él.

—¿En serio?

—Eso es lo que mencionó.

—¿Gobulev era el tipo del almacén?

Jill volvió a coger su taza de café.

—No lo creo. Dijo que había oído de algunos chicos del equipo

especial que ese tal Gobulev se había operado.

—¿Qué tipo de cirugía?

—No estoy segura. Pero habían encontrado a su cirujano.

Me incliné hacia delante en mi asiento.

—Que era quien estaba en el almacén...

—Sí.

—¿El *cirujano* de Gobulev mató a Frank?

—Sí —volvió a responder—. Su amigo dijo que el equipo especial no sabía mucho sobre el cirujano, pero fueron a ese almacén para detenerlo y luego usarlo para atrapar a Gobulev.

—¿Y qué más dijo?

—Creo que eso es todo lo que sabía.

—¿Conocía el nombre del cirujano?

Ella sacudió la cabeza.

—No.

Una lágrima le llenó un ojo y se la enjugó rápidamente con un dedo; pero luego le siguió una segunda, que se soltó y corrió por su mejilla.

—Lo siento mucho, Jill —le dije con suavidad.

Levantó la vista con una expresión de disculpa en el rostro. Era consciente de que me incomodaba, pero no podía hacer nada para evitar llorar. La observé un momento, estudiándola, dándoles vueltas a las cosas en mi cabeza.

—Mira, voy a hacer unas llamadas para ver si logro averiguar algo más. Pero no puedo prometerte nada.

—David, no tienes que...

—No pasa nada. Tengo otro caso, y ese tiene prioridad. Pero, cuando acabe con eso, preguntaré por el tuyo, ¿vale?

Ella asintió, ahogada en lágrimas.

—Podría ser... Podría ser doloroso, algo de ello.

—Lo sé —dijo ella con suavidad—. Pero no puede ser más doloroso que no saber.

Volví de casa de Jill a las cuatro de la mañana. El cubo de la basura

que siempre tenía en la entrada de mi casa estaba volcado y las bolsas de basura negras se habían esparcido por el camino. La puerta corredera del porche estaba abierta. Probé con la puerta principal.

Todavía estaba cerrada.

Al salir, di una vuelta rápida alrededor la casa. Nada estaba fuera de lugar. No había señales de ninguna perturbación. A menudo dejaba la puerta del porche abierta sin darme cuenta; cuando volví a la entrada, un gato salió corriendo de entre las sombras, atravesó mi césped y se fue a la calle. Tenía algo de comida en la boca, extraída de un agujero en una de las bolsas de basura derramadas. Volví a meter las bolsas en el cubo de basura y me dirigí a la cama.

12

Después de quedarme fuera hasta las cuatro de la madrugada la noche anterior, dormí hasta tarde. Cuando me duché y comí algo, era casi mediodía. Me dirigí a la oficina.

Ya no la usaba tanto como antes. Al principio, había sido una forma de separar mi vida doméstica de mi vida laboral. Una forma de legitimar mi carrera. Ahora que Derryn se había ido, no era más que un inconveniente caro, y yo estaba a treinta días de ver caducar el contrato de alquiler. Una vez que eso ocurriera, trabajaría desde casa permanentemente, y otro trocito de mi vida anterior se habría desvanecido.

Girando en mi silla, miré hacia el tablón de corcho que tenía detrás. Una pared llena de desaparecidos. Justo en la cima estaba Megan Carver. Me levanté y cogí la foto, luego volví a sentarme y la estudié. «*¿Qué está pasando, Megan? ¿Qué esconde tu madre?».* Giré despacio en la silla, trazando la forma del rostro de Megan; dejando que mi mente fluyera.

Unos segundos después, mi teléfono sonó.

Miré la pantalla. Número desconocido. Lo cogí y pulsé el altavoz.

—David Raker.

No obtuve respuesta.

—David Raker —dije, más alto.

Ningún sonido. Ni estática ni ningún ruido de fondo.

Me incliné hacia delante en mi asiento.

—¿Hola?

Solo silencio.

—¿Hola?

—Señor Raker... —Una voz suave. Femenina—. Soy Kaitlin.

—¿Kaitlin?

—Dijiste que te llamara.

Miré la fotografía de Megan. «*Las cosas han cambiado*», debería haber dicho. Pero entonces recordé cómo había sido Kaitlin cuando

yo había ido al instituto y me di cuenta de que una parte de mí quería averiguar qué tenía que decir.

—Yo, eh... Hay algo...

—Tranquila, Kaitlin.

—Algo que deberías saber.

—De acuerdo.

—Sobre Megan. —Hizo una pausa. Una larga—. Estoy harta de tener que mentir.

Más silencio. Por un momento, lo único que oí fue el leve sonido de su aliento contra el altavoz del teléfono.

Entonces, por fin, habló.

Las puertas de los Carver estaban cerradas cuando llegué. Había intentado llamar antes, pero nadie había contestado. Cerré el BMW, me acerqué al interfono y pulsé el timbre. Tenían una pequeña cámara incrustada en el teclado numérico. Miré hacia ella. Se movía de izquierda a derecha y, al llegar a mí, se detuvo. Un crujido en el interfono.

—¿Qué quieres? —contestó James Carver.

—Necesito hablar con vosotros.

—No tenemos nada más de lo que hablar.

—Vais a querer oír esto.

La cámara zumbó. Esta vez, en su centro, pude ver cómo se abría la lente. Me estaba enfocando. La miré fijamente.

Entonces se abrieron las puertas.

Carver me recibió, pero no me ofreció nada de beber. Ni siquiera me invitó a entrar. Los dos se quedaron en la puerta, con los brazos cruzados, a la defensiva, esperando lo que tuviera que decir. Carver estaba delante de su mujer, protegiéndola, como si pensara que yo podría hacerle algo.

—He recibido una llamada esta mañana —les dije, sin dejar de mirar a Carver—. De Kaitlin, la amiga de Megan. ¿Os informó la policía alguna vez de lo que dijo en su declaración?

—¿Qué tiene ella que ver? —dijo él.

—¿Lo *hicieron*?

Sus ojos se llenaron de ira.

—Fue la última persona que vio a Megan. —Hizo una pausa, con una pizca de tristeza entre la frustración y la rabia—. Solo eso.

Por primera vez, miré a Caroline. Sus ojos estaban fijos en los míos, pero no había nada de la hostilidad que mostraba su marido.

—No fue eso —dije, vislumbrando ahora un poco de miedo en ella.

—¿De qué estás hablando?

—Antes de que Megan desapareciera, le hizo una confidencia a Kaitlin.

—¿Sobre qué? —dijo Carver.

—Y creo que también se la hizo a tu mujer.

Carver se quedó un poco boquiabierto, como si no pudiera creer que yo tuviera los cojones de entrar en su casa e insultar de nuevo a su mujer. Entonces, cuando Caroline no respondió y ni siquiera intentó expresar su disgusto, él la miró por encima del hombro.

—¿Caroline? —dijo—. ¿Qué está pasando?

Ella no lo podía mirar.

—James —dije, y esperé a que se volviera hacia mí. Cuando lo hizo, la ira había desaparecido de su rostro—. Megan estaba embarazada.

Sona

Sona se despertó. A su lado, Mark estaba tumbado bocabajo, con la sábana recogida en la parte baja de la espalda, respirando tan quedamente que apenas podía oírlo. En el suelo, su ropa estaba esparcida por todas partes: una blusa, una falda, unos vaqueros, una camiseta, una chaqueta. Los zapatos en la puerta. La ropa interior aún se aferraba a los extremos del edredón.

Se incorporó y se vio en el reflejo del espejo. Desnudos, y todavía no del todo conscientes de ello, a pesar de que llevaban casi seis meses de relación. Era una sensación que empezaba a pasar lentamente. Mark la hacía sentirse bien consigo misma como pocos hombres lo habían hecho antes. Eso tampoco significaba que la piropeara mucho, pero ella había aceptado algunas cosas de él. Era muy tímido, muy diferente de los otros hombres que había conocido, y eso le gustaba de él. Siempre había estado con hombres impulsivos. Hombres que le decían que era guapa y luego acababan arrancándole el corazón. La quietud de Mark, su sensación de tranquilidad, le resultaba nueva, excitante y segura.

Se dirigió al baño, cerró la puerta se miró de nuevo en el espejo. A los veinte años había trabajado como modelo y, al entrar en la treintena, no había perdido ni un ápice de su atractivo. El pelo rubio, los ojos azules y los pómulos altos aún podían hacer girar cabezas, aunque viera cambios en otros lugares. Tal vez un poco más de peso del que debería tener. Algunas líneas más alrededor de sus ojos. Menos definición en el abdomen. En dos días cumpliría treinta y seis años, y ahora sabía que tenía imperfecciones. Pero había encontrado a un hombre capaz de mirar más allá de todo eso.

Un hombre del que se estaba enamorando.

Llevaban conduciendo unos veinte minutos cuando Mark le dijo que podía quitarse la venda. Sona levantó la mano y tiró de lo que tapaba sus ojos. La cabeza le palpitaba ligeramente. No estaba segura de si era el comienzo de un dolor de cabeza o por el

repentino cambio de la oscuridad a la luz. El sol entraba a raudales en el coche mientras ella miraba a su alrededor y veía que estaban en una plaza de aparcamiento de una estrecha calle residencial. A ambos lados de la calle había casas idénticas. La mayoría no se habían mantenido en buen estado: la pintura se desconchaba en los alféizares de las ventanas, las plantas se morían en los pequeños patios de hormigón, los canalones rotos colgaban sueltos.

—Luego es mejor —dijo Mark, volviéndose hacia ella—. Prometido.

—¿Dónde estamos?

—Solía venir aquí a veces. —Señaló con un dedo hacia un pequeño callejón que discurría entre dos casas más abajo. Era la única interrupción en los edificios, a ambos lados, hasta donde alcanzaba la vista—. Al bosque de ahí abajo.

—¿Bosque?

Mark apagó el motor.

—En esta zona se fabricaban municiones durante la Segunda Guerra Mundial, en una fábrica situada más arriba. Todo este lugar fue en su día uno de los centros de la industria británica. Ahora míralo... —Estudió las casas de enfrente. Cuando se volvió, miró a Sona y sonrió—. Oh, mierda, me acabo de convertir en mi padre.

Sona se rio. Él sonrió y se agachó a un lado de su asiento. Un segundo después, sacó una rosa roja.

—Feliz cumpleaños, Sona —dijo en voz baja.

Ella cogió la rosa, una cinta color crema iba atada al tallo. Algo se movió en el rostro de Mark, como si estuviera a punto de decirle algo importante.

«Quiere decirme que me quiere».

Esperó un momento y, cuando no llegó, se inclinó hacia él y lo besó suavemente en los labios.

—Gracias, cariño —dijo ella. Cuando se alejó, vio la misma expresión—. ¿Estás bien?

Él miró hacia el callejón y luego se volvió hacia ella.

—Es que... —Hizo una pausa—. Estoy realmente...

«Enamorado de ti».

Ella sonrió y le apretó la pierna, besándolo en la mejilla.

Él señaló con la cabeza el asiento trasero.

—Espero que tengas hambre.

Sona se giró. Lo había oído deslizar algo en la parte trasera después de vendarle los ojos y guiarla hasta el coche. Ahora podía ver que había sido una cesta.

—¿Te llevo a nuestro lugar de pícnic? —preguntó.

—Sí —dijo ella, con la voz un poco temblorosa—. Me encantaría.

Mark la llevó lejos del coche, portando la cesta de pícnic. Giraron en el callejón y lo siguieron hasta que se abrió en un lecho de hormigón con una serie de muros de ladrillo medio derruidos que lo cruzaban. Entonces se dio cuenta de que antes había sido una fábrica. A su izquierda y a su derecha había más muros en ruinas, vestigios de otra época; algunos casi en pie, otros solo montones de ladrillos y polvo, hierba y maleza arrastrándose por los cimientos. Había basura por todas partes: botellas de cerveza, latas de bebidas, paquetes de patatas fritas, envoltorios de caramelos, bolsas de basura llenas de comida podrida. El olor era horrible.

—No te preocupes —le dijo—. De verdad que luego mejora.

Delante de ellos, tallada como una boca en una hilera de enormes abetos, estaba la entrada al bosque del que Mark había hablado. Todo estaba cubierto de maleza. Al pasar junto a una puerta torcida y rota y seguir el camino, los árboles se inclinaban sobre ellos, con su follaje espeso y oscuro. Había hierba por todas partes, brotando a la altura de la cintura alrededor de los troncos de los árboles y colándose por las grietas del camino de grava. Cuanto más se adentraban, menos definido se volvía el sendero hasta que, finalmente, la grava se convirtió en barro duro.

—El paisaje es muy espeso —dijo Sona.

—Sí. Aquí parece que nunca muere nada.

Ella miró a la derecha. A través de un hueco entre los árboles, pudo distinguir unas letras enormes en el lateral de otra fábrica en las que se leía: «Municiones». Había una hilera tras otra de ventanas

destrozadas, con los cristales mellados aún en los marcos, sin nada dentro salvo oscuridad.

—Siempre he pensado que parecen unos ojos —dijo Mark.

Ella asintió.

—Qué edificio tan espeluznante.

Él le pasó el brazo por el hombro y la atrajo hacia sí.

—No te preocupes, te protegeré de la fábrica del terror.

Sona se rio y le dio una palmada juguetona en el hombro.

Crac.

Un ruido sonó detrás de ellos. Entonces Sona se detuvo. Mark caminó un par de pasos, su brazo se deslizó, luego se detuvo y se volvió para mirarla.

—¿Qué pasa?

Ella miró a su alrededor. El viento pasaba entre los árboles, susurrando suavemente mientras las hojas se agitaban contra las ramas.

—¿Sona? —dijo Mark, dando un paso más hacia ella—. ¿Estás bien?

Ella le cogió la mano.

—¿Sona?

Finalmente lo miró.

—Sí. Creo que estoy bien.

Siguieron caminando. El camino empezaba a arquearse hacia la izquierda, moviéndose en una suave curva. En poco tiempo, el barro endurecido empezó a desaparecer bajo sus pies, y en su lugar apareció más hierba. Pero entonces Sona divisó un claro a unos veinte metros delante de ellos. Las copas de los árboles no mostraban un techo tan espeso y la luz del sol atravesaba las ramas y las hojas en cientos de rectángulos llenos de polen. Era precioso.

—Guau —dijo Sona—. Mira eso.

Mark sonrió.

—Ese es nuestro lugar de pícnic.

Cuando llegaron al claro, él abrió la cesta, colocó una manta sobre

la hierba, que les llegaba hasta las rodillas, y sacó paquetes de galletas y queso.

Sona miró a su alrededor.

—¿De qué conoces este lugar?

—Solía venir aquí de niño.

—¿Estamos lejos de casa?

Mark levantó la vista.

—No muy lejos.

—Es muy tranquilo.

Crac.

Otra vez el mismo ruido. Como ramas caídas que chasquean y se rompen bajo los pies. Y ahora también algo más. Un sonido más allá. «*¿Qué ha sido eso?*».

Sona miró fijamente a través del claro. Donde los árboles comenzaban de nuevo a su derecha, estaba oscuro: cientos de troncos se desvanecían de forma gradual en la negrura. Ramas gruesas y enmarañadas que impedían el paso de la luz solar desde arriba.

—¿Lo has oído?

Mark siguió desempaquetando.

—¿Oír qué?

Ella le devolvió la mirada.

—Es como un...

Mark miró hacia el lugar que Sona había estado estudiando y, luego, a ella.

—¿Como un qué?

—Como un... —Ahora parecía preocupada—. Un gemido.

Se volvió hacia el bosque, con los ojos entrecerrados.

Entonces algo se movió.

Una brizna de oscuridad se escurría entre los troncos de los árboles. Ella dio otro paso adelante, inclinándose ligeramente, intentando mirar más allá de la hilera inicial de árboles. Aquello se movió de nuevo. Cambiando, de un tronco a otro.

—¡Ahí! —gritó—. ¿Lo has visto?

Mark se levantó y se colocó a su lado.

—Algo se ha movido ahí.

Ahora él estaba vuelto hacia ella.

—¿Es un animal?

No obtuvo respuesta.

—¿Mark? —Más silencio. Se volvió hacia él—. ¿Mark?

Algo brilló en sus ojos, la misma expresión que ella había visto antes. Quería volver a decirle algo importante. Pero no era que él la amaba, de repente se dio cuenta de algo que no había visto antes. Nunca había sido una mirada de amor.

Había sido una mirada de arrepentimiento.

—Lo siento, Sona.

—¿Lo sientes por qué...?

La agarró por el cuello y tiró de ella hacia él. Le rodeó la garganta con el brazo y le tapó la boca con la mano. Cuando ella intentó gritar, él apretó más fuerte con los dedos para que no se escapara ningún sonido. Luego la tiró hacia abajo con él, las piernas de ella pataleando desesperadamente al caer sobre la hierba. Sona levantó la vista, con ojos suplicantes, tratando de encontrar un rastro del hombre que conocía desde hacía casi seis meses. En lugar de eso, soltó su garganta y le dio un puñetazo en un lado de la cabeza.

Se dio la vuelta, aturdida. Sobre su espalda.

Cuando abrió los ojos, Mark estaba de pie junto a ella.

—Ya no puedo hacer esto —dijo, dirigiendo la mirada hacia algo.

Y entonces todo se volvió negro.

SEGUNDA PARTE

13

Cuando salí de casa de los Carver, ya era tarde, el cielo estaba gris y cubierto de nubes negras. Abrí el BMW y arrojé mis notas al asiento del copiloto. Luego me deslicé frente al volante y cerré la puerta. En el silencio, lo repasé todo.

Todas las mentiras que se habían dicho.

Y todas las mentiras que aún tendrían que venir.

Carver me había conducido al interior de su casa, donde señaló uno de los sofás. Miró a Caroline, una mirada que lo decía todo. Estaba enfadado y avergonzado, y ella tenía la culpa.

—¿Quieres beber algo, David? —preguntó en voz baja.

—Un poco de agua está bien, gracias.

Él asintió y desapareció en la cocina. Caroline rodeó los sofás y luego se sentó en uno de los brazos. Me di cuenta de que intentaba arreglar las cosas antes de que volviera su marido. Lo que sabía. Lo que debería haber hecho. Por qué no dijo nada. Al final me miró, y pude intuir que la relación conflictiva que existía entre nosotros se había deteriorado un poco más.

Carver volvió a entrar, me dio un gran vaso de agua y se sentó junto a su mujer. Había una brecha entre ellos.

—¿Kaitlin estaba segura? —preguntó.

Me senté en el otro sofá.

—Sí.

—¿Por qué no se lo dijo a la policía?

Saqué mi bloc de notas y mi bolígrafo y los dejé sobre la mesa. En la hoja superior estaban las palabras «*Megan – embarazada*». Miré a Carver.

—Kaitlin me dijo que iba a hablar con la policía..., pero que luego decidió no hacerlo.

—¿Por qué?

—Por teléfono sonaba indecisa, así que eso es lo que tengo que averiguar. Me reuniré con ella para conocer las razones.

—¿Quién era el padre?

—Otra vez, no lo sé. —Hice una pausa, me lo pensé—. Los amigos de Megan nunca hablaban de relaciones serias. Vosotros tampoco. Si se acostó con alguien, creo que podemos asumir que nadie lo conocía.

Carver se estremeció un poco, como si la idea de que su hija se acostara con cualquiera fuera como un puñetazo en la garganta. Luego, por primera vez, miró a su mujer.

—¿Y tú lo sabías?

—No —dijo ella.

—Necesito que me digas la verdad.

—Te *estoy* diciendo la verdad —respondió Caroline, con la desesperación asomando a su voz. Me miró y luego se movió en el sofá, girándose hacia dentro para mirar a su marido—. Nunca me dijo que estaba embarazada. Te lo *juro*.

—Pero ¿lo sabías?

—Me di cuenta de que pasaba algo. Se quejaba de dolores de cabeza, de sentirse cansada todo el tiempo. Al principio, pensé que había estado estudiando demasiado. Ya sabes cómo es Meg. Pero entonces, después de que desapareciera, estuve revisando algunas de sus cosas... —Hizo una pausa. Me miró de nuevo—. Encontré algunas pruebas de embarazo escondidas en uno de sus cajones.

—Maldita sea, Car, ¿y no pensaste en *decírmelo*?

—No sabía qué hacer.

—Nuestra hija estaba *embarazada*.

—Lo sé.

—Deberías habérselo dicho a la policía.

—¡Lo sé! —gritó.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—El test estaban en una caja sin abrir —dijo—. Todavía tenía el envoltorio de celofán puesto. No significaba nada.

—Tiene *diecisiete años*, Caroline.

Ella no contestó.

—¿Desde cuándo las chicas de diecisiete años compran pruebas de embarazo solo para estar seguras? Le faltan *diez años* para

formar una familia. Deberías habérmelo dicho. Deberías habérselo dicho a alguien. —Me miró y luego volvió a ella—. Te defendí.

—Lo sé.

Carver volvió a sentarse en el sofá. Ambos se quedaron en silencio. Les di un par de segundos para que se calmaran, pensando en lo que podría haber pasado si Caroline hubiera dicho algo a la policía.

—De acuerdo —dije finalmente, inclinándome hacia delante—. Ahora tenemos que asegurarnos de un par de cosas. En primer lugar, la policía no puede saber nada de esto. Al menos, no pueden saber que Caroline sospechaba algo. Si creen que ocultasteis información, todo esto se va por el retrete. Les daré esta información, pero solo cuando estemos preparados. Diré que lo descubrí por mí cuenta. Eso nos dará el tiempo que necesitamos para intentar profundizar un poco más.

Carver asintió.

—¿Y qué más?

—Kaitlin nunca nos dijo nada. Tenemos que protegerla de la misma manera que te protegemos a ti, Caroline. Tenemos que averiguar qué está pasando aquí y por qué permaneció en silencio. No podremos hacerlo si el detective Hart vuelve a aparecer en el caso.

Los dos asintieron esta vez. Los miré.

—Por último, necesito saber que ambos me habéis contado absolutamente *todo* lo que sabéis sobre Megan. Cada hecho. Cada detalle. No estoy aquí para juzgar a vuestra hija. Estoy aquí para encontrarla. No me importa lo que haya hecho, con quién haya salido ni los errores que haya podido cometer. Lo único que me importa es encontrarla. Así que, si hay algo más que creáis que necesito saber, necesito que me lo digáis ahora...

Carver se volvió hacia su mujer. Ella le devolvió la mirada, como si comprendiera el gesto. Cuando ella negó con la cabeza, él volvió a mirarme.

—No hay nada más —dijo en voz baja—. Por favor, David,

encuentra a nuestra hija.

14

Al salir de casa de los Carver, supe que era demasiado tarde para llamar a Kaitlin, sobre todo a casa. Eran poco más de las cinco de la tarde, lo que significaba que era probable que uno de sus padres o ambos estuvieran por allí, y no quería levantar sospechas. Pero necesitaba hablar con ella; averiguar más sobre lo que Megan le había contado. Y también necesitaba averiguar dónde encajaba Charlie Bryant en todo aquello.

Una vez en casa, me duché, cené algo y llevé la pila de DVD de Tiko›s al salón. Dejé caer el primero en la bandeja del disco. Siete meses de metraje. Doscientos catorce días. Diecinueve horas al día. Eso significaba que había más de cuatro mil horas de vídeo por delante. Incluso con un equipo de veinte personas, eso supondría doscientas horas para cada uno. Habría sido más rápido llamar a Kaitlin o a Lindsey y preguntarles qué noches salían, pero, como eso no era posible hasta por la mañana, decidí concentrarme primero en los fines de semana, concretamente en los viernes y sábados por la noche, las noches en las que Megan tenía más probabilidades de salir.

Le di al *play*.

Las imágenes de octubre, seis meses antes de la desaparición de Megan el 3 de abril, cobraron vida. Era en color y de una calidad bastante decente, pero también estaba en un lapso de tiempo de tres segundos, lo que le daba a todo una sensación alienígena y entrecortada.

La grabación empezaba un miércoles, así que la adelanté al viernes. Como el club estaba abierto todo el día, había un flujo constante de gente que entraba y salía. Los más jóvenes, adolescentes y veinteañeros, empezaban a llegar a partir de las ocho. Llegué a la hora de cierre a las tres de la mañana sin rastro de Megan. Una hora y media más tarde, había terminado los fines de semana de octubre sin encontrar nada. Ni rastro de Megan. Ni rastro de sus amigos.

Pensé por un momento en volver sobre los días de la semana en octubre por si acaso la había echado de menos. Pero entonces, en el segundo disco, el de noviembre, Megan, Kaitlin y Lindsey llegaron a Tiko›s. Eran las once de la noche del primer viernes del mes.

Avanzaron en fila entre la multitud, con Kaitlin a la cabeza. Los hombres las observaban, la mayoría con los ojos fijos en Kaitlin, pero unos pocos también miraban a Megan y Lindsey. Cuando llegaron al bar, las chicas esperaron. Hablaban entre ellas. En un fotograma, Megan se inclinó hacia Lindsey le dijo algo; en el siguiente, Lindsey echó la cabeza hacia atrás, riéndose. Las chicas pidieron bebidas y subieron por la escalera de caracol hasta el segundo piso.

La posición de la cámara no era buena, pero aun así pude verlas, sus cabezas visibles entre la multitud. Las luces de discoteca, intermitentes debido al lapso de tiempo, se movían de un lado a otro. La gente bailaba a su alrededor. Las chicas permanecieron en la misma posición, junto a un conjunto de tres sofás, todos ocupados. Volvieron a la barra tres veces para pedir más bebidas. Luego bajaron a la pista de baile, donde permanecieron hasta que se marcharon a las dos.

Adelanté el vídeo veinticuatro horas, pero no volvieron el sábado. Entonces recordé algo que James Carver me había dicho: «*Cuando reciben la paga, les gusta ir a la ciudad».* Suponiendo que la recibieran a final de mes, eso significaba los últimos días de uno o los primeros del siguiente.

Me salté tres semanas hasta el último fin de semana de noviembre.

El viernes nada, pero el sábado volvieron a Tiko›s. A las once, como antes. Siguieron más o menos la misma rutina. Entre la multitud. Hasta el bar. Hasta el segundo piso, en la misma posición junto a los sofás. Cinco viajes de vuelta a la barra, antes de acabar en la pista de baile. Los demás discos —diciembre, enero, febrero y marzo— siguieron exactamente el mismo patrón.

El primer día de grabación del sexto disco fue el sábado 1 de abril. Cuarenta y ocho horas antes de que Megan desapareciera. Las

chicas entraron en el club poco antes de las once, se dirigieron al bar y subieron por la escalera de caracol hasta el piso superior. Hablaron un rato y luego, cuando el reloj de la esquina de la pantalla marcó la medianoche, Megan se giró para dejar pasar a alguien. De repente, me invadió una sensación de familiaridad.

Puse en pausa la grabación. Megan estaba frente a la cámara, flanqueada a ambos lados por los demás. Había visto algo, algo que merecía la pena destacar. Pero no pude sacarlo de la oscuridad. Me acerqué a la pantalla y utilicé el mando a distancia para encender la grabación. En un fotograma, Lindsey se inclinaba hacia Megan. En el siguiente, Kaitlin daba un paso atrás.

Fue entonces cuando lo vi.

Y me di cuenta de que lo había visto antes, en otro disco, pero no lo había registrado en realidad. Solo había estado a la vista brevemente, igual que ahora. Oculto tras una maraña de cuerpos; encaramado al borde del sofá más alejado de las chicas. Pelo oscuro. Chaqueta negra. Camisa negra. Vaqueros. Zapatos negros.

Estaba mirando a Megan.

Estaba completamente quieto, incluso cuando un fotograma saltaba al siguiente. Era como si estuviera congelado en su sitio. Tenía la cabeza algo inclinada, la barbilla casi apretada contra la garganta, mirando por debajo de las cejas. Tenía la piel pálida, pero unos ojos muy oscuros. En la grabación, solo eran agujeros en su cabeza.

Entonces Lindsey volvió a moverse y él desapareció detrás de ella.

Seguí mirando, las imágenes saltaban entre fotogramas. Más gente subió las escaleras. En un momento dado, un grupo de ocho o nueve hombres se situó junto a Megan, Lindsey y Kaitlin. Doce minutos después, por fin volvieron a moverse.

Y el hombre se había ido.

Adelanté el vídeo, pasando por el momento en que las chicas salían del club a las dos y media hasta la hora de cierre, a las cuatro. No reapareció. Rebobiné hasta el principio de la noche, cuando subieron las escaleras del segundo piso. Entonces no las esperaba.

Fue como si hubiera aparecido durante esos breves instantes, protegido por la multitud, y luego hubiera vuelto a desaparecer.

Puse el DVD de marzo por segunda vez. Salté a la noche del primer viernes del mes. Pasó una hora y media. Cuando el reloj de la pantalla marcó las 00:37, se formó una multitud detrás de las tres chicas y apareció él. No me había percatado de él la primera vez. Pero ahora sí. Durante cinco minutos y medio, permaneció sentado observando a Megan entre la multitud. Igual que en el DVD de abril. La misma ropa. La misma expresión. Los ojos oscuros nunca la abandonan.

Ni un momento.

Repasé todo el material que ya había visto. Todos los meses menos el primero, octubre, estaba allí. Periodos cortos de tiempo. Nunca menos de cinco minutos, nunca más de ocho. Habría sido increíblemente fácil no verlo, por eso supuse que había pasado desapercibido para la policía. Habrían comprobado las cuatro mil horas; habrían revisado todos los días de la semana; habrían analizado las grabaciones todo el día, todos los días durante seis meses, solo para estar seguros. Y, aparte de las mañanas, todo el tiempo el lugar estaba abarrotado: mucha gente, muchas cosas pasando. De las cuatro mil horas de metraje, solo estuvo treinta y seis minutos, y esa fracción de tiempo se dividió en trozos aún más pequeños con un mes de diferencia. Yo lo había pillado casi por accidente. Una casualidad.

Pero estaba allí.

Y estaba observando a Megan.

15

Viernes. Después de levantarme a las ocho y preparar café, me senté en la ventana del salón, mirando al jardín, y estudié la fotografía del hombre de Tiko›s. Había hecho una foto de la pantalla del televisor, deteniéndome en la mejor vista que pude obtener de su cara, y la había impreso en el ordenador. Al hacerla tan grande, la calidad se había deteriorado.

Pero era suficiente.

Parecía tener unos treinta años. Muy pálido, pelo negro azabache peinado con raya al lado a la antigua usanza. Un rostro muy anguloso, todo huesos y tendones, las mejillas un poco hundidas, la nariz fina y recta. Frente prominente, levantada, reduciendo sus ojos a dos diminutos puntos de luz. Le daba una apariencia extraña, de otro mundo: un hombre pintado solo con los negros más oscuros y los blancos más blancos. Físicamente, no parecía gran cosa. Mediría uno setenta, tal vez incluso menos. Ningún músculo, o al menos ningún indicio de ello.

Pero había algo raro en él. Algo siniestro.

Miraba a Megan como un cazador mira a su presa. Con concentración profunda. Paciencia. Sus ojos seguían constantemente sus movimientos. Su postura estaba algo encorvada, como si se hubiera pasado todo el tiempo intentando hacerse más pequeño, como si estuviera preparando una trampa para osos. Por eso, portaba una especie de amenaza, una sugerencia de que su complexión y tamaño no importarían a la hora de la verdad. Porque, llegado el momento, nada lo detendría.

Conseguiría lo que quería.

Llamé a Kaitlin y quedé con ella durante un rato libre que tenía a las once. Después de eso, intentaría hablar con el detective Jamie Hart. Iba a ser un acto de equilibrar balanzas. Necesitaba su ayuda, porque necesitaba averiguar hasta dónde había avanzado el caso antes de que se enfriara, pero no quería que Hart volviera a

involucrarse o interesarse demasiado en la desaparición de Megan. Quizá le estaba haciendo un flaco favor a la policía. Quizá ya habían señalado al hombre de Tiko›s como alguien a quien vigilar. Pero era posible, y de hecho muy probable, que se les hubiera pasado totalmente por alto. Y no quería que se enteraran de lo del hombre antes de que yo mismo hubiera tenido la oportunidad de averiguar quién era.

Cuando llegué al instituto, me detuve a un lado en el aparcamiento del edificio de bachillerato, cerca de la valla que Megan debió escalar para evitar ser captada por las cámaras de seguridad. Kaitlin me estaba esperando. Su bolso estaba encima de un maltrecho Ford Fiesta, con una carpeta y un juego de libros de texto al lado. Salí del BMW. La mañana era seca, pero con amenaza de lluvia. Nubes oscuras se movían por el cielo en espesas espirales. A lo lejos, más allá de los tejados de las casas que rodeaban el instituto, se cernía una niebla gris y opresiva como una manta que se extiende por la ciudad.

Sonreí a Kaitlin.

—Buenos días.

Ella me devolvió la sonrisa, pero había una ligera vacilación en ella. Quizá esperaba que le soltara una perorata sobre que debería haber contado a la policía lo que sabía.

Levanté una mano.

—No me importa lo que hayas hecho.

Pareció relajarse un poco y luego sugirió que fuéramos a una cafetería a casi un kilómetro del instituto. Era de dos plantas. La de arriba tenía grandes ventanales y pequeñas mesas circulares alineadas delante. Le pedí a Kaitlin un café con leche y cogimos una de las mesas, la más alejada de los demás. Saqué mi bolígrafo y mi bloc, y me giré hacia ella. Miraba hacia abajo, a la gente que pasaba por las aceras.

—¿Estás bien?

Me miró, con un destello de incertidumbre en los ojos, como si yo pudiera estar haciéndola caer en una trampa.

—Estoy bien —dijo finalmente.

—¿Cuándo te enteraste de que Megan estaba embarazada?

—La semana antes de que desapareciera.

—¿Qué ocurrió?

—Fui a su casa para hacer un trabajo de biología que nos habían mandado. Una hora después de llegar, dijo que necesitaba vomitar.

—¿Era la primera vez que se sentía así?

—No. Dijo que había estado enferma esa mañana, y que había estado vomitando todos los días durante una semana. Ella decía que era algo que había comido.

—Pero no la creíste.

—No.

—¿Así que te lo contó?

—Más o menos. Dijo que se había hecho una prueba de embarazo una semana después de encontrarse mal y que los dolores de cabeza no habían desaparecido.

—¿Le preguntaste quién era el padre?

—Sí.

—¿Y qué dijo?

Kaitlin me miró.

—Supongo que aquí es donde todo se vuelve confuso.

—Vale...

—Esta es la razón por la que mentí.

Asentí para que continuara.

—A Megan siempre le gustó mucho ayudar a la gente. Ya sabes, organizaciones benéficas, ese tipo de cosas. Solía pasar los veranos ayudando en un club juvenil cerca de su casa. Creo que era para gente con parálisis cerebral o algo así. —Hizo una pausa y miró por la ventana—. Y, bueno, me contó que había conocido a alguien.

—¿En el club juvenil?

—Sí.

—¿Te dijo su nombre?

—No.

—¿Por qué?

Volvió a hacer una pausa, esta vez más larga.

—Era bastantes años mayor que ella. Como diez o quince, o algo así. Pensó que se metería en problemas.

—¿Con quién?

—Megan tenía diecisiete años. ¿Qué crees que habrían dicho sus padres si se hubieran enterado de que se veía con un treintañero?

Yo me recosté en mi asiento.

—¿Te dijo algo sobre él?

—Solo que ella pensaba que era muy *sexy*, y muy inteligente, y que estaban enamorados. —Kaitlin se encogió de hombros—. Nunca la había oído hablar así de un chico. Megan era... Bueno, no conocía a muchos hombres. Cuando salíamos, nunca le interesaba juntarse con nadie.

—¿Describió al chico? ¿Cómo era?

—No.

—¿Nada?

—No.

Volví a pensar en el hombre del club. ¿Sería él? No era atractivo en absoluto, pero debía tener al menos quince años más que ella. Sin embargo, aunque la edad coincidiera vagamente, no me encajaba. Si ella lo conocía, ¿por qué estaría esperando en las sombras? ¿Por qué estaría, justamente, allí? Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y saqué la fotografía. Se la pasé a Kaitlin por la mesa.

—¿Lo reconoces?

—¿Esto es en Tiko›s?

—Sí.

La había recortado para que las chicas quedaran fuera de plano, pero los ojos de Kaitlin me miraban y luego volvían a la fotografía mientras intentaba comprender lo que veía.

—¿Lo reconoces? —volví a preguntar.

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

Volví a coger la foto y la doblé.

—¿Te dijo cuántas veces habían tenido sexo?

Kaitlin se sonrojó un poco.

—No tienes que avergonzarte.

Se removió en el asiento.

—Cuatro veces.

—¿De cuánto tiempo estaba?

—¿Embarazada?

—Sí.

—No mucho. Creo que de unas cinco o seis semanas.

—¿Sabía el tipo con el que se acostaba que estaba embarazada?

—Sí.

—¿Se lo dijo ella?

—Sí.

Lo anoté. Cuando volví a levantar la vista, me estaba mirando fijamente, y por primera vez vislumbré a la chica que había debajo.

—¿Estás bien?

—Ojalá no hubiera mentido. Quizá, si no lo hubiera hecho, la policía la habría encontrado. ¿Crees que se fue con el hombre que conoció? ¿Crees que...? —Su voz se desvaneció.

—Escúchame, Kaitlin —le dije—. Si por el motivo que sea te llama la policía, no les cuentes lo del embarazo. No sé si volverán a hacerlo o no. A todos los efectos, para ellos el caso está cerrado, pero podrían volver a interesarse si me descubren husmeando, y lo primero que tenemos que hacer es protegerte. Así que, si vienen a hablar contigo, cuéntales lo del club juvenil y que crees que podría haber estado viendo a alguien allí, pero déjalo ahí, ¿vale?

Ella asintió.

—Bien. ¿Cómo se llama el club juvenil?

—Barton Hill.

—¿Está cerca de la casa de Megan?

—Sí.

—¿Has ido alguna vez?

—No. Me invitó un par de veces, pero... no es de mi rollo.

Tamborileé con los dedos sobre la mesa, pensando.

—Así que decidiste no decirle a la policía que Megan estaba embarazada porque ¿qué? ¿Porque ella quería proteger la identidad de ese tipo?

Kaitlin me miró por un breve instante.

—No —dijo finalmente. Había algo más.

—Entonces, ¿por qué mentiste?

—Porque yo... —Entonces se detuvo. Me miró de nuevo—. El día que desapareció, antes de que la policía viniera a hablar conmigo... recibí una llamada.

—¿De quién?

Otra pausa. Más larga esta vez.

—De Charlie Bryant.

Esta vez me tocó a mí hacer una pausa. La estudié un momento.

—¿Sabía lo del embarazo de Megan?

—Sí.

—¿Cómo?

—Ella debió decírselo o él debió enterarse de alguna manera. Me llamó y me dijo que no podíamos decirle nada a la policía.

—¿Por qué?

—Porque estaríamos en peligro.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿No se lo preguntaste?

—No quiso decírmelo. Dijo que era mejor que no lo supiera. —Entonces se detuvo—. Al principio, pensé que estaba poniéndose raro otra vez.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que él estaba enamorado de Megan. *Totalmente* enamorado de ella. A veces se pasaba de la raya y nos hacía sentir incómodos.

—¿Con las cosas que le decía?

—Sí, y la forma en que actuaba con ella. A veces la seguía. No como un acosador, pero... No sé, tan solo *la seguía*, ¿sabes? Hacía

dibujos para ella, pinturas, escribía poemas y cosas así. Siempre le decía que estaría ahí para ella. A veces era un auténtico bicho raro.

—Entonces, ¿por qué le creíste cuando te llamó?

Se detuvo, dio un largo trago a su café y me miró nerviosa.

—Aquel día parecía diferente. Sonaba diferente. Nunca le importó lo que los demás pensáramos de él. Solíamos tomarle el pelo todo el tiempo en el instituto, pero a él nunca le molestó. Se lo tomaba a risa. Pero ese día... No sé. Sonaba diferente. Cuando me dijo que correríamos peligro si hablábamos, le creí. —Respiró hondo—. Por primera vez, parecía muy asustado.

Estaba sacando el coche por la puerta del instituto cuando sonó mi teléfono. Lo cogí del asiento del copiloto y puse el manos libres. Era Spike. Tenía nombres y direcciones de los dieciocho números diferentes que había obtenido del móvil de Megan. Le dije que me los mandara en un correo electrónico. Había un cibercafé a un kilómetro de la casa de Charlie Bryant. Los descargaría allí.

Encontré una plaza de aparcamiento junto a Holloway Road, frente a un conjunto de apartamentos nuevos, y me dirigí hacia Highgate. El cibercafé se llamaba *Let›s Get Digital!*, y había un PC justo en la esquina donde sería difícil que alguien viera la pantalla. Entré en mi cuenta de Yahoo.

Había un PDF adjunto al mensaje de Spike. Lo abrí.

Dieciocho números y apellidos con cada uno, ordenados alfabéticamente. Parecía una copia de una factura telefónica, salvo que esta factura tenía nombres y direcciones, además de números. Probablemente, la información había sido extraída de las bases de datos de las compañías telefónicas y luego pegada en el documento. Su habilidad para traspasar cortafuegos no era la única razón por la que Spike conseguía trabajo. Tenía una cierta atención al detalle, como ordenar los nombres por orden alfabético, lo que hacía las cosas aún más atractivas para sus clientes.

Los revisé.

No hubo muchas sorpresas. Los números del móvil y del trabajo

de James y Caroline Carver, que ya conocía; un móvil y un fijo de Kaitlin, y lo mismo de Lindsey; otras cuatro amigas, todas chicas, cuyos nombres reconocí del *Libro de vida de Megan*, cada uno con un fijo y un móvil. Quedaban dos. El primero era el número de teléfono móvil de Charlie Bryant. El segundo era un teléfono fijo, de las afueras de Londres, sin nombre ni dirección. Solo un número de apartado de correos. Spike había escrito al lado: «*Estoy trabajando en ello. Conseguiré una dirección y te llamaré*».

Saqué mi teléfono y marqué el número. La llamada se conectó. Después de cuatro timbres, paró y se oyó el eco distante de un contestador automático.

—Por favor, deje su mensaje después de la señal —dijo una voz masculina que sonaba aburrida.

No podía hacer mucho más hasta que Spike me consiguiera una dirección para el apartado de correos.

Pero había algo que podía hacer con Charlie Bryant. Sabía dónde vivía y era el momento de averiguar cuánto sabía exactamente.

16

Eran las dos y media cuando llegué a casa de los Bryant. Llamé al timbre, apretando la cara contra el cristal de la puerta. La lluvia martilleaba contra el techo de plástico duro del porche, un sonido parecido al de los clavos que se vierten de un cubo. Habría sido imposible oír movimiento dentro, aunque hubiera alguien en la casa. Pero no lo había. La casa estaba oscura y silenciosa, y tenía la sensación de frío y falta de vida propia de una casa desocupada. No había luz. Ni calor. Ni signos de estar habitada.

Miré la casa por el exterior y el camino de acceso. Estaba bien protegida de la carretera. Árboles en la entrada y a lo largo de un lateral de la propiedad, los vecinos a una distancia considerable al otro lado de un muro de ladrillo de tamaño medio. No era habitual que una casa de Londres tuviera tanto espacio a su alrededor. Me hizo preguntarme a qué se dedicaba el padre de Charlie Bryant.

Finalmente, la lluvia empezó a amainar un poco, convirtiéndose en llovizna.

Entonces pude oler algo.

Bajé del porche y caminé hasta la puerta lateral. El olor empezó a hacerse más fuerte. Al otro lado, pude ver una serie de bolsas de basura, con restos de hierba desparramándose por la parte superior. La hierba se había convertido en mantillo, deslizándose por el hormigón y manchando la mampostería de la casa. Al lado había más bolsas de basura, rotas por los animales, con comida esparcida por el camino. La puerta era de roble pesado, de buena calidad, con una gruesa barra de madera en el centro. Un gran candado estaba en el otro lado, visible a través de uno de los listones.

Miré a ambos lados para asegurarme de que no me observaban y salté. Me quedé de pie un segundo, mirando a lo largo de la casa, con la hierba aplastándose bajo mis pies.

El olor era más fuerte ahora.

Había dos ventanas y una sola puerta en aquel lado de la casa. La primera ventana daba a la cocina. El interior estaba semioscuro.

Armarios de madera, acabados metálicos. Una foto de la madre de Charlie Bryant encima del microondas en un marco verde. Todo estaba en silencio. Nada parecía fuera de lugar. La siguiente ventana era de un baño. Había un ambientador en el alféizar de la ventana. El cristal esmerilado dificultaba ver cualquier otra cosa. Me acerqué a la puerta y, a través de un panel de cristal, vi que daba a un pequeño lavadero. Lavadora. Secadora. Frigorífico congelador. Un botellero lleno de botellas de vino. Botas y zapatos alineados junto a una bandeja llena de comida para perros que estaba llena de insectos.

Me acerqué con rapidez a la parte de atrás.

El jardín era pequeño y estaba rodeado por todas partes de altas vallas de madera. Enormes abetos flanqueaban la pared del fondo. Estaba muy resguardado y daba mucha privacidad. La parte trasera de la casa tenía un gran ventanal en un conjunto de puertas de patio. Apoyando las manos en el cristal de las puertas, pude ver una larga habitación que llegaba hasta la parte delantera de la casa. Sofás de cuero. Librerías. Arte moderno en las paredes. Un televisor rodeado de DVD y una videoconsola debajo. Cuando me alejé del cristal, la puerta del patio se movió ligeramente. Estaba abierta.

Cogí el picaporte y la deslicé.

Y el olor me golpeó.

Salía de la sala de estar hasta el patio, como una ola rompiendo. Una sensación de terror comenzó a invadirme. Me llevé la mano a la boca y entré en la casa. Estaba tan silenciosa como un cementerio. Apenas había ruido, salvo el zumbido del frigorífico de la cocina.

—¿Señor Bryant?

Hice una pausa, aunque no esperaba respuesta, y no la obtuve.

—¿Charlie?

Nadie dijo nada. Ni un movimiento. Ningún sonido.

Me dirigí a las escaleras. El olor se hizo más fuerte a medida que subía. Arriba, oía gotear un grifo. Nada parecía fuera de lugar en ninguna de las habitaciones que pude ver. Solo la cuarta puerta estaba cerrada. Las moscas azules zumbaban en la parte superior

del marco, perezosas y adormiladas en aquella casa sin aire. Me bajé la manga del abrigo, por encima de los dedos, y luego rodeé el picaporte con la mano cubierta.

Despacio, abrí la puerta.

Era una habitación pequeña. Tal vez de tres por tres metros. Las cortinas estaban algo corridas, pero, a través del hueco, podía ver hasta el lateral de la casa. Dentro hacía calor, era sofocante, y había más moscas en el cristal y más insectos arrastrándose por la alfombra. El perro de la familia estaba en un rincón de la habitación, con una herida abierta en el costado. Delante, tumbados exactamente en paralelo, estaban Charlie Bryant y su padre.

Ambos muertos.

El padre estaba bocabajo, con los brazos atados a la espalda con cinta adhesiva. La sangre se había extendido bajo él. Ahora estaba seca y las fibras de la alfombra, rígidas. Su piel estaba teñida de verde y había gusanos saliendo de debajo de su cara.

Frente a él estaba su hijo.

Charlie miraba al techo, con el pecho bañado en sangre. De alguna manera, en la muerte, parecía más joven de diecisiete años. Me adentré más en la habitación. Tenía las piernas hacia un lado, dobladas en forma de A. También le habían atado los tobillos. Tenía la boca ligeramente abierta, como en un grito de auxilio. Y sus ojos pedían lo mismo.

Suplicaban a su asesino que se detuviera.

17

Llamé a la policía y los esperé en la entrada. Llegaron diez minutos después. Una vez acordonado todo el lugar, el agente encargado de la escena del crimen me pidió que volviera sobre mis pasos dentro y fuera de la propiedad. Cuando se estableció una ruta, se levantaron tiendas a los lados y en la parte trasera, y se convirtió en el camino que todo el mundo debía seguir. Nadie se desvió de la línea. A pesar de la lluvia, querían intentar preservar todas las pruebas posibles.

Después, un agente de uniforme me acompañó a la entrada de la casa, donde había un segundo agente de pie con un portapapeles, registrando a todos los que entraban y salían. En la puerta principal, la cinta policial ondeaba, retorciéndose azotada por el viento.

—Tome —me dijo uno de ellos, y me tendió un paraguas. Lo cogí —. Alguien vendrá a por usted en un rato.

Cincuenta minutos más tarde, dos agentes del Departamento de Investigación Criminal salieron por el lateral de la casa. Uno rondaba la treintena, moreno, delgado y ágil, vestido elegantemente con gabardina negra, traje negro y corbata salmón. El otro era más grande, más viejo y más canoso, de unos cincuenta años. No se había esforzado tanto: una chaqueta marrón sucia, vaqueros, un grueso jersey de lana roja y un par de zapatillas blancas. El más joven se dirigió hacia mí. Tenía el aire de ser el hombre al mando.

—¿Señor Raker?

Asentí con la cabeza. Era escocés.

—Soy el inspector jefe Phillips —dijo, y señaló a su compañero—. Este es el sargento detective Davidson. Tenemos que hablar. Podemos hacerlo aquí, en medio de este caos, o podemos hacerlo en la comisaría, donde puedo ofrecerle una taza de café y algo de comer.

Hablaba en voz baja, con tono controlado, y tenía las manos entrelazadas por delante en un gesto casi respetuoso, los dedos de la derecha girando de vez en cuando el anillo de casado de la izquierda. Pero pude verlo como lo que era: una actuación.

Intentaba decirme que era un hombre razonable. Alguien en quien podía confiar. Pero, bajo la superficie, existía un hombre diferente.

—¿Señor Raker? —repitió.

—¿Estoy detenido?

Junto a Phillips, Davidson resopló. Lo miré. No era tan bueno actuando como su compañero. Se echó un poco hacia atrás, con una postura más agresiva. Ojos pequeños y oscuros. Brazos cruzados. Cabeza ladeada, como si me mirara por encima del hombro.

—¿Detenido? —dijo Phillips, y se volvió brevemente hacia su compañero—. ¿Por qué íbamos a querer detenerlo? No ha hecho nada malo, ¿verdad?

Como no le contesté, pareció darse cuenta de que sus métodos habituales no iban a funcionar conmigo. Quizá nos interesaban las mismas cosas. Tal vez ambos habíamos leído los mismos libros. Llevaba años intentando comprender mejor a la gente, buscando la forma de ver más allá de las mentiras. Los políticos, los famosos, los titulares. Probablemente él había hecho lo mismo en un intento de meterse en la cabeza de lo peor que la humanidad podía engendrar.

—¿Por qué no me sigue? —preguntó en voz baja, con los ojos clavados en mí.

Estuve medio tentado de decir que no y marcharme, pero negarme me haría parecer sospechoso. Legalmente no estaba obligado a ir, pero no necesitaba que rebuscaran en mi maletín y, desde luego, no necesitaba que pensaran que tenía algo que ocultar. Querrían embolsar lo que llevaba puesto, así que les dije que iría con ellos en cuanto cogiera ropa de repuesto de mi BMW.

Cuando terminé, fue un viaje tranquilo de quince minutos hasta la comisaría. Davidson se sentó atrás conmigo mientras Phillips conducía. Ninguno de los dos dijo nada. A medida que avanzábamos hacia el sur por Camden, empecé a ordenar las cosas en mi cabeza. Un plan. Una aproximación. Imaginé cómo vendrían a por mí. Dudaba que pensaran seriamente que yo era el asesino, pero, de momento, era su única pista.

La comisaría era un viejo edificio de los años setenta, con un

horrible aspecto industrial. Parte fábrica, parte bloque penitenciario. Phillips se detuvo en un aparcamiento y apagó el motor. Dos plazas más abajo me di cuenta de que habían clavado un cartel en la pared: «Reservado para el inspector jefe Hart». Jamie Hart. El jefe del caso de Megan Carver.

«No es una coincidencia».

Habrían descubierto el vínculo entre Charlie y Megan hacía meses. La única pregunta ahora era: ¿cuánto más sabían?

—Espera aquí un segundo —le dijo Phillips a Davidson mientras bajábamos—. Me dejé el teléfono en mi coche. —Davidson asintió y los dos vimos a Phillips moverse por el aparcamiento hasta donde estaba aparcado un maltrecho Mondeo rojo. Abrió la cerradura, trasteó en la guantera y volvió con su teléfono móvil. —Venga —dijo —. Vámonos.

Los dos me condujeron al interior, a una pequeña y estrecha sala de espera con un mostrador elevado que lo dominaba todo. El sargento de custodia —de unos sesenta años, pelo plateado y gafas de medialuna— estaba sentado, rellenando unos papeles. Levantó los ojos para ver cómo nos acercábamos.

—¿Aún no estás muerto? —dijo Davidson. Era la primera vez que hablaba. Tenía un amplio acento del East End.

El sargento sonrió satisfecho.

—Estarás muerto antes que yo, Eddie. Quiero decir, solo mira lo que llevas puesto. De ninguna manera la policía de la moda se va a quedar de brazos cruzados.

Phillips se echó a reír.

—¿A quién tenemos aquí? —preguntó mirándome.

—Solo ha venido a charlar —respondió Phillips.

El sargento asintió, buscó un botón bajo el escritorio y volvió a lo que estaba haciendo. A nuestra izquierda, una puerta cerrada con código zumbó y pasamos a un pasillo estrecho. A mi derecha había un despacho grande y diáfano, con la inscripción «Departamento de Investigación Criminal» impresa en la puerta. Más adelante, frente a

mí, había cuatro salas de interrogatorios. Phillips señaló hacia la sala uno.

Cuando abrió la puerta, dos tiras de luz parpadearon sobre nosotros. El interior era austero. Paredes blancas, una alfombra azul oscuro, sin ventanas. Una mesa, dos sillas a un lado, una al otro. Todo estaba atornillado y había una barra de seguridad a media altura en los cuatro lados de la habitación por si ocurría algún incidente y uno de los agentes tenía que dar la alarma. Junto a la puerta había un interfono. Una vez cerrada la puerta, así era como se volvía a salir. No era exactamente la acogedora charla que Phillips había prometido.

—¿Quiere beber algo? —me preguntó.

—Un café solo.

Asintió y desapareció.

Davidson me observó desde la puerta abierta mientras me sentaba. No parecía el tipo de persona dispuesta a mantener una conversación cortés, así que tamborileé con los dedos sobre la mesa mientras esperábamos en silencio. Parecía molestarle, lo cual me gustaba. Phillips volvió al cabo de diez minutos con tres tazas de café y cerró la puerta de un empujón. Tenía un muelle lento y tardaba una eternidad en cerrarse. Ninguno de los dos se movió hasta que lo hizo. Una vez cerrada, se oyó un suave zumbido, ambos se sentaron y empezamos.

18

En el ámbito policial, aquello se llamaba «comparecencia voluntaria». No estaba detenido, así que no necesitaba abogado, y podía levantarme e irme cuando quisiera. Pero incluso ahí había reglas. La número uno era cubrirse las espaldas. Lo primero que hizo Phillips fue pasarme un formulario por la mesa que confirmaba que estaba allí voluntariamente. Lo leí por encima y lo firmé. Davidson se encorvó en su silla, apoyando la taza de café en la barriga.

—De acuerdo —dijo Phillips, con las dos manos apoyadas en la mesa—. Establezcamos aquí algunas reglas básicas, para que no haya zonas grises. No está detenido y no le hemos acusado de nada. Nos está ayudando con nuestras investigaciones. No tenemos ninguna responsabilidad legal de informar a un abogado de que está aquí, pero, si quiere un abogado, puede hacer esa llamada.

Ambos me miraron. A Phillips parecía no importarle si llamaba a alguien o no, como si eso no influyera en la opinión que ya se había formado de mí. Davidson parecía que se lo iba a tomar como algo personal. Si llamaba a un abogado, de inmediato se consolidaría su opinión de que estaba metido en algo.

—*¿Quiere* llamar a un abogado, señor Raker?

Sacudí la cabeza.

—No. Estoy bien.

—Genial. —Phillips envolvió el café con sus manos. De la superficie aceitosa salía vapor—. Bueno, empecemos por el principio entonces. ¿Qué hacía en la casa?

—Estoy trabajando en un caso.

Davidson resopló.

—¿Un caso?

Lo miré y luego volví a mirar a Phillips.

—Trabajo con personas desaparecidas. Incluidos niños desaparecidos. Charlie Bryant estaba relacionado con el caso en el que estoy trabajando actualmente.

—¿Relacionado cómo?

—Conocía a la chica que intento encontrar.

Phillips asintió. Empezó a girar su alianza. Vi un destello de ese mismo acero en sus ojos, como si supiera lo que se avecinaba.

—¿A quién intenta encontrar?

Hice una pausa, los miré y luego me incliné hacia delante.

—A Megan Carver.

Davidson volvió a resoplar.

—Tiene que estar de coña. —A su lado, Phillips no se movió. Davidson se sentó inclinándose hacia delante y colocó su taza de café frente a él—. ¿Desde cuándo?

—Desde hace cinco días.

—¿Por qué acudieron a usted?

Yo me encogí de hombros.

—Supongo que sus padres sintieron que la investigación policial se había topado con un muro. Probablemente ustedes saben mejor que yo si eso es cierto.

Davidson entrecerró los ojos.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que el inspector jefe Hart está en la habitación de al lado —dije, sosteniéndole la mirada—. ¿Por qué no le preguntan?

Una breve pausa.

Entonces Phillips dijo otra vez:

—¿Ha avanzado algo?

—Algo. Pero no mucho. Sobre todo he estado repasando el terreno que Hart y su equipo cubrían hace seis meses.

—¿Como qué?

—Como todo. Familia, amigos, instituto.

—¿Así que apareció en casa de los Bryant porque...?

—Porque, como saben, Charlie Bryant solía salir con Megan.

«Y porque sabía que estaba embarazada».

Phillips me miró fijamente, con expresión imperturbable y el cuerpo inmóvil. No parecía sorprendido por nada de aquello. A su lado, su compañero se mostraba inquieto y agresivo, sus dedos golpeaban el vaso de café de plástico, su cuerpo se movía en la silla.

—Las cosas debían estar poniéndose un poco desesperadas —dijo finalmente Davidson. Lo miré frunciendo el ceño—. Me refiero a que uno no irrumpe en la casa de alguien si un caso no ha empezado ya a ir mal.

—Parece que habla por experiencia.

La piel de Davidson empezó a enrojecer. Pude ver cómo una comisura de la boca de Phillips se torcía en una sonrisa.

—Nada iba mal —dije.

—Entonces, ¿por qué irrumpió en su casa?

—No hay señales de allanamiento en ninguna parte de esa casa. Sabe que la puerta trasera estaba abierta. Lo único que hice fue saltar la puerta exterior.

—¿Colarse, quiere decir?

—¿Qué prefiere denunciar? ¿A mí, que salté esa verja, o esos dos cuerpos que yacían en esa casa desde hace unas dos semanas? ¿O un mes? ¿O un año?

—Aun así, no es legal.

—Sí, tiene razón. Mejor que se quedaran así hasta que la habitación se llenara de moscardones. —Cogí mi taza de café—. Mejor que la policía nunca llegue a averiguar por qué alguien querría asesinar a un chico de diecisiete años.

El rostro de Davidson enrojeció de nuevo.

—¿Y por qué alguien *querría* asesinar a un chico de diecisiete años? —preguntó Phillips.

—No tengo ni idea.

Me miró.

—¿En serio?

—En serio. Se lo he dicho: llevo menos de una semana en este caso.

—Entonces, ¿lleva de brazos cruzados una semana?

Davidson otra vez. El color había empezado a desaparecer de sus mejillas, pero aún parecía cabreado. Lo observé. Finalmente suspiró, como si mi silencio confirmara de algún modo lo que había dicho, y

volvió a centrar su atención en la taza de café que descansaba sobre su barriga.

—Charlie no parecía el principal candidato a víctima de asesinato —dijo Phillips.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces, ¿por qué alguien le haría eso?

—No lo sé.

—Y a su padre.

Yo me encogí de hombros.

—No lo sé.

—¿Cree que esto está relacionado con Megan Carver?

Era obvio que ya había decidido la respuesta por sí mismo, y me di cuenta de que acababa de saltar de nuevo una bandera roja en la investigación de Carver. Podría haberles mentido a los dos desde el principio y fingir que no había ido a la casa de los Bryant por la desaparición de Megan, pero ninguno de los dos se lo habría creído. Lo que era obvio era que llevarían a Jamie Hart a una sala de reuniones en cuanto yo saliera del edificio.

—No sé si está relacionado con Megan —dije finalmente.

Davidson volvió a resoplar.

—Por supuesto que no.

—¿Me invento una respuesta?

—De acuerdo —dijo Phillips en voz baja, y puso una mano en el brazo de su compañero—. Sargento detective Davidson, ¿por qué no te tomas cinco minutos?

Los ojos de Davidson se detuvieron en mí antes de levantarse y salir de la habitación. Phillips esperó a que se cerrara la puerta y se volvió hacia mí.

—Usted era periodista, ¿verdad?

Lo miré fijamente. «*Así que por eso has tardado tanto en traer los cafés».* Había estado revisando mi historial. Después de mi último caso, había tenido que sentarme en una comisaría para que me tomasen declaración durante dos días. Todo lo que les había dicho durante esas cuarenta y ocho horas había quedado registrado en su

base de datos para que él lo encontrara. Sabía de mí, de mis antecedentes, de mis casos.

—¿Por qué el cambio de carrera?

Yo me encogí de hombros.

—¿Por qué no?

—¿No disfrutaba del periodismo?

—Lo disfruté hasta que mi mujer tuvo cáncer.

—¿Sigue por aquí?

Sacudí la cabeza.

—Siento oír eso —dijo con suavidad. Esperó un momento, apoyando de nuevo ambas manos sobre la mesa—. Sabe que la desaparición de Carver es una investigación en curso, ¿verdad? Supongo que sus padres se lo dijeron.

—No estoy seguro de que les importe mucho.

—¿Cómo?

—Megan sigue desaparecida. Es lo único que les importa.

Él no contestó.

—Mire, no sé a qué están jugando aquí, pero no soy yo contra usted. No soy yo contra *nadie*. Intento encontrar a Megan Carver, igual que el inspector jefe Hart intentaba encontrarla.

—Pero ¿puede ver cómo su presencia complica las cosas?

—¿Y cómo las complica? Hart dejó de llamar a los Carver cuando el caso se estrelló contra un muro. Debería hablar con él, no conmigo.

Se frotó la frente con un par de dedos, como si intentara razonar con un niño.

—La verdad, David, es que, aunque haya sido sin querer, usted se ha metido aquí, y necesito que vuelva a salir.

—¿De qué está hablando?

—Necesito que deje el caso Carver.

—¿Por qué iba a hacer eso?

Suspiró.

—Se lo pido como un favor.

—¿Un *favor*? —Me recosté en mi asiento y lo estudié. Sus ojos

eran oscuros y estaban concentrados en mí—. ¿Tiene alguna pista?

—No puedo hablarle de eso.

—No voy a dejar el caso por hacerle un favor a alguien que he conocido hace una hora. ¿Alguien de aquí ha *hablado* con los Carver en los últimos dos meses?

—Por supuesto que sí.

—No me refiero a llamar para decirles que no hay nada nuevo de lo que informar. Quizá quiera acercarse a su casa alguna vez y ver en qué estado se encuentran. Pasaron cuatro meses esperando a que Hart trajera a su hija a casa, y otros dos esperando a que sonara el teléfono. Si tienen una pista, tienen que actuar en consecuencia.

—¿Me está diciendo cómo debemos hacer nuestro trabajo?

—No, le estoy diciendo que están jugando con las emociones de la gente. Tienen que darles algo a lo que aferrarse. La razón por la que acudieron a mí es porque necesitan que el caso avance. Necesitan creer que se acercan a su hija, aunque no sea así. Tienen que compartir lo que tengan con ellos.

Él sonrió.

—No es tan sencillo.

—Nada es sencillo —dije—. ¿Cuál es la pista?

—Es una investigación en curso.

—Tal vez pueda ayudar.

—No lo creo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque lo sé —dijo, con la voz quebrada por primera vez—. Voy a ser sincero con usted, David. Necesito que se aparte del caso. La única razón que puedo darle es que, al meter las narices aquí, está poniendo en peligro una investigación paralela.

—¿Tienen otro caso relacionado con la desaparición de Megan?

Se inclinó hacia delante.

—Puedo ver su mente funcionando sin parar, David. Pero, sea lo que sea lo que *cree* que está pasando aquí, no es así.

—¿Hay otra desaparición?

—No.

—Entonces, ¿qué? —No contestó, y esta vez suspiré yo también—. Tal vez quiera asistir un curso de repaso en lo que a negociación se refiere, inspector jefe Phillips. Todos tenemos que ganarnos la vida.

—Esto le va a salir mal, David.

—¿Es una amenaza?

—No —dijo Phillips, poniéndome su mejor cara de inocente—. Aquí no nos dedicamos a amenazar. Somos la policía. *Respondemos* contra las amenazas. Pero se lo digo ahora: si se mete en medio, no dudaremos en apartarle.

—Gracias por el aviso.

Se puso en pie.

—Se lo voy a poner fácil, ¿vale? Charles Bryant y su padre son parte de una investigación de asesinato ahora. Por mí, puede meter también al perro. Lo único que quiero dejarle absolutamente claro es esto: ni se le *ocurra* investigar el asesinato de Bryant, y no se nos acerque en nada que tenga que ver con la desaparición de Carver si se solapa con las líneas de investigación que estamos siguiendo con Bryant. ¿Entendido?

No me moví. Solo le devolvía la mirada.

—Su *caso*... —Sacudió la cabeza—. Trabajamos todos los ángulos que usted está trabajando. Lo hacemos mejor, con más mano de obra y más experiencia. Y no encontramos nada. Pero eso no significa que el caso esté cerrado. Solo significa que lo estamos enfocando desde otra perspectiva. Y, como he dicho, si se mete en medio...

Le sonreí.

—Así que *sí* tienen otra pista.

Phillips se encogió de hombros.

—Puede pensarlo. No puedo decirle nada más, pero puedo asegurarle que esta mierda de detective hecho a sí mismo *va* a volver y le va a pillar con la guardia baja.

Sus ojos se clavaron en mí mientras yo intentaba averiguar qué

era exactamente lo que ocultaba. Luego se dio la vuelta y salió de la habitación.

19

Llevaba esperando unos cinco minutos cuando la puerta volvió a abrirse. Esta vez no eran Phillips ni Davidson, sino otro hombre. Rondaba los cuarenta, medía por lo menos uno noventa, era ancho, pero con un sobrepeso de diez kilos, el pelo pelirrojo desordenado y la piel llena de manchas. Parecía que no había dormido en meses. En otro tiempo podría haber sido un tipo apuesto, pero algo le había desgastado, de modo que solo quedaba la sombra de aquel hombre.

En una de sus manos sostenía una taza de café. En el bolsillo de su chaqueta asomaba un pequeño bloc de notas con espiral y un bolígrafo encajado en la parte superior. Sujetó la puerta en su sitio, a unos cinco centímetros del marco, y colocó el taco en el suelo en el hueco para mantenerla abierta. Luego lo dejó allí, se acercó y se sentó frente a mí.

—¿Señor Raker?

Asentí con la cabeza.

—Mi nombre es Colm Healy.

Era irlandés del sur. Le dio un sorbo al café y miró hacia la puerta. El taco seguía allí, manteniéndola abierta. Lo estudié. «*No quiere usar el interfono para volver a salir. Lo que significa que, o es un vago, o no debería estar aquí».* Me volví hacia él.

—¿Cómo está?

—Estoy sentado en una comisaría —dije—. ¿Qué podría ser mejor?

Él sonrió.

—¿Le han tratado bien?

—Un servicio de cinco estrellas.

—Fantástico. —Volvió a mirar hacia la puerta—. No voy a quitarle mucho tiempo. Solo necesito hacerle unas preguntas.

—Sus compañeros me acaban de hacer unas preguntas.

—Lo sé —dijo. Por suerte para usted, tengo algunas más.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué está aquí?

—Como he dicho, tengo algunas pregun...

—Sé lo que ha dicho.

Hizo una pausa y una expresión seria se dibujó en su rostro. Entonces se le escapó una sonrisa; no le hacía gracia, solo intentaba decirme que era un tipo razonable.

—¿Está jugando duro, señor Raker? ¿Es eso?

—¿Dónde está Phillips?

—No se preocupe por Phillips.

—¿No se llevan bien?

Apartó el café y se llevó la mano al bolsillo trasero. Sacó su identificación policial y la puso delante de mí. Junto a una foto de una versión más joven de él decía: «Sargento detective Colm Healy».

—Trabajé en el caso de Megan Carver —dijo, y volvió a mirar hacia la puerta—. Así que me gustaría que me respondiera a algunas preguntas. Así podremos dejarnos de tonterías y dedicarnos a encontrarla. —Sonrió con su mejor sonrisa de comemierda—. ¿Le parece bien?

—Ya le he dicho a Phillips todo lo que sé.

Suspiró.

—Voy a ser sincero con usted, señor Raker. Phillips y yo... —se inclinó hacia delante, bajando la voz a un susurro— no nos llevamos bien. Si tengo que pasar más de un par de minutos en su compañía, deseo atravesar con el puño una maldita pared. Me cae mal. Le cae mal a mucha gente aquí. El tipo parece que lleve un palo metido por el culo.

—Al menos estamos de acuerdo en algo.

—¿Cree que Megan Carver sigue viva?

Lo miré. Había un temblor de desesperación en su voz. Me incliné aún más hacia él y esta vez pude oler el *aftershave* en el cuello de su camisa y el café en su aliento.

—¿Señor Raker?

—No lo sé.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿No lo sabe o no lo quiere decir?

—No lo sé.

Volvió a mirar hacia la puerta.

—Podríamos ayudarnos mutuamente.

—¿Cómo?

—Usted me rasca las pelotas y yo le rasco las suyas.

Sonreí. No me apetecía demasiado que ningún hombre me rascara las pelotas, pero me intrigaba cuál podría ser su juego. Cinco minutos después de que Phillips me hablara de mi caso, aparecía otro policía y me decía que podía ayudarme si nos encontrábamos a mitad de camino.

—Entonces, ¿quiere jugar? —preguntó.

No contesté.

Healy volvió a entrecerrar los ojos, como si hubiera adivinado mi respuesta.

—Esto es decepcionante. —Se puso de pie—. Podría haberlo ayudado.

—Ni siquiera lo conozco.

—No hace falta —dijo—. No tenemos que irnos a vivir juntos. Usted me dice lo que sabe, yo le digo lo que sé. Después, cada uno por su lado.

—¿Por qué?

—Ya le he dicho por qué.

—No, no lo ha hecho. Me ha dicho que trabajó en el caso Carver, pero ambos sabemos que no es verdad. —Señalé con la cabeza el taco que abría la puerta—. Ambos sabemos que usted no debería estar aquí.

Nos miramos; un cara a cara. Al cabo de un rato, volvió a encogerse de hombros y se dirigió hacia la puerta. «*Dale algo. A ver cuál es su juego*».

—Espere un segundo.

Me volví hacia él. Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y saqué la impresión doblada del hombre de Tiko›s. La dejé sobre la mesa, girándola para que Healy pudiera verlo.

—¿Quiere ayudarme?

Volvió a acercarse a la mesa. Asintió con la cabeza.

—Dígame quién es.

Levantó la fotografía y sus ojos se movieron de izquierda a derecha para captar la mayor parte posible del rostro y de la escena que lo rodeaba. No había mucho más que ver que los rasgos del hombre. Lo había recortado tan cerca de su cabeza como había podido. Kaitlin había reconocido el entorno como el de Tiko›s. Healy no lo haría.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—¿No lo encontró durante la investigación de Carver?

Sus ojos se abrieron de golpe. Frunció el ceño.

—¿Por qué debería haberlo encontrado?

Una respuesta extraña. Me recosté en mi asiento.

—No lo sé —dije—. *¿Por qué* cree?

—¿Sabe quién es?

—No. ¿Y usted?

No contestó.

—*¿Y* usted?

Volvió a dejar la imagen sobre la mesa.

—¿Quiere mi consejo, David? —dijo, ignorando mi pregunta y llamándome ahora por mi nombre de pila.

—La verdad es que no.

—Bueno, se lo voy a dar. —Cogió su taza de café y asintió ante la foto—. Debería pasar menos tiempo con la nariz metida en los libros de historia y más tiempo tratando de averiguar dónde diablos está Megan Carver.

—¿De qué está hablando?

—Este capullo —dijo, señalando con un dedo la cara del hombre de la foto—. ¿Cómo va a ayudarle?

—¿A qué se refiere?

Me miró, como si no pudiera decidir si estaba bromeando o no.

—¿A qué cree? El tipo de la foto, ¿cómo va a ayudarlo a encontrar a Megan si lleva cien años enterrado bajo la puta tierra?

20

Miré fijamente a Healy al otro lado de la sala de interrogatorios.

—¿De qué está hablando?

Miró hacia la puerta y, luego, de nuevo a la foto que estaba en la mesa frente a mí.

—¿Ha oído hablar de Milton Sykes?

—¿Milton Sykes? —Fruncí el ceño—. ¿El asesino en serie?

—Exacto. De la vieja escuela. Secuestró y mató a trece mujeres hace poco más de cien años y las enterró tan bien que nadie ha podido encontrarlas. Se sentó alegremente admitiendo que se las había llevado, pero no le contó a la policía dónde dejó los cuerpos. Probablemente pensó que era Jack el Destripador, todo humo, espejos y misterio; pero en realidad era un puto gilipollas.

Miré la foto.

—¿Y?

—Así que, si alguien le ha dado eso, se está cachondeando.

—No es Milton Sykes.

—Es igual a él.

—No es Sykes.

—*Es Sykes*. Abra los ojos.

Sacudí la cabeza. Si no le gritaba a la cara, era poco probable que entendiera lo seguro que estaba.

—Se lo digo en serio, este no es Milton Sykes.

—Asúmalo. Le han tomado el pelo.

—Esto es un fotograma de una grabación de un circuito de cámaras de seguridad tomado hace seis meses.

Retrocedió un paso y luego se volvió a acercar, trayendo de nuevo el olor a *aftershave* y café. Sus ojos recorrieron la fotografía, como si se convenciera de que estaba en lo cierto. Luego se encogió de hombros.

—Mire, crea lo que quiera. No me importa si lo es o no. No me ayuda de ninguna manera.

—¿Y qué lo ayuda?

—¿Qué?

—No está interesado en Megan. ¿*Qué* es lo que le interesa?

Ahora estaba en la puerta, con los dedos sujetándola. La abrió un poco y miró por el hueco. Cuando vio que no venía nadie, se volvió hacia mí. Miró la fotografía. Recogió su bloc. No dijo nada.

—Vamos, Healy.

Dos agentes uniformados se habían detenido ante la puerta, charlando.

—¿Por qué ha venido aquí? —pregunté.

Volvió a mirar al pasillo y saludó con la cabeza a los agentes. Estos asistieron con la cabeza, se despidieron y desaparecieron.

—Tengo mis razones —dijo.

Y luego se fue.

Me hicieron esperar fuera de la oficina del Departamento de Investigación Criminal cuando terminamos. A través de la puerta pude ver a Phillips y Davidson al fondo de la sala, cerca de una pared llena de fotografías, charlando con alguien. Reconocí su foto de los periódicos: el inspector jefe Jamie Hart.

Era delgado, parecía demacrado, y tenía el pelo rubio muy corto y el aspecto cansado y hastiado de un hombre que ha pasado la mayor parte de su vida entre los muros de la comisaría. Sus ojos, sin embargo, eran diferentes: rápidos, brillantes, vivos, lanzándose al encuentro de los míos cada pocos segundos mientras Phillips, encaramado al borde de su escritorio, le hablaba.

Mientras los esperaba, observé las paredes del despacho: las fotografías, la mayoría demasiado pequeñas para distinguirlas; un mapa de la ciudad, lleno de chinchetas y garabateado con rotulador; trozos de papel pegados con alfileres; y, a un lado, una delgada serie vertical de pegatinas con números: 2119, 8110, 44, 127, 410, 3111, 34. Algo al lado me llamó la atención: una pequeña fotocopia en blanco y negro del rostro de Megan. Era la misma foto que había encontrado de ella en su cámara digital, de pie frente al bloque de pisos.

Miré a Phillips y a Hart, y luego saqué mi teléfono móvil. Lo mejor de la comparecencia voluntaria era que no tenías que entregar tus efectos personales. Levanté el teléfono delante de mí para que pareciera que estaba enviando un mensaje de texto, luego fui rápidamente a la opción de cámara, hice *zoom* y tomé la mejor foto de la pared que pude conseguir. Estaba borrosa y medio iluminada, pero serviría.

Segundos después, Phillips condujo a Hart hacia mí.

—David —dijo al acercarse—. Este es el inspector jefe Hart.

Nos dimos la mano. Hice un ademán de detenerme un instante, como si estuviera enviando un mensaje, y tomé la mano a Hart como es debido. Entonces me di cuenta de otra cosa: Hart y Phillips eran ambos inspectores jefes. Trabajaban en la misma comisaría. Incluso trabajaban en la misma oficina. Normalmente había un oficial de alto rango y una serie de sargentos y alguaciles. Aquí, la balanza estaba desequilibrada. Diez agentes como máximo, dos de los cuales eran inspectores jefe. Nunca había sentido antes esa tensión tan pesada que se respiraba.

—Tengo entendido que está trabajando en mi caso —dijo Hart, interrumpiendo mi hilo de pensamiento. Tenía una sonrisa en la cara. No lo conocía lo suficiente como para saber si era auténtica o no, pero lo dudaba.

—Sí, eso parece.

—¿Cree que este chico, Bryant, fue asesinado porque conocía a Megan? —preguntó, lanzándose directamente.

—Lo dudo —mentí.

—Y entonces, ¿qué cree?

—Charlie Bryant tuvo un último año complicado, o algo así. Por lo que sé, no iba mucho por el instituto, así que supongo que pasaba el tiempo en otro lugar.

—¿Y?

—Y tal vez se juntó con la gente equivocada.

—¿Su padre también?

Sonreí a Hart. Intentaba acorralarme. Yo no quería llevarme a mí

mismo a ningún sitio del que no pudiera escapar, así que me encogí de hombros y no dije nada.

—Pequeños robos —dijo Phillips, recogiendo las cosas—, un poco de vandalismo, menores bebiendo... esa es la gente equivocada con la que se juntaba Charlie Bryant. Pero ¿que le atraviesen el pecho con un cuchillo de veinte centímetros? Eso no.

Volví a encogerme de hombros, pero Phillips tenía razón. Charlie Bryant no era de la parte mala de la ciudad. Ni siquiera era de la parte buena. Su rincón del norte de Londres era acomodado y seguro. Los delitos en su calle consistían en insultar a las ancianas. A pesar de ello, seguí con mi argumento:

—Ha pasado tiempo desde que éramos adolescentes, inspector jefe Phillips. Ya no estamos en aquellos maravillosos años. Si ahora te dejas la puerta de atrás abierta, cuando vuelves a casa ya no tienes casa.

Phillips me estudió, con la mirada imperturbable y el cerebro dándole vueltas. No parecía convencido, y tomé nota mental de vigilarlo. Estaba alerta y era inteligente. Eso le hacía peligroso.

—Bueno —dije—, si hemos terminado, me voy.

—Me parece justo —respondió, y me tendió la mano. Me despedí de él—. Recuerde: los asesinatos Bryant son un asunto policial ahora, David. Eso significa que la policía se está ocupando de ello, y no necesitamos que nadie se interponga. Y *no* compartiremos ningún tipo de información hasta que estemos preparados para hacerlo.

Asentí con la cabeza.

—Suena como si tuvieran un plan.

—Sí, ¿verdad? —respondió, y luego señaló con el pulgar por encima del hombro hacia el despacho. Davidson estaba sentado en un escritorio, observándonos, con expresión de *pitbull*—. Piense en lo que hemos hablado. Todos buscamos lo mismo. Todos queremos saber por qué mataron así a Charles Bryant *y* todos queremos encontrar a Megan.

Dentro del despacho, vi aparecer de repente a Healy, con una taza

de café recién hecho en las manos. Miró hacia nosotros, se detuvo un momento y luego se alejó y se perdió de vista.

«Sí, todos queremos encontrarla —pensé—. *Algunos más que otros».*

21

Phillips hizo que alguien me llevara a mi coche, que había dejado fuera de la casa Bryant. Un agente uniformado seguía apostado frente a la puerta principal, otro más arriba en el camino de entrada, y había luces encendidas en el salón. La cinta de la escena del crimen brillaba bajo la luz de la calle.

De vuelta a casa, coloqué el teléfono en manos libres e hice un par de llamadas. La primera fue para Liz. Era viernes por la noche y se suponía que íbamos a ir al nuevo restaurante italiano que su cliente tenía en Acton. Le dije que seguía en pie, pero que me había liado con el trabajo y tendría que volver a reservar la mesa para las ocho y media. Dijo que estaba bien. Mientras colgaba la llamada y pensaba en lo que me esperaba, algo se me revolvió en el estómago. Emoción. O duda. O ambas cosas.

Cuando el tráfico se detuvo, metí la mano en la chaqueta, saqué la fotografía del hombre de Tiko›s y estudié su rostro: las líneas, la forma, la frente prominente que se asentaba como un estante de carne sobre un par de ojos negros como el petróleo. No era Sykes. Milton Sykes llevaba mucho tiempo muerto. Pero debía haber suficiente similitud para que Healy creyera que era él. Una vez en casa, averiguaría más cosas sobre Sykes —sus víctimas, sus crímenes, su historia—, pero, mientras tanto, podría empezar a rellenar los huecos. Alcancé el teléfono y me desplacé hasta la T.

Terry Dooley.

Dooley era un viejo contacto que había utilizado durante mis días en el periódico. Su carrera estuvo a veinticuatro horas de irse por el retrete después de que yo descubriera que él y tres de sus detectives habían pasado un par de horas en un burdel ilegal del sur de Londres. Intervine y me ofrecí a salvar su carrera y su vida familiar al mismo tiempo, a cambio de información cuando la necesitara. Aceptó a regañadientes, dándose cuenta de que el intercambio era mejor para él. Dooley era todo fanfarronería y fachada, pero estaba arrepentido. Lo único que le importaba más

que su trabajo eran sus hijos, y la idea de verlos una vez a la semana después de que su mujer lo hubiera arrastrado a los tribunales de divorcio era más aterradora que cualquier escena del crimen.

—Qué buen final de día —me respondió cuando le dije quién era.

—¿Cómo estás, Dools?

—Genial ahora que te escucho, Davey. ¿Qué necesitas esta vez? ¿Que te limpie el coche?

La última vez que le llamé, le pedí que resolviera un problema que había tenido con un coche de alquiler robado. Los días en que Dooley se ocupaba de delitos menores habían quedado atrás hacía unos quince años. Había estado trabajando en asesinatos la mayor parte del tiempo.

—Nada de eso, Dools, aunque mi cocina necesita una mano de pintura.

Resopló.

—Qué gracioso.

—Esto no te llevará mucho tiempo. —Miré la fotografía del hombre del club—. ¿Conoces a alguien del equipo que investiga el caso de Megan Carver?

—¿El equipo del caso Carver? —Hizo una pausa—. No, la verdad. Trabajan sobre todo en las comisarías del norte de Londres y sus alrededores.

—¿Por qué?

—El superintendente jefe quería que pareciera que las cosas se centraban en el ámbito local, para que su familia y el público pensaran que estábamos en primera línea, haciendo las preguntas adecuadas a las personas adecuadas. Quedaba mejor en los periódicos si los equipos seguían siendo locales.

—Pero ¿es todo mentira?

Resopló.

—¿Tú qué crees? Conozco algunas caras, pero no mucho. He visto a Hart por ahí. Solía trabajar en la Unidad de Control de Clubes y

Vicios con uno de los chicos de mi equipo. Lo llamaban «Skel», como «esqueleto». ¿Lo has visto?

—Sí. Es delgado.

—*¿Delgado?* —Dooley se rio—. No confío en nadie que parezca que acaba de ser desenterrado.

—¿Alguien más?

—Conozco a Eddie Davidson. Pasamos las pruebas juntos, pero no he visto a ese rey de las hamburguesas desde hace unos años. Los demás... solo lo que he oído. Hay un tipo que va como un cohete.

—¿Phillips?

—Sí, ese.

—¿Alguna idea de por qué Hart y él trabajan en la misma oficina?

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que él es inspector jefe, y Hart también. Son dos dirigiendo un pequeño equipo de otros ocho detectives. Nunca me había encontrado con un equipo así, ¿y tú?

—Tampoco.

—Y entonces, ¿qué crees?

—¿Mi opinión? Suena como un billete de ida a un gran vertedero de política y choques de personalidades. ¿Quién es el oficial a cargo de la investigación? ¿Quién establece el registro de políticas?

El oficial a cargo dirigía el caso y también era responsable de determinar los parámetros del registro de políticas, un conjunto de normas exclusivas para cada caso, que establecían la forma en que el equipo investigador trataba aspectos como las funciones, las responsabilidades, las búsquedas del sistema HOLMES y los medios de comunicación. Dooley tenía razón: ¿quién tomaba esas decisiones cuando había dos oficiales de igual rango trabajando tan cerca? Algo estaba definitivamente fuera de lugar. Solo tenía que averiguar qué.

—¿Puedo colgar ya? —preguntó Dooley.

—¿Qué hay de un tipo llamado Healy?

—*¿Colm* Healy?

—¿Lo conoces?

—Sí, todo el mundo conoce a Colm. Fue un buen policía en su día.

Trabajó en asesinatos conmigo durante un tiempo. Tenía un olfato de sabueso.

—¿Y ya no es bueno?

—Ha tenido... —Entonces se detuvo—. Ha tenido algunos problemas personales.

—¿Como cuáles?

—Su mujer lo dejó, sus hijos lo odiaban a muerte. Estuvo mucho tiempo con ese tema sin resolver, lo que prácticamente lo quebró durante un año. Tuvo que tomarse un mes de baja por estrés, y cuando volvió era la mitad de policía y el doble de hombre. Parecía el dirigible Goodyear la última vez que lo vi.

—¿Por qué lo dejó su mujer?

—Porque pasó la mayor parte de su vida encadenado a un escritorio trabajando en asesinatos. Ella acabó tirándose a otro tío, y cuando Colm se enteró, se volvió loco.

—¿Y qué hizo?

—Le dio tal puñetazo que le hizo llevar collarín durante ocho semanas. Perdió la audición en uno de sus oídos durante un tiempo. Los chicos ya se habían vuelto contra él, así que no se hizo ningún favor. Creo que tiene tres: dos chicos y una chica. La chica acabó teniendo una bronca enorme con él; le dijo que ya no soportaba estar en la misma habitación que él. Se levantó y se fue un par de días después.

—¿Se mudó?

—Desapareció.

—¿Cómo que desapareció?

—Se esfumó.

—¿En serio?

—Sí, de verdad.

Me detuve un momento. La hija de Healy se había ido, igual que Megan. «*Por eso estaba tan interesado*». Tal vez pensó que podría haber una conexión entre ellas. O tal vez ya había encontrado una.

—¿Alguna vez fue registrada como persona desaparecida?

—¿Por qué, quieres hacer negocio? —Dooley se rio de su broma—.

Sí, Healy y su mujer se unieron una última vez e intentaron encontrarla. Healy reclutó a un par de chicos de la Policía Metropolitana para que lo ayudaran durante unas semanas, pero todo se fue al garete. Cuando no apareció nada, los jefes le quitaron la ayuda y los asignaron a otras investigaciones.

—¿Puedes enviarme por correo electrónico el archivo de personas desaparecidas?

—Sí, si quiero que me despidan.

Fanfarronería y fachada. Así jugaba Dooley, para sentir que aún tenía algo de control.

—Envíalo a mi correo de Yahoo.

Esta vez recibí el silencio como respuesta.

Delante, las luces de freno parpadeaban en la noche, luego desaparecían, y yo hacía avanzar el coche unos metros más.

—Entonces, ¿eso es todo? —preguntó Dooley.

—Una cosa más.

—Es viernes por la noche.

—No llegarás tarde a la discoteca, Dools, te lo prometo.

Suspiró, su aliento crepitó en la línea.

—¿Qué puedes decirme sobre Milton Sykes?

—*¿Sykes?*

—Sí.

—No me había dado cuenta de que ahora estabas desenterrando casos sin resolver, Davey. Las cosas deben ir paso a paso. ¿Quién quiere saber de él?

—Solo estoy interesado.

—¿Has oído hablar de Internet?

—Sí, recuerdo que alguien me habló de ello una vez.

—Mete su nombre en Google. Encontrarás un trillón de entradas.

—¿Algo que no se haya hecho público?

—Sé que puedo parecerlo —dijo Dooley—, pero no soy *tan* viejo. ¿Cómo coño voy a saberlo? La gente se comunicaba con señales de humo cuando Sykes acechaba.

—Vamos, Dools. Sé cómo funciona. Son conocimientos

transmitidos a través de generaciones de policías, como secretos de familia. A los veteranos os encanta hablar de lo que habríais hecho de otra manera.

Hizo una pausa y luego volvió a resoplar por la línea.

—¿Qué quieres saber?

—¿Alguna vez ha tenido imitadores?

Hizo una pausa.

—¿Tienes a alguien corriendo por ahí haciéndose pasar por Sykes?

—No. Solo pregunto.

—No.

—¿No hay imitadores?

—No. Ese tipo es de la vieja escuela. La mayoría de los menores de cuarenta años probablemente ni siquiera sabrían decir quién era. Sykes es de la época de nuestros abuelos. Cuando esa generación se extinga, nadie sabrá lo que hizo.

—Háblame de él.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Todo.

La línea se volvió un poco inestable. Sonaba como si se estuviera moviendo. Cuando empezó a hablar de nuevo, su voz era prácticamente un susurro:

—Vale, ¿quieres saber mi teoría?

—Por eso te he llamado.

Otra pausa.

—Enterró los cuerpos en el bosque.

Volví a oír que se movía. Se trasladaba a un lugar donde nadie lo oiría hablar. Me acerqué al manos libres y subí el volumen al máximo.

—Solo dame la versión resumida —le dije.

—La versión resumida es la misma que la versión larga: estaba completamente loco desde el primer día. Su padre se piró en cuanto se subió los pantalones después de crearlo, y su madre murió de tuberculosis dos meses después de nacer el joven Milton. Sykes se fue a vivir con su tía psicópata y su tío al final de la calle; ella era

una zorra del infierno y él, un violento gilipollas. Dieciséis años recibiendo palizas y encerrado en la oscuridad. En la escuela fue un fracaso total, como era de esperar, aunque sacó un sobresaliente matando animales y siendo un solitario raro al que nadie quería ni hablaba.

—¿Qué pasó después de que se fuera de casa?

—Consiguió trabajo en una tintorería cerca de East India Docks. Entonces las mujeres empezaron a desaparecer. Crees que *somos* malos en nuestro trabajo; la policía de entonces ni se dio cuenta durante seis años.

—¿Por qué?

—Todas las mujeres eran inmigrantes indias que trabajaban en las fábricas textiles. Sus familias denunciaron su desaparición, pero su inglés era malo o inexistente. La policía se excusó tras la detención de Sykes fingiendo que no entendía lo que le decían, pero la verdad es que probablemente les importaba una mierda.

—Entonces, ¿cómo lo atraparon?

—Dejó de secuestrar a chicas indias.

—Y empezó a secuestrar a las blancas.

—Eso es. Una chica llamada Jenny Truman. Diecinueve años. Pelo rubio, ojos azules. Fue a trabajar a una de las fábricas por la mañana y nunca volvió a casa.

—¿Por qué cambió?

—Era inteligente. Sabía que la policía no se ensañaría con las desapariciones de indias, así que jugó sobre seguro. Pero después de un tiempo no pudo evitarlo y fue a por Truman. Fue entonces cuando la policía decidió por fin ponerse seria. Finalmente, un par de testigos les dijeron que la habían visto marcharse con alguien que coincidía con la descripción de Sykes. Así que se dirigieron a la casa de Sykes en Forham Avenue. ¿Sabes dónde es eso?

—No.

—Eso es porque ahora la han derribado y han construido un polígono industrial donde antes estaba la carretera. Estaba justo en el límite del bosque de Hark›s Hill, una gran zona llena de viejas

fábricas en el este de Londres. Cuando la policía se presentó en casa de Sykes, este se excusó y se dirigió a un retrete situado al fondo de su jardín, y luego se dio a la fuga. Desapareció en el bosque.

—¿Lo encontraron?

—No. Lo perdieron. Pero registraron su casa y encontraron un vestido de Jenny Truman manchado de sangre y una pala, todo ello escondido en un hueco de la pared de su cocina. Tres días después, se entregó en una comisaría de Camberwell.

—¿Por qué?

—Dijo que estaba cansado de huir.

—¿Así que nunca encontraron los cuerpos?

—No —dijo Dooley—. Después de que lo colgaran en 1906, hicieron otra búsqueda en el bosque y volvieron con las manos vacías como antes. Pero *seguro* que los enterró allí.

—¿Por qué dices eso?

—Conocía ese bosque como yo conozco el camino al bar. Solía escaparse allí de niño para alejarse de su familia chiflada. Había un lugar del que hablaba en sus entrevistas con la policía. Los lugareños lo llamaban el Árbol de la Horca, un extraño roble en forma de T, nudoso y viejo, que parecía una horca gigante. Hay fotos de él en Internet. A la mayoría de la gente le daba miedo, pero no al joven Milton. Le gustaba tanto que construyó una casa en el árbol. ¿Has estado alguna vez allí?

—¿En Hark›s Hill? No.

—Es un lugar extraño. Tiene esa... —Dooley hizo una pausa y bajó aún más la voz—. Tiene esa... *atmósfera*.

Sonreí.

—¿Ahora crees en los espíritus?

—Ríete. Si no me crees, pregunta sobre los equipos que enviaron allí en los años veinte para intentar poner una vía de tren.

—¿A qué te refieres?

—En 1921, las autoridades locales decidieron que querían una vía que uniera las fábricas de Hark›s Hill con la línea principal al otro lado del bosque. Enviaron equipos allí para despejar un camino y

empezar a poner los cimientos para las vías del tren, pero... —Volvió a hacer una pausa—. Pero se asustaron.

—¿Se asustaron?

—Vieron y oyeron cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Nadie estuvo nunca seguro, pero lo suficiente como para ponerles los pelos de punta. Ese pequeño proyecto duró cuatro semanas antes de que toda la plantilla decidiera que ya no podían más.

—¿No continuaron?

—Como he dicho, ese lugar... —Dooley contenía la respiración—. La primera vez que alguien me contó esa historia, me partí de risa. Pero lo puedes comprobar si vas alguna vez allí.

—¿Hablas en serio?

—Ve a visitarlo —dijo, sin ningún atisbo de humor en su voz—. Ya me conoces, lo único en lo que creo es en una cerveza un viernes por la noche. Pero, si vas a suficientes escenas del crimen, empiezas a tener un verdadero sentido de la vida y la muerte. Y a veces...

—¿Qué?

—He trabajado en asesinatos durante quince años, y algunos de los lugares en los que acabas... No sé, estás de pie sobre los cuerpos en unos agujeros y puedes *sentir* que un lugar está maldito. Es la única forma en que puedo describirlo. Te haces una idea de los lugares, sintonizas con las cosas. Por eso te digo que sé que enterró a esas mujeres en el bosque. Porque fui y ese lugar... Hay algo tenebroso allí.

22

Mientras subía por el camino hacia mi casa, pude ver la televisión encendida en el salón de Liz. Una reportera estaba de pie cerca de los muelles de Royal Docks, con el Támesis enmarcado a sus espaldas. En la parte inferior de la pantalla, un teletipo corría de derecha a izquierda: «Informe policial: la mujer encontrada en el río vuelve con su familia». Cuando llegué al porche, había un segundo mensaje: «La familia ha pedido que no se haga público ningún nombre ni detalle». Recordaba a la misma reportera cubriendo la misma historia un par de días antes mientras estaba en el café cercano al Instituto de Secundaria Newcross. No sabía mucho al respecto, pero *sí* sabía que, si hubiera tenido alguna base como historia, la noticia no se habría dejado para la última hora del boletín informativo. Abrí la puerta de casa y me adentré en la oscuridad.

Después de ducharme, revisé mi armario. Me puse una camisa, unos pantalones y un par de zapatos que no me había puesto desde el funeral. Luego me senté en el borde de la cama y miré mi reflejo en el espejo. Algo se revolvió de nuevo en mi estómago, y sentí que toda la duda, la culpa y el miedo me recorrían el pecho.

«Es demasiado pronto», pensé.

Y entonces me di cuenta de que, hasta que no lo hiciera, siempre sería demasiado pronto.

***

Diez minutos después, Liz abrió la puerta. Estaba preciosa. Llevaba un vestido negro de cuello *halter* que seguía la forma de su cuerpo hasta la mitad de las pantorrillas. Se había rizado el pelo en las puntas y le caía sobre los hombros en tirabuzones. Llevaba un poco de maquillaje, pero no mucho —sus mejillas parecían tener un color natural— y sus ojos, oscuros y juguetones, me miraron de arriba abajo.

—Guau —dije.

—Gracias. —Agitó los párpados en broma y cogió un largo abrigo negro que estaba tendido sobre el respaldo de uno de los sofás—. Tú también estás muy elegante.

Me miré. Llevaba una camisa negra abotonada, unos vaqueros elegantes y una chaqueta larga y negra *carísima* de Armani que había comprado en un lujoso centro comercial de Dubái cuando tuve que pasar allí una semana con el periódico. Quedaba muy bien en la percha, aún mejor puesta, pero decididamente menos bien saliendo de mi cuenta bancaria. Desde entonces, me la había puesto tres veces, aterrorizado de dañarla al someterla al aire libre.

—Me siento mal vestido —dije, mirándola.

—Tonterías —respondió ella, poniéndose el abrigo—. Te ves muy bien.

Le entregué una bolsa de papel marrón.

La cogió y miró dentro. Su cara se ensanchó de placer.

—¿Café Kona? —preguntó—. Ahora me toca a mí decir «guau».

—Es solo café.

—Es café *Kona*, David.

—Ahora te verás obligada a pensar en mí mientras lo tomas.

Me sonrió.

—Eso no será difícil.

El restaurante estaba unos cinco kilómetros, justo al borde de Gunnersbury Park. De camino, hablamos de cómo nos había ido el día. Cuando llegó mi turno, omití la parte en la que acababa en la escena de un crimen y pasaba tres horas en comisaría. Liz me miró un par de veces, como si supiera que no le había contado todo, pero no indagó.

En el restaurante, el dueño —su cliente— le dio un beso y un abrazo, y luego nos buscó una mesa al fondo, con vistas al parque. En las paredes había fotos en blanco y negro de la vieja Italia: calles empedradas, ventanas enrejadas que daban a pequeñas plazas, hombres y mujeres de rostro pétreo a la salida de los cafés, con la piel marcada por la edad y el color oscurecido por el sol del Mediterráneo. Pedí una botella de vino blanco y un poco de agua, y

entonces —una vez que el camarero se hubo ido— me volví, para encontrarla mirándome.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —dijo—. ¿Estás *tú* bien?

—Sí, yo estoy bien.

Hubo una ligera vacilación entre nosotros. Era un camino muy diferente de los que habíamos recorrido antes. Ella podía ver la aprensión en mí, y yo podía verla reflejada en ella. Hacía casi dos años que Derryn había muerto, y en ese tiempo había sido una comida, un café o algo de compañía al final de un día duro. Ahora era el principio de algo más.

Volví a la conversación preguntándole por su hija.

Liz había conocido a su exmarido nada más salir de la universidad y se había casado a los veintidós años. Un año después nació Katie. Ya me había hablado un poco de su pasado. Su marido había luchado con ella por la custodia de su hija, pero quedó en segundo lugar.

—Él puede ser un poco... —me miró— *violento*. —Asentí, mostrando que lo entendía—. Nunca nada grave. Y *nunca* tocó a Katie, pero cualquier futuro que yo hubiera imaginado para nosotros se fue rápidamente por el retrete cuando empezó con la bebida.

—¿Cuándo decidiste separarte?

—Cuando Katie tenía dos años. La llevé a casa de mis padres el fin de semana, me senté con él y le dije que me iba. Se lo tomó mal, como era de esperar. Creo que cualquier hombre, incluso un borracho, se siente herido cuando le dices que no está cuidando de su familia.

—¿Katie lo ve?

—Su padre se mudó al norte. Hace ocho años que no lo ve.

Nuestra cena llegó unos minutos más tarde.

—¿Y tú? —me preguntó mientras empezábamos a comer.

—¿Qué quieres que te cuente?

—¿Alguna vez pensaste en formar una familia?

—Hablamos mucho de ello, sobre todo cuando llegamos a la

treintena. Siempre imaginé que mi trabajo me disuadiría de tener hijos, por toda la tragedia y la angustia que me tocó ver, pero nunca fue así. En verdad, siempre lo quisimos. Al final, sin embargo, Derryn descubrió que tenía cáncer y..., bueno, dejó de ser importante. —Le sonreí, haciéndole saber que todo iba bien. Ella pareció entender el gesto, pero me di cuenta de que la conversación había derivado hacia donde ninguno de los dos quería. Hice un intento de redirigirla —: Mi madre solía decirme que me quería más que a nada en el mundo, pero que le había quitado las ganas de tener otro hijo.

Liz sonrió.

—¿En serio? Entonces, *¿siempre* has sido travieso?

—Por lo que parece, nunca pudieron encontrar mi latido cuando mi madre estaba embarazada.

—Entonces, ¿qué eres?, ¿un *vampiro*?

Me reí.

—Un vampiro no, pero sí un grano en el culo.

—¿Cuándo fallecieron tus padres?

—Mi madre, hace poco más de seis años. Cuando era joven, mi padre solía llevarme a disparar a los bosques cercanos a nuestra granja. Tenía la idea de que yo sería tirador en el ejército. Cuando me convertí en periodista y trunqué su sueño, acepté ir a disparar con él los domingos por la mañana siempre que pudiera bajar a verlos. Una mañana volvimos a casa y mi madre estaba tumbada en el banco de fuera. Había tenido un derrame cerebral.

—Lo siento.

Yo me encogí de hombros.

—Es raro. Solo me daba cuenta de que mis padres estaban envejeciendo cuando hablaban de su edad. Nunca lo había notado antes.

—Debes extrañarlos.

—Sí, mucho.

—¿Alguna vez se supera esa sensación?

—¿Quieres la respuesta honesta?

Ella asintió.

—Cuando amas a alguien, no estoy seguro de que sea posible.

Dejé a Liz charlando con el dueño mientras iba a por el coche. La lluvia había amainado, pero seguía haciendo frío. El BMW estaba aparcado cerca de un cementerio y a la vista de la autopista, por donde pasaban los coches bajo un permanente resplandor naranja.

—David.

Me di la vuelta, con la llave en la puerta. Al otro lado de la carretera, saliendo de un *pub*, estaban Jill y Aron. Cruzaron la calle hacia mí.

—¡Vaya! —dijo Jill, sonriendo mientras se acercaban—. ¡Hablando de coincidencias!

Le di la mano a Aron.

—¿Cómo estáis?

—Muy bien —respondió Aron.

Jill levantó el móvil.

—Intenté llamarte antes, pero no contestabas. Supuse que estabas ocupado con el trabajo.

Busqué mi teléfono en el bolsillo. No lo llevaba encima. Entonces recordé que lo había dejado sobre la cama en casa.

—Eso es porque, como la persona brillante que soy, he olvidado traerlo conmigo.

Aron sonrió.

—Los cuarenta: nos pasa a todos.

Jill se rio.

—Oh, bueno, no importa. Solo llamaba para ver si querías salir a tomar algo. ¿Recuerdas que te lo mencioné?

—Por supuesto.

Me acordaba. No lo había olvidado a propósito, pero me alegré de haber salido a cenar con Liz en su lugar. Incluso por las escasas conversaciones que había mantenido con ambos, era obvio que su amistad se estaba desarrollando de una forma que ambos disfrutaban. No quería meterme en medio.

—Lo siento mucho —dije, mintiendo—. Habría sido genial.

—Quizá la próxima vez —dijo Jill.

Miré a Aron. Sonreía y parecía como si no le preocupara si yo decía que sí o que no. Si era para aparentar o para evitar que me sintiera incómodo, estaba haciendo un buen trabajo.

—A la próxima —dije.

—De hecho, quería darte las gracias, David —dijo Aron.

—¿Por?

—Por ir a ver a Jill la otra noche. —La miró. Ella le sonrió—. Estaba en Manchester en una reunión de trabajo y tuve el teléfono apagado toda la noche.

—No importa —dijo ella.

—Sí importa —respondió él en voz baja. Luego se volvió hacia mí —. De todos modos, quería darte las gracias por intervenir y ayudar.

Levanté una mano.

—En serio. No fue nada.

—Bueno, fue muy amable por tu parte.

Le hice un gesto con la cabeza.

—¿Queréis que os lleve a algún sitio?

—Oh, no, no te preocupes —dijo Jill.

—Solo hay un kilómetro hasta mi casa —añadió Aron, señalando con la cabeza al otro lado del cementerio, donde se había levantado un conjunto de casas de nueva construcción—. Deberías venir un día. Podemos celebrar juntos la llegada de la vejez.

Sonreí.

—Me gusta vivir en la negación.

—Entonces, podemos vivir juntos en la negación.

Le estreché la mano, pero Jill pareció dudar cuando me volví hacia ella. Le había prometido que haría unas llamadas por ella, aunque también le había dicho que sería después de aclarar el caso Carver. Solo hacía un día que se lo había ofrecido. Pero podía entender su impaciencia. Quería saber qué le había pasado a Frank, y no quería tener que esperar ahora que había encontrado a alguien dispuesto a ayudarla. Le había dejado un mensaje a un antiguo contacto mío que trabajaba en el Servicio Nacional de Inteligencia Criminal antes

de que pasara a formar parte de la Agencia contra el Crimen Organizado. Pero no le había insistido.

—No me he olvidado de lo de Frank —dije.

—Oh, muchas gracias.

Asentí a ambos, me despedí de nuevo y subí al BMW. Mientras volvía al restaurante a recoger a Liz, miré por el retrovisor y los vi uno al lado del otro, riéndose de algo, desvaneciéndose en la noche.

Liz se ofreció a prepararme una taza de café Kona con el paquete que le había comprado, así que, después de aparcar el coche, me dirigí a su casa. Uno de sus sofás tenía carpetas y papeles legales sueltos esparcidos por él. Me senté en el otro y pude ver libros con nombres como *Diccionario de derecho* y *Abogado procurador* apilados junto a la chimenea. Volvió a entrar, armada con dos cafés, se sentó a mi lado y echó un vistazo a los libros.

—Fascinante, ¿eh?

Cogí una de las tazas.

—Creo que estoy demasiado aterrorizado para averiguarlo.

—Por suerte, tengo memoria fotográfica. —Me guiñó un ojo—. En realidad, no es cierto. Pero parece que se me da bien recordar montones y montones de cosas muy aburridas y muy técnicas.

—Así que si yo soy un vampiro, eso te hace a ti... ¿un robot?

Se echó a reír y luego se hizo un silencio momentáneo entre nosotros.

—Gracias por la cena de esta noche —dijo.

—Dale las gracias a tu amigo.

—No, quiero decir... —Hizo una pausa y bebió un sorbo de su taza —. Quiero decir que gracias por invitarme a salir. Sé que no tenías que hacerlo.

—No tenía que hacerlo, pero quería.

Ella asintió.

—Sé lo duro que debe ser esto.

La miré. Sus ojos eran oscuros. Se llevó una mano a la cara y se

recogió el pelo detrás de una oreja, y sentí un repentino e inesperado tirón hacia ella.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Dejé el café. Liz siguió mi mano y volvió a mirarme. Puse mis dedos sobre los suyos y le solté la taza, dejándola junto a la mía.

Luego, despacio, me incliné hacia ella y la besé.

Al principio se echó un poco hacia atrás, con sus labios aún sobre los míos, como si no quisiera que me sintiera obligado. Entonces, cuando le llevé una mano a la nuca y la apreté más contra mí, respondió. Nos dejamos caer de nuevo en el sofá, yo encima de ella, sintiendo sus contornos y sus formas debajo de mí. Aspiré su aroma mientras nos besábamos y una de sus piernas se movía entre las mías. Ella gimió un poco, y una sensación me recorrió, como si cada terminación nerviosa de mi cuerpo se estuviera disparando. Cuando la miré, me observaba con los ojos llenos de adoración.

Y fue entonces cuando me aparté.

Lentamente, su expresión cambió.

—Lo siento mucho, Liz.

Cogió uno de mis brazos y lo apretó.

—No tienes por qué lamentarlo —me dijo con dulzura, pero pude ver la decepción en sus ojos. Derryn pasó por mi cabeza, una serie de imágenes que estaban ahí y luego volvían a desaparecer: la noche que la conocí, el día que nos casamos, los dos en una playa de Florida, y luego al final de su vida —envuelta en sábanas manchadas de sudor— mientras agonizaba en nuestra cama. Me acerqué más a Liz y volví a disculparme, pero había arrasado el momento, había derrumbado cualquier esperanza que ella tuviera, y lo que quedaba entre nosotros era exactamente lo que siempre había existido.

Mis dudas. Mis miedos. Mi culpa.

23

Cuando me desperté a las nueve de la mañana siguiente, la casa estaba fría. Encendí el fuego en el salón y puse la cafetera. Mientras esperaba a que se infusionara el café, volví al dormitorio en busca de mi teléfono. Tenía dos llamadas perdidas. La primera había sido de Jill, como era de esperar, a las ocho de la tarde anterior. También había recibido un mensaje de ella: «*Hola, David. Hemos quedado en el Lamb en Acton, a las 8:30 de la tarde. ¿Nos vemos allí? Jill*». La segunda llamada perdida era de Ewan Tasker a las 7:55 de la mañana.

Tasker era el contacto que le había mencionado de pasada a Jill. Ahora trabajaba para la Policía Metropolitana en calidad de asesor, pero antes había formado parte del Servicio Nacional de Inteligencia Criminal, antes de que fuera asimilado por la Agencia contra el Crimen Organizado. Al igual que las otras fuentes de mis días en el periódico, nuestra relación se basaba en el beneficio mutuo, pero a lo largo de diez años nos habíamos convertido poco a poco en buenos amigos. La última vez que lo vi fue en su sesenta cumpleaños, casi un año antes. Lo había celebrado en un club de golf de Surrey. Nos sentamos junto a las ventanas, mirando al campo, ambos bebiendo *whisky*. Él lloraba por la llegada de los sesenta. Yo estaba de luto por la muerte de mi esposa.

Intenté devolverle la llamada, pero nadie contestó, y dejé que mis pensamientos volvieran a Megan, al hombre de la discoteca... y a Milton Sykes.

En el dormitorio de invitados encendí el ordenador, me conecté a Internet e imprimí todo lo que pude encontrar sobre Sykes. Quería toda la información posible sobre su vida, su educación, sus delitos y su detención. No estaba seguro de cómo encajaba en lo que tenía, pero las evidentes similitudes físicas entre Sykes y el hombre de Tiko›s no podían ignorarse, y tampoco la idea de un imitador. Anoté la información más importante y pasé cuidadosamente por el resto, asegurándome de que no se me pasaba nada por alto. Cuando

terminé la primera lectura, volví al principio y lo leí todo de nuevo. Luego una tercera vez. Dos horas después, tenía dieciséis páginas de notas.

Volví al ordenador e inicié sesión en mi cuenta de Yahoo. Había un correo electrónico esperando. Lo había enviado Terry Dooley: sin asunto, sin mensaje, pero con un PDF adjunto. Lo arrastré al escritorio y lo abrí. Era el expediente de personas desaparecidas que Colm Healy había creado para su hija, y unas cuantas páginas varias añadidas al final que cubrían la búsqueda posterior de la chica.

Empecé a revisarlo.

Leanne Healy desapareció tres meses antes que Megan, el 3 de enero. Era mayor, tenía veinte años, y no era tan buena en los estudios. Los había dejado a los dieciséis años con resultados mediocres y había ido a la universidad a estudiar Belleza y Terapias Holísticas, antes de abandonar a los seis meses. A partir de ahí, consiguió un trabajo en un supermercado local, que mantuvo durante un año y medio, y luego volvió a la universidad, esta vez para estudiar una diplomatura nacional en Negocios. Terminó el curso dos años más tarde con notas decentes, aunque no espectaculares, y había pasado el tiempo transcurrido entre el final del curso y la fecha de su desaparición luchando por encontrar trabajo. El 2 de enero por fin había conseguido algo: como auxiliar administrativo a tiempo completo en una agencia de contratación. Veinticuatro horas después, desapareció.

Físicamente no era muy diferente a Megan. Ninguna de las dos tenía sobrepeso, pero desde luego no eran chicas delgadas. Tenían una bonita silueta, pero su estatura —entre uno sesenta y uno sesenta y cinco— les habría impedido llamar la atención como lo habrían hecho con unos centímetros más de altura. Megan era la más guapa de las dos. Tenía una calidez natural, evidente en sus fotos, que aumentaba su atractivo. Leanne parecía más dura y menos dispuesta a mostrar una actitud amigable, lo que se reflejaba en la única fotografía del expediente: estaba de pie frente a una casa, con el pelo rubio desordenado cubriéndole parte de la cara. A

la luz, y debido a la calidad borrosa de la imagen, su sonrisa parecía más bien una mueca.

Sorprendentemente, la versión de Healy de los hechos que condujeron a la desaparición de Leanne no difería mucho de la de Gemma, su mujer. Ninguno de los dos relatos mencionaba que él la golpeara, aunque Gemma decía que se puso «furioso y agresivo» cuando se enteró de que ella había tenido una aventura. El propio Healy trató de reivindicar el terreno moral desde el principio de su declaración, hablando de la santidad del matrimonio, antes de admitir que podía «haber asustado» a su mujer cuando ella le contó la verdad sobre su aventura. Declaró haberse «acercado un poco más a ella» de lo que debía y «no haberla insultado». En un momento dado, a mitad de la transcripción, Gemma le dijo a su entrevistador: «Si Colm dedicara tanto tiempo a su familia como a su trabajo, probablemente Leanne no se habría ido esa noche».

La última persona que vio a Leanne con vida fue uno de sus hermanos. Habían estado juntos en casa la tarde del domingo 3 de enero, viendo un DVD. En medio de la película, Leanne le dijo que necesitaba salir. Se fue a las tres y media y no volvió a casa. A las ocho, su hermano llamó a Gemma, que estaba cenando en casa de una amiga, y le contó lo ocurrido. Gemma telefoneó a Healy, que estaba en el trabajo. Siete horas después, Healy denunció su desaparición y fue registrada como persona desaparecida.

Justo al final del expediente había un cartel en blanco y negro de «Desaparecida», y la misma foto de Leanne en la esquina. «*Leanne Healy. Edad en el momento de la desaparición: 20. Leanne lleva desaparecida desde el 3 de enero en Saint Albans, Hertfordshire. Sigue en paradero desconocido. Existe una creciente preocupación por su bienestar. Leanne mide 1,65 m, tiene el pelo rubio hasta los hombros, ojos azules y es de complexión media».* Después aparecía un número de teléfono de una línea de ayuda confidencial y, justo al final de la página, una lista de los lugares que frecuentaba antes de su desaparición.

La lista de lugares incluía sobre todo *pubs* y discotecas, así como

la dirección de la universidad a la que había ido y el nombre de una cafetería a la vuelta de la esquina de casa de sus padres, donde había pasado la mayoría de las mañanas de los sábados estudiando antes de los exámenes. Pero entonces, entre ellos, vi un nombre y una dirección que reconocí: «*Barton Hill Youth Project, 42 Chestnut Road, Islington, Londres*».

El mismo club juvenil al que había ido Megan.

Y el lugar donde conoció al hombre que la dejó embarazada.

El agujero

Sona se despertó. Lo primero que pudo ver fue una línea de luz sobre ella, a unos dos centímetros sobre ella y de unos dos metros de longitud. Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, se dio cuenta de que estaba tumbada sobre un colchón en una especie de agujero. Tenía suelo de tierra y paredes de ladrillo, por las que corrían hileras de agua. Sobre ella, fuera de su alcance, había una trampilla. La fina línea de luz provenía de donde no encajaba bien la trampilla contra la boca del agujero.

El agujero debía tener dos metros y medio de profundidad. Estaba excavado en el suelo, y a través de la rendija de luz que había sobre ella, pudo ver fragmentos de un armario de acero, un fregadero y una botella transparente de algo colocada sobre un mostrador.

Parecía una especie de lavadero.

—¡Ayuda!

Ningún sonido. Ninguna respuesta. Ningún movimiento. Se puso en pie, apoyándose en la pared, y luego se detuvo un momento: aún le dolía la cabeza y notaba magulladuras alrededor de la mandíbula. Cerró los ojos, tratando de serenarse, y empezó a rodear el agujero, inclinando la cabeza para ver mejor lo que había más allá de la trampilla. Todo lo que podía ver eran partes de lo mismo: más del fregadero de acero, más del mismo armario. Y nada más. No había sombras que se movieran. Ni señales de vida.

—¡Mark!

Silencio.

—¡Mark, *por favor*!

Más silencio.

Esta vez gritó hasta que le falló la voz, hasta que el corazón se le aceleró en el pecho —marcando un ritmo frenético contra su caja torácica— y las lágrimas le nublaron la vista. Después de enjugárselas, cerró los ojos y lo visualizó allí, en la oscuridad: tumbado junto a ella en su cama y luego conduciéndola al bosque.

Bzzzzzz.

Abrió los ojos de golpe.

Un ruido desde arriba. Levantó los dedos y arañó las paredes, arrastrando las uñas por las hileras de agua.

—¡Ayuda! ¡Me han secuestrado! ¡Ayuda!

Entonces todo —su voz, el agua contra sus dedos, el suave zumbido en algún lugar en lo alto— quedó ahogado por un fuerte sonido de fondo. Estallaba en las paredes de la habitación sobre el agujero, tan alto que distorsionaba el altavoz del que salía. Sona se tapó los oídos. Incluso a dos metros bajo tierra, era como tener la cara pegada a un amplificador del tamaño de una casa.

Entonces, tan repentinamente como había empezado, se detuvo.

Y la trampilla se apartó del agujero.

Su corazón se agitó, el ruido seguía resonando en sus oídos y un aleteo de miedo recorrió su pecho. Cuando tragó, sintió como si fragmentos de cristal pasaran a su estómago.

—¿Hola?

La trampilla se desprendió por completo y apareció la habitación. Pudo ver el resto del armario de acero que se extendía a lo largo de toda una pared. Otra pared desnuda al lado con una enorme grieta que la recorría. Otro fregadero. Un armario de baño con cristalera, lleno de frascos de pastillas. Una puerta roja, con la pintura desconchada y un panel de cristal en ella. Estaba abierta, pero solo había negrura más allá. Desde lo alto de la tapa de la trampilla, una cuerda serpenteaba hacia la oscuridad de la entrada.

—¿Hola? —volvió a decir Sona.

De la oscuridad de la puerta salió un pequeño tubo de plástico transparente. Chocó contra el suelo de la habitación, rodó por él y cayó en el agujero. Lo cogió. El tubo tenía unos quince centímetros de largo y estaba relleno de algodón. Levantó la vista.

—¿Mark?

Algo más emergió de la negrura de la puerta. Rodó por el suelo, pasó sobre el borde del agujero y cayó hacia ella. Hizo un *ruido sordo* al aterrizar.

Una botella de plástico.

Sona la cogió con sus manos. Dentro había un líquido azul pálido, de la consistencia del agua. No había más etiquetas en la botella, solo un mensaje escrito a mano: «*Aplícatelo* TODO *en la cara y luego vuelve a lanzarlo».*

—Mark —dijo, levantando de nuevo la vista—. Mark, esto es ridículo, cariño. ¿Por qué haces esto? —Se secó un ojo que le lagrimeaba—. ¿Por qué haces esto?

Silencio.

—Mark, dime lo que quieres. —Hizo una pausa—. Este no eres tú, cariño. —Su voz empezaba a quebrarse—. *Mark*. —Esperó cualquier señal de movimiento en la oscuridad—. Mark —dijo, con lágrimas corriendo por su cara ahora—. ¡Mark, cabrón! ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué haces es...?

—Póntelo en la cara.

Sona se detuvo, el corazón le dio un vuelco. Un gemido salió de sus labios. El miedo recorrió su espalda como un dedo que trazara la cresta de su columna vertebral. Volvió a tragar saliva.

—¿Mark?

Algo se movió en la oscuridad de la puerta. Podía ver una pequeña mancha blanca del tamaño de una moneda.

Una cara.

Luego salió por la puerta.

Se movió despacio, mirándola, y se detuvo justo en el borde del agujero. No era Mark. Era otro hombre: pelo negro con raya al lado, piel pálida y una mirada oscura que se le clavaba como alfileres. En su mano izquierda sostenía algo grande.

—¿Dónde está Mark?

—Póntelo en la cara.

Ella dio otro paso atrás y chocó contra una de las paredes.

—¡Mark!

—Póntelo en la cara.

—¡Mark!

—*Póntelo en la puta cara*.

Otra oleada de miedo estalló bajo sus costillas y se encogió en la

esquina del agujero. «*Su voz. ¿Qué le pasa a su voz?».* Era metálica y robótica, y notaba un ruido constante de estática detrás de él. La confusión la llevó al límite: las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas, sobre sus labios, trazando el ángulo de su cuello.

«Mark», fue a decir de nuevo, pero esta vez se detuvo.

Porque, por encima de ella, el hombre levantó lo que tenía en la mano... y lo dejó caer en el agujero. Aterrizó con fuerza en el suelo, a unos cinco centímetros a su derecha. Se apartó de él arrastrando los pies, intentando averiguar qué era.

Y entonces lo vio.

El torso de un maniquí.

De color crema y rígido. Pinchado y roto. El centro del pecho tenía un agujero, del que salía una gasa.

—¿Ves eso? —dijo desde lo alto del agujero, con los dedos crispados y una sonrisa inquietante extendiéndose por su cara—. ¿Ves ese maniquí?

Hizo una pausa. Dijo la palabra *maniquí* de manera entrecortada, y luego se oyó un ruido difuso, como estática. Sona gimoteó, hundiéndose por completo en la esquina del agujero.

—Bueno, voy a coserle tu puta cabeza.

24

Conseguí el número del club juvenil, pero, tras el décimo tono sin respuesta, corté la llamada. Entonces marqué el número de los Carver y pregunté si podía pasarme por allí. James me dijo que estarían hasta mediodía, ya que los sábados por la tarde era cuando llevaban a su madre a dar una vuelta. Pasaba el resto de la semana en una residencia de ancianos de Brent Cross.

El viaje me llevó cuarenta minutos. Pasé por Barton Hill para hacerme una idea de dónde estaba. Estaba cerrado. Un cartel de latón en la fachada decía que estaba abierto de lunes a viernes, de nueve de la mañana a nueve de la noche. El edificio estaba a unos cuatrocientos metros de la casa de los Carver —cerca de la estación de King›s Cross, en un delgado triángulo de tierra entre dos carreteras principales— y tenía toda la belleza estética de un contenedor de transporte: sin ventanas, con paneles de acero ondulado hasta más o menos los dos metros —donde tomaba el relevo un uniforme ladrillo rojo— y una gran puerta oxidada con un candado sobredimensionado. Tal vez todo el dinero lo habían gastado en la decoración interior.

Volví a Pentonville Road y me dirigí a la residencia de los Carver. En la casa, la puerta ya estaba abierta. Subí por el camino y vi a James Carver de pie en la entrada, llenándola con su enorme figura, sus ojos observando el cielo mientras las nubes oscuras empezaban a romperse y la lluvia comenzaba a caer. Nos dimos la mano y entramos.

Caroline estaba en la cocina. Levantó la vista y me saludó. De inmediato pude sentir una atmósfera tensa entre los dos. Carver obviamente todavía se sentía traicionado por su mujer. Imaginé que, de un modo extraño, él también sentía que no conocía a su hija tan bien como la había conocido su mujer; un sentimiento que se magnificaba aún más ahora que la chica había desaparecido.

Nos sentamos en el salón mientras Caroline servía café. Detrás de

nosotros, en un rincón de la habitación, Leigh jugaba con un tren de madera.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Carver.

—Están progresando. Tengo un par de buenas pistas. Una es la razón por la que estoy hoy aquí.

Levantó las manos.

—Lo que necesites.

Caroline llegó con una bandeja de cafés y algunas galletas. La depositó sobre la mesa de cristal que había entre nosotros. Le di las gracias y cogí una de las tazas.

—¿Una de las pistas es Charlie Bryant? —preguntó Carver.

Sus ojos estaban fijos en mí, esperando la respuesta. Durante el trayecto, decidí que no iba a mencionar los sucesos del día anterior, aunque lo más probable era que lo hubiesen leído en los periódicos de la mañana. Pero ahora me miraban y me preguntaban lo que de verdad querían saber: ¿Megan también estaba muerta?

—Por el momento, no hay nada que lo conecte con Megan, aparte del hecho de que ella lo conocía.

En el fondo, en sus momentos más oscuros, probablemente habían vislumbrado un final similar para su hija. Ella en un campo o en una callejuela. Ellos de pie en la tenue luz de una morgue mientras el cuerpo de Megan, desnudo y roto, yacía rígido frente a ellos.

—¿El nombre Barton Hill significa algo para vosotros?

Carver frunció el ceño. Caroline empezó a asentir.

—Sí —dijo ella—. Megan solía ir allí hasta que desapareció. Es un club juvenil, una especie de proyecto comunitario. Ayudan a adolescentes con parálisis cerebral.

—Ah, el club juvenil —dijo Carver, esforzándose demasiado. Había estado en lo cierto: ahora se sentía como si estuviera de pie en el lado equivocado del cristal; mirando fijamente a una hija, y a su madre junto a ella, preguntándose qué más yacía enterrado a sus pies.

—¿Puedes decirme algo más al respecto?

Caroline se encogió de hombros. Seguía estando enfadada. Carver le dirigió una mirada. Ella lo captó y se volvió hacia mí.

—Solo lo que Megan me contaba. Organizaban actividades para niños con parálisis cerebral, les ofrecían la oportunidad de hacer algo normal, al tiempo que les daban un respiro a sus padres.

—Entonces, ¿qué la hizo decidirse a empezar a ir?

—Había un programa de prácticas en el instituto —dijo Caroline, mirando a su marido. Parecía que tampoco sabía nada de esto—. Quería hacer algo por los niños desfavorecidos y discapacitados. Así que habló con sus profesores y le dieron una lista de lugares a los que podía ir y adquirir experiencia durante quince días. Acabó en Barton Hill.

—¿Y siguió yendo después de que terminaran las prácticas?

Caroline asintió.

—Le gustó.

—¿Alguna vez conociste a la gente que lo dirigía?

—Solo de pasada. Jim solía hacer sus cuentas semanales los miércoles por la noche, así que acabé siendo yo quien la llevaba y traía. Conocí a algunas de las personas que estaban allí, solo por llevarla y luego recogerla.

—¿Te acuerdas de alguien?

Hizo una pausa, se lo pensó.

—El tipo que lo dirigía se llamaba Neil Fletcher. Había otros dos o tres, pero nunca hablé mucho con ellos.

—¿Megan habló alguna vez de alguien de allí?

Los dos me miraron, con los ojos brillantes y el cerebro a mil por hora. De repente, James Carver volvió a una conversación de la que se había ido alejando poco a poco.

—¿Crees que se fue con alguien que conoció allí? —dijo.

—No, no lo creo —mentí.

Podría haberles dicho la verdad: que tenía motivos para creer que sí. Que el club juvenil, y alguien que trabajaba allí, podían estado relacionados con su embarazo y su desaparición. Pero había cosas que tenía que averiguar primero. Había preguntas que necesitaban

respuesta. Y había un hombre, en algún lugar, que sabía la verdad sobre dónde estaba Megan... y si alguna vez la encontraríamos con vida.

25

Una hora más tarde, estaba abriendo la puerta de la oficina cuando sonó mi teléfono. Miré la pantalla. Era Spike.

—¿David? Siento haber tardado.

—No te preocupes. ¿Qué tienes para mí?

Lo oí dar golpecitos.

—Vale, el número del apartado de correos que me pediste que mirara... —Hizo una pausa. Más golpes—. Es de una organización benéfica llamada... uh, London Conservation Trust.

Megan había recibido un correo electrónico de ellos. Me senté en mi escritorio y encendí el ordenador. Les había llamado cuando Spike me consiguió los registros telefónicos de Megan y lo único que obtuve a cambio fue un escueto mensaje en el contestador. No se mencionaba la organización benéfica. Ni un «gracias por llamar». Solo un hombre que sonaba aburrido en una habitación vacía.

—¿Algo más?

—La dirección es 150 Piccadilly.

—¿Ciento cincuenta?

—Sí. El edificio se llama Minotaur House.

Acerqué una libreta al escritorio y empecé a escribir la dirección. Luego me detuve. *150 Piccadilly*.

—Es el Ritz —dije en voz baja.

—¿Eh?

—150 Piccadilly. Esa es la dirección del Ritz.

¿El hotel?

—Sí, el hotel.

El ordenador emitió un pitido cuando se encendió. Abrí el navegador de Internet e introduje la URL del Ritz. En la parte inferior aparecía su dirección: 150 Piccadilly. Fui a Google y busqué Minotaur House: no obtuve nada. Luego me dirigí al sitio web de la organización benéfica. Tampoco se mencionaba la London Conservation Trust.

El edificio no existía.

Y la organización benéfica tampoco.

Le di las gracias a Spike, colgué y fui al Hotmail de Megan. El correo electrónico del London Conservation Trust estaba justo al final. Se había enviado el 27 de marzo, siete días antes de que Megan desapareciera. El diseño del boletín era sencillo y poco inspirador: un *banner* verde en la parte superior con un logotipo limpio pero básico, todo en verde pálido. La T de Trust era un árbol. Debajo del logotipo había un breve mensaje en el que se le agradecía su donación de diez libras y se le decía que el dinero se destinaría a proteger los parques. No había dirección ni número de teléfono. Ni enlaces o archivos adjuntos.

Leí el mensaje.

Querida Megan:

Gracias por tu donación de diez libras. Quieres proteger los parques de la ciudad y marcar una auténtica diferencia, igual que nosotros. Porque no solo queremos imaginarnos un mundo en el que los animales no estén escapando de los humanos y vivan libres en su hábitat natural, ¡queremos verlo en acción!

En el momento de escribir estas líneas, estamos inmersos en diez campañas diferentes, y cada libra que nos envías ayuda a mantener los parques y zonas verdes de nuestra capital, y a su vez reúne juntos a flora, animales y personas.

Si quieres estar en primera línea, únete a nuestra marcha al Parlamento el próximo lunes, donde intentaremos persuadir a los ministros del Gobierno para que el año que viene den más prioridad a la protección de la fauna local. Consulta el sitio web para obtener más información o introduce tu correo electrónico para suscribirte a nuestro boletín semanal y recibir la información más actualizada a la fecha directamente en tu bandeja de entrada.

Atentamente,

G. A. James

Puse London Conservation Trust, LCT y el nombre G. A. James en Google. LCT no obtuvo ninguna respuesta y el nombre no obtuvo nada en relación con la organización benéfica. La naturaleza incongruente del correo electrónico me había detenido con brevedad la primera vez que lo leí a principios de semana, pero solo porque estaba totalmente fuera de sincronía con los demás mensajes de la bandeja de entrada de Megan. La verdad es que sonaba lo bastante parecido a un boletín benéfico como para pasar desapercibido a la mayoría de la gente; un poco demasiado jocoso y vago, pero nada que llamara la atención de inmediato. Volví a abrirlo y lo leí por segunda vez. «*Consulta el sitio web para más información».*

Pero no había página web.

¿O sí la había?

La dirección de correo electrónico desde la que se había enviado el mensaje era info@lct.co.uk. Puse www.lct.co.uk en otra pestaña del navegador y pulsé la tecla ir. En cuestión de segundos, se cargó un sitio web. Era una página sencilla. Ningún diseño real. Sin estilo. Se asemejaba al boletín en su color verde pálido, pero el *banner* de la parte superior, que presumiblemente era donde debía estar el logotipo, se había corrompido y no se cargaba. Abajo a la izquierda había un menú con cinco opciones: inicio, quiénes somos, nuestros proyectos, contacto, donar. En el resto de la página no había nada, solo las palabras «En construcción» en grandes letras negras y algunas letras y números al azar en la parte inferior. Cuando probé las opciones de la izquierda, todas me llevaban a páginas de error 404, excepto la última: donar. Al hacer clic, apareció un cuadro de inicio de sesión seguro que pedía un nombre de usuario y una contraseña. *¿Qué organización benéfica pedía que se introdujera un nombre de usuario y una contraseña antes de donar? ¿Y dónde estaba la opción de suscribirse al boletín?* Dudaba que hubiera uno.

Toda la web estaba fuera de lugar, pero debía haber sido creada por alguna razón, para servir a algún propósito.

Como experimento, puse la dirección de correo electrónico de Megan como nombre de usuario y la contraseña de su cuenta de Hotmail debajo. El buzón se tambaleó, parpadeó «*Nombre de usuario y contraseña incorrectos*» y se cerró. Volví a hacer clic en donar. Esta vez, utilicé el prefijo de correo electrónico de Megan, «megancarver17», como nombre de usuario y la misma contraseña de Hotmail.

Otra vez equivocado.

«Piensa».

La policía habría trabajado los registros telefónicos de Megan de la misma manera que yo. Habrían visto que la dirección del apartado de correos era falsa y que el nombre del edificio también. Habrían sido conducidos al correo electrónico y luego al sitio web. Sus técnicos habrían acabado burlando la seguridad de la página y encontrado lo que había más allá. Pero aún no habían encontrado a Megan. Quizá significaba que no había nada más allá de la caja de seguridad, o al menos nada que condujera al paradero de Megan. Entonces, ¿por qué alguien se tomaría la molestia de crear el sitio web y el correo electrónico si no hubiera nada que valiera la pena encontrar?

«Piensa».

Miré los números aleatorios al final de la página web: 211123036668599 100125126127132133134141421 4314414803206. No era un mensaje de error o, al menos, si lo era, no se parecía a ningún mensaje de error que hubiera visto nunca. Cogí un bolígrafo y volví a escribir los cuarenta y siete números en el bloc de notas: 125126127, 132133134 y 142143144. De ciento veinticinco a ciento veintisiete, de ciento treinta y dos a ciento treinta y cuatro, y de ciento cuarenta y dos a ciento cuarenta y cuatro.

Todos eran secuenciales.

Volví y trabajé desde el principio, aplicando la misma lógica en todo momento. Si asumía que la lista era una larga serie de números

que aumentaban gradualmente, cuarenta y siete se convertían de repente en dieciocho. 2 11 12 30 36 66 85 99 100 125 126 127 132 133 134 142 143 144 148. Salvo que había hecho trampa, porque justo al final estaban 03206, y no sabía cómo encajaban. Incluso tomando cada número por separado, o cada dos, no había un patrón evidente.

Volví a la bandeja de entrada de Megan y leí de nuevo el boletín.

No había números en el mensaje. Nada que vinculase la secuencia al sitio. Ni una sola prueba que sugiriera que las cifras significaban algo. «*Entonces, ¿por qué están ahí?».* Miré alrededor de la oficina, intentando sacar la inspiración de algún sitio. Mis ojos pasaron junto a cuadros en las paredes, fotografías, las portadas que había escrito y las historias que había publicado. «*¿Qué es lo que no ves?».* Sin nombre de usuario ni contraseña, tendría que recurrir a la ayuda de Spike para burlar la seguridad. Y eso significaba tiempo. Significaba horas sentado esperando. Significaba días perdidos.

Volví a mirar los números escritos en el bloc, luego el correo electrónico en la bandeja de entrada de Megan y luego de nuevo los números. «*¿Qué diablos no eres...?».*

Entonces lo vi.

Copiando y pegando el contenido del correo electrónico en un documento de Word, empecé a repasar de nuevo el mensaje. El primer número de la secuencia era el dos. Puse en mayúsculas y negrita la segunda palabra del correo electrónico. El segundo número era el once. Puse en mayúsculas y negrita la undécima palabra. Luego hice lo mismo con la duodécima, la trigésima, la trigésima sexta, la sexagésima sexta y el resto.

Dos minutos después, todo había cambiado.

26

Me incliné hacia el monitor y asimilé cada línea del correo electrónico, cada palabra en negrita cobraba vida de repente. Tres minutos antes solo había sido un boletín benéfico.

Ahora era la razón por la que Megan había desaparecido.

Querida **MEGAN**:

Gracias por tu donación de diez libras. **QUIERES** proteger los parques de la ciudad y marcar una auténtica diferencia, igual que nosotros. Porque no solo queremos **IMAGINARNOS** un mundo en el que los animales no estén **ESCAPANDO** y vivan libres en su hábitat natural, ¡queremos verlo en acción!

En el momento de escribir estas líneas, estamos inmersos en diez campañas diferentes, y cada libra que nos envías ayuda a mantener los parques y zonas verdes de nuestra capital, y a su vez reúne **JUNTOS** a flora, animales y personas.

Si quieres estar en primera línea, únete a nuestra marcha al Parlamento **EL PRÓXIMO LUNES**, donde intentaremos persuadir a los ministros del Gobierno para que el año que viene den más prioridad a la protección de la fauna local. **CONSULTA EL SITIO WEB** para más detalles o **INTRODUCE TU CORREO ELECTRÓNICO** para suscribirte a nuestro boletín semanal **Y** recibir la información más actualizada a **LA FECHA** directamente en tu bandeja de entrada.

Atentamente,

G. A. James

Una sensación de pavor se extendió por mi pecho. «*Megan,*

¿quieres que nos imaginemos escapando juntos el próximo lunes? Consulta el sitio web. Introduce tu correo electrónico y la fecha».

Volví al sitio web de LCT, hice clic en donar y puse la dirección de correo electrónico completa de Megan como nombre de usuario. «*Introduce tu correo electrónico y la fecha*». ¿Qué fecha? ¿La fecha de hoy? ¿La fecha de envío del correo electrónico? ¿La fecha en que desapareció? Las probé todas y cada vez el cuadro emergente se movía y se cerraba. Ninguna era la correcta.

«Estás dando tumbos en la oscuridad».

La fecha. La fecha. *La fecha*. Dejé que mi mente repasase la última semana, intentando recordar cualquier cosa que hubiera encontrado que pudiera darme una pista de lo que eso significaba: Megan, sus padres, su instituto, sus amigos, el club juvenil, Charlie Bryant, el hombre de Tiko›s, su parecido con Sykes... y entonces me detuve.

Sykes.

Los cinco últimos dígitos de la secuencia numerada. 03206. Antes no había podido ver dónde encajaban. Pero ahora sí.

03 2 06. 3 de febrero de 1906.

Retrocedí un par de páginas en mi bloc, hasta donde había tomado las notas sobre Sykes. 03 02 06. 3 de febrero de 1906.

El día que fue ahorcado.

Introduje el correo electrónico de Megan como nombre de usuario y 03206 como contraseña. Y le di a «Ir». La casilla de seguridad desapareció y el sitio web empezó a cargar una nueva página. Tardó un par de segundos. Cuando terminó, apareció un pequeño mapa en el centro, de unos cinco centímetros cuadrados. Había sido dibujado a mano con rotulador negro y escaneado, y parecía una aproximación a un aparcamiento, con los vehículos —como vistos desde arriba— a un lado, y una larga y delgada línea frente a ellos. Al otro lado de la línea había una *X* y un mensaje escrito con el teclado. «*¡Nos vemos aquí a las 14:30 para disfrutar de un romántico pícnic en el bosque!».*

Era el aparcamiento del edificio de bachillerato del Instituto de

Secundaria Newcross.

El tipo sabía lo que hacía. Sabía que no había videovigilancia en esa parte del instituto y sabía a qué hora terminaba su clase. La cogió y se la llevó, y nadie se dio cuenta.

El acto de desaparición definitivo.

Excepto que había dejado un rastro. Porque, aunque para la policía el bosque que describía podía estar en cualquier parte, yo lo había visto en Tiko›s, había averiguado su aspecto y conocía el significado de la contraseña del sitio web.

Ese día conocí su próximo movimiento.

La había llevado al bosque de Hark›s Hill.

27

Había una cafetería que hacía las veces de charcutería a un par de puertas de la oficina. Bajé las escaleras y pedí un sándwich de carne. Mientras esperaba, mi teléfono empezó a sonar. Era Ewan Tasker, que me llamaba por el marido de Jill. Estuve tentado de no contestar, no porque no quisiera hablar con él, sino porque no quería que otro caso se sumara a mi carga de trabajo minutos después de un importante avance en el de Carver. Pero, si no contestaba, Tasker daría por hecho que no estaba y volvería a llamar más tarde.

Descolgué.

—Ayuda a los ancianos.

Una carcajada crepitó en la línea.

—Raker.

—¿Cómo estás, Task?

—Bien. ¿Y tú?

—No me puedo quejar. Intenté localizarte esta mañana temprano, pero imagino que estarías de camino al hoyo diecinueve. No estarás borracho ya, ¿verdad?

Volvió a reír.

—Todavía no.

La lluvia golpeaba contra la ventana de la cafetería, haciendo un ruido como el de un ejército marchando. Me incliné ligeramente y me tapé la otra oreja.

—¿Qué tienes para mí, viejo?

—Yo no te he contado nada.

—No hace falta decirlo.

Escuché el sonido de papeles revueltos.

—De acuerdo. Frank Robert White. Cuarenta y un años. Casado con Jill, sin hijos. Fue inspector de policía durante tres años antes de que le dispararan, diecinueve de los cuales los pasó en la Policía Metropolitana. En la noche del 25 de octubre del año pasado, recibió un disparo en el pecho, cerca del hombro izquierdo, y otro en la cabeza, justo encima del puente de la nariz. Formaba parte de un

equipo especial que investigaba a Akim Gobulev. Has oído hablar de él, ¿verdad?

—Sí. El Fantasma.

—Exacto. Gobulev dirige el crimen organizado ruso en Londres, salvo que nadie lo ha visto desde que aterrizó en Heathrow hace diez años. —Más papeles revolviéndose—. ¿Sabes lo que significa su nombre de pila en la Madre Rusia?

—No.

—»Dios juzgará». Tiene toda la puta razón. Era un grano en las pelotas en el NCIS, pero parece que la Agencia contra el Crimen Organizado consiguió acercarse a él a través de un informante.

—¿Así que la Agencia contra el Crimen Organizado estaba trabajando con el equipo de la Metropolitana de White?

—Eso es. El blanco era la Dirección de Investigación de Crímenes Especiales.

La Dirección de Investigación de Crímenes Especiales era un departamento de la Policía Metropolitana que trabajaba en toda la ciudad en casos graves y de gran repercusión. Homicidios, bandas, malos tratos a menores, delincuencia electrónica, blanqueo de dinero... todo quedaba bajo su paraguas. Estaba dividida en ocho Unidades de Mando Operativo, y la Unidad 7, que se ocupaba de la delincuencia organizada, era el lugar donde Frank White tenía su base.

—White había reunido un equipo especial para apoyar a la Agencia contra el Crimen Organizado y trabajar junto a ellos, y estaban a punto de atrapar a Gobulev... ¿Qué demonios he escrito aquí?

—¿Cirujano plástico?

—Sí, cirujano. —Parecía sorprendido—. ¿Ya conoces todo esto?

—No mucho, pero algo. —Lo dejé así. No quería un resumen de Task; quería toda la información que tuviera—. ¿Qué sabemos de este cirujano?

—Inteligencia sugiere que es una especie de mercenario, pero, en lugar de con una pistola, está armado con un bisturí y una jeringa llena de Botox.

—Entonces, ¿no es ruso?

—No. Los informantes lo identifican como inglés. Fue él quien operó el rostro de Gobulev y se lo cambió completamente de aspecto, y esa debe ser la razón por la que llevamos diez años sin dar con él.

—Y por eso Gobulev se encariñó con el cirujano.

—Sí. Utiliza sus conocimientos médicos de forma autónoma: una rinoplastia por aquí, un *lifting* de cejas por allá, pero la mayor parte del tiempo se dedica a coser heridas de arma blanca y a sacar balas para gilipollas de poca monta. De esa forma los rusos mantienen a sus empleados fuera de los servicios de urgencias. En cuanto llegas a los hospitales, la gente empieza a hacer preguntas.

—¿Qué pasó la noche que Frank murió?

—La Agencia contra el Crimen Organizado recibió un chivatazo de que el cirujano estaría en ese almacén de Bow, ayudando a Gobulev a recepcionar unas armas.

—Pero Gobulev no estaba allí.

Tasker resopló.

—Gobulev no va ni a su propia fiesta de cumpleaños.

—Entonces, ¿por qué enviaron al cirujano?

—Nadie estaba seguro. Pero el informante ruso cree que había algo más con las armas, como parte de la entrega. Algo que quería el cirujano.

—¿El qué?

—Todavía no está claro. El equipo de White metió la pata y los descubrieron muy pronto, y comenzó un tiroteo. White y el otro agente que murió se separaron del resto del grupo operativo, y la siguiente vez que alguien los vio estaban desangrándose en el suelo del almacén y el cirujano huía de la escena del crimen en un coche robado.

—¿Encontró la policía lo que el cirujano había ido a buscar?

—Lo único que quedaban eran las armas.

—¿Y el resto de los hombres de Gobulev?

—Tres muertos en la escena. Uno murió durante el traslado; otro

decidió no hablar ni en el interrogatorio ni durante el juicio posterior.

—¿En absoluto?

—No, nada sobre su implicación. El Fantasma es un hombre temible. Quizá don Imbécil pensó que una vida en chirona era preferible a lo que le haría Gobulev si hablaba.

—¿Y algo de los forenses?

—No mucho. El almacén no era precisamente un entorno estéril. Recuperaron una tonelada de fibras, un montón de pelos, algunos rastros. No hay coincidencias.

—¿Huellas dactilares?

—Muchas huellas, pero sobre todo de la gente que trabaja en el almacén o de los hombres de Gobulev. Nada del cirujano. Parece que el equipo de asesinato también fue bastante exhaustivo. Cada huella con la que volvió el técnico forense, la pasaron por el sistema de identificación.

El técnico forense fue quien lo supervisó. Documentó todo lo que ocurrió en el lugar, desde que llegó el primer agente hasta que se apagaron las luces. Al final, entregó su informe, incluidas las huellas dactilares encontradas. Después, todas las huellas se pasaron por el sistema nacional automatizado de huellas dactilares, y las del cirujano no coincidían con ninguna de las seis millones ya registradas.

—Así que no tiene antecedentes —dije.

—No. Aunque eso es trabajando en el supuesto de que incluso dejó sus huellas en la escena, en primer lugar. Tenían algunas huellas que no podían atribuir a nadie, pero eso no significa necesariamente que fueran suyas.

—Todo el mundo deja huellas.

—No si llevas guantes quirúrgicos. Los forenses encontraron restos de harina de maíz en la escena. Parece que también pasa lo mismo con la balística. A White le dispararon con una nueve milímetros de punta hueca, y las marcas en el casquillo... —Tasker hizo una pausa. Podía oírlo remover sus notas—. Las marcas identifican el arma

como un GSh-18. También ruso. Importado ilegalmente, por lo que es casi imposible de rastrear.

—De acuerdo. Bueno, ¿descripción física del cirujano?

—Altura media, complexión media.

—¿Algo más?

—No. Es un hombre misterioso.

—¿Alguien le vio la cara?

—Esto te va a gustar. El informante dijo que el cirujano solía acudir a las reuniones con una máscara de plástico blanca. Sin marcas. Solo agujeros en los ojos, nariz y boca.

—¿Hablas en serio?

—El hombre sin rostro.

Hice una pausa y miré a mi alrededor. La lluvia seguía golpeando contra la ventana. Al otro lado de la carretera, las personas pasabas corriendo, atrapadas por la tormenta, con los abrigos tapándoles la cabeza.

—¿Cómo lo llama la gente de Gobulev?

—El doctor Glass.

—¿Alguien sabe si ese es su verdadero nombre?

—Dudo que sea así, dado que se presentaba a las reuniones con una máscara.

—¿Pusiste el alias en el sistema HOLMES o en la base de datos PNC?

El sistema HOLMES era una base de datos utilizada por las fuerzas policiales del Reino Unido para cotejar delitos graves. La base PNC era el ordenador nacional de la Policía, y contenía información sobre todos los vehículos matriculados en el Reino Unido, los bienes robados y las personas dadas por desaparecidas o con antecedentes penales.

—Nada —dijo Tasker.

—¿Ni una señal?

—Nada con ese alias.

Pensé en Jill. Ahora sabía el alias del hombre que había matado a Frank, pero eso no era mucho más de lo que ella ya tenía.

—Lo siento, Raker. Sé que es un montón de nada.

—No, Task, está genial. Agradezco tu ayuda.

—¿Necesitas algo más?

—¿Hay alguna posibilidad de que me envíes una copia del archivo? Le prometí a alguien que me ocuparía de esto y solo quiero asegurarme de que tengo toda la información.

—Tengo una competición de golf en Surrey mañana por la mañana. Salimos a las seis de la mañana. Dejaré las copias en tu buzón de camino.

—Muy bien, viejo. Te lo agradezco.

Corté la llamada y me guardé el teléfono en el bolsillo. Lo sentí por Jill, pero el callejón sin salida me venía bien. Ahora mismo, Megan era mi prioridad.

28

De vuelta a la oficina, me acomodé en mi escritorio, empecé con mi bocadillo de filete y entré en Google Maps. En cuestión de segundos, obtuve una vista aérea por satélite del bosque de Hark›s Hill. Era una extraña losa de tierra. Un kilómetro y medio de bosque cubierto de maleza justo en medio de una franja increíblemente densa de la ciudad. Al norte del bosque había una carretera que parecía nueva y que conducía a una especie de polígono industrial en la esquina noroeste. Unos metros al sur había viviendas apretadas, desplegándose por Londres hasta la curva del Támesis. Y justo alrededor del bosque, en los espacios de sus bordes, estaban los esqueletos de antiguas fábricas —tintorerías, fundiciones, plantas de municiones—, algunas en pie pero dañadas, la mayoría derruidas o en grave estado de deterioro. Era obvio que toda la zona —salvo la reurbanización del norte y las viviendas del sur— había sido completamente olvidada desde el final de la Segunda Guerra Mundial, y la única constante era que el bosque había crecido y las fábricas se habían desmoronado aún más.

Tras terminar el bocadillo, empecé a realizar búsquedas a fondo sobre la zona. Introduje «bosque de Hark›s Hill» en Google y obtuve 98.400 resultados, la mayoría sobre el caso de Milton Sykes. Me moví a través de los resultados. En la tercera página, un enlace a mitad de página me llamó la atención. Una enciclopedia de asesinos en serie.

Hice clic en ella.

Tras dirigirme a la S y luego bajar a Sykes, encontré una fotografía suya, algo borrosa, y una descripción mal escrita de lo que ya había encontrado: su educación, sus víctimas y su conexión con el bosque. Justo al final estaba lo que me había llamado la atención en la descripción de dos líneas en Google: «*Según los informes, Sykes utilizaba a veces el alias de Grant A. James».* Grant A. James. La carta enviada a Megan por el London Conservation Trust había sido de G. A. James. Y entonces recordé también el nombre en su libro

de vida. El nombre sobre el que nadie había podido arrojar luz: A. J. Grant.

Me recosté en la silla.

Desde el monitor del ordenador me miraba una fotografía borrosa de Milton Sykes y, en el espacio intermedio, una sucesión de preguntas sin respuesta. Tamborileé con los dedos sobre el escritorio, intentando encajar todas las piezas. El hombre de Tiko›s. El alias de Grant. El correo electrónico.

El mapa.

«Por eso te digo que sé que enterró a esas mujeres en el bosque. Porque fui, y ese lugar... Hay algo tenebroso allí». Las palabras de Dooley acudieron a mi mente cuando volví a la fotografía por satélite del bosque de Hark›s Hill. Desde el aire no parecía gran cosa: solo un kilómetro y medio de tierra construida a base de rumores y folclore. Pero había afectado a la gente, la había asustado y luego la había atraído hasta su corazón.

Y, seis meses antes, una de ellas había sido Megan Carver.

29

Eran las tres cuando encontré Derry Street —la calle más cercana al bosque de Hark›s Hill por su lado sur— y era un entramado de casas adosadas verdaderamente miserable. Todo tenía un aire ruinoso y abandonado, agravado por el hecho de que no había absolutamente nadie. Ni niños jugando. Ni gente charlando en las puertas. Como un día de otoño sin actividad.

Cuando la carretera empezó a subir, más allá de los tejados de las casas a mi izquierda, pude ver las fábricas vacías que había visto en las fotos de satélite. También estaban desiertas, pero de un modo más evidente: ladrillos deteriorados, ventanas agujereadas, algunas entradas tapiadas, otras abiertas como una invitación a drogadictos, vagabundos y adolescentes atrevidos. Cuando la carretera bajó de nuevo, las fábricas desaparecieron, pero unos metros más adelante divisé un pequeño callejón en el que las viviendas con terrazas se caían. Un cartel andrajoso se visualizaba a lo largo de él. Era ilegible, y estaba descolorido por el sol y desgastado por la lluvia. Un chico de unos quince años estaba sentado en la escalera de su casa observándome. Aparqué, salí del BMW y puse la alarma. El chico siguió mirando.

Yo le devolví la mirada.

—Buenas tardes.

No dijo nada. Sus ojos pasaron de mí al callejón, como si estuviera a punto de cometer una estupidez. Me puse a la altura de la entrada. Estaba pavimentado en hormigón hasta más o menos la mitad, luego se convertía en un camino de grava. Más allá había un lecho de hormigón, los muros medio derruidos de una antigua fábrica aún en pie en algunos lugares, casi desafiantes. Incluso desde donde yo estaba, podía ver que el lugar era un desastre. Basura esparcida por todas partes, empujada hacia las esquinas donde aún se alzaban las paredes o simplemente dejada en el suelo en los espacios abiertos entre ellas. El olor a botellas, envoltorios, latas y bolsas de basura llegaba con el viento.

—No va a bajar ahí, ¿verdad? —dijo el chico.

Yo le devolví la mirada.

—Sí. Parece agradable.

Por primera vez sonrió.

—No es agradable.

—Mmm... no sé. —Inspiré—. Aquí arriba se respira el fresco de montaña. No hay muchos lugares que puedan darte ese delicado aroma a vertedero *y* aseo público.

Volvió a sonreír. Me despedí de él con una inclinación de cabeza y me puse en marcha por el callejón. Al pasar, me observó, con la sonrisa desapareciendo poco a poco de su rostro.

—Las Vías de la Muerte.

Me quedé paralizado.

—¿Perdón?

—Así es como lo llaman. —Miró hacia el callejón—. Al bosque de atrás. Así es como llaman a ese lugar: las Vías de la Muerte.

Al otro lado del lecho de la fábrica, se alzaba ante mí la entrada al bosque. Estaba completamente cubierto de maleza. La naturaleza había reclamado lo que antes era suyo, cubriéndolo todo, devorando su entorno como un virus. A ambos lados del camino, los árboles se inclinaban juntando sus copas, formando un techo. Más allá, la luz del día se filtraba por los espacios que encontraba, golpeando el suelo en cuadrados de luz amarilla y acuosa.

Empecé a recorrer el camino.

La hierba se volvió más agresiva cuando el sendero empezó a convertirse en barro, tallando la tierra, rompiendo la superficie como cientos de dedos. Cuanto más me adentraba, menos luz había. Miré mi reloj. Tres y media. En una hora y media, el día empezaría a desvanecerse. A las seis, la oscuridad sería total bajo los árboles.

Delante de mí, la lluvia goteaba de las hojas de un enorme sicómoro, golpeando el barro como un tamborileo lejano. Luego, un poco más abajo, vi algo en el camino: una vía de tren, oxidada por el paso del tiempo, con maleza arrastrándose por sus listones. Se

abría paso entre la hierba a mi izquierda, atravesaba el sendero y luego desaparecía entre los troncos de dos robles gigantes en el lado opuesto. Era parte del ferrocarril del que Dooley había hablado; comenzado pero nunca terminado. Seguí adelante, las copas se abrieron brevemente sobre mí.

Crac.

Me quedé paralizado. Eché un vistazo a lo largo del camino.

«¿Qué demonios ha sido eso?».

De repente, el viento salió de entre los árboles a mi izquierda, azotando el sendero, y la temperatura pareció descender. Se me puso la piel de gallina en los brazos, en el centro de la espalda, y sentí un escalofrío que me recorrió como una ola. Pero entonces, tan rápido como había llegado, el viento volvió a desaparecer.

Me giré y miré hacia atrás por el sendero.

—¿Hola?

La ruta que había seguido había empezado a oscurecerse, como si las luces se hubieran apagado detrás de mí, una tras otra. Pero nada se movió, ni volvió el sonido, y al cabo de un rato me sentí ridículo. «*Estás en medio del bosque hablando con los malditos árboles. Contrólate».*

Me di la vuelta y continué. Al cabo de un par de minutos, el follaje empezó a disminuir y apareció un claro a mi izquierda. Tenía unos diez metros de largo y discurría en semicírculo junto al sendero. No había árboles, pero estaba inundado de hierba hasta las rodillas. Parecía momentáneamente hermoso en comparación con su alrededor, y el primer lugar, y el más obvio, para el pícnic que le habían prometido a Megan en la página web.

Entonces, por el rabillo del ojo, noté movimiento.

Un borrón, donde el sendero continuaba más allá del claro. Retrocedí hasta el sendero y me adentré en el bosque. Todo estaba oscuro: el propio camino, los árboles que lo bordeaban.

Una rama se rompió detrás de mí.

Me di la vuelta y miré hacia atrás por donde había venido. En el bosque, a un lado del sendero, unos diez metros más abajo, algo se

movió entre los árboles. El viento sopló de nuevo, cortando el claro con una ráfaga helada. Durante todo el tiempo, mis ojos no se apartaban del lugar entre los árboles. Pero no hubo ningún otro movimiento. Ni sonido. Solo el incesante goteo de la lluvia. Y luego, cuando aquello cesó brevemente, un silencio incómodo, como si algo estuviera sentado detrás del silencio, esperando para gritar.

Me quedé observando unos instantes más, luego me adentré en el claro y empecé a mirar a mi alrededor. No estaba seguro de lo que esperaba encontrar, pero incluso cuando la gente desaparecía, *no se desvanecía*. Y, sin embargo, diez minutos después, no había encontrado nada, la luz se había esfumado un poco más, y ahora podía oír truenos a lo lejos y había nubes de color gris acero moviéndose por el cielo sobre mí.

Crac.

Salté sobre mis talones. Exactamente el mismo ruido que antes. Y algo más también, justo detrás. «*¿Eso son gimoteos?*». Más adelante, en la dirección por la que había venido, los árboles se movían. Las hojas se rompían y giraban. La lluvia golpeaba el camino.

Entonces sentí algo detrás de mí.

Una silueta se adentró en el claro, a unos seis metros de donde yo estaba. La hierba se movía. De izquierda a derecha y luego hacia atrás. Fuera lo que fuese, estaba agachado. La forma se movió otro par de metros y volvió a detenerse.

La hierba del claro se asentó.

Silencio.

—Puedo verte —dije.

No era capaz, pero di un paso adelante. Mi corazón se movió en mi pecho, como si se estuviera reajustando, preparándose para una sorpresa. Otro paso. Una parte del claro, a unos dos metros delante de mí, se movió. La hierba crujía. Desplazada a izquierda y derecha de nuevo.

—Puedo *verte*.

Silencio.

Entonces, un ruido de arañazos. Me acerqué un paso más, echando un vistazo al camino. A mi alrededor, el bosque parecía de repente más grande y más oscuro, como despertado por la inminencia del atardecer. Más arañazos. Definitivamente, eran sollozos.

Entonces apareció un perro.

Cojeaba un poco, empujando entre dos matas de hierba que le llegaban a la cintura a cada lado. Era solo una silueta contra el verde pálido del claro. Como el primer indicio del crepúsculo había empezado a asentarse, el brillo de la hierba era lo único que se oponía a él.

El perro se acercó con cautela a mí.

Incluso con solo su silueta, pude ver que tenía forma de galgo: cabeza pequeña y estrecha, vientre que se curvaba hacia las patas traseras, nada de grasa corporal. Se detuvo a unos dos metros de mí, con el rostro oculto por las sombras que comenzaban a oscurecer la zona. Me puse en cuclillas frente a él y le tendí la mano.

—Eh, chico —le dije suavemente—. ¿Eres tú quien ha estado corriendo por ahí?

Los truenos volvieron a retumbar. Miré hacia arriba a través de las copas del claro. A lo lejos, las nubes parecían cerrarse, oscureciendo el cielo.

El perro me lamió la mano.

Miré hacia abajo.

—¡Joder!

Di un salto y retrocedí dando tumbos, con los ojos fijos en el galgo. Dio otro par de pasos hacia mí, con la pata trasera derecha arrastrándose por el barro.

Y entonces dejó de ser una silueta.

Un lado de su cara no tenía nada de pelo. La carne brillaba con la luz que quedaba en el bosque y, a pesar de tener la boca cerrada, se le veían los dientes. Cuando dio otro paso hacia mí, pude ver que había algo más en la carne del lado de su cara: un cuadrado de color

rosa, en desacuerdo con el rojo del tendón. Tardé un par de segundos en darme cuenta de lo que era.

La piel.

El perro avanzó cojeando un poco más.

—¿Quién te ha hecho esto?

Gimió un poco. Pero ahora me daba cuenta de que también había otros ruidos: el viento que pasaba entre los árboles, la lluvia que caía, la hierba que susurraba al moverse. Miré a lo largo del camino, en la oscuridad que avanzaba. «*Quizá Dooley tenía razón sobre este lugar».*

El perro emitió un suave gemido.

Me volví hacia él, me agaché de nuevo y me acerqué despacio, para que supiera que no era una amenaza. Pero apenas se inmutó. Parecía aletargado y distante, y se limitaba a mirar de mi mano a mi cara; una acción lenta y retardada.

—¿Quién te ha hecho esto? —pregunté de nuevo.

Giró ligeramente la cabeza, con el pelaje gris cubierto de agua. Entonces vi que sus ojos se fijaban en algo por encima de mi hombro, de vuelta por donde había venido. Me di la vuelta. Los árboles se movían, la lluvia manchaba las copas. Sonidos suaves de fondo.

—¿Qué puedes ver?

De pie, tenía una vista de unos diez metros en cualquier dirección. Los truenos surcaron el cielo. Cinco segundos después, un relámpago congeló las nubes. El perro gimoteó y se acercó a mí, me rozó la pierna. Toqué su cabeza y sentí cómo mis dedos recorrían la carne seca de su cara. Su hocico se arqueó hacia arriba, hacia la palma de mi mano.

—Ven conmigo —le dije en voz baja.

Al principio vaciló y luego, cuando le hice señas, me siguió, con la pata rígida y arrastrándose por la hierba del sendero. Volví por donde había venido. A mi alrededor, lo único que oía ahora era un repiqueteo constante cuando la lluvia empezaba a golpear las hojas, como cientos de pisadas que venían de todas direcciones. Un poco

más adelante, pude ver de nuevo la puerta. Aumenté el ritmo, pero al hacerlo sentí que el perro vacilaba. Miré hacia atrás. Estaba inmóvil y se había vuelto hacia el sendero del bosque.

—¿Qué pasa?

No me moví. Di un paso hacia él.

—¿Qué puedes ver? —pregunté.

Olfateó el aire, como si hubiera captado un olor. Me agaché y le puse suavemente una mano en el lomo. No me moví. La lluvia golpeó mi mano y se escurrió sobre su pelaje.

—¿Qué puedes ver? —repetí.

Volvió a gemir, esta vez durante más rato. Y entonces empezó a alejarse, de vuelta por el sendero, arrastrando la pata tras de sí. Le silbé con suavidad para que volviera a mí, pero me ignoró o no me oyó.

Treinta segundos después, había desaparecido.

Hice una pausa. Intenté ver en la oscuridad, por donde se había marchado el perro. No había pensado qué haría con él una vez que volviéramos al coche, pero había que echarle un vistazo. Necesitaba ir a un veterinario. Esta vez silbé más fuerte, pero la lluvia, el viento y el ruido del bosque se llevaron el sonido a la noche. Por un momento pensé en volver a por él, pero entonces me invadió una extraña sensación.

Como si alguien me estuviera observando.

Miré a lo largo de las vías. Ojos moviéndose de un lado a otro del bosque. No había movimiento ni sonido. Pero la sensación de ser observado no desapareció. Zumbaba justo debajo de la superficie de mi piel, incluso cuando los sonidos parecían desaparecer entre los árboles y los últimos rescoldos del día daban paso a la noche.

Y entonces, finalmente, las Vías de la Muerte se asentaron.

30

La ruta más rápida para volver a casa habría sido a través del centro de la ciudad, pero en lugar de eso me dirigí en arco, a través de Whitechapel, Shoreditch y Finsbury, con la lluvia chocando contra el parabrisas como una escopeta, y la noche envolviéndome como un manto. A las siete ya estaba aparcado en la puerta del club juvenil. Era sábado, así que sabía que aún estaría cerrado, pero faltaban otras treinta y seis horas para que alguien abriera las puertas, y yo no podía esperar tanto. Sentía que ahora tenía algo de impulso, pero, más que eso, quería mirar a mi alrededor sin que nadie me vigilara.

Al lado del edificio había un callejón estrecho. Lo recorrí hasta llegar a un aparcamiento en la parte trasera. Se entraba por una carretera paralela a la que yo había aparcado. Todo estaba mal iluminado: una farola cercana se encendía y apagaba intermitentemente y había un cuadrado de luz procedente de la cocina del restaurante de al lado.

Las puertas traseras del club juvenil estaban situadas en un hueco. Saqué mi teléfono, lo desbloqueé y usé la luz para examinar la entrada. Puertas dobles. Una cerradura de cilindro. Sin manilla en el exterior. Retrocedí y examiné el edificio. No había alarma en la parte delantera y tampoco parecía haberla en la trasera. Pero hoy en día todos los sitios tienen alarma. Si no había caja, probablemente significaba que la alarma estaba conectada a un anticuado sistema de circuito abierto; una alarma construida con imanes que reaccionaban a la apertura de las puertas, pero que volvía a apagarse cuando las puertas se cerraban y el circuito se realineaba.

Miré a ambos lados, a través del aparcamiento, y saqué un par de horquillas alisadas que guardaba en el coche. Forzar cerraduras era un arte. Había que colocar las horquillas en el lugar exacto y aplicar la tensión adecuada. Tenías que conocer los sonidos y ser capaz de sentir el más leve de los movimientos viajando desde las clavijas hasta tu mano. Evitaba forzar cerraduras si podía. No porque fuera

ilegal, sino porque era difícil. Para demostrarlo, tardé veinte frustrantes minutos en oír cómo las horquillas encajaban por fin en su sitio.

Sujeté la puerta un momento mientras me preparaba y, tan rápido como pude, tiré de ella hacia mí, entré y volví a cerrarla. Se oyó un breve ruido: un chirrido agudo que duró un segundo. Agarré la manilla y esperé. Puse una oreja en la puerta. La alarma no había durado mucho, pero podría haber sido suficiente para llamar la atención de alguien. Le di cinco minutos para asegurarme, y luego cogí el teléfono y dirigí su luz hacia la oscuridad del edificio.

Al entrar, a la izquierda, había una cocina y una ventanilla para servir la comida. Enfrente, en una pequeña antesala, había algunas sillas de ruedas. Avancé por el pasillo y entré en la sala principal. Un escenario a mi izquierda, unas puertas dobles a mi derecha y la entrada principal frente a mí. Justo ahí, clavado en la pared, había un planificador. A medida que me acercaba, podía distinguir los nombres y las fotos de todos los que asistían al club juvenil; encima, vestidos con polos verdes idénticos, estaban las personas que lo dirigían.

Iluminé las fotos con la luz de mi teléfono. Neil Fletcher estaba en la cima: el hombre al mando. Caroline había mencionado su nombre. Tenía unos cuarenta años, pelo negro y gris, ojos brillantes, barba recortada. No era el hombre de Tiko›s, pero tampoco lo era ninguno de los demás. Había una mujer debajo de él, y luego otros dos hombres: Connor Pointon y Eric Castle. Ambos parecían iguales, sin estar relacionados. Veintitantos, mandíbulas cuadradas, el mismo pelo, genéricamente guapos. Ninguno de los dos encajaba en el grupo de edad del hombre con el que Megan había estado saliendo. Pero tomé nota mental de volver a comprobar ambas cosas.

Di la vuelta a la luz y crucé el pasillo hasta las puertas del fondo; mis pasos resonaban y las puertas chirriaban en sus goznes al abrir cada una de ellas. Al otro lado había aseos y un despacho. La oficina estaba muy poco decorada y era fría. Había un escritorio pegado a una pared, con un asiento al lado. Un ordenador sobre la mesa que

parecía tener al menos cinco años. Y detrás del escritorio, en la esquina más alejada, un archivador.

Lo abrí. Dentro había expedientes de todos los chicos que habían asistido al club juvenil, ordenados por apellidos. Los repasé por si acaso, pero no destacaba nada. En el siguiente cajón estaban los expedientes de todos los que habían trabajado allí. Cada uno de ellos se había sometido a una exhaustiva comprobación de la Oficina de Antecedentes Penales, lo que significaba que, si el hombre que Megan había conocido *hubiera* trabajado realmente en el club, no habría tenido antecedentes.

Saqué las carpetas, las dejé en el escritorio y encendí las luces. Era una oficina sin ventanas, así que nadie me vería desde fuera.

En total, había diecisiete expedientes. Primero revisé los de los tres hombres que trabajaban en el club juvenil. Cuanto más leía sobre Fletcher, menos sospechoso parecía. Cuarenta y ocho años, casado y con dos hijos, uno de ellos de casi diecisiete años. De los otros dos, Pointon estaba casado y tenía una hija pequeña; y Castle era australiano, estaba aquí con un visado ancestral y ni siquiera se encontraba en el país cuando Megan desapareció.

Miré el resto de los archivos.

Los once siguientes fueron sobre mujeres voluntarias. Reconocí a dos de inmediato: Megan Carver y Leanne Healy. Megan trabajaba a tiempo parcial por las tardes en el club cuando desapareció. Leanne se había marchado dos meses antes de desaparecer para concentrarse en conseguir un trabajo a tiempo completo, aunque un par de anotaciones en una especie de formulario de asistencia sugerían que había vuelto varias veces para ayudar. No había nada más que añadir a lo que ya sabía.

Quedaban las otras nueve mujeres. Si suponía que quien se había llevado a Megan también se había llevado a Leanne, entonces tenía que suponer que cualquier mujer que hubiera atravesado las puertas del club era una víctima potencial. Anoté los nombres de las mujeres y tomé nota para cotejarlos con las desapariciones.

En los tres últimos expedientes aparecían hombres.

Los puse delante de mí. Uno tenía unos cincuenta años. Inmediatamente lo descarté, dejándolo en el montón de las mujeres. Según Kaitlin, el hombre que buscaba rondaba la treintena o, a lo sumo, los cuarenta. Los dos restantes encajaban bien. Ambos treinta y cinco. Ninguno de los dos estaba casado. Ambos estaban libres de antecedentes penales y habían trabajado en el club juvenil durante el periodo en que Megan y Leanne desaparecieron. Miré sus nombres. Daniel Markham. Adrian Carlisle. Según sus archivos, Carlisle había dejado el club juvenil hacía tres meses. Sin embargo, Markham seguía trabajando los lunes por la tarde. En su currículum figuraba como «consultor», fuera lo que fuera.

Había números de teléfono y direcciones de ambos. Los guardé en mi agenda de contactos del móvil y arranqué las fotos de los hombres adjuntas a los archivos. En la imagen de cinco centímetros, Carlisle parecía el tipo de hombre que había perfeccionado el arte de sonreír sin querer, pero era el más guapo de los dos: arreglado, bronceado, pelo bonito, dientes tratados. Markham parecía más amigable. También era guapo, pero de tipo estudioso, con el pelo delicado y gafas de pasta. Volví a revisar ambos archivos y traté de ver si había alguna mención de a dónde había ido Carlisle después de dejar el club. Spike probablemente podría averiguarlo por mí si le daba los detalles cuando llegara a casa. Reuní todos los expedientes y los volví a guardar en el archivador.

Entonces oí algo.

Dos pitidos cortos. Luego, silencio.

«¿Ha sido la alarma?».

En silencio, cerré el archivador y apagué las luces. Me aparté de la puerta y dejé que mis ojos se adaptaran a la oscuridad. Tras un par de segundos, avancé hacia el pasillo, me acerqué a las puertas del vestíbulo y me deslicé por la pared hasta que mi trasero tocó el suelo. Abrí las puertas medio centímetro. Me quedé inmóvil. Escuché de nuevo. Tirando de una de las puertas, me colé por el hueco y entré en el vestíbulo. Me quedé quieto. Me dejé caer con suavidad. Sin la luz de mi teléfono, la habitación parecía enorme e

infinitamente negra. Esperé, agachado, con una rodilla contra el suelo. Intenté forzarme a ver cosas: formas, puertas, cualquier señal de movimiento.

Pero nada destacaba.

Despacio, avancé por el pasillo. Estudié la antesala con las sillas de ruedas. Luego, la puerta de la cocina. A continuación, la ventanilla de servir.

Entonces pude ver algo.

Me acerqué más. Volví a sacar mi teléfono.

Dirigí la luz hacia allí.

Al principio no estaba seguro de lo que estaba viendo. Era rosado y deforme, con la frente vuelta hacia mí. Entonces, al acercarme un paso más, me di cuenta de lo que era.

Una muñeca de plástico.

Un paso más y, de repente, me miraba con unos ojos azules vidriosos. Su boca, vuelta hacia arriba en una sonrisa permanente, estaba embadurnada de carmín. Una de sus piernas había sido cortada, dejando un agujero oscuro. Su cuerpo estaba mirando hacia el otro lado de su cabeza, lejos de mí. Pero, incluso desde donde yo estaba, podía ver un rastro de puntos marcando una línea, dibujado desde la mitad de su espalda a lo largo de su estómago.

Volví a encender el teléfono en el vestíbulo, y luego a lo largo del pasillo hasta las puertas traseras. Nada parecía fuera de lugar. Las puertas seguían cerradas.

Era como si nadie hubiera estado nunca dentro.

Fuera del club juvenil hacía frío. En mis bolsillos estaban las fotografías. En mi mano, la muñeca. Cuando bajé la mirada hacia ella, sus vidriosos ojos azules resaltaban en la noche, brillando brevemente, y luego volvían a enroscarse bajo los párpados.

La entrada del aparcamiento daba a una callejuela. Giré a la izquierda, hacia la carretera en la que había aparcado, manteniéndome en las sombras proyectadas por los edificios. En algún lugar detrás de mí sonó un claxon. Un par de segundos

después se unió un segundo coche, esta vez más ruidoso y prolongado. Miré hacia atrás por encima del hombro, una reacción automática, y algo se movió en la oscuridad.

Me detuve y me giré.

Entre las sombras del saliente de un edificio, pude distinguir una forma en la oscuridad. La puntera de un zapato. Parte de una pierna. Encima, la curva de un codo. Empecé a retroceder hacia el callejón, despacio al principio, y luego más deprisa al intentar cerrar el espacio que nos separaba. Pero la silueta permaneció inmóvil, girada en mi dirección, hasta que me alejé unos seis metros.

Entonces empezó a correr.

Una figura apareció de entre las sombras como arrancada de la noche. Tres metros más adelante, cuando yo corría a toda velocidad, pasó por debajo de una farola y pude ver que era un hombre de unos dos metros vestido con un abrigo largo oscuro, pantalones oscuros, botas negras y una gorra oscura. Se mantuvo de espaldas a mí todo el tiempo, inclinando la cabeza hacia otro lado, de modo que incluso cuando dobló una esquina, corriendo a toda velocidad, no pude verle la cara.

Desapareció de mi vista cuando la calle en la que estábamos se estrechó y oscureció, y, de repente, giró en ángulo recto. Y para cuando llegué al tráfico, el ruido y la multitud de Euston Road, ya se había ido.

31

Domingo por la mañana, 7:40. Esperándome en el suelo, bajo el buzón, estaba el expediente policial que Ewan Tasker había prometido que me pasaría: todo lo que tenía la Policía Metropolitana sobre la noche en que murió Frank White. Tendría que esperar por ahora.

Puse un poco de café. Al lado, Liz salía de su casa, en dirección a su coche. La noche del viernes volvió a mí: alejarme de ella y luego ver cómo su esperanza se apagaba como una luz. Durante el segundo que tardé en tomar esa decisión, todo había ido bien. Pero era demasiado pronto, demasiado inmenso, la culpa era un peso demasiado grande para soportar. Y ahora solo quedaba el arrepentimiento. Sentía un dolor sordo en el vientre que no podía reprimir.

La miré irse y luego llevé el café al salón, lo dejé en el suelo y extendí sobre la mesa las fotos que había hecho en el club juvenil. Traje a Adrian Carlisle y Daniel Markham al frente. Utilizando las notas que había registrado en mi teléfono la noche anterior, garabateé las direcciones y los números de ambos. Carlisle vivía cerca de los embalses en Seven Sisters. Markham, en Mile End, cerca de la estación de metro. Había un teléfono fijo y un móvil para Carlisle, pero solo un móvil para Markham.

Al otro lado de la mesa, la muñeca yacía de lado. Uno de sus ojos se había cerrado. El pintalabios se había corrido un poco más y las líneas, punteadas desde la espalda hasta el pecho, se habían emborronado. La acerqué hacia mí y la giré, estudiando el agujero que antes había sido su pierna derecha. Entonces noté algo dentro de la cavidad del cuerpo. Cogí unas tijeras, hice el agujero más grande y lo saqué.

Se me encogió el corazón.

Era una fotografía, doblada al tamaño de un cuarto: una toma desde arriba de los hombros y el cuello de una mujer. Había sido tomada con luz tenue. No totalmente en penumbra, pero casi. No se

veía ninguna parte de la cabeza ni de la cara. Ni pelos que se colaran en la toma. Nada por encima del cuello. La piel estaba manchada, como si la persona fotografiada acabara de salir de la ducha. Un hematoma, que empezaba a amarillear, se veía en el borde de la foto, cerca de la dureza del omóplato. Las sombras penetraban por los lados, se acercaban al cuello y rodeaban la hendidura del fondo de la garganta. Y, justo en la esquina superior, alguien había escrito algo en el acabado brillante del papel con una punta de compás o con la punta de la hoja de un cuchillo. Era el número dos.

Le di la vuelta a la foto. No tenía marcas identificativas en el reverso. Ninguna de las referencias o fechas con las que a veces se etiquetan las fotografías reveladas en el taller. Lo que significaba que había sido impresa en una impresora fotográfica en color o revelada en casa.

«Pero ¿la casa de quién?».

Quienquiera que fuese me había seguido hasta el club juvenil y había dejado allí la muñeca. La muñeca en sí debía tener algún significado, si no, ¿para qué utilizarla? Pero, por el momento, me preocupaba más el hecho de que alguien siguiera mis movimientos, observando desde la oscuridad sin que yo pudiera ver nada. Porque si alguien sabía que yo estaba en el club juvenil, y esto era algún tipo de mensaje, significaba que había un agujero en el caso. Y, si había un agujero en el caso, se haría más grande hasta que lo pudiera cerrar.

Me acerqué más la foto, estudiando las zonas que rodeaban su cuerpo y el fondo. Era como si estuviera sentada. Detrás de ella, a pesar de la falta de luz, la habitación parecía extenderse. Era de color gris granítico cerca de su cuerpo, pero más atrás descendía hasta convertirse en un muro de oscuridad total. Tal vez la chica de la fotografía ni siquiera era Megan. O tal vez sí. Ambas posibilidades me helaron la sangre.

Entonces hice una pausa.

La acerqué aún más a mí.

Justo en el borde de la fotografía, justo encima de su hombro derecho, había una forma en la oscuridad. Utilicé un dedo para trazarla.

Eran cajas de cartón.

Se desvanecían de manera repentina, pero hacían una forma de L definida. Pude ver una delgada línea, donde los ejes horizontal y vertical se encontraban en la caja más alta. También había algo más: una etiqueta pequeña y pálida pegada a un lado, mitad dentro del plano, mitad fuera. La oscuridad de la imagen ocultaba la inscripción. Pero pude distinguir un encabezamiento de dos líneas en gruesas letras negras. Una parte parecía un símbolo pi; el resto era cirílico.

Cogí mi teléfono y marqué el número de Spike.

—Debemos dejar de reunirnos así —dijo, utilizando el identificador de llamadas.

—Necesito tu ayuda. Otra vez.

—Solo nombra el servidor.

—No es nada para hacer con el ordenador.

—¿Cómo?

—Tengo algo aquí que necesito traducir. No me siento cómodo llevándolo a un servicio de alta gama, así que esperaba que pudieras echarle un vistazo por mí.

—¿Es ruso?

—Está en cirílico. Creo que parte de ello puede ser un número.

—Sí, vale. Envíamelo.

—Gracias, Spike.

Colgué y utilicé la cámara de mi teléfono para tomar instantáneas de la fotografía, intentando dejar fuera la mayor parte posible de la mujer. Cuantas menos preguntas me hicieran sobre quién era y qué hacía, mejor. Cuando tuve un par de fotos claras, se las envié a Spike. Me llamó en tres minutos. Cuando descolgué, había apagado la música de fondo que antes tenía puesta . Ya no se oía el sonido de los teclados. No había bromas. Esto era Spike en pleno modo concentración.

Se lanzó directamente:

—Tenías razón. Ese símbolo, el que se parece a pi, es el número ochenta. En cuanto al resto... —Hizo una pausa—. ¿Tienes un bolígrafo a mano?

—Sí, dispara.

—La iluminación es terrible, pero por lo que puedo ver... —Hizo una segunda pausa. Pude oír movimiento y luego un par de clics de ratón—. De acuerdo. Está la cabecera principal y luego otra línea debajo. El que está debajo... Tío, ni siquiera estoy seguro de cómo se pronuncia esto. —Más clics del ratón—. C-A-N-C-E-R-I...

—¿Cancerígeno?

—Sí. Podría ser. ¿Qué significa eso?

—Significa que provoca cáncer.

—Mierda —dijo Spike en voz baja.

Bajé la mirada hacia la fotografía. Spike había traducido la parte más fácil y que se veía con mayor claridad. Pero el encabezamiento de la línea superior sería más difícil de distinguir.

—¿Alguna idea de lo que dice la otra parte?

—Es difícil de saber. Quizá el nombre de una empresa. Parece una F, tal vez una O. Una R, una M. No estoy seguro de la quinta o sexta letra. La séptima es definitivamente una I.

Lo anoté: «*F-O-R-M-?-?-I».*

—Vale, eso es genial, Spike. Realmente aprecio...

Me quedé paralizado. Miré las letras que acababa de escribir. Garabateé los dos signos de interrogación y los sustituí por una A y una L. «*F-O-R-M-A-L-I».*

—¿David?

Dejé caer el bolígrafo junto al bloc y me recosté en la silla.

—¿David?

—No es el nombre de una empresa —le dije.

—¿No?

—Es el nombre de un compuesto químico.

—¿Forma...?

—Formalina.

—¿Y qué es?

—Formaldehído disuelto en agua.

Spike hizo una pausa.

—Eso es lo que usan para embalsamar, ¿verdad?

—Exacto. —Rodeé la palabra un par de veces—. Y para conservar restos.

32

A las diez y media, estaba avanzando por Whitechapel Road hacia Mile End y llevaba los calefactores a tope. Ya había estado en la casa de Adrian Carlisle en Seven Sisters. No estaba. Probé con su teléfono fijo y móvil, y nadie contestó. Esperé fuera de su casa —un edificio de tres plantas en el que él ocupaba el último piso— durante una hora. Pero no hubo ni rastro de él. Ahora, al entrar en Mile End, podía distinguir el ladrillo arenoso y el tejado bronceado del edificio en el que vivía Daniel Markham.

Era el primero de seis complejos de apartamentos idénticos de cinco plantas. Cada uno de ellos se situaba paralelo al siguiente, todos orientados hacia el oeste, de modo que cualquiera que tuviera su casa al este del edificio se pasaba la vida sin sol. En lo que seguramente fue un toque irónico, todos recibieron el nombre de diferentes tipos de rosas. Markham vivía en Alba, en la planta baja. En la entrada, las puertas de cristal se habían empañado y había dos mujeres hablando, con los abrigos y las bufandas bien cerrados. Aparqué y me dirigí hacia ellas.

Entonces, a tres metros de las puertas, el destello de un recuerdo me golpeó.

La entrada.

Era el bloque de pisos de la foto de Megan. Había estado de pie donde ahora estaban las mujeres, mirando a la cámara del hombre con el que había estado, con esa sonrisa grabada en la cara. *Markham*. ¿Era él con quien había estado saliendo? ¿El hombre que la había dejado embarazada? ¿El hombre que se la había llevado? Me dirigí con rapidez al interior, a través de las puertas de la planta baja y a lo largo de un pequeño pasillo gris, hasta el piso número ocho.

Llamé dos veces. En otra parte del pasillo se oía el sonido apagado de la televisión. Una carcajada. Un bebé llorando. Pero no hubo respuesta del piso de Markham.

—¿Daniel?

Nada.

—Daniel, me llamo David Raker.

Nada.

Di un paso adelante. No había mirilla en la puerta. Puse una oreja y escuché. Después de un par de segundos, pude oír un ruido.

—Daniel, necesito hablar contigo.

De nuevo, con la oreja pegada a la puerta, oí otro ruido. El mismo: un crujido, o tal vez un clic. Cuando llegó de nuevo, sonó más como un clic.

—¿Daniel?

Me incliné de nuevo e intenté distinguir los sonidos. Había un zumbido constante; posiblemente un frigorífico. Algo de ruido periférico del exterior del piso. Y, detrás de eso, lo que estaba haciendo el sonido de clic. Excepto que esta vez fue precedido por un suave zumbido.

—¿Daniel?

Clic.

A lo lejos, se oían sirenas de policía. Me alejé de la puerta y esperé a que se acercaran más, hasta que el ruido empezó a cubrir algunos de los otros sonidos del interior del edificio. Entonces di otro paso atrás y lancé un pie hacia la puerta.

Chasqueó y se abrió de golpe, golpeando una pared adyacente y rebotando hacia mí. La detuve con una mano. Me quedé quieto. Miré a lo largo del pasillo.

Luego entré en el piso y cerré la puerta.

Justo a mi izquierda había un baño. Al lado estaba la puerta del dormitorio. Delante de mí había un pasillo corto que daba al salón y a la cocina americana. Parecía como si alguien se hubiera medio mudado y nunca hubiera vuelto. El polvo se pegaba a las paredes. Las ventanas habían sido blanqueadas, pero no muy bien. A través de una de ellas podía ver el camino que llevaba a los pisos y la propia entrada. Era una buena posición para Markham: podría ver si alguien se acercaba al edificio.

—¿Daniel?

Silencio. Había un sofá de dos plazas en el salón. Una lámpara al lado. Una estantería a medio llenar. Por lo demás, el piso estaba vacío. No había televisión ni ningún aparato de música. No había videoconsolas, decodificadores de satélite ni reproductores de DVD. Nada que un hombre soltero debiera poseer.

La cocina también estaba casi vacía. Solo quedaban unas pocas cosas. Una tetera. Un par de platos apilados en un escurridor. Un frutero. Un frigorífico en la esquina, zumbando. Estaba encendido, pero se había descongelado. Las puertas de la nevera y del congelador estaban abiertas. No había comida en ninguno de los dos. La misma historia en el dormitorio: un somier, un colchón, sin sábanas ni edredón. Armarios empotrados, todos abiertos. Había algo de ropa dentro, pero no mucha. Un par de camisas. Unos pantalones.

Clic.

Otra vez el ruido. Salí al pasillo. Miré a mi alrededor. Ahora se oía muy pocos sonidos: ni ruido del piso ni ruido del exterior. Me dirigí al cuarto de baño y encendí la luz. Inodoro. Bañera. Lavabo. Mueble de baño con un pequeño espejo en la parte frontal. Encima de mí, el extractor se puso en marcha. Abrí el armario y miré dentro. Un bote de desodorante, una maquinilla, crema de afeitar. Y nada más. Empujé el armario para cerrarlo, pero entonces no encajaba. Cuando volví a intentarlo, volvió a abrirse despacio. Me incliné y miré el cierre. Estaba roto. En cuanto abrí el armario de nuevo, el cierre se soltó.

Como si hubiera sido preparado para romperse.

Y alguien intentara llamar la atención sobre ello.

Me acerqué al armario y miré en su interior. En las esquinas, se había fijado a la pared con cuatro tornillos. Puse una mano a cada lado del armario y lo aparté haciendo palanca. Se atascó un momento, los tornillos se aferraron a los agujeros que los alojaban. Pero cuando apliqué más presión empezaron a salir a medida que se desplazaba de la pared.

Lo habían dejado suelto a propósito.

El polvo salía de las cabezas de los tornillos y caía dentro del armario. El yeso hizo un ruido de raspado tras él. Y entonces, un par de segundos después, el armario se desprendió.

En el espacio que quedaba detrás había una mancha de pintura crema —el color original del cuarto de baño— y los agujeros que en su día habían albergado los tornillos.

En el centro había un mensaje, escrito directamente en la pared.

Decía: «*Ayúdame*».

33

De vuelta al coche, la lluvia seguía cayendo. Arranqué el motor y dejé la calefacción en marcha. En el portavasos tenía un café para llevar. El vapor salía de un agujero de la tapa del recipiente.

Cogí mi teléfono. En él había una foto del mensaje que había encontrado en la pared. Volví a colocar el armario como pude y cerré la puerta principal del piso con un trozo de cartón doblado. Si alguien volvía allí, solo tardaría un segundo en darse cuenta de que había habido un allanamiento. Pero eso era *si* alguien volvía. Parecía un lugar que había pasado mucho tiempo sin ser habitado.

Al salir de la foto, el teléfono empezó a zumbar en mi mano. Número oculto.

—David Raker.

—David, me llamo Corine. Soy amigo de Spike.

—Corine, gracias por llamarme.

Después de traducirme el texto de la fotografía, Spike se ofreció a ponerme en contacto con una amiga suya licenciada en Ciencias. Fue deliberadamente impreciso. No involucraba en su trabajo a la gente que le gustaba.

—Spike dijo que tenías algunas preguntas.

Sonaba inglesa, con voz suave y un ligero acento del norte. Me preguntaba cómo habría llegado a conocer a un inmigrante ilegal que nunca salía a la calle.

—Sí. Esperaba que pudieras hablarme de la formalina.

—¿La formalina? —Hizo una pausa—. ¿Qué quieres que te cuente?

—Es lo que se usa para embalsamar, ¿verdad?

—Ya no tanto. El formaldehído está mal visto hoy en día. De hecho, algunos países europeos lo han prohibido por completo.

—¿Porque es cancerígeno?

—Eso es. La formalina solo tiene un treinta y siete por ciento de formaldehído. El resto es metanol y agua. Pero sigue siendo ridículamente bueno en lo que hace. Deja caer medio animal en una

cuba y tendrás un conservador de tejidos instantáneo. Que se lo pregunten a Damien Hirst.

—¿Cómo funciona?

—Básicamente, el formaldehído endurece. Carcome el tejido celular, secando el protoplasma y sustituyendo el fluido por una especie de gel firme. Así, no solo solidifica las células y mantiene la forma de la piel, sino que desinfecta el tejido al mismo tiempo. Y aún mejor: es muy resistente a las bacterias.

—¿Dónde podría conseguir un poco?

—¿De formalina?

—Estoy hablando en teoría, y de manera confidencial.

—Bueno, como es cancerígeno, está muy vigilado, así que lo mejor sería importarlo de fuera de Europa, o de algún lugar de *dentro* de Europa que no esté debidamente regulado. Sea cual sea el camino que elijas, es arriesgado. Y por supuesto necesitarías a alguien que estuviera dispuesto a traerlo por ti, con todos los riesgos asociados. No sé dónde se encuentra ese tipo de gente.

***

Una hora más tarde, me detuve en el cementerio de Kensal Green: treinta hectáreas de lápidas, mausoleos y zonas verdes, que se extienden por la ciudad como un manto. Acerqué el coche a una larga columnata, lo subí a la hierba junto a los pilares y apagué el motor. Un rostro se asomó un instante y volvió a desaparecer. Salí y caminé a través del cementerio. Bajo la columnata olía a viejo y a humedad. A unos seis metros a mi derecha, un tipo negro y delgado que llevaba una gorra amarilla y una cazadora verde brillante avanzaba hacia mí.

Se llamaba Ray Smith.

Smith era un delincuente de poca monta al que la policía había echado el guante tras una chapuza bancaria en Mayfair cinco años atrás. Había sido el conductor de la huida, pero no había escapado lo bastante rápido. Smith en realidad no era un mal tipo, solo se había involucrado con la gente equivocada. A cambio de una nueva

vida como informador a sueldo, pudo vagar por las calles como un hombre libre. Fue entonces cuando me enganché a él y le dije al periódico que doblara lo que le pagaba la Metropolitana. Era un tipo de poca monta, pero tenía un buen par de orejas. De ahí su nombre. Ray no era el diminutivo de Raymond. Era la abreviatura de Radar, es decir, que siempre sabía lo que pasaba.

Lo miré de arriba abajo.

Era un manojo de energía de tres kilos, impulsado por una mezcla de adrenalina y paranoia, y conocido por su espantoso sentido de la moda. Su chaqueta bómber era del color de una explosión nuclear, y en el dedo corazón de la mano llevaba un enorme anillo con incrustaciones de diamantes.

—¿Vas de incógnito, Ray?

Puso los ojos en blanco y miró a su alrededor.

—Vete a la mierda. Ni siquiera debería estar aquí hablando contigo, tío. Eres un amuleto de la mala suerte.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Recuerdas la última vez que te ayudé?

—Claro. Hará ya unos dos años.

—Correcto. ¿Y sabes lo que pasó al día siguiente? Me patearon la cara. Y entonces mi puto perro se murió. Tienes el toque de Medusa. —Miraba hacia un lado, pero sus ojos se volvieron hacia mí—. Escucha —dijo. Hizo una pausa—. Yo, ya sabes..., oí lo de tu chica.

Asentí con la cabeza. Se dio la vuelta y miró a lo largo de la columnata que tenía a sus espaldas, dándome la espalda. Le dejé un momento. Ese segundo de contacto visual era Ray intentando decirme que sentía lo de Derryn. Era lo más conmovedor que nuestra relación había tenido nunca.

Cambié de tema.

—¿Así que sigues chupándoles la sangre a los contribuyentes?

Se volvió hacia mí.

—Sí, todavía lo hago. Y la única razón por la que sigo aquí respirando es porque mi chico me mantiene fuera de los focos.

Hacía unos quince años, la policía empezó a pedir a los detectives

que registraran a sus informadores confidenciales, lo que, como la mayoría de ellos dirían, fue una de las peores ideas de la historia de la aplicación de la ley. Tan pronto como los informantes pensaron que los detalles de sus chivatazos daban la posibilidad de que los encontraran o los mataran, la información se agotó. Lo que la mayoría de los detectives hacían en su lugar era registrar a dos o tres informantes que sabían que nunca utilizarían, y mantener a los mejores fuera de los libros. Radar era uno de los mejores.

—¿Haces mucho por ellos?

—Sí, bastante —respondió, encogiéndose de hombros—. Hay que hacerlo. Es eso o que los chicos de azul aparezcan en la puerta de mi casa y me pongan las esposas. Y no me apetece mucho poner el culo en Pentonville.

—Ah, ¿no?

Ray frunció el ceño.

—¿Estás diciendo que soy marica?

Me reí, pero intenté no darle demasiada importancia. Ray nunca había matado a nadie en su vida, pero seguía manteniendo un estricto código de conducta, como si fuera el asesino a sueldo más peligroso del mundo. Y, como la mayoría de los criminales, era un código muy retorcido. Nada de mujeres. Ni hijos. Todo lo relacionado con las drogas era lícito, siempre que el producto no acabara en manos de menores de dieciséis años. Las armas estaban fuera, pero los cuchillos estaban dentro. Y nada de bromas sobre dejar caer deliberadamente el jabón en las duchas porque la homosexualidad iba contra Dios.

—En fin, necesito tu ayuda.

Él asintió con la cabeza. Se acercó más a mí.

—Soy un importador que quiere introducir en el país algunos productos químicos. Nada que vaya a arrasar una ciudad, pero lo bastante malo como para que sea muy difícil conseguirlos en el Reino Unido.

—¿De qué tipo de productos químicos estamos hablando?

—Formaldehído.

—¿Qué demonios es eso?

—Es con lo que te cubrirán cuando mueras.

—¿Para gente muerta y esas cosas?

—Exacto.

—No me suena.

—Probablemente llega en forma líquida. Se suele llamar formalina.

Ray dejó de sacudirse un momento y sus ojos se fijaron en los míos. Luego volvió a ponerse en marcha, pero no hizo ademán de decir nada.

—¿Qué pasa, Ray?

Otra pausa dramática.

—Hay un tipo. Tiene un edificio en Beckton, cerca del aeropuerto. Es del norte. Manchester. O por ahí.

—¿Y qué hace?

—Importa mierda, pero el noventa y nuevo por ciento es legal. Dirige una empresa de limpieza desde su casa. Creo que es proveedor de restaurantes. Algunas de las cosas son comida, pero la mayoría son platos y cuencos grabados y toda esa mierda.

—¿Y qué es el otro uno por ciento?

—Por lo que he oído, tiene contactos importantes. Es como un intermediario. Vas a él con lo que quieres y él lo consigue; lo trae con los cuencos y los platos de porcelana.

—Todavía estoy esperando la información extra.

Puso los ojos en blanco.

—¿Estás escuchando algo de lo que estoy diciendo? No me va a entregar un puto inventario cada semana. El tipo no es mi amigo. Pero, si hay químicos entrando en la ciudad, puedes apostar tu culo a que vienen a través de él.

No contesté. Sus ojos se fijaron en mí. Su rostro parecía hierático: ningún movimiento, ninguna señal evidente de que ocultara algo.

—Entiendo —dije—. ¿Cuál era el nombre del negocio?

—Importaciones Drayton.

—¿El tipo se llama así?

—Sí, Derrick Drayton.

Saqué un bolígrafo del bolsillo y me escribí los nombres en el dorso de la mano.

—Entonces, ¿quién trabaja con él?

—No lo sé.

Suspiré y lo miré.

—Deja de decirme tonterías, Ray.

—No lo sé, en serio.

—No te creo.

—¡No me estoy guardando nada!

—No te creo —volví a decir.

Esta vez hubo una breve vacilación y luego ese movimiento en su cara que había estado esperando. Sí que sabía algo.

—¿Ray?

Otra pausa.

—De acuerdo. No debería decirte esto.

—¿Decirme qué?

—La policía vino preguntando por toda esta mierda hace unos meses...

—Espera un segundo, espera un segundo. ¿La policía?

—Sí.

—¿Sobre qué preguntaban?

—Sobre si había oído algo sobre ese tal Drayton.

—¿Te dijeron por qué necesitaban saberlo?

—No.

—¿Y qué te preguntaron?

—Nada. Solo que si había oído algo sobre este tipo, Drayton, el que dirige las importaciones. Cuando les conté lo que sabía, me dijeron que tenía que mantener la boca cerrada si alguien preguntaba.

Hice una pausa. Dejé que mi mente volviera a la fotografía y a las cajas de formalina del fondo.

—¿Te preguntó alguna vez la policía si habías oído algo sobre una chica desaparecida?

Radar frunció el ceño.

—No.

—¿Solo preguntaron por Drayton?

—Sí.

Volví a hacer una pausa.

—Entonces, si saben que este tipo está metido en un asunto importante, ¿por qué no lo han detenido?

—Desapareció. La mayoría de la gente cree que compró un billete de ida para salir del país cuando pudo oler a la policía cerca. Y el negocio está limpísimo. Así que su familia dirige el lugar en Beckton en su ausencia. Tendrías que marcar el 999 para saber lo que la policía tiene planeado para él si alguna vez vuelve. Sobre todo después de... —Se interrumpió.

—¿De qué?

—No importa.

—¿De *qué*? —No respondió—. Habla, Radar.

Suspiró, deslizó un par de dedos bajo el gorro e intentó eliminar su ceño fruncido. Al final se quitó el sombrero del todo y se pasó una mano entera por la cabeza, con el pelo rapado erizándose bajo la palma. Otro suspiro, esta vez más fuerte.

—¿Sobre todo después de qué, Ray?

—Este tipo, Drayton, tiene una serie de propiedades en toda esa parte de la ciudad. No solo en Beckton. Y en una de ellas... algo se jodió.

—¿De qué estás hablando?

—Por eso se interesó la policía. Según he oído, Drayton consiguió armas para una organización del crimen organizado y les permitió usar uno de sus edificios como punto de recogida.

—¿Crimen organizado?

—Sí. Rusos. La policía se enteró y envió a la caballería. Solo que salió mal. —Hizo una pausa. Me miró—. Y un par de maderos recibieron un balazo en la cara.

Lo miré y me quedé en silencio.

«Maldita sea. Está hablando de la noche en que Frank White murió».

34

El expediente de Frank White estaba en el maletero del BMW, todavía en el sobre en el que Tasker lo había enviado. Lo había traído conmigo por si encontraba tiempo para leerlo por encima mientras seguía las pistas de Megan. Pero ahora, de algún modo, Frank White había pasado de la periferia y se había vinculado a la desaparición.

Me deslicé sobre el asiento del conductor, cerré la puerta e intenté despejarme. El cementerio estaba tranquilo. Puse los limpiaparabrisas en intermitente, escuchando cómo barrían el cristal. Por el momento, no había una conexión directa que pudiera ver. Había una línea que iba de la muerte de Frank, a los rusos, a Importaciones Drayton, a la formalina y a la chica de la fotografía. Pero el círculo no estaba completo. Sin embargo, aunque Megan *fuera* la chica de la foto, cosa que ni siquiera era segura, lo único que la relacionaba con Frank White era el hecho de que la formalina del fondo de la foto probablemente había sido importada por Drayton, el dueño del almacén en el que dispararon a Frank.

Y, sin embargo, no me gustó la conveniencia de todo aquello; la coincidencia. Porque no creía en las coincidencias. Creía en la estructura y el significado. Creía en las conexiones.

Personas conectadas. Eventos conectados.

Todo atado.

Empecé a revisar el expediente. Se hacía eco exactamente de lo que Tasker ya me había dicho por teléfono. Los vigías rusos detectaron al equipo especial en los primeros momentos y la operación se convirtió en un tiroteo. Tres agentes especializados en armas de fuego habían acompañado a la Unidad 7 de White al lugar de los hechos, y uno de ellos había conseguido dar con el vehículo de huida del cirujano, un Lexus negro robado. Pero aun así se escapó. A las 11:17 de la noche, Frank White fue declarado muerto. Otro detective, Kline, ya se había ido. Dos de los hombres de Akim Gobulev sobrevivieron al tiroteo. Uno murió en la ambulancia de

camino al hospital; el otro se negó a hablar. Los detectives intentaron entrevistarle cinco veces, y las cinco transcripciones incluidas en el expediente no tenían más de una página.

Así que solo tenían al cirujano.

Y ni siquiera lo tenían.

Las pruebas de patología, el levantamiento de huellas y el análisis de balística confirmaron lo que Tasker ya me había dicho, pero el inventario de pruebas era uno de los más largos que había visto nunca. La falta de una pistola humeante, y el hecho de que dos policías yacieran muertos en el suelo del almacén, había motivado a los equipos forenses. Parecía que cada fibra del edificio había sido procesada. Para las personas que trabajaban en el caso, se había convertido en algo personal en el momento en que White y Kline dejaron de respirar.

Hojeé la lista. Todo lo embolsado en el lugar de los hechos había sido catalogado, y todo se convirtió rápidamente en un borrón: números, nombres y descripciones que pasaban de una página a otra. Pelos. Barro. Polvo. Pólvora. Piel. Las páginas undécima y duodécima enumeraban las pruebas recuperadas de los hombres de Gobulev —vivos y muertos— en el lugar de los hechos. Más fibras. Huellas dactilares. Armas de fuego ilegales, con los números de serie eliminados. Debajo, había dos entradas para las dos balas de nueve milímetros que habían matado a Frank White. Ambas eran de punta hueca, lo que significaba que se habían expandido en su pecho y cabeza tan pronto como hicieron contacto. Había muerto al instante.

Avancé por el resto del expediente —entrevistas, fotografías de la escena, lo que sabían del cirujano— y cuando llegué al final lo dejé caer sobre mi regazo y volví a mirar hacia el cementerio. Todavía estaba tranquilo. No había gente. Ni coches. Solo el suave silbido de los limpiaparabrisas.

Cogí el teléfono y llamé a los Carver. Respondió James, pero Caroline también estaba allí. Le pedí que me pusiera en altavoz para poder hablar con los dos.

—Una pregunta muy rápida —dije—. ¿Alguno de vosotros

reconoce el nombre Frank White, tal vez de alguien que Megan conocía, o tal vez la policía mencionó el nombre de pasada?

—No me suena de nada —respondió Carver.

Podía sentir la tensión viajar por la línea. Él respondía por sí mismo, no por los dos.

—Lo mismo digo —dijo Caroline en voz baja.

«Personas conectadas. Eventos conectados. Nada es casualidad». Me despedí y llamé al móvil de Jill. Estaba fuera en alguna parte. Esperé, oía hablar a gente de fondo.

—No te molesto, ¿verdad?

—No, en absoluto —dijo ella—. Estoy haciendo algunas compras.

—¿Puedo hacerte un par de preguntas?

—Por supuesto.

—¿Recuerdas si Frank mencionó el nombre de Megan Carver?

Hubo un segundo de silencio.

—¿No era esa chica que desapareció?

—Exacto.

—Creo que no.

—¿Nunca mencionó estar involucrado en su búsqueda?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

Volví a hacer una pausa. «*Tienes que preguntárselo, y no hay una forma fácil de decirlo».*

—¿Te importa si te pregunto por qué has decidido venir al grupo de apoyo esta semana?

—¿Qué quieres decir?

«Quiero decir que ya estoy trabajando en el caso de Megan Carver, y entonces apareces tú y acabo investigando también la muerte de tu marido. Y ahora descubro que podría haber algún tipo de conexión».

—Solo me preguntaba por el momento, eso es todo.

Ella dudó. Aguanté el silencio. No parecía haber mucho misterio en Jill. La pena que sentía por su marido parecía real; la timidez, genuina. No pude ver nada detrás de sus razones para venir al grupo, aparte de superar la muerte de alguien a quien había amado.

Pero, aun así, el momento era demasiado perfecto. Casi me había pedido que investigara la muerte de Frank cuarenta y ocho horas después de que los Carver me pidieran encontrar a Megan. Londres era una ciudad de siete millones de habitantes y, sin embargo, de alguna manera había acabado con ambos casos con dos días de diferencia.

—David... No entiendo... —Hizo una pausa—. No entiendo qué me estás preguntando.

—El nombre de Frank surgió en relación con Megan, y estoy tratando de averiguar por qué. Porque el de Megan es el caso en el que estoy trabajando en este momento. Del que te hablé. No te estoy acusando de nada, solo intento encontrar la conexión.

—Te juro que no sabía que estaban conectados.

Todo lo que tenía para seguir era su voz. Los pequeños movimientos en ella; el subir y bajar de las palabras. O decía la verdad, o era una mentirosa impecable.

—Estaba luchando por salir adelante —dijo—. Por eso fui al grupo de apoyo. Ha pasado casi un año, y no está resultando nada fácil. Pensé que el grupo podría ayudar.

—¿Sabías que yo asistía al grupo?

—No.

—¿Habías oído hablar de mí antes?

—En absoluto, no.

Hice una pausa.

—Vale...

—Es la verdad, lo juro.

—Te creo —dije, pero no estaba seguro de estar comprometido con lo que decía. Aunque dijera la verdad, algo no cuadraba en alguna parte—. Solo necesitaba estar seguro.

—Lo comprendo.

Ahora sonaba como si estuviera mintiendo. La había ofendido al sugerir que había llegado al grupo con un motivo oculto. Algún plan secreto.

Nos despedimos, con su voz tranquila y distante, y luego tomé de

nuevo el archivo, volviendo al principio. Lo trabajé mucho: cada línea, cada entrada, cada detalle. Pero, después de doce páginas, la segunda lectura fue igual que la primera. No había conexiones, ni con la gente ni con los eventos, y lo más importante: ni con la chica que intentaba encontrar.

Entonces, en la página trece, encontré algo.

A mitad de camino, uno de los técnicos había recuperado una serie de canas. Las pruebas de ADN revelaron que no pertenecían a ninguno de los presentes en el lugar de los hechos, porque ni siquiera eran humanos. Eran de un perro.

Un galgo.

Nadie recordaba haber visto un perro en el lugar de los hechos, y el almacén estaba cerrado, por lo que no había ningún perro callejero, lo que significaba que alguien los llevaba sobre sí. La policía habría supuesto que procedían del salón o cocina de alguien. Pero supe al instante que no venían de una casa.

Venían de las Vías de la Muerte.

35

Cuando giré hacia mi calle, me di cuenta enseguida de que pasaba algo. La gente estaba de pie al final de la calle, bajo una lluvia torrencial, mirando hacia mi casa. La luz azul pintaba los edificios y destellaba en las ventanas. La cinta de la escena del crimen ondeaba con la brisa. Un agente estaba apostado justo detrás de la cinta. Me miró con los ojos entrecerrados al ver que me acercaba, intentando averiguar quién era y qué quería. Mientras seguía acercándome en el coche, parecía a punto de decirme que diera la vuelta. Entonces me miró a la cara y en sus ojos brilló el reconocimiento. Miró detrás de él. Había una furgoneta de la escena del crimen y tres coches aparcados fuera. Dos estaban marcados con los logos de la policía. Uno, un Volvo, no lo estaba, pero tenía una barra de luces en el salpicadero delantero. Cuando detuve el coche antes de llegar a la cinta, el agente gritó algo y dos hombres salieron de mi casa.

Phillips y Davidson.

Salí del coche.

—¿Qué demonios es esto?

Ninguno de los dos dijo nada. Phillips iba delante, con un largo abrigo negro a modo de capa. Davidson le siguió, con una taza de café para llevar en las manos y una leve sonrisa en la cara.

—David —dijo Phillips.

Estábamos cada uno a un lado de la cinta de la escena del crimen. Phillips miró hacia la casa. Un técnico de criminalística bajaba por el camino de entrada con una caja de zapatos. Era una de las que tenía apiladas en los armarios de la habitación de invitados, llena de cosas de Derryn que aún no había ordenado. Estaba dentro de una bolsa de pruebas.

—¿A dónde va con eso?

Phillips no respondió. Davidson se encogió de hombros.

Miré fijamente a Phillips.

—Todo lo que hay ahí pertenece a mi *mujer*.

—Cálmese, David —respondió.

—¿Que me calme?

—*Cálmese*.

—Quiero esa caja de vuelta *ahora*.

—*Escúcheme* —dijo Phillips, y sus ojos se desviaron hacia la multitud al final del camino. Automáticamente, me giré y miré hacia la casa de Liz. Estaba oscuro. No había nadie en casa. No quería que viera aquello—. Cálmese —volvió a decir—, antes de que empeoren las cosas.

—¿Qué hacéis en mi casa? —dije, ignorándolo—. ¿Tenéis siquiera una orden?

Phillips rebuscó en el bolsillo de su abrigo y sacó un papel sellado dentro de una funda impermeable. Lo levantó.

—¿Mentiste bajo juramento para conseguir esto?

No contestó, solo me lo entregó.

Lo miré. Con la falta de luz era difícil ver los detalles, pero vi mi nombre en la parte superior y una firma en la parte inferior.

—¿Quién coño ha firmado eso?

—Necesito que venga conmigo —respondió Phillips.

—¿Por qué iba a hacer eso? —Sin duda, Davidson sonreía ahora. Yo le devolví la mirada—. ¿Tienes algo que decirme, gordo?

Se encogió de hombros sin dejar de sonreír.

Phillips suspiró.

—Vale, David, vamos a tener que hacer esto oficial.

Davidson tenía ahora un bloc en las manos y, a pesar de la lluvia, se dedicó a anotar lo que yo acababa de decir. Aunque la rabia hervía en mi interior, sabía que tenía que calmarme para evitar decir algo de lo que me arrepintiera. Pero, cuando volví a mirar al técnico que cargaba la caja de zapatos en la parte trasera de la furgoneta, la ira se disparó en mí por segunda vez. Me agaché bajo la cinta. El agente uniformado hizo un movimiento hacia mí. Phillips se dio cuenta y levantó una mano.

—David —dijo.

—Será mejor que tengáis una buena razón para estar aquí.

Phillips asintió.

—David Raker, está detenido como sospechoso del secuestro de Megan Carver. Tiene derecho a guardar silencio...

—¿Qué?

—... pero puede perjudicar a su defensa si no menciona, al ser interrogado, nada de lo que luego se base en el juicio. Todo lo que diga podrá utilizarse como prueba. ¿Entiende lo que acabo de decir?

—Tienes que estar bromeando.

—¿Lo entiende, David?

Los miré a los dos. Davidson seguía escribiendo. Phillips miró al agente que estaba a mi lado y después a mí.

—¿David?

Lo miré fijamente.

—David, ¿lo entiende, sí o no?

Detrás de él, Davidson seguía escribiendo.

—¿Sí o no?

Yo le devolví la mirada.

—Sí.

Volvió a asentir hacia el agente. Oí el ruido metálico de unas esposas y sentí que el agente se acercaba por detrás. Me llevó los brazos a la espalda y los puso en la base de mi columna vertebral. Un metal frío y húmedo rodeó mis muñecas y las bloqueó. Delante de mí, Davidson se empeñaba en añadir a la fuerza un punto al final de lo que escribía.

—Esto es una locura —dije.

Phillips me puso una mano en el brazo.

—Hora de irse.

Esto es el principio

Tenía un colchón y dos mantas para cuando dormía. Una hora después de su segunda visita del día, cuando le arrojaba el líquido para la cara y el algodón para aplicárselo, las luces se apagaban, sumiendo la habitación en una oscuridad total. Las luces volvían a encenderse al día siguiente, para la primera visita, cuando él venía con su comida. Con las luces apagadas, todo lo que tenía era silencio.

Algunas noches, al principio, gritaba con todas sus fuerzas para que alguien la oyera. Cuando pasó una semana, empezó a intentar razonar con él cuando entraba. A los diez días, le dijo que el colchón era incómodo. Al final, a las dos semanas, cambió de táctica cuando él entró con su comida.

—¡Te voy a matar, cabrón!

Solo lo intentó una vez.

Después de que ella le gritara, él hizo una pausa. Muy recto. La miró. Una sonrisa se dibujó en su rostro; una fina línea, como el tajo de un cuchillo. Cuando el gesto se formó en la oscuridad de la capucha, su boca despegándose de sus labios, se dio cuenta de que no era una sonrisa en absoluto. Era una advertencia. Le estaba diciendo que, aunque no durmiera, no lo vería acercarse. Le haría lo que quisiera, vendría a por ella cuando la necesitara.

Y todo lo que vería sería un parpadeo en la oscuridad.

***

Sona se despertó. Estaba completamente a oscuras, en mitad de la noche. Se dio la vuelta en el colchón, con los muelles crujiendo bajo ella, y se subió la manta hasta el cuello. Al hacerlo, oyó algo más allá del silencio por primera vez desde que se la habían llevado: el suave golpeteo de la lluvia. Bajaba por algún lugar distante, suave, consistente. Cuando cerró los ojos y trató de concentrarse en el ruido, le pareció que golpeaba una rejilla metálica.

Pfffffff.

Abrió los ojos de golpe.

El agujero estaba tapiado con ladrillos de colores oscuros hasta arriba, por lo que no había definición de su entorno. No había resquicios de luz. Ni siquiera podía ver su propia mano delante de su cara. Todo se desvanecía en la oscuridad, y lo único que quedaba era el sonido: un rumor muy suave ahora, que reverberaba por el suelo de la habitación de arriba y por las paredes del agujero; y el rítmico latido de la lluvia.

Estaba tumbada con los ojos abiertos. Mientras contaba el tiempo en su cabeza —treinta segundos, un minuto, dos minutos, cinco minutos—, la lluvia empezó a arreciar. A los diez minutos, sintió que se cansaba de nuevo. Sus ojos se fueron cerrando. Los abrió y se quedó mirando la oscuridad durante otros sesenta segundos. Luego volvió a cerrarlos, demasiado cansada ya para luchar contra la aparición del sueño.

Pfffffff.

Se movió rápidamente, sentándose en el colchón. «*¿Qué ha sido eso?*». El ruido había sonado más cerca esta vez. Esperaba poder ver algo, tal vez algo ínfimo en la oscuridad. No había nada. No había luz. Ni formas. Todo estaba en silencio. Extendió la mano hacia delante, hacia el lugar de donde procedía el sonido. Se inclinó un poco hacia ahí. Apoyó la otra mano en el suelo.

Y entonces se dio cuenta.

Se percató de cuál había sido el sonido.

Estática.

La luz de las bombillas surgió de la esquina del agujero, cegándola brevemente. Se llevó una mano a los ojos, reaccionando de manera automática, pero una pierna le arrancó el brazo de apoyo de una patada y cayó hacia delante, golpeándose la cara contra el suelo. La aturdió por un momento, con puntos blancos parpadeando frente a ella. Cuando rodó sobre su espalda, él estaba de pie encima de ella, una pierna a cada lado de su cuerpo, con una sonrisa dibujada en el rostro.

Detrás de él, apoyada contra la pared, había una escalera.

Había bajado al agujero, y ella ni siquiera lo había oído.

Sona intentó zafarse de él, alejándose todo lo que pudo, pero él le puso una bota en la garganta y la inmovilizó contra el suelo. La estática se oía por unos altavoces de la habitación de arriba.

—Esto es el principio —dijo.

Incluso de cerca, era difícil distinguir claramente sus rasgos. Había girado la linterna hacia la izquierda. Las sombras lo atravesaban, pequeños trozos de noche se aferraban a cada pliegue y arruga de su rostro.

—Aquí es donde me devuelves mi vida.

En un abrir y cerrar de ojos, el hombre le quitó el pie de la garganta y la levantó del suelo del agujero. Fue a luchar contra él, fue a darle una patada, un puñetazo o un mordisco, pero era demasiado rápido. Él le dio un puñetazo en un lado de la cabeza, un golpe rápido y eficaz, justo en el rabillo del ojo; casi se oyó un siseo mientras se movía para pegarle.

Y entonces ella cayó de lado sobre el colchón y se desmayó.

TERCERA PARTE

36

Me llevaron a la misma comisaría de antes, pero esta vez no me iban a llevar directamente a una sala de interrogatorios. El mismo sargento de custodia que me había recibido la primera vez estaba sentado en el mostrador, mirando a través de sus gafas de medialuna. Me miró a mí, luego a Phillips y Davidson, y les hizo pasar. Los tres me llevaron en dirección contraria a las salas de interrogatorio, a través de dos juegos de puertas, a la sala de custodia. Detrás de mí, Phillips empujó una puerta metálica hasta cerrarla. Davidson se movió a mi izquierda. El sargento se deslizó detrás de un escritorio, presentándose como Fryer, y pidió a Phillips que me quitara las esposas. De entrada, me explicó mis derechos. Cada dos frases, hacía una pausa para preguntarme si lo tenía claro. Ellos odiaban la Ley de Policía y Pruebas Penales más que a cualquiera de los hombres y mujeres que detenían. Cualquier fallo, cualquier error, y un abogado desmontaría el caso.

Fryer sacó una cámara de debajo del mostrador. A la policía le gustaba sacar fotos por si, por cualquier motivo, más tarde se producían heridos dentro de la comisaría. Hizo tres fotografías. Cuando terminó, me invitó a pasar a una mesa donde estaba el equipo de huellas dactilares. Todo el tiempo, Davidson observaba. Le fulminé con la mirada, pero él se limitó a mirarme sin comprender.

A continuación, Fryer pidió a Phillips que repasara su relato de la detención. Era la razón por la que Davidson había estado tomando notas. Excepto que Phillips no las necesitaba. Lo había memorizado casi todo. Cuando terminó, Fryer se volvió hacia mí y me preguntó si tenía algo que añadir; de hecho, me estaba preguntando si quería rebatir la versión de Phillips. Sacudí la cabeza.

El resto del proceso de registro duró veinte minutos. Vacié los bolsillos y todo quedó registrado, les di mi cinturón y los cordones de los zapatos, entonces Fryer volvió a recordarme mis derechos y me preguntó si quería llamar a alguien o informar a un abogado. Esta vez le dije que quería llamar a mi abogado, y Phillips me dirigió a

una sala detrás del área de registro. Era pequeña, con paneles de cristal reforzado, una mesa y una silla —ambas atornilladas— y un teléfono en la pared. Me dejaron allí. Los vi irse y llamé al móvil de Liz. Después de tres timbres, descolgó.

—¿Hola?

—Liz, soy David.

—David —dijo, y sonó complacida al oír mi voz—. ¿Cómo estás? Me pasé ayer, pero debías estar fuera.

—Liz...

Inmediatamente sintió que algo pasaba.

—¿Estás bien?

—Me han detenido.

—¿Qué?

—La policía se presentó en mi casa antes... —Volví a hacer una pausa—. Han cometido un error. De alguna manera, me han relacionado con la desaparición de Megan Carver. No sé cómo, pero... Mira, no quiero hablar mucho de ello por teléfono. Solo necesito tu ayuda. ¿Puedes venir?

—Sí, sí, por supuesto —dijo ella—. Lo único es que no estoy en Londres.

Se me encogió el corazón.

—¿Dónde estás?

—Estoy en Warwick viendo a Katie.

La recordaba caminando hacia su coche antes de las ocho de la mañana. Warwick estaba a ciento treinta kilómetros. Una hora y media en una carretera despejada. Excepto que el domingo por la noche, en las autopistas de entrada a Londres, la carretera no estaría despejada. Pero, aunque saliera ya, probablemente tardaría un par de horas. Si tenía mala suerte, aún más.

—David —dijo, y su voz de repente se volvió tranquila y controlada —. ¿Qué es lo que creen que has hecho?

—Secuestrar a Megan.

Ella hizo una pausa.

—¿Y *la secuestraste*?

—No. Por supuesto que no.

La oí exhalar con suavidad.

—De acuerdo. Escucha. Voy a hacerte un par de preguntas. No te dejes nada. —Se detuvo, dejando que aquella última frase se asentase. Me estaba recordando las veces que me había ayudado antes, cuando ambos sabíamos que me había dejado parte de la verdad enterrada—. Lo primero: ¿crees que Megan está muerta?

—Lleva desaparecida seis meses.

—¿Eso es un sí?

—Estadísticamente, hay muchas posibilidades, solo por el tiempo que lleva desaparecida. No tengo pruebas que lo demuestren. Y ellos tampoco. Pero el caso sigue activo.

—Así que si el caso sigue activo, ¿trabajan con la suposición de que podría estar viva?

—Exacto.

—Vale, pues así está la cosa. Tienes derecho a asesoramiento jurídico gratuito. Ya te lo habrán dicho. La policía *tiene* que proporcionar eso como parte de la Ley de Policía y Pruebas Penales. Puede seguir ese camino y, como es domingo por la tarde y un abogado no aparecerá por arte de magia en la comisaría en cinco minutos, eso retrasará el interrogatorio durante un rato. Y me dará tiempo a volver.

—Pero...

—*Pero* —dijo, y calló por un momento. Expulsó un poco de aire, que crepitó en la línea que nos separaba—. Si creen que existe un peligro real e inmediato para la vida de alguien relacionado con este caso, es decir, la chica que te acusan de haber secuestrado, pueden iniciar el interrogatorio sin tener que esperar a un abogado. Si creen que Megan está viva, si las pruebas que tienen apuntan a ello y piensan que cualquier retraso afectará negativamente a la hora de encontrarla con vida, entonces pueden empezar en cuanto cuelgues el teléfono conmigo.

Miré a través del cristal hacia donde Phillips, Davidson y Fryer me habían tenido durante el registro. Se les había unido Hart y alguien

más que no reconocí. Llevaba uniforme. Cincuentón pero delgado. En el hombro de su camisa estaba la insignia de su rango. Una corona, con ribetes rojos. Debajo, una estrella de cuatro puntas. Mientras lo estudiaba, pareció percibirlo y me devolvió la mirada.

—¿David?

Lo observé un momento más.

—¿Y quién toma esa decisión?

—¿Qué decisión?

—La de pasar por alto al abogado.

—Debe tener rango de superintendente o superior.

De pie entre Fryer y Hart, con una copia impresa de mi informe de custodia en las manos, el superintendente jefe de la comisaría seguía mirándome.

37

Veinte minutos más tarde estaba en la sala de interrogatorios cuatro y la cinta empezaba a rodar en la grabadora. Había tres tazas de café de máquina entre nosotros. Ninguna había sido tocada. La habitación era más pequeña que en la que había estado antes. Todo formaba parte de la obra. Una habitación más pequeña. Con ventanas más pequeñas. Menos espacio para respirar. Psicológicamente, intentaban asegurarse cualquier tipo de ventaja que pudieran.

Tras pulsar *play*, Phillips se presentó a sí mismo y a Davidson en beneficio de la cinta, y luego me pidió que confirmara mi nombre y dirección. En el escritorio que tenía delante había una fina carpeta marrón. Podía ver asomar las esquinas de las fotografías que había dentro. La mano de Phillips estaba plana en la parte superior, como si temiera que pudiera desaparecer de repente. A su lado, Davidson había retomado la postura despreocupada del primer interrogatorio: reclinado en la silla, sin chaqueta, con una camiseta demasiado ajustada, los brazos cruzados y apoyados en el vientre.

—Bien, David —dijo Phillips—, empecemos. Primero voy a hacerle unas preguntas básicas, ¿de acuerdo? Así que... ¿puede confirmarnos su ocupación?

Davidson sonrió satisfecho. Yo lo miré.

—¿Qué es tan divertido?

—¿David?

Me volví hacia Phillips, pero no contesté.

—¿David?

—Soy investigador de personas desaparecidas.

Davidson asintió con falsa sinceridad. Se inclinó hacia delante en su silla y arrastró una de las tazas de café hacia él; solo para que se viera que estaba haciendo algo.

—¿Y por qué personas desaparecidas? —preguntó Phillips.

—Unos cuatro meses después de dejar el periódico, una amiga de mi mujer me pidió que investigara la desaparición de su hija. —Volví

a hacer una pausa. Ambos me miraron. Phillips no hizo ningún movimiento. Davidson volvió a agitarse—. Y así lo hice. Después de eso, una pareja vino a verme. Luego otra. Luego otra. Y en algún momento después, se convirtió en un trabajo.

—¿Está registrado?

—¿Dónde?

—En la Asociación Británica de Investigadores, la ABI.

—No, no estoy registrado. No me he suscrito a un boletín gratuito ni al ejemplar trimestral de *Investigators Journal*.

—¿Cómo sabe la gente de usted entonces?

—Páginas amarillas, Internet, el boca a boca.

—¿Los Carver oyeron hablar de usted a alguien?

—Habría que preguntarles a ellos.

—¿No se lo dijeron?

—No es importante para mí.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que a la gente que acude a mí normalmente le han arrancado el corazón porque sus hijos llevan un mes sin volver a casa. No hago un estudio de mercado. Intento encontrar a la persona más importante de sus vidas.

—¿Y lo hace?

—¿Hacer qué?

—Si los encuentra.

Asentí con la cabeza.

—Siempre.

—Así que es bueno en su trabajo —lanzó Phillips.

Miré a Davidson, pero hablé con Phillips.

—Creo que tú y yo probablemente tenemos definiciones diferentes de si una persona es buena en su trabajo o no.

Davidson se echó hacia delante en su asiento. Puso ambas manos sobre la mesa, como si intentara contenerse. Si la cinta no hubiera estado grabando, habría dicho algo.

—¿Qué ha averiguado sobre la desaparición de Megan Carver? —

preguntó Phillips, mirando fijamente el expediente, aún cerrado, que tenía delante.

—No mucho.

—¿Le importaría explicarlo?

No respondí enseguida y, cuando levantó la vista, pudo verme la cara: «La verdad es que no quiero».

—Desapareció de su instituto el 3 de abril de este año —dije, antes de que pudiera decir algo que quedara grabado y me hiciera parecer poco servicial—. He entrevistado a sus amigos y familiares. He revisado su correo electrónico y su teléfono. De momento, no he encontrado nada.

Phillips entrecerró los ojos.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Nada de nada?

—Nada sustancial.

Yo tenía tres cosas que la policía no tenía. Una era el enlace de Megan a las Vías de la Muerte. Si hubieran accedido a su correo electrónico y superado el control de seguridad del sitio web del LCT, habrían encontrado el mapa del aparcamiento del instituto y el mensaje: «*¡Nos vemos aquí a las 14:30 para disfrutar de un romántico pícnic en el bosque!*»; pero, sin saber a qué bosque se refería, no les habría llevado a ninguna parte. Porque no tenían al tipo de Tiko›s. Si hubieran localizado al hombre de las imágenes en cualquier momento de los seis meses transcurridos desde la desaparición de Megan, y luego hubieran visto el mensaje en el mapa, al final habrían atado cabos. Pero, sin él, lo que tenían no valía nada.

Lo otro era el club juvenil. También lo tenían, solo que no habían profundizado lo suficiente. Casi seguro que habían entrevistado a Daniel Markham, pero, como Kaitlin nunca les mencionó el embarazo de Megan, probablemente había conseguido escabullirse. Y, si ya se había librado de los problemas una vez, era seguro que lo volvería a hacer. Lo que la policía tenía era una conexión obvia entre Megan y

Leanne: dos chicas desaparecidas, ambas trabajadoras a tiempo parcial en el mismo lugar. Pero, si Healy estaba husmeando, trabajando en el caso de su hija extraoficialmente, significaba que estaba desesperado por encontrar una pista; y eso, a su vez, significaba que la policía seguía intentando averiguar quién se había llevado a Megan y a Leanne. Markham era clave y, por el momento, solo yo conocía su relación con Megan.

Y luego estaba Frank White, al margen del caso. Habían encontrado pelos de perro en el almacén la noche que le dispararon. Pelos que estaba dispuesto a apostar a que coincidían con los del perro que me había encontrado en el bosque. Más allá de eso, sin embargo, todavía estaba buscando lo que lo unía directamente a Megan. Tal vez podría usar a Healy. Quería respuestas sobre Leanne, y yo quería saber dónde encajaba Frank White.

—¿Qué pasa con Charlie Bryant? —preguntó Phillips, interrumpiendo mi hilo de pensamiento.

—Está relacionado con su desaparición de algún modo, pero no he averiguado cómo ni por qué. Yo sugeriría, sin embargo, que quien lo mató probablemente se llevó a Megan.

—¿Por qué matarlo?

—Como digo, aún no lo he averiguado.

—Debe tener alguna corazonada.

—Tal vez presenció algo que no debía.

—¿Como qué?

Fruncí el ceño.

—¿Quieres que enumere algunas teorías fantásticas? ¿O solo quieres que me ciña a los hechos? No hay testigos ni grabaciones de cámaras de vigilancia. No hay noticias de que Megan fuera infeliz o estuviera deprimida. No hay señales de que sus notas bajaran en el instituto. Como estoy seguro de que su colega el detective Hart ya le ha dicho, este es un caso complejo. —Volví a hacer una pausa. *Hart*. Se suponía que era el líder en la investigación de Carver. ¿Dónde estaba? Miré a Phillips—. ¿No debería Hart hacer este interrogatorio? Dirigía la desaparición de Carver, ¿no?

Phillips asintió.

—El inspector jefe Hart está ocupado en otros asuntos.

—Lo he visto antes.

—Se estaba registrando.

Ahora me tocaba a mí sospechar.

—¿El mayor caso sin resolver de los últimos doce meses y no quiere saber nada?

Phillips suspiró.

—Si quiere saberlo, David, el inspector jefe Hart está echando un largo y profundo vistazo a su casa.

Arrugué el gesto.

—¿Por qué?

Phillips me ignoró y giró la carpeta para que quedara frente a mí. La abrió despacio. Dentro había cinco fotografías, bocabajo, una encima de otra.

—¿Usted por qué cree? —preguntó.

Dio la vuelta a la foto superior. Fotografía de escenas del crimen. Era una foto de la muñeca que había encontrado en el club juvenil, sentada en la mesa de mi salón, tal como la había dejado. Giró la siguiente. La fotografía que había descubierto en su interior —los hombros y el cuello de la mujer— en una funda de pruebas transparente.

—Todo eso lo encontré.

—¿Dónde?

—En mi jardín delantero —mentí.

—¿Y quién lo dejó?

Lo miré.

—No lo sé.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—¿Sabe de dónde vino la muñeca?

—No.

—¿Sabe quién es la mujer de la foto?

—No.

Se reclinó en su asiento.

—Hay muchas cosas que no sabe.

—¿Prefieres que me invente una respuesta?

Phillips negó con la cabeza.

—No. No, no quiero eso, David. Pero déjeme recordarle que aquí está en problemas.

—¿Porque un loco dejó una muñeca en mi jardín?

Me estudió un momento y luego bajó la vista hacia el resto de las fotografías. Un par de dedos golpearon la mesa. Empezó a tocar la marcha nupcial. Una vez. Una vez.

—¿Sabe lo que significa el número dos en esa fotografía? —preguntó Phillips, colocando la punta de un dedo sobre el dos garabateado en la esquina de la foto de la mujer.

—No.

—Yo creo que sí.

Deslizó un dedo bajo la tercera fotografía y le dio la vuelta. Era otra imagen de una fotografía, embolsada como prueba sobre la encimera de la cocina de mi casa. Había sido tomada en el mismo lugar que la foto anterior del cuello de la mujer. La misma luz tenue. Tomada segundos antes o segundos después. En la esquina estaba el número uno, escrito exactamente igual. Y mirando hacia fuera había una mujer que no reconocí. No era Megan, pero no era muy distinta de ella. Pelo rubio, recogido detrás de la cabeza. Ojos azules abiertos, pero algo vidriosos. No estaba muerta, pero parecía que estaba drogada. Era guapa, pero tenía la piel mugrienta y parecía que podía tener un moratón descolorido al lado del ojo derecho.

—¿Quién es? —pregunté.

—¿No lo sabe?

—No.

—¿No la sacó de aquí?

—No.

Phillips dio la vuelta a la cuarta fotografía. Era una foto de la caja de zapatos de Derryn, con la que había visto salir a un técnico de la escena del crimen, tomada desde arriba, bañada en el blanco de una

linterna. Estaba llena de sus cosas: fotos nuestras, fotos de ella, algunas joyas, un cuaderno. Encima, justo en el centro de la caja, estaba la foto de la mujer que Phillips acababa de mostrarme; *in situ*. Cara sucia, drogada. Pelo rubio. Moretón.

La habían encontrado en la caja de zapatos.

—Ahí no estaba —dije.

—Ahí es donde lo encontramos.

—Nunca he visto antes...

—Encontramos esa fotografía *en* la caja de zapatos *del* armario *de su* casa —dijo Phillips—. Esta mujer... —Miró de mí a Davidson—. Creemos que la secuestró y torturó.

—Tienes que estar de broma.

—No, David —dijo—. Hablo muy en serio.

—Ni siquiera la *conozco*. No he visto a esta mujer en mi puta vida. No sé quién es, ni cómo llegó su foto a esa caja de zapatos, pero no es nada...

Un parpadeo de un recuerdo se formó en mi cabeza. La noche que volví de casa de Jill, a las cuatro de la mañana. Lo había olvidado por completo, pero ahora volvía a mi memoria. El cubo de la basura de la entrada estaba volcado y las bolsas de basura se habían esparcido por el camino. Y el porche había quedado ligeramente abierto.

—Alguien entró en mi casa —dije en voz baja, casi para mí mismo.

—¿David?

—Alguien entró en mi casa.

—¿Quién?

—No lo sé. Estaba en casa de una amiga. Cuando volví, era de madrugada, había bolsas de basura por todo el camino, y la puerta de mi porche se había quedado abierta. No la dejé abierta esa noche.

—¿Lo denunció?

—No.

—¿Por qué no?

—No lo pensé.

—O nos vuelve a mentir —ofreció Davidson.

—¿Por qué iba a mentir?

—No lo sé —respondió—. ¿Por qué *lo haría*?

—No estoy mintiendo.

—Está mintiendo —dijo Phillips.

Me quedé paralizado. Lo miré. Fue más definitivo viniendo de Phillips, más que si hubiera venido de Davidson. Phillips lo había jugado todo a una carta. Sin poses. Sin promesas. Sin alardes. Ahora me acusaba de mentir en un interrogatorio policial.

—No estoy mintiendo —repetí.

Phillips me observó un momento y algo parpadeó en sus ojos; tal vez un poco de decepción, como si hubiera esperado más de mí.

Luego dio la vuelta a la última fotografía.

Era una foto tomada en mi cocina. Se había colocado un marcador de pruebas en el suelo, en la base de unos paneles de madera barnizada que se extendían unos dos metros bajo una de las encimeras. El de arriba se había desprendido por el lado derecho. Lo había notado un par de noches antes mientras me preparaba la cena y me había prometido volver a colocarlo, pero luego se me olvidó. En el espacio detrás del panel había un clavo en la pared hueca.

Y algo colgaba de él.

Tiré de la fotografía hacia mí. Era una prenda de ropa blanca, el algodón moteado de sangre.

—¿Qué es?

—Eso —dijo Phillips, golpeando la foto con un dedo— es lo que llevaba Megan el día que desapareció.

38

Lo primero que pensé fue en lo lejos que estaría Liz ahora. No había relojes en la sala de interrogatorios y, aunque Phillips llevaba reloj, estaba oculto bajo los puños de su camisa. Hacía una hora que la había llamado. Eso la situaría al norte de Oxford si se hubiera ido en cuanto colgué el teléfono. Miré a Phillips y a Davidson, y me planteé pedir el asesoramiento jurídico gratuito al que tenía derecho. No detendría del todo el interrogatorio si creían que Megan estaba viva en algún lugar y en peligro inmediato, pero los separaría a los dos y lo complicaría. Para cuando volvieran al juego, Liz estaría un poco más cerca.

—¿Va a negar que lo puso ahí? —lanzó Phillips.

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—¿Está sugiriendo que alguien le está tendiendo una trampa?

Volví a asentir.

—Sí.

Davidson negó con la cabeza.

—Esto es una gilipollez. Sabe dónde está Megan Carver. Tiene su ropa en las paredes de su puta *casa*. ¿Dónde está?

Lo miré.

—Piénsalo. ¿Por qué iba a aceptar su caso si la había secuestrado? ¿Por qué iba a arriesgarme a exponerme? Alguien está tratando de culparme. Quienquiera que sea irrumpió en mi casa y plantó toda esta mierda para que la encontrarais.

—Solo está cavando más profundo aquí, David —dijo Phillips.

—No me voy a atrincherar en ningún sitio. Alguien cree que me he acercado demasiado a la verdad y ahora intenta acorralarme.

—¿Se ha acercado demasiado? —respondió—. Pero antes ha dicho que no había encontrado nada más que nosotros. ¿Está diciendo que no es así?

Ladeó un poco la cabeza, como si yo acabara de meter la pata.

—No —dije, y empecé a tejer otra mentira—. Digo que puede que

haya dado inadvertidamente con algo que aún no he conseguido averiguar... o que me haya acercado demasiado a él de algún modo.

—¿Él? ¿De quién estamos hablando?

Suspiré.

—Todos en esta habitación sabemos que es un hombre.

—Sí —dijo Davidson—. Usted.

—No —dije—. No soy yo. Pero todas las estadísticas del planeta te dirán que se trata de un hombre. No es un acto de fe.

Davidson volvió a sacudir la cabeza.

—¿Cómo sabíais que teníais que mirar en mi casa en primer lugar? —le pregunté—. ¿Cómo sabíais que estas cosas estaban ahí? Seis meses después, ¿de repente decidís que soy el principal sospechoso? De ninguna manera un juez firmaría eso.

—Quizá sea el hecho de que la primera vez que te vimos salías a trompicones de una casa que no era la tuya con dos cadáveres dentro —dijo Davidson, inclinándose hacia mí—. Y para subir la apuesta, uno de ellos era solo un niño y, a diez centímetros de su cuerpo, encontramos un trozo de plástico... que resultó ser de *eso*. —Señaló con un dedo la fotografía de la muñeca—. Oh, ¿y sabes a quién pertenece esa cosa, David?

No lo sabía, pero su pregunta acababa de decírmelo.

—A Megan —dijo Phillips.

Era la muñeca de Megan. *Mierda*. Luchaba por mantener la cabeza fuera del agua.

—La investigación policial ha terminado —dije, intentando mantener el control en mi voz—. Vosotros lo sabéis, yo lo sé. Si tuvierais algo sobre el paradero de Megan, alguna pista, no me habrían contratado los Carver. Quienquiera que esté haciendo esto sabe que ya no sois una amenaza para él.

—¿Y? —Davidson sonrió satisfecho—. ¿Eso cree?

—¿Por qué si no iba a dejar estas cosas en mi casa? Me está tendiendo *una trampa*. He encontrado algo en alguna parte y él intenta protegerse.

—¿Qué ha encontrado? —lanzó Phillips.

—*Te lo he dicho*. No lo sé.

—¿No lo sabe porque no quiere decírnoslo? —replicó—. ¿O no lo sabe porque se acaba de inventar un montón de mierda y espera que nos lo creamos?

—¿Quieres coartadas?

—Claro, ¿por qué no? —dijo, con la voz quebrada—. Denos su coartada para el día que Megan desapareció. ¿Y por qué no aportar también algunos testigos? Uno para cuando la muñeca apareció *mágicamente* en su césped. Y otro que pueda respaldar su historia de que alguien entró en su casa, sacó una tabla de la cocina, clavó un clavo en la pared y colocó allí una prenda de ropa de Megan. —Sacudió la cabeza—. Será mejor que empiece a colaborar con nosotros, David.

Entonces me di cuenta de que tendría que darles algo. Algo que les hiciera pensar.

—El club juvenil.

Phillips estaba mirando hacia otro lado, a las fotos. Se volvió hacia mí, como si intuyera que la conversación iba a cambiar. Los ojos de Davidson se entrecerraron de nuevo, su expresión por defecto. Si no estaba a la defensiva, enseguida sospechaba. Se inclinó un poco hacia delante, esperando a ver qué tenía.

—Fuisteis al club juvenil, ¿verdad?

Phillips asintió.

—Quien secuestró a Megan la conoció allí.

Ninguno de los dos habló. Phillips miró las fotos, a su compañero y luego de nuevo a mí.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Algo que dijo una de sus amigas, Kaitlin Devonish. Me dijo que a Megan le gustaba mucho un chico que iba allí. Que incluso quizá salieron.

Phillips me estudió.

—Nunca nos lo mencionó.

—Tal vez nunca le preguntasteis.

Frunció los labios. Parecía como si estuviera intentando averiguar

a dónde quería llegar con aquello. Sea cual sea la conclusión a la que llegó, había alterado temporalmente la dinámica. Por un momento, ambos habían perdido el movimiento hacia delante. Ahora estaban a la defensiva.

—¿Quién era el tipo? —preguntó Davidson.

—Kaitlin no lo sabía. Quizá por eso no lo mencionó. Quiero decir, ¿por qué iba a denunciar como sospechoso a alguien que hizo feliz a Megan?

—Porque le preguntamos si Megan estaba saliendo con alguien.

—Puede que ni siquiera salieran oficialmente —mentí.

Silencio. Phillips empezó a girar de nuevo su alianza y Davidson me observaba como si yo fuera una figura de cera en su parte menos favorita del museo.

—Los padres de Megan no lo sabían —continué—, y conocían a los otros chicos con los que había salido. Si salía con este tipo, era a escondidas. Incluso los amigos de Megan podrían no haberlo sabido. Creo que Kaitlin especulaba con que salían, más que saberlo con seguridad.

—¿Y Kaitlin respaldará esto? —lanzó Phillips.

Asentí con la cabeza.

—Cien por cien.

«Escúchame, Kaitlin —le había dicho cuando mencionó por primera vez el club juvenil y al tipo que había dejado embarazada a Megan—. *Si, por el motivo que sea, te llama la policía, no les cuentes lo del embarazo... Lo primero que tenemos que hacer es protegerte... Cuéntales lo del club juvenil y que crees que podría haber estado viendo a alguien allí, pero déjalo ahí, ¿vale?».*

Al final esperaba que la policía se interesara por lo que yo estaba investigando. Quizá no de esta manera, pero, cuando trabajas en la periferia de un caso sin resolver, pisas callos y cabreas a la gente. No quería involucrar a Kaitlin. Era solo una niña, y además asustada, pero tuve que confiar en que no les contara lo del embarazo y en que fuera lo bastante convincente como para desviar el curso del interrogatorio, y de las pruebas, lejos de mí.

Además, había un problema añadido: el club juvenil. Verían que habían forzado la puerta durante el fin de semana. Y, aunque había tenido cuidado de no dejar huellas —y las fotos que tomé en el club estaban junto a la rueda de repuesto en la parte trasera del BMW, no tiradas en casa—, abriría otra línea de investigación, adyacente a la desaparición de Carver... y las costuras se descoserían un poco más. Lo único que podía hacer era seguir empujándolos. Porque no iba a caer por eso. No en ese momento. Nunca.

Me volví hacia Phillips.

—¿Recibiste un chivatazo anónimo?

—¿Cuándo?

—Hoy. ¿Es esa la razón por la que estabas en mi casa?

Los dos se miraron. Phillips se volvió hacia mí.

—No tengo permiso para discutir eso.

Asentí ante las fotografías.

—Pasa la foto de la cara de esa mujer por tus laboratorios a ver si encuentran alguna huella mía en ella.

—Quizá debamos pasar las fotos por los forenses —dijo Phillips, con la voz tensa y los ojos fijos en mí—. Tal vez encontremos sus huellas, tal vez no. Pero estás metido en esto de alguna manera, ambos lo sabemos. Y, cuando averigüe cómo, le haré caer.

No contesté. Estaba tan enfadado como antes, la piel bajo el cuello de su camisa cambiaba de color. La pista que les había dado del club juvenil no había sido suficiente. Había estancado el interrogatorio, pero no lo había detenido. Lo habían archivado como una interesante línea de investigación, pero no había cambiado nada. Estaba metido en aquello hasta el cuello.

Entonces se me ocurrió algo.

Algo que Phillips había dicho en el primer interrogatorio. «*La única razón que puedo darle es que, al meter las narices aquí, está poniendo en peligro una investigación paralela».*

—¿Habéis relacionado oficialmente la desaparición de Leanne Healy con la de Megan? —pregunté.

Hubo una larga pausa.

—¿Leanne Healy?

—La hija de Colm Healy.

—Sé quién es.

—Trabajaba en el club juvenil. En el mismo que Megan. Aunque no supierais nada del hombre que Megan podría haber conocido allí, habríais visto que el club juvenil conectaba a Megan y a Leanne. —Otra pausa. Davidson me dio la espalda. Hubo un ligero destello en él. A su lado, Phillips no se movió—. ¿Así que su desaparición está ligada a la de Megan?

Nada de ninguno de ellos.

Entonces Phillips dijo:

—David, no sabes de lo que está hablando...

—Las dos son rubias. Ambas se parecen vagamente. Ambas trabajaban a tiempo parcial en el mismo lugar. Ambas desaparecieron y nunca volvieron a casa.

Davidson miró a Phillips. Phillips se giró hacia atrás.

—No —dijo—. No vamos a vincular los dos casos.

—Ah, ¿no?

—No.

—Entonces, debéis saber algo sobre Leanne.

—¿Por qué dice eso?

—Porque si no, las enlazaríais.

—¿Lo haríamos?

—Sabes que lo haríais. Serían dos chicas. Y entonces tendríais un patrón. —Los miré. Fui construyendo la teoría sobre la marcha, sumando todo lo que había aprendido mientras intentaba hacerlos retroceder—. Y, con el tiempo, tendríais más.

—¿Más qué?

—Más mujeres. Si hay un patrón, hay un responsable. Y, si ha hecho desaparecer a dos chicas por arte de magia, podéis apostar a que lo hará una y otra vez hasta que lo detengan.

Phillips sacudió la cabeza y empezó a girar su alianza.

—Esto no es *CSI*, David. No hay un final de Hollywood.

«Una investigación paralela».

Los volví a mirar. Les había dado el club juvenil. Les había dicho que sabía lo de Leanne. Ahora era el momento de dar un salto de fe.

—Entonces, ¿dónde encaja Frank White?

Los ojos de Davidson me miraron y luego se apartaron. Un momento de sorpresa, seguido de una oleada de alarma. Phillips dejó de girar momentáneamente su alianza.

—No sé de qué me está hablando —dijo con tono uniforme.

—Pero te acuerdas de él, ¿verdad?

Phillips asintió.

—Claro que me acuerdo de él.

—Están vinculados.

—¿Quiénes están vinculados?

—Frank White y Megan.

—Todo el mundo está vinculado según tú.

—Algo pasó en ese almacén la noche que fue asesinado. Si escarbas lo suficiente, encontrarás una conexión con Megan.

Ambos me miraron. No podía decidir si lo que había en sus caras era incredulidad o pánico. Decidí que era pánico. Estaba consiguiendo algo.

—Su muerte está relacionada con Megan, ¿no?

Phillips empezó a recoger las fotografías y las introdujo de nuevo en la carpeta. Me miró.

—Nosotros somos los que hacemos las preguntas aquí, David.

—¿Tiene algo que ver con el cirujano?

Una breve pausa. Entonces Phillips se inclinó, habló en la grabadora para confirmar la hora y el hecho de que se estaba tomando un descanso, y ambos se levantaron y se fueron.

39

Mientras salían, pedí un descanso para ir al baño. Phillips le pidió a Davidson que me indicara dónde estaba y desapareció por una puerta de seguridad que comunicaba las salas de interrogatorios con la oficina principal. Davidson no dijo nada, solo me condujo más allá de las otras puertas hacia un recodo en forma de L del pasillo. A la vuelta de la esquina había otras dos puertas: una para hombres y otra para mujeres.

—Esperaré aquí —dijo.

El interior era frío y estéril. Viejas ventanas de marco metálico, con malla de hierro sobre el cristal. Lavabos de porcelana atornillados al suelo. Sin jabón ni agua caliente. Cubículos de color verde grisáceo sin los asientos de los inodoros. Básicamente nada que pudieras arrancar y usar como arma. Había un hedor insoportable a urinario y, al entrar en uno de los cubículos, me di cuenta de que podía ver mi aliento delante de mi cara. No podía estar a más de cinco grados.

Al cabo de unos treinta segundos, oí que Davidson empezaba a hablar con alguien. Por encima del ruido del tráfico exterior y del gorgoteo constante de la cisterna, solo pude distinguir unas pocas palabras, pero sonaba como si Davidson estuviera pidiendo a un uniformado que montara guardia.

Tiré de la cadena y caminé hacia los lavabos. Mientras me lavaba las manos, oí otra voz. Masculina. Muy baja. Casi un susurro.

Estaba enviando al agente a hacer un recado.

Un par de segundos después, vi la puerta abrirse en el espejo situado sobre el lavabo. Chirriaba en sus bisagras. Apareció un pie. Luego una cara.

Colm Healy.

Me miró, nuestros ojos se encontraron en el reflejo. Luego miró por encima del hombro, de nuevo hacia el pasillo. Se pasó una mano por el pelo rojo y se llevó un dedo al ojo. Tenía las uñas mordisqueadas de un hombre que pasa la noche en vela, incapaz de dormir, y las yemas de los dedos amarillentas de un fumador.

Giré para mirarlo y me sequé las manos.

—Tenemos diez minutos como máximo, así que te ahorraré la charla —dijo—. No creo que lo hicieras. He leído tu expediente. He oído hablar de ti. No hay registros. No hay señales en el radar. Veinte meses atrás, tu mujer muere. ¿Y ahora se supone que debo creer que estás en algún tipo de... de qué? ¿Misión de *venganza*? No. Tú no eres este tipo. Así que me dirás lo que quiero saber y yo te ayudaré a cambio. ¿De acuerdo?

—Dijiste todo lo que necesitabas decir la última vez.

—Sí, bueno... —Se calló. Se quedó allí con la mano en la puerta—. Ese tipo que tenías en la foto que me enseñaste, Milton Sykes. ¿Quién es en realidad?

Yo me encogí de hombros.

—No lo sé.

—¿Por qué se parece a Sykes?

Volví a encogerme de hombros.

—No lo sé.

—Bueno, déjame darte una ventaja —dijo—. Voy a asumir que has leído sobre Sykes.

Asentí con la cabeza, intentando averiguar a dónde se dirigía.

—Así que sabes que la policía le atribuyó el asesinato de Jenny Truman, ¿verdad?

Volví a asentir. Luego me detuve. Hablaba de su vestido. Había pasado por alto la conexión, la había olvidado en la confusión de las dos últimas horas.

—Encontraron su vestido detrás de una tabla en su cocina —dije.

—Bingo. Y ahora han encontrado la blusa de Megan detrás de una tabla en *tu* cocina. Creo que podemos asumir con seguridad que quien te ha colgado esto se pone cachondo con el personaje de Sykes. Se parece a él y ahora quiere *ser* como él.

—Tal vez el tipo quiere ser como Sykes. Tal vez esté involucrado de alguna manera en la desaparición de Megan. Pero no creo que sea el hombre que se la llevó.

—¿Por qué?

—Porque el hombre que se la llevó trabajaba en el club juvenil.

Healy se detuvo. Me estudió. Miró hacia el pasillo y empujó la puerta hasta el fondo sin cerrarla del todo.

—¿Es esa la pista que les has dado a Phillips y Davidson? —Pudo ver la respuesta en mi cara: *sí*. Puso los ojos en blanco—. ¿Por qué?

—Porque estaba jodido.

Se movió en el acto. Volvió a mirar hacia la puerta y luego hacia mí.

—¿Cómo sabes que este tal Sykes no trabajaba en el club juvenil?

—Porque si lo hizo, ¿por qué no está en sus registros? Para un sitio así, tienes que pasar controles de antecedentes penales. Y si lo hizo, su foto y sus datos estarían archivados en el club juvenil. Pero no lo están.

—Así que si no es él, ¿quién es?

No contesté. Lo miré fijamente.

—¿Por qué debería confiar en ti?

—Porque soy tu único amigo dentro de este sitio. Y vas a necesitar un amigo. Aunque salgas bajo fianza esta noche, las pruebas no desaparecerán.

—Los forenses no encontrarán nada.

—¿Estás seguro?

—Mis huellas no están en las fotos.

—Quizá no —dijo Healy, volviendo a mirar hacia el pasillo—. O quizá sí. Puede que la sangre de esa blusa sea tuya. A lo mejor el que te ha tendido la trampa ha estado rebuscando en tu jabón y ha metido uno de tus pelos de la polla dentro del muñeco. ¿Quién coño lo sabe? Si es lo bastante bueno para tenderte una trampa, también lo es para rematar la faena. ¿Quieres esperar para averiguarlo o quieres intentar terminar esto antes de que te metan en la cárcel por algo que no has hecho?

—¿Terminar?

Me miró, pero no dijo nada.

—¿Qué hay que terminar, Healy?

Sus ojos se desviaron de nuevo hacia el pasillo. Estaba nervioso.

Al límite. Parecía que iba a decir algo, pero se aclaró la garganta.

—¿Por qué no relacionan a Leanne con Megan?

Healy frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Ambos sabemos que sigues trabajando en su caso a escondidas. Sigues intentando averiguar qué le pasó. ¿Por qué no están conectado a Leanne con Megan?

Me lanzó una mirada persistente. No obtuve respuesta.

—Trabajaba en el mismo lugar que Megan. Incluso *se parece* un poco a Megan. Todo esto ya lo sabes. El club juvenil es lo que las une. Todo el mundo aquí lo sabe. Entonces, ¿por qué Phillips me dice que no están vinculadas?

Silencio. Lo estudié y me di cuenta de que su nerviosismo no se debía a que lo hubieran atrapado, sino a que lo había atrapado antes de que tuviera la oportunidad de averiguar a dónde había ido su hija. Estaba alimentado por la ira, la tristeza y la venganza. Más adelante, eso podría resultar peligroso. Pero de momento lo estaba ayudando a concentrarse. Sin errores. Sin fallos. Sin cabos sueltos.

—Mira, estoy hasta el cuello de mierda —le dije—. Ambos lo sabemos. Así que tengo un plan, igual que tú. Tú quieres encontrar a tu chica; yo no quiero caer por lo que intentan colgarme. Tengo que estar preparado para la próxima piedra que me arrojen. Necesito estar armado. Lo entiendes, ¿verdad?

Tras un par de segundos, asintió.

—Fantástico. —Hice una pausa, lo estudié. Iba a ser difícil meterse bajo su piel. No estaba acostumbrado a dar cosas ni a compartir información. Me miró y volvió a apartar la mirada. Me decía que yo tendría que ir primero. Y sabía que, en ese momento, con la situación en la que me encontraba, no tenía muchas opciones—. Daniel Markham.

Me lanzó una mirada.

—¿Qué pasa con él?

—Creo que es el tipo que se llevó a Megan.

—Pero lo interrogamos.

—Obviamente no lo bastante bien.

—¿Por qué él?

—Porque Megan se acostaba con él.

Hubo un segundo de silencio.

—¿Qué?

—Y estaba embarazada.

—*¿Qué?* —Apenas se movió. Solo me miraba. Luego, se pasó una mano por la frente y se dio la vuelta—. ¿De Markham?

—Esa es la suposición.

Algo brilló en sus ojos. Y luego se fue. Un momento pensando que era Leanne y no Megan la que había estado embarazada. Una chica joven, asustada y sola con un hombre al que creía conocer, pero que en realidad no conocía de nada.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Una de las amigas de Megan.

—¿Y no pensó en decírselo a la policía?

—Le advirtieron de que no lo hiciera.

—¿Quién?

—Charlie Bryant.

—¿El chico muerto?

Asentí con la cabeza. Healy conocía el caso íntimamente: todos los archivos, todos los nombres, cada palabra de cada entrevista. No necesitaba que le explicara quiénes eran ni cómo encajaban.

—¿Cuánto saben de esto Phillips y Davidson? —preguntó.

—Solo que Megan podría haber estado viendo a alguien en el club juvenil. No saben lo del embarazo.

—¿Por qué le advertiría que no se lo dijera a la policía?

—No lo sé.

Miró su reloj.

—¿Qué has averiguado sobre Markham?

Pensé en el piso. En su vacío. En el mensaje detrás del armario del baño.

—Definitivamente está involucrado.

—¿Y eso qué significa?

—Su piso. Ya no vive allí, pero algo pasa. Puedo mostrártelo cuando salga de aquí, pero necesito que consigas lo que puedas de él mientras tanto. Su chequeo de los controles de antecedentes salió limpio, así que no hay nada registrado. Pero tiene que haber algo.

Healy asintió. Su mente daba vueltas a las cosas. Fuera, en el pasillo, un ruido. Una puerta que se abría y se cerraba. Healy miró hacia fuera.

—¿Dónde está el agente Harrison? —dijo una voz.

Era Davidson.

—Ha ido a buscarte.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vigilando a tu sospechoso.

Un breve silencio. Podía sentir la sospecha que se iba extendiendo por el pasillo.

—¿Por qué demonios tarda tanto? —preguntó Davidson.

—Está cagando —respondió Healy.

—Dile que tiene un minuto.

—¡Tienes un minuto! —gritó Healy, mirando a su izquierda, donde los agentes corrían en fila. Fuera, en el pasillo, el mismo sonido: una puerta que se abría y luego se cerraba.

—Tengo que irme —dijo Healy.

—¿Qué sabes de Frank White?

Un pequeño movimiento en su cara.

—¿Healy?

—Fue uno de los policías muertos en ese tiroteo en Bow.

—Sé que Phillips está trabajando en otro caso paralelo a este. Lo sé porque él me lo dijo. Sé que Frank White y Megan están conectados de alguna manera. Algo pasó esa noche en el almacén. —No dijo nada—. ¿Estoy en lo cierto?

De nuevo no contestó, solo abrió la puerta y se asomó al pasillo. Cuando vio que no había nadie, volvió a cerrarla y miró el reloj.

—¿Quieres encontrar a tu hija o no? —le pregunté.

—¿Qué clase de puta pregunta es esa? —Se movió en el sitio y

volvió a mirar a través de la puerta, luego hacia mí—. Te llamaré. Nos reuniremos en un lugar más seguro.

—Esto es una mierda, Healy. Teníamos un acuerdo.

Abrió la puerta y se detuvo.

Y luego se fue.

Unos cincuenta minutos más tarde, estaba esperando un taxi en la entrada de la comisaría. Kaitlin me había ayudado. Les había dicho que había un chico en el club juvenil del que Megan se había hecho amiga, pero eso era todo lo que sabía. Me habían puesto en libertad bajo fianza, sin cargos. Técnicamente, estaba fuera «en libertad provisional», lo que significaba que una vez que los forenses hubieran terminado sus análisis y la policía hubiera seguido la pista en el club juvenil, volverían a por mí. Healy tenía razón: tenía un par de días para intentar averiguar la verdad, o me destrozarían la vida y vendrían a por mí con más fuerza.

Llamé a Liz. Estaba atrapada en la autopista, a unos quince kilómetros de Londres. Cuando contestó, parecía sorprendida y confusa.

—Me han soltado —dije.

Ella hizo una pausa.

—¿Por qué?

—Bajo fianza.

—Sí, pero ¿cómo es eso?

—Cuando vuelvas, y cuando haya arreglado algunas cosas, te llevaré a tomar algo —le dije. Ella no contestó—. Y no me dejaré nada.

De nuevo no respondió, pero pude percibir un cambio, incluso a través de la línea telefónica. Pudo oír mis últimas palabras como lo que eran. Una confesión. Ya había mentido antes; le había dicho cosas que no eran ciertas y le había ocultado cosas que sí lo eran. Y todo el tiempo se había sentado a mi lado y me había defendido ante la ley, sabiendo que había partes de mi vida, decisiones que había tomado, que quizá nunca saldrían a la superficie.

Pero ahora estaba señalando un cambio.

Le estaba diciendo que las cosas serían diferentes; y, de un modo extraño, tal vez admitiendo que la próxima vez que estuviéramos juntos no me alejaría de ella. Ya no tendría dudas. Cogería su mano y me tiraría por el acantilado.

Y no miraría atrás.

40

Una hora después de que hubieran ido a buscarme a casa, otro equipo había estado en mi despacho. Cuando abrí y entré, pude ver barro en la moqueta y huellas de pisadas húmedas donde los detectives se habían parado junto a los archivadores y rebuscado en los cajones de mi escritorio. Mi ordenador se había quedado encendido, con el salvapantallas —un cubo azul— rebotando por el monitor. Me di una vuelta, intentando averiguar si se habían llevado algo, pero no habían cogido nada.

Llené la cafetera con agua y café y me dejé caer en la silla de mi escritorio. Mientras el café empezaba a empapar el filtro, dejé que mi mente diera vueltas, volviendo a todo lo que habían encontrado en la casa; al interrogatorio; a Healy dejándome colgado.

Le había dado a Markham. Él no me había dado nada.

No funcionaba así.

En cuanto salí de la comisaría, llamé a Spike y le pedí que localizara la dirección y el número de móvil de Healy. No me importaba cómo se resolviera la situación, ya fuera con Healy involucrado o sin él. Pero iba a conseguir lo que me debía.

Escribí con mi teclado en Google. Megan había desaparecido el 3 de abril. Puse la fecha en el buscador y pulsé la tecla ir. Más de 1.700 millones de entradas. Enciclopedias, blogs, boletines informativos, comunicados de prensa, publicaciones de Facebook, álbumes de Flickr. Pasé las páginas, una tras otra, tratando de detectar algo remotamente relacionado con el caso. Pero, aparte de las noticias publicadas tras su desaparición, no había nada. Al volver a la primera página, entré en un sitio que enumeraba todos los acontecimientos históricos importantes —nacimientos, muertes y todo lo demás— que habían tenido lugar el 3 de abril. Esperaba que algo saltara en alguna parte, una chispa. Pero en lugar de eso obtuve más de lo mismo: nada.

Mis ojos se desviaron de la pantalla hacia el papeleo de mi mesa. Copias impresas de las páginas de la web del London Conservation

Trust. Las había impreso como referencia. Junto a eso estaba el correo electrónico que el LCT había enviado a Megan seis días antes de que desapareciera. Tenía fecha del 27-03-11. Recorrí los números con un dedo y, al hacerlo, sentí algo en mi interior, como si me hubiera acercado a algo. Un instante. Un recuerdo. Me detuve, acerqué el papel a mí. Estudié los números.

¿Había algo en la fecha?

Dejé pasar un momento la sensación e hice una búsqueda de la fecha en que Leanne había desaparecido: 3 de enero de 2011. Tardé unos treinta segundos en darme cuenta de que no me llevaría a ninguna parte. Era exactamente la misma historia que la búsqueda de Megan en Google, salvo que esta vez no había prensa importante. Megan había marcado todas las casillas correctas: blanca, rica, brillante, hermosa. Leanne era diferente. Físicamente no tan atractiva, mediocre en su educación, de clase trabajadora y, a diferencia de los Carver, con padres que no tuvieron un matrimonio de postal. Leanne fue mencionada una vez en el *Evening Standard* y otra en el *Metro*. Hice clic en ambas historias, una tras otra. Ambas tenían dos párrafos y la misma cita de Healy pidiendo a Leanne que volviera a casa. Al final aparecía el número de una línea de ayuda para personas desaparecidas.

«¿Qué he pasado por alto?».

Por segunda vez, me quedé mirando las impresiones de mi escritorio. La fecha. La forma en que había sido escrito: 27-03-11. Ese mismo sentimiento floreció. Quizá era algo que había visto u oído y que no había asimilado del todo en ese momento. O tal vez ni siquiera era la fecha.

Quizá fuera el formato.

Arranqué un trozo de papel de mi bloc de notas y escribí las fechas en las que las chicas habían desaparecido: 3 de abril de 2011 y 3 de enero de 2011: 03 04 11; 03 01 11. Me recosté en la silla, hice rodar el bolígrafo de un lado a otro del escritorio. Escuché el tictac del reloj de la pared del fondo. En todo momento no aparté la vista de los números. Había algo en la fecha.

Algo que me había perdido.

Me incliné hacia delante, presionando con un dedo la fecha de la desaparición de Megan: 03 04 11. Cogí el bolígrafo y taché los ceros y el año: 3 4.

Tres y cuatro.

O treinta y cuatro.

Entonces me di cuenta. Acerqué mi teléfono al escritorio y fui a las fotos. Allí, justo arriba, estaba la última que había tomado: la pared de la comisaría, la primera vez que había entrado. Algo borrosa, la foto de Megan me miraba, clavada en un tablón de la oficina del Departamento de Investigación Criminal. Al lado estaba el mapa y más fotografías. Y luego siete pegatinas, en línea vertical, con un número distinto en cada una. Solo pude distinguir tres de ellos, el primero, el sexto y el séptimo: 2119, 3111 y 34.

No eran números.

Eran fechas.

La primera, 2119, tenía cuatro dígitos. Habían incluido el año siguiente, para saber que todas las demás seguían en secuencia, hasta 2010 y 2011. Volví al ordenador y esta vez escribí «desaparecido 2 de noviembre de 2009 « en Google y pulsé la tecla ir.

Cuatro enlaces más abajo encontré lo que buscaba.

Era un sitio de personas desaparecidas, con perfiles de hombres, mujeres y niños decorando la portada. Foto tras foto. Cara tras cara. Muchas personas desaparecidas, todas ellas perdidas en algún lugar, o peor que perdidas. La búsqueda en Google me había llevado directamente a la página correspondiente a las personas que habían desaparecido el 2 de noviembre de 2009. Llevaba treinta y dos páginas y casi trescientas fotos de perfil. Y justo en el centro estaba la mujer que buscaba.

En la fotografía sonreía a la cámara, con el pelo rubio cayendo en cascada sobre su rostro en largos y finos mechones. Era guapa. Delgada pero no flaca.

Y era exactamente igual que Megan y Leanne.

Hice clic en su perfil.

Desaparecida | Número Ref: 09-004447891

Isabelle Connors

Edad en el momento de la desaparición: 28

Isabelle desapareció en Finchley, al norte de Londres, el 2 de noviembre de 2009. Fue vista por última vez en Lemon Street, en Islington, subiendo a su coche después de una reunión de trabajo. Más tarde habló por teléfono con una amiga para confirmar que había llegado a casa. Se cree que desapareció esa noche o a la mañana siguiente, ya que no se presentó en la oficina donde trabajaba como diseñadora gráfica.

Existe una gran preocupación por Isabelle, ya que su desaparición está fuera de lugar. Mide 1,70 m, es de complexión delgada-media, tiene los ojos azules y el pelo rubio. La última vez que se la vio llevaba unos vaqueros azules, tacones negros, una camiseta blanca y un abrigo largo negro.

Otra mujer desaparecida. Y era igual que Megan y Leanne. El mismo pelo. Los mismos ojos. La misma complexión. La única diferencia era su edad. Aparté la mirada e intenté imaginarme la lista de números en la pared del despacho. Intenté recordar la segunda, tercera, cuarta o quinta pegatina. Había asimilado las fechas, pero no me había dado cuenta de su importancia. Entonces solo eran números. Un borrón entre los mapas, las fotografías y el papeleo.

Empecé a hojear lentamente las páginas de la web, examinando de cerca cada foto femenina. Seis páginas después, la encontré. Rubia. Ojos azules. Había desaparecido el 8 de enero de 2010. Miré la foto en mi teléfono: aunque estaba borrosa, pude distinguir al instante lo que parecía el 8110. El segundo número en la pared.

Desaparecida | Número Ref: 09-004447958

April Brunel

Edad en el momento de la desaparición: 45

April desapareció en Hackney, al este de Londres, el 8 de enero de 2010. Sigue en paradero desconocido. La noche del 7 de enero llamó a unos amigos para decirles que no podía tomar una copa con ellos porque se encontraba mal. Existe una gran preocupación por April, ya que su desaparición está fuera de lugar. Mide 1,70 m, es delgada, tiene los ojos azules y el pelo rubio. La última vez que se la vio fue en el trabajo, donde trabajaba como contable.

En la boca del estómago, sentía un creciente malestar. Cuatro mujeres desaparecidas ahora, y era obvio que había tres más por venir. Tardé diez minutos en encontrarlas y otros cinco en escanear sus perfiles. Jayne Rickards, treinta y tres años; 4 de abril de 2010. Era el número 44. Kate Norton, veintinueve años; 12 de julio de 2010. Era el 127. Erica Muller, veintitrés años; 4 de octubre de 2010. Era el 410. Todas delgadas o de complexión media, con pelo rubio y ojos azules. Todas se habían ido.

Y todo estaba conectado.

41

El *pub* era pequeño, con poca luz y música ambiental. A lo largo de un lateral, junto a las ventanas que daban a Camden High Street, había una serie de reservados decorados con cuero negro y madera de nogal. Encontré un asiento justo al fondo, prácticamente sin iluminación y con solo una vista parcial hacia dentro y hacia fuera. El camarero dijo que, como estaba tan tranquilo, vendría a mi mesa. Pedí dos cervezas y esperé.

Diez minutos después, llegó Healy.

Entrecerró los ojos y escrutó el *pub*. Entonces sus ojos se posaron en mí. Echó un vistazo a su alrededor, asegurándose de que no había caras que reconociera, y cruzó. Se deslizó en su asiento sin decir una palabra.

Empujé una de las cervezas hacia él. La cogió y la vació en medio minuto. Cuando terminó, se giró en su asiento, intentando llamar la atención del camarero.

—Hazme un favor —dijo cuando por fin había pedido su segunda ronda—. Mantén los ojos en la puerta. Porque si entra alguien mínimamente familiar, estamos los dos en la mierda.

—No creo que nadie que conozcas entre aquí.

Me estudió con el ceño fruncido. Luego miró por encima del hombro y observó el *pub* por segunda vez. Había cuatro hombres en el bar. Dos en un reservado un poco más abajo de nosotros. Dos más allá, con las manos tocándose sobre la mesa. Luego Healy se volvió hacia mí.

—¿Es un bar gay?

—Eso parece.

—Entonces, probablemente tengas razón.

Se hizo el silencio entre nosotros.

Sacó su teléfono, lo puso sobre la mesa y observó cómo el camarero le traía la bebida. La cogió de inmediato. Cuando terminó de beber, el botellín estaba medio vacío. Lo apartó y se inclinó hacia delante.

—Entonces, ¿para qué me has llamado?

—Creo que lo sabes.

Me miró.

—Mira, no pude decirte nada antes. Era demasiado arriesgado. Si se enteraran de lo que te estaba contando... —Healy se detuvo.

—¿Qué me estabas contando?

Él no contestó.

—¿Las otras cinco mujeres?

Un destello de sorpresa apareció en su rostro.

—No sé de qué...

—Ahórrate el número de circo, Healy. —Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y coloqué un papel doblado sobre la mesa que había entre nosotros. Lo cogió y lo desplegó. Frente a él había fotografías de las cinco mujeres desaparecidas que había descubierto en el sitio web, así como de Megan y Leanne—. Las he encontrado. Sé que existen. Las he visto en la pared de la sala de operaciones, así que sé que están relacionadas. La pregunta es: ¿por qué nadie más lo sabe?

Sus ojos me miraron, pero no dijo nada.

Me incliné hacia delante, apartando mi cerveza.

—¿Saben siquiera sus familias que han sido vinculadas? ¿Saben *algo* sus familias? —Hice una pausa y esperé a que respondiera. No lo hizo—. ¿Quieres saber lo que no entiendo? Por qué estás feliz de seguirle el juego a esta mierda de tapadera cuando tu hija es una de ellas.

Me miró con los dedos apoyados en el botellín de cerveza.

—¿Healy?

—No lo entiendes —respondió en voz baja.

—*¿Qué* es lo que no entiendo?

—Cómo es.

Esta vez no respondí. Sus ojos se desviaron hacia el exterior, y por un momento fue como mirar dentro de su cabeza: la rabia, la tristeza, la necesidad de golpear, burbujeando bajo la superficie.

—¿Crees que no me preocupo por mi hija? —dijo finalmente, aún

estudiando a la gente que pasaba por la calle—. ¿Crees que no me importa encontrarla? Me importa. Me importa tanto que es como si me comieran por dentro. —Me miró, ahora con fuego en los ojos—. Necesitaba averiguar qué tenías sobre Megan Carver, porque he llegado a un callejón sin salida. No sé a dónde ir ahora con Leanne. Por eso te necesitaba. Pero lo que *no* necesito, lo que no voy a tolerar, es que te metas en medio. Porque voy a encontrar a la persona que se la llevó y voy a matarla. Y tú no vas a detenerme, ni tampoco esos otros capullos.

Se refería a Phillips y a Hart. Se refería a Davidson. Se refería a todos.

—¿Así que estás trabajando en su desaparición tú solo? —pregunté.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque nadie más se preocupa por ella.

Se giró en el reservado para mirar hacia la puerta, como si no confiara en que yo cuidara de él. Luego volvió a mirarme, con los ojos fijos bajo el arco de sus cejas.

—A la policía no le importa una mierda.

—¿Leanne?

—Cualquiera de ellas.

—¿Por qué?

Fue a hablar y luego dudó. Lo había visto en él antes. Sin errores. Sin fallos. Sin cabos sueltos. Llevaba tanto tiempo trabajando en la desaparición de su hija, extraoficialmente y sin el conocimiento de sus jefes, que se había aislado por completo. Todo lo que sabía, todo lo que había conseguido averiguar sobre ella, no se lo había contado a nadie. Se terminó su cerveza e hizo un gesto al camarero para que le trajera otra.

—Bien, así es como *yo* lo veo —dije, tratando de iniciar la conversación—. Tienes siete mujeres. Todas tienen el mismo aspecto. Se las ha registrado como desaparecidas, pero no se las ha relacionado, al menos públicamente. Treinta mil personas

desaparecen cada año solo en Londres, así que entiendo cómo han conseguido mantenerse fuera del radar. Pero lo que no entiendo es por qué la policía no lo ha hecho público.

El camarero trajo la tercera cerveza de Healy. Cuando se hubo ido, Healy me miró y una expresión de disgusto se dibujó en su rostro.

—Son solo una parte del rompecabezas.

—¿Y cuál es la otra parte?

Dio la vuelta a su botellín de cerveza, con la misma expresión en la cara. Sin errores. Sin fallos. Sin cabos sueltos. Pero entonces volvió a mirarme y pude ver lo que estaba pensando: ahora era diferente. Había mucho en juego para ambos. Llevaba un caso de forma ilegal en las narices de sus jefes. Yo estaba en libertad bajo fianza por el secuestro y probable asesinato de una adolescente.

—La otra parte es Frank White —dijo.

Yo lo miré.

—¿Así que tenía razón?

—Sí. Tenías razón.

—¿Cómo están conectados Megan y Frank?

—Tu fan número uno el sargento detective Davidson trabaja para Jamie Hart, no para Phillips. Hart está a cargo de un equipo de investigación de asesinatos que investiga las desapariciones de las mujeres.

—¿Así que definitivamente es una investigación de asesinato?

—Suponemos que están todas muertas.

Healy se detuvo. Se dio cuenta de lo que había dicho. Acababa de enterrar a su hija junto a las demás. Hubo un destello de emoción en su rostro, y luego desapareció de nuevo.

—¿Dónde encaja Phillips aquí?

—Phillips trabaja en la misma oficina que Hart, pero no en la misma investigación. Es de la Unidad 7, como lo era White. Dirige un equipo especial que intenta detener a Akim Gobulev.

Arrugué el gesto.

—Espera un segundo, ¿Phillips trabaja en el crimen organizado?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué viene a por mí?

Healy volvió a mirar por encima del hombro, comprobando la puerta. Y, al hacerlo, de repente lo vi todo claro. El vínculo entre Megan y Frank White.

—El cirujano —dije en voz baja.

Me devolvió la mirada mientras las conexiones empezaban a encajar en mi cabeza. Los vínculos entre los acontecimientos... y todo lo demás.

—¿Creen que el cirujano está involucrado en las desapariciones de las mujeres?

—No creen que esté implicado —dijo Healy—. Creen que es él quien se las lleva.

42

Me quedé mirándolo, esperando a que me dijera que era una broma. Pero entonces vi la rabia en su cara, y de repente sentí algo de la mía ardiendo en medio de mi pecho. Llevaba seis días intentando desentrañar el misterio de la desaparición de Megan y la policía se había quedado sin respuestas. Me habían mentido. Habían mentido a los Carver.

Habían mentido a todo el mundo.

—¿Por qué mantenerlo en secreto? —dije, y en ese momento oí el timbre de mi voz y vi que Healy se acoplaba a él. Por un segundo pensó que había visto un alma gemela, alguien con la misma rabia y sentido de la injusticia. Entonces me di cuenta de que tendría que volver a controlarme, porque uno de los dos tenía que mantener el control.

—Phillips tiene gente dentro y todos vuelven con la misma información. El tipo es un friki. Lleva una máscara para las reuniones. Guantes quirúrgicos. Vendas alrededor de los brazos, para que no se le caigan fibras o escamas de piel. Y ni siquiera cobra en metálico. En su lugar pide suministros médicos y equipos hospitalarios. Bisturíes, pinzas, ganchos, retractores, mazos, camas, camillas. Se rumorea que los rusos incluso aceptaron traerle una máquina de electrocardiogramas. Les cambia la cara y les cose las heridas de bala, pero eso solo paga lo que le interesa en realidad.

—Las mujeres.

—Eso es. Es un asesino. Y ahora tiene dos equipos especiales pisándole los talones. Phillips lo quiere por sus conexiones con los rusos. Y Hart lo quiere porque creen que tiene siete cadáveres guardados en alguna parte.

Incluso en el ruido del bar, la palabra *cadáveres* parecía quedar suspendida en el aire.

—¿Así que esa es la razón por la que hay dos inspectores jefe en ese lugar?

Él asintió con la cabeza.

—¿Por qué no se ha hecho público nada de esto?

—Le metió una bala en la cara a White, así que eso lo sitúa en lo más alto de la lista negra en todos los departamentos de la Policía Metropolitana. Es algo incluso personal. Pero, en realidad, no se trata de eso. De lo que se trata *en realidad* es de que Phillips consiga al cirujano, le saque todo lo que sabe y luego encierre a los rusos en Londres. —Levantó la vista. Giró su botellín de cerveza—. Pero, si se hace pública la afición de este capullo por las mujeres, el cirujano pasa a la clandestinidad... y su librito negro se va por el retrete.

Tardé un segundo en darme cuenta de lo que acababa de decir.

—Espera un minuto, espera un minuto. ¿Sabes siquiera lo que acabas de decirme? —Como no reaccionó, me incliné hacia él—. ¿Estás diciendo que encerrar a los rusos es la mayor victoria?

—Ya sabes lo que he dicho.

—Sí, que es más importante que la policía tenga bajo control el crimen organizado que encontrar a siete mujeres desaparecidas, una de las cuales es tu propia *hija*.

Esperó. No dijo nada otra vez.

—¿Es eso?

—¿Qué quieres que te diga?

—Se trata de una conspiración de silencio. La policía está de brazos cruzados mientras esas mujeres yacen muertas en alguna parte.

—Ellos pueden encerrar a los rusos.

—Ellos eres tú, Healy. *Eres* la policía.

—No soy igual que ellos.

—Pero ¿crees que lo que están haciendo está bien?

—No creo que esté *bien* —espetó, con los dedos apretando el botellín de cerveza—. ¿Por qué coño estaría hablando contigo si pensara que está bien? Están enterrando a mi chica en un maldito archivador. Así que te lo voy a dejar claro: cuando la encuentre, voy a matar al pedazo de mierda que se la llevó, y le voy a arrancar el corazón y se lo voy a meter por la puta garganta. ¿Está lo bastante

claro para ti? —Me miró—. Así que puedes venir conmigo o puedes echarte atrás. Pero, si vienes conmigo, prepárate para que la cosa se ponga fea.

No estaba seguro de si hablaba de encontrar a Leanne o de enfrentarse a la policía.

—¿Sabes por qué el cirujano estaba allí esa noche?

—¿En el almacén?

—Sí.

—Estaba recibiendo algo. Pero, fuera lo que fuera, se lo llevó.

«Todo está conectado».

—Era la formalina.

—¿El qué?

—Formaldehído líquido.

Hizo una pausa.

—¿Como el conservador de tejidos?

—Sí —dije—. Como el conservador de tejidos.

Se llevó una mano a la frente y empezó a masajearla. Si el cirujano ya se había llevado a siete mujeres, Healy no necesitaba que le dijera para qué quería los productos químicos.

—La policía no puede mantener esto en secreto —dije.

—¿No puede?

—No.

—Han hecho un trabajo bastante bueno hasta ahora.

—Pero el cirujano no volverá a dejarse ver hasta que esté absolutamente seguro de que no hay peligro. No va a arriesgarse a que se repita lo que pasó aquella noche en el almacén.

Healy se encogió de hombros.

—No van a hacer públicas las desapariciones de las mujeres. Porque si el cirujano cree que están a punto de cogerlo, le habrán perdido, y habrán perdido los nombres y números de todos los gilipollas rusos de la ciudad.

Me recosté en mi asiento. Healy me miró a los ojos.

—Podemos ayudarnos mutuamente —dijo—. Quieres encontrar a la chica Carver para poder dar a sus padres las respuestas que

nosotros no pudimos darles, ¿verdad? —Sus ojos se entrecerraron—. ¿Verdad?

Asentí con la cabeza.

—Y yo quiero encontrar a ese tipo para... —Se interrumpió.

Por un segundo, pude ver parte de mi propio reflejo. Un hombre destrozado por la pérdida. Nunca había dejado de buscar a su hija. Ni siquiera sabía dónde estaba ni qué le había pasado. Su último recuerdo de los dos juntos era una pelea a gritos. La línea difusa entre lo que la ley le decía que debía hacer y lo que necesitaba hacer era indistinguible. Puede que ya ni siquiera hubiera una línea.

—¿Cómo están vinculando a las mujeres con este tipo?

Parecía que esperaba que se lo preguntara.

—Sus collares.

Recordé la caja de zapatos que contenía las pertenencias de Megan. La había cogido de su armario. Dentro había fotografías, cartas y joyas, y un fragmento de obsidiana alisada en el extremo de una cadena.

—¿Te refieres al collar de cristal?

—Sí. Como el tipo va envuelto como una momia todo el tiempo, nadie sabe qué aspecto tiene ni cómo se llama. Así que los rusos le apodaron doctor Glass por una cadena que lleva al cuello. Es una pieza de cristal de obsidiana alisada con la inscripción «*PC*» en la parte posterior. Es lo único que saben de él.

Megan tenía «*MC*» tallado en él.

—¿Son sus iniciales?

Healy se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Pero todas las mujeres tenían uno entre sus posesiones, con sus iniciales inscritas en la parte de atrás, así que es una suposición justa. —Healy se detuvo. Un destello de tristeza cruzó sus ojos—. Todas las mujeres... excepto Leanne.

—¿No tenía un collar?

Miró al suelo.

—Phillips te ha mentido sobre muchas cosas hoy. Pero no ha

mentido sobre Leanne. No pueden relacionarla al cien por cien con Megan ni con ninguna de las otras.

—¿Porque no tenía un collar?

—Exacto. —Me miró fijamente—. También hubo muchos problemas en casa. Nos peleábamos mucho. Y sobre el papel... Leanne era una buena candidata para huir. —Hubo un segundo de silencio. Más tristeza, y luego habló con dureza—. Pero sé que se llevó a mi chica. Lo *sé*.

Asentí, le dejé un momento.

—¿Eso es todo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Así es como relacionan a siete mujeres con este tipo?

Yo lo miré. Él no contestó.

—Es un vínculo, pero flojo. ¿Qué pasa si esos collares los venden en cualquier centro comercial? De repente, él y otras cincuenta mil personas tienen uno.

Se hizo un momento de silencio entre nosotros.

—¿Qué más no me estás diciendo, Healy?

Miró por encima del hombro hacia la puerta. Parecía que iba a decir algo, pero se detuvo. Cuando se volvió, levantó un dedo.

—Hay más —susurró—. Pero... —Se detuvo de nuevo, comprobó su entorno por segunda vez—. Te lo diré. Pero no aquí.

—Me has dicho todo lo demás.

—Tengo que enseñártelo —dijo.

Dejé que mi mente diera vueltas durante un momento, intentando averiguar a qué se refería.

—¿Alguna de las otras mujeres desaparecidas tiene conexiones con el club juvenil?

—No. Solo Leanne y la chica Carver.

—Lo que significa que necesitas conseguir algunos antecedentes de Daniel Markham —dije—. Porque, de momento, es la mejor esperanza que tenemos de averiguar qué les pasó.

43

Healy me recogió a las siete de la mañana siguiente. Aún estaba oscuro. Tenía un Vauxhall ranchera con paja en los asientos traseros y huellas de barro en el interior de las puertas. El coche apestaba a perro mojado. Parecía vestido con la misma ropa que la noche anterior, salvo por la corbata. Tenía el asiento completamente reclinado, pero su vientre aún casi tocaba el volante y sus piernas estaban arqueadas bajo él. No estaba gordo, pero era un hombre corpulento, y diez kilos de más añadían mucho volumen.

El trayecto hasta Mile End era de unos veintidós kilómetros. Ninguno de los dos habló mucho durante la primera media hora. La marcha fue lenta y tuve la sensación de que, al igual que yo, Healy estaba reflexionando sobre todo lo que habíamos hablado la noche anterior y lo que nos esperaba. En un momento dado, empezó a toquetear el hueco lateral de la puerta y, al cabo de un par de segundos, sacó una archivador. Me lo entregó.

—¿Quieres un café?

Yo lo miré.

—¿Eres fan del café?

Íbamos hacia el este por Paddington, y había un Starbucks delante. Subió a la acera y encendió los intermitentes.

—Lo necesito para funcionar por la mañana —dijo, y señaló hacia el archivador—. Y necesitarás un poco para aguantarlo.

Miré la carpeta y le di la vuelta al pliegue delantero. Dentro estaban los expedientes de personas desaparecidas de las siete mujeres.

—¿Cómo lo quieres? —preguntó.

—Solo.

Salió y se dirigió a la tienda.

Abrí la carpeta y saqué los archivos. El de Megan estaba el primero. Lo leí todo. La investigación aportaba muy poco. Habían identificado el correo electrónico del London Conservation Trust como una posible línea de investigación, y habían mencionado el

mapa en el sitio web, pero ambas pistas habían llegado a callejones sin salida. Como sospechaba, sin localizar al tipo de Tiko›s, no tenían a Sykes ni la conexión con el bosque. Se habían adjuntado entrevistas con todas las personas que habían trabajado alguna vez en el club juvenil. Busqué la de Daniel Markham y la leí por encima. Era lo bastante soso como para no despertar ninguna alarma, y las respuestas que daba eran sólidas y creíbles. Al igual que en el expediente del club juvenil, figuraba como soltero, pero esta vez decía que estaba divorciado de su mujer, Susan.

No había mucho espacio en el coche, pero intenté colocar los siete archivos diferentes en el salpicadero, uno junto a otro. Entonces descubrí que no eran siete.

Eran ocho.

El octavo archivo era fino y diferente de las demás. Dentro había una sola hoja A4, con todos los detalles pertinentes tachados. Sin nombre. Sin dirección. Ningún dato personal, salvo el lugar de nacimiento y la situación familiar. Madre muerta. Padre aún vivo. Una hermana. Lo único que me llamó la atención fue una fotografía. Mujer. Pelo rubio. Ojos azules.

Dejé la carpeta a un lado y empecé a revisar las demás una a una. Las fotos de las mujeres me miraban. Ninguna de ellas tenía antecedentes, así que las fotos eran todas personales, tomadas por amigos y familiares. Megan, con diecisiete años, era la más joven con una clara diferencia de tres años. El resto fluctuaban entre veinte y cuarenta y cinco.

No era habitual que los crímenes en serie abarcaran una franja de edad tan amplia, pero elegía a sus víctimas por su aspecto, no por su edad. ¿Qué criterios cumplían para él las mujeres rubias, de ojos azules y complexión media? ¿Y qué más las unía? Seguí leyendo un poco más y descubrí que todas las mujeres eran solteras o no tenían relaciones serias, y que la mayoría se dedicaban a su carrera profesional en lugar de a trabajos que solo pagaban la hipoteca. Eran inteligentes, atractivas y bien educadas. Incluso Megan, aún en el instituto, podía entrar en ese grupo. La única que desentonaba

era Leanne: tenía un rendimiento académico normal en el instituto y no era tan atractiva como las demás.

¿Y dónde encajaba Daniel Markham? A Megan —y presumiblemente a Leanne— las había conocido a través del club juvenil, pero las demás no tenían ninguna relación con Barton Hill y, a juzgar por los expedientes, tampoco entre ellas. Pero no eran víctimas al azar. Era un hombre muy metódico. Uno que trazaba, planificaba y delimitaba. Era organizado y sociable, él mismo era inteligente y no parecía fuera de lugar. Tal vez era Markham. Tal vez era el doctor Glass. Quizá eran los dos y estaban trabajando juntos, o quizá eran la misma persona.

Por un segundo, pensé en las familias, la mayoría de las cuales seguían rezando para que se produjera algún avistamiento o —en su hora más oscura— quizá incluso esperaban que se encontrara un cadáver para poder al menos cerrar el caso. Pero la policía sabía que las cosas iban más allá. Phillips, Hart, Davidson, todos lo sabían, y la rabia me subió desde el estómago.

Segundos después, Healy salió del Starbucks con dos vasos de café gigantes en una bandeja de cartón. Quité los archivos del salpicadero, los junté y cogí el vaso que me dio.

—Bien —dijo, haciendo rebotar el coche en el pavimento—. Hora de irse.

Pasamos por Hyde Park, al sur, y Regent›s Park, al norte. Pero entonces, dos minutos más adelante a lo largo de Euston Road, nos encontramos con tráfico. Healy frenó con suavidad, se inclinó y subió la calefacción. Hacía frío. La niebla había empezado a colarse por el parabrisas y la lluvia había empezado a salpicar el cristal. Con el pie en el freno, le quitó la tapa al café y lo miró.

—¿Averiguaste algo más sobre Markham? —pregunté.

—Tal vez. No está en ordenador nacional de la Policía, pero, como tú has dicho, si ha pasado un control de antecedentes penales, no tendrá ningún tipo de registro de todos modos. Su domicilio figura como el que ya conocemos en Mile End.

—¿No hay otras direcciones?

—No. Es don Tipo Corriente. Has leído su entrevista, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—En su expediente figuraba como asesor.

—Sí, en Saint John.

—¿El hospital?

—Está a un kilómetro y medio de su piso. —Healy hizo una pausa y me miró—. Les llamé para preguntar por él. Es psiquiatra.

—Eso no se parece mucho a un cirujano plástico.

Healy asintió.

—No creo que sea el doctor Glass.

—Estaba pensando lo mismo.

—Entonces, ¿dónde encaja?

—¿Alguna de las mujeres era paciente suya?

—No.

Tamborileé con los dedos sobre el salpicadero.

—Está divorciado.

—Sí.

—¿Alguien intentó localizar a su exmujer?

—No fue muy difícil localizarla.

—¿Por qué?

—La internaron en un centro psiquiátrico en Hertfordshire hace un par de años. Markham intentó tratarla él mismo, pero no pudo ayudarla. Cuando le dieron el visto bueno tras la primera ronda de interrogatorios, se decidió que era una línea de investigación que no merecía la pena seguir.

—¿Le has investigado más después de aquello?

—Revisé su expediente cuando ayer pagaste tu fianza. La mujer tuvo una especie de crisis nerviosa de primer grado después del divorcio. Acabaron despidiéndola del trabajo, enfermó y se pasó un año intentando suicidarse. Markham tuvo que internarla.

—¿Todavía está en el centro?

—No.

—¿Dónde está?

—Parece que salió en mayo del año pasado.

—Podría valer la pena hablar con ella.

—Si puedes encontrarla. Ayer llamé al centro para intentar conseguir una última dirección conocida, pero nunca se presentó a ninguno de los grupos de apoyo después de su salida, y no volvieron a verla.

—¿Para nada?

Healy sacudió la cabeza.

—No.

Ambos nos miramos, y pude ver que pensábamos lo mismo: no era casualidad que otra mujer relacionada con Markham se hubiera esfumado.

—¿Markham tenía coartada para el día que Megan desapareció?

—Estaba trabajando.

—¿Preguntaste en el hospital si trabajaba hoy?

—Sí. Me dijeron que llevaba dos días enfermo.

—¿En serio?

—En serio. Algún tipo de virus de la gripe.

—Ayer en su piso no encontré ningún medicamento para eso. De hecho, no había casi nada. Parecía que habían desalojado el lugar.

—Tal vez por eso ha estado fuera del trabajo.

Excepto porque el piso no tenía el aspecto de un lugar completamente abandonado. Sus enseres permanecían en su sitio. Los muebles. La calefacción seguía encendida. Las luces seguían funcionando.

Por fin, el tráfico empezó a moverse. Miré a Healy.

—Hay un octavo expediente —dije.

Él se llevó el vaso a los labios y tragó un poco de café. Cuando volvió a dejarlo, sus dedos se crisparon, igual que el día anterior. Sin duda había sido fumador alguna vez, pero ya no. No olía, y el coche tampoco. No había paquetes de cigarrillos dentro y, en más de una hora de viaje, no había expresado la necesidad de fumar ni una sola vez. Pero seguía carcomiéndole, y sus dedos seguían reaccionando al no tener nada que sujetar.

—¿Healy?

Los expedientes estaban apilados sobre mi regazo, la fotografía de la mujer del octavo mirando hacia mí. Healy me miró y luego bajó la vista hacia su foto.

—Tarde —dijo en voz baja.

Estática

Cuando Sona abrió los ojos, todo estaba lleno de luz. Enseguida volvió a cerrarlos, rodó sobre sí misma y se arrastró por el suelo hasta la pared del agujero. Excepto que la pared ya no estaba allí. No estaba en el agujero.

Poco a poco abrió los ojos por segunda vez y, a su alrededor, empezaron a formarse figuras. Las cuatro paredes blancas de la habitación en la que se encontraba. Dos finos fluorescentes sobre ella, zumbando constantemente. Un panel de cristal empotrado en una de las paredes, a media altura del techo. Cuando miró más de cerca, vio que era un espejo unidireccional: todo lo que había en la habitación se reflejaba en él, pero no había nada visible al otro lado.

Se incorporó. Había una puerta en la pared, junto al espejo, y al lado, una mesa con un vaso de agua. Junto al vaso había un pequeño trozo de tarjeta doblado por la mitad: una flecha apuntaba al agua y debajo se había escrito el mensaje «*Bebe esto*». Junto a ella, colgada al otro lado de la mesa, había una bata médica. Encima había una segunda tarjeta: «*Ponte esto*», decía. Por un segundo, pensó en su madre leyéndole *Alicia en el País de las Maravillas* cuando era niña. Entonces una sensación de pavor se apoderó del recuerdo.

De pie, Sona se examinó en el cristal. No estaba segura de cuánto tiempo había permanecido en el agujero. Había empezado a perder la cuenta después de una semana. Pero pudo ver un cambio en sí misma. Tenía un moratón en la cara donde él la había golpeado la última vez. Uno de sus ojos también parecía un poco hinchado; el tipo de mirada que llevaban los insomnes. Había dormido casi todas las noches, pero nunca bien. Una parte de ella siempre estaba alerta para oírlo si se acercaba.

Pero no era el moratón, ni sus ojos, lo que estaba cambiando.

Era su piel.

Se acercó al espejo y tocó el cristal con un dedo. En la dureza de sus pómulos, en la protuberancia de su barbilla, en la punta de su

nariz, se formaron pequeñas manchas de luz, opacas y mates. Su piel era de cera. Cuando la tocó, dejó un rastro de sí misma en sus dedos.

Entonces algo se movió.

Dio un paso atrás y miró el espejo. Un parpadeo tras el cristal. ¿O se lo había imaginado? El miedo floreció en su pecho, punzante, moviéndose por su sangre, sus músculos y sus huesos.

—¿Hola? —dijo en voz baja.

Nada.

«Bebe esto. Ponte esto».

Retiró la bata médica de la mesa. Era de algodón fino y tenía lazos en el cuello y a media espalda. Luego cogió el vaso y bebió un poco. Bata en mano, se dirigió al rincón más alejado de la habitación. Se giró, de modo que su espalda quedó frente al espejo. Luego empezó a desvestirse. Llevaba la misma ropa desde que la habían encerrado en el agujero. Pero, aunque podía oler el sudor en sí misma, algunos de sus otros olores permanecían. Su perfume. Su crema hidratante. Incluso podía oler un poco del champú que se había puesto en el pelo el día que Mark la llevó por primera vez al bosque.

Cuando estuvo desnuda salvo por la ropa interior, volvió a mirar hacia el espejo. Otro breve movimiento. Un pequeño borrón, como el contorno de una sombra. Lo observó un rato más mientras sus propios pensamientos —*»Me está observando*»— le producían un escalofrío, y luego deslizó los brazos dentro de la bata y empezó a atarla por el cuello y la espalda. Cuando terminó, miró hacia la puerta.

Algo había cambiado.

Miró a su alrededor y giró sobre sus talones. Las paredes. El espejo. La mesa. El vaso. Su ropa en el suelo. En el espejo, lo único que podía ver era la habitación y a sí misma.

Entonces se dio cuenta: no era algo que pudiera ver.

Era algo que podía oír.

Levantó la vista. Los fluorescentes que había sobre ella habían dejado de zumbar.

De repente, el primero parpadeó, como un relámpago, y luego se apagó del todo. Las paredes perdieron su luminosidad, al igual que el suelo. Retrocedió un par de pasos, con los ojos fijos en la única luz que funcionaba, el miedo apretándole la garganta. Hubo una pausa angustiosa. Un largo y terrible momento en el que suplicó en silencio que se mantuviera encendida. Luego parpadeó una vez, como el primer fluorescente, y se apagó.

Oscuridad.

Se movió hacia la dirección en la que recordaba que estaba la puerta y, al no encontrarla, empezó a asustarse. Su respiración era entrecortada. El corazón le bombeaba con más fuerza.

—Por favor —dijo, con lágrimas en los ojos.

Crac.

Un ruido a su izquierda. Entonces, una línea de luz se abrió en la oscuridad. La puerta. Una forma llenó el hueco. Detrás de sus hombros había un pasillo blanco, iluminado por una única bombilla.

—Por favor, no me hagas daño.

Un temblor recorrió su voz mientras se alejaba de la puerta. La forma, aún en el pasillo, entró en la habitación. Y entonces empujó la puerta para cerrarla.

—Por favor —volvió a decir.

No obtuvo respuesta. Ningún sonido de movimiento.

Nada hasta que, unos cinco segundos después, un sonido crepitante empezó a surgir de algún lugar.

Estática.

A su lado: movimiento.

—¿Mark?

—No sentirás nada —dijo una voz desde algún lugar dentro de la habitación.

Y entonces una mano se deslizó alrededor de su cara, tapándole la boca, con un pañuelo presionado contra su nariz y labios. Y en un par de segundos se desmayó.

44

Healy y yo subimos por el sendero hacia Alba, el bloque de pisos de Mile End en el que había vivido Daniel Markham. Las puertas estaban abiertas. Justo dentro, en el vestíbulo, una mujer fregaba el suelo, con grandes charcos de agua esparcidos a su alrededor. Ni siquiera levantó la vista cuando pasamos detrás de ella y entramos en los pisos de la planta baja.

Eran las ocho y media. Hora punta para ir al trabajo. Un par de personas salieron de sus apartamentos, vestidas para ir a trabajar. Esperamos en la puerta de Markham, escuchando los sonidos del edificio. Televisores. Una conversación al lado. Pero nadie a punto de salir de su piso. Empujé la puerta del número ocho y esta se apartó con suavidad de su marco. El trozo de cartón que había utilizado para cerrarla cayó al suelo. Healy dio un paso atrás y me dejó ver el piso por si había cualquier cambio, cualquier indicio de que Markham había vuelto. Pero parecía exactamente igual.

Healy se dirigió a la sala de estar. Yo volví al baño y encendí la luz. El armario del baño seguía abierto, con el cierre aún roto. No se había movido nada. Puse las manos a ambos lados, levanté el armario de la pared y apareció el mensaje: «*Ayúdame*».

—Healy.

Llegó un par de segundos después, me miró y luego miró el mensaje de la pared.

—¿Crees que Markham escribió eso?

—¿Y tú?

Estudió la pared y se encogió de hombros.

—¿Por qué pide ayuda? ¿Y por qué molestarse en esconderlo donde nadie va a encontrarlo?

—Yo lo encontré.

—Por accidente.

—Pero lo encontré.

—Entonces, ¿cuál es tu opinión?

—Quizá quiera que lo detengan —dije, mirando de nuevo el

mensaje—. O tal vez está atrapado en algo, tiene miedo y quiere que otra persona sea detenida.

—¿Quién, el doctor Glass?

—Eso es lo que tenemos que averiguar.

Clic.

Un ruido sonó detrás de mí. Desde fuera del baño.

Mientras me acercaba a la puerta, surgió un recuerdo: de pie fuera del piso la primera vez que había estado por allí, con la oreja pegada a la puerta, escuchando cómo algo hacía clic dentro.

Salí al pasillo y miré a mi alrededor. Era estrecho y estaba vacío. Había un cuadro en la pared de una puesta de sol, pero nada más. Healy pasó junto a mí y fue a la cocina. Me dirigí al dormitorio. El somier, sin colchón. Las mesitas de noche. Sin lámparas. En el salón, Healy abría y cerraba armarios. Entré y miré a mi alrededor. Exactamente igual que en todas partes. No se había movido nada. Nada había cambiado dentro del piso desde la última vez que había estado allí. Healy cerró un armario, se fijó en mí y levantó la vista.

—¿Estás bien?

—¿Has oído algo?

Se levantó.

—¿Como qué?

Ya no se escuchaba nada en el piso. El único ruido provenía del exterior: coches que pasaban por la calle de abajo, gente de la puerta de al lado, sirenas lejanas. Volví a examinar la habitación.

—¿Como qué? —volvió a preguntar Healy.

—Como una especie de clic.

—¿Un clic?

Entonces lo vi encima de la puerta.

Estaba en una pequeña estantería negra, oculta por las sombras, con un cable que salía de ella y subía por un pequeño agujero perforado en el techo.

Era una cámara de vídeo.

—Alguien nos vigila —dije.

Antes de que Healy tuviera la oportunidad de ponerse a mi lado, lo

redirigí de nuevo hacia la sala de estar y fuera de la vista de la cámara. No la había visto la primera vez que había entrado, pero ahora sí. Pequeña y compacta, negra, colocada en una estantería igualmente negra en la parte más oscura de la habitación. Era fácil no verla. Si no hubiera sido por el clic del *zoom*, quizá nunca se me habría ocurrido mirar allí arriba. Seguí el cable desde la parte trasera de la unidad hasta el techo.

«Lleva al piso de arriba».

Healy interrumpió mi hilo de pensamiento. Se desplazó por el salón hasta un taburete situado en un rincón de la habitación.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

Se detuvo y me miró como si le hubiera hecho la pregunta más tonta que había oído en todo el día.

—¿Qué crees que estoy haciendo? Voy a coger esa cámara.

—Esa es una mala idea.

Soltó un bufido y se balanceó sobre los talones, como si acabara de sorprenderlo con mi estupidez por segunda vez.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es una buena idea? ¿Quedarnos parados aquí con nuestras pollas en las manos?

—Tenemos que dejarla donde está por el momento.

—¿Y por qué haríamos eso?

—Porque da al piso de arriba.

Sus ojos se desviaron hacia el techo y luego volvieron a mí, como si pensara que yo podía estar intentando engañarle.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

—Tenemos que jugar bien a esto.

—¿En serio? —Él sacudió la cabeza—. ¿Con quién coño te crees que estás hablando? Por si no te habías dado cuenta, no soy tu aprendiz.

—Healy —dije con suavidad—, cálmate.

Por un momento me pregunté si había hecho bien en pedirle ayuda. Me había dado detalles del caso que podría haber pasado semanas tratando de encontrar. Pero también me había traído una falta de control y una necesidad de venganza. Lo había percibido en

él la primera vez que nos vimos, y lo volvía a ver ahora. Por un segundo, nos vislumbré a los dos a horas y días de donde estábamos ahora. Y todo lo que podía ver era a mí intentando desesperadamente controlarlo, sin éxito.

—Mira —le dije bajando la voz—, si te pones así, nos vas a fastidiar esto a los dos. Sé cómo te sientes, recuérdalo. Sé lo que es perder. Pero tienes que parecer tranquilo ante la cámara. Tienes que darte la vuelta y empezar a registrar el piso como antes, ¿entendido? Ha de parecer que no podemos entender qué ocurre aquí o que no sabemos qué pensar de ello.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Voy a subir.

—¿Vas a ir a buscarlo?

—Sí.

—Voy contigo.

Sacudí la cabeza.

—Uno de nosotros tiene que quedarse.

—Entonces quédate tú.

—*No* —dije, levantando la voz por primera vez—. Has perdido la concentración. Tienes que quedarte aquí y calmarte. —Hice una pausa—. Tiene que parecer que seguimos aquí.

Sus ojos se detuvieron en mí. Me pregunté si había llegado a la conclusión de que yo tenía razón o si estaba formulando algún tipo de plan alternativo que no me implicara. No lo conocía lo suficiente como saberlo. Y ahora empezaba a darme cuenta de que *definitivamente* no debería haberle pedido ayuda. Una vez calmada la ira, Healy se convirtió en un muro de piedra. Sin expresión. No había ninguna pista obvia de cómo se sentía. Yo era bueno leyendo a la gente, pero a él no podía leerlo. Y, si no podía leerlo, no podía confiar en él.

—Bien —dijo, con voz uniforme—. Haz lo que tengas que hacer.

Me dio la espalda. Esperé un momento, preguntándome si lo había hecho bien. Entonces empecé a caminar de vuelta hacia la cámara,

sin apartar los ojos del objetivo, intentando que pareciera que volvía al dormitorio.

Pero entonces todo se torció.

45

Cuando llegué a la altura del dormitorio, Healy apareció detrás de mí y me empujó dentro. Por un segundo me quedé completamente aturdido. Entré a trompicones en el dormitorio, manteniéndome en pie por los pelos, y me estrellé contra el armario más cercano. La puerta se cerró detrás de mí. Más allá, pude oírlo salir del piso. Pasos fuertes y rápidos. La puerta principal se estrelló contra la pared cuando la abrió de un tirón. Oí pasos en el pasillo exterior, que se desvanecieron con rapidez.

«Healy, maldito estúpido».

Y luego más movimiento, esta vez arriba.

Salí corriendo del piso y entré en el pasillo. Lo vi desaparecer por las escaleras, en dirección al segundo piso, y sus golpes resonaban por todo el edificio. Subí los escalones de dos en dos y llegué al rellano del segundo piso justo cuando la puerta del apartamento se abrió de golpe y una figura salió del interior en dirección contraria. Era un hombre. El mismo que había visto en el callejón fuera del club juvenil. Abrigo largo oscuro, pantalones oscuros, botas negras, gorro oscuro. Healy estaba casi a distancia de contacto; yo estaba a unos tres metros y acercándome.

Al final del pasillo había dos puertas, una a la izquierda y otra a la derecha. Ambas daban a una escalera exterior: la de la izquierda bajaba; la de la derecha subía. El hombre llegó al final y probó con la izquierda. Se tambaleó en su marco, se quedó parada y luego se abrió, pero no lo suficiente. No pudo traspasarla. Entonces el tipo se dirigió a la puerta derecha y tiró de ella con fuerza. No se movió ni un milímetro y su mano resbaló del picaporte.

Estaba acorralado.

Un segundo después, Healy estaba sobre él.

Agarró al hombre por el brazo, intentando atraerlo hacia su cuerpo. Su rostro estaba retorcido. Ardiendo. Una ira feroz y violenta que estalla como una falla. Pero el hombre se movió rápido. Le golpeó dos veces. Una en el pecho. Otra en la garganta. Healy

retrocedió dando tumbos, con la mano en la tráquea, pero levantó una pierna en un arco. Alcanzó al hombre en la rodilla, haciéndole caer de lado, de espaldas contra la puerta izquierda. Esta se cerró de golpe.

Esta vez Healy se abalanzó sobre él con más fuerza, las manos extendidas y los dientes apretados. Por un segundo, su tamaño fue inmenso. Ni gordo ni con sobrepeso, solo *poderoso*. Impulsado por toda la injusticia, el desamor y la venganza; todo lo que había sentido en los últimos diez meses, canalizado. Un segundo después, estaba en la garganta del hombre, empujándolo hacia el suelo, con los dedos blancos. Apretándole el cuello. Ahogándolo. Pero entonces todo se ralentizó. Yo estaba a solo unos metros cuando algo brilló en la manga del abrigo del hombre. Una jeringuilla. La clavó de repente en el trozo del cuerpo de Healy más cercano que encontró. En la fracción de segundo que Healy tardó en reaccionar, el hombre lo había empujado a un lado y estaba de pie. Me devolvió la mirada.

Era el hombre de Tiko›s.

El que se parecía a Milton Sykes.

Dejó caer la jeringuilla en un bolsillo del abrigo y buscó algo más en el bolsillo opuesto. Surgió una hoja. Era un cuchillo de caza de unos veinte centímetros de largo, con un mango de goma y un gancho integrado en el extremo de la hoja de acero inoxidable. Lo hizo girar dentro de la palma de la mano, de modo que el ángulo recto del gancho quedara frente a él, y luego lo blandió en el aire frente a mí. Di un paso atrás. Mis talones golpearon la puerta del piso de alguien. Pero no le quité los ojos de encima. En la periferia de mi visión, pude ver a Healy a mi lado. Estaba desplomado contra la pared y se agarraba con la mano la zona del corazón por donde le habían clavado la aguja. Una mancha de sangre empapaba su camisa. Parecía como si estuviera al borde de la consciencia, con los ojos entrando y saliendo como una recepción de televisión.

El hombre empezó a rodearme, de espaldas hacia la única salida, con el cuchillo en alto delante de él. Mientras miraba entre los dos, noté algo raro: sus ojos se movían deprisa, pero el resto de su cara

estaba inmóvil. Completamente quieta. Casi paralizada. Era una mirada extraña y distante. Cuando di un paso hacia él, volvió a mostrar la hoja. Una advertencia. Y lo hizo de nuevo al pasar cerca de mí. Había dado toda la vuelta. Ahora todo lo que tenía que hacer era girar y correr.

Me acerqué a él.

—Yo no lo haría —dijo.

Sus ojos miraron a Healy y luego volvieron a mí. Hablaba en voz baja, pero aguda y entrecortada, como si intentara disimularla.

—¿Y a dónde vas a ir? —dije, dando otro paso. Me mostró el cuchillo por tercera vez, con el índice estirado a lo largo del borde del mango y sobre el metal de la hoja. Lo sostenía como un bisturí. Como un cirujano—. No puedes escapar.

Algo brilló en sus ojos.

—Tú y yo —dijo, mirando a Healy, pero utilizando el cuchillo para indicar que hablaba conmigo—. Tenemos algo en común.

—Baja el cuchillo.

—Tenemos una conexión. —Mostró una sonrisa. Pequeña y apretada—. ¿Me has oído?

Lo estudié.

—Vamos, baja el cuchillo.

—¿Me has oído?

—Baja el cuchillo.

Me lo volvió a mostrar. Otra pequeña sonrisa.

—No puedes huir de mí —le dije.

—Lo sé. —Miró entre Healy y yo. Healy estaba casi inconsciente ahora—. Pero tú te vas a quedar aquí.

—Eso no va a pasar.

—Oh, por supuesto que sí.

—Ni hablar.

Agitó la hoja, de izquierda a derecha.

—Claro que sí. Te vas a quedar donde estás... —Se detuvo y miró a Healy—. O a su hija le cortarán la garganta, de oreja a oreja.

Los ojos de Healy se agitaron, fijos en el hombre.

—¿Dónde la tienes? —graznó, agarrándose el pecho.

El hombre lo miró y volvió a sonreír.

—Para eso tendrás primero tendrás que llegar a ella —dije.

—Te equivocas —respondió, y me amenazó con el cuchillo—. Tú no controlas nada aquí, *David*. *Yo* tengo el control. Siempre lo he tenido. Si no vuelvo, me he asegurado de que las cosas se pongan en marcha y de que su hija... —hizo un gesto de cortar la garganta — se desangre como un cerdo.

Healy gimió desde el suelo.

El hombre no lo miró esta vez, solo me miró a mí. Luego pareció dudar un momento y sus ojos volvieron al piso del que había salido.

—No tiene por qué ser así —le dije.

Él seguía mirando la puerta abierta.

—Dame el cuchillo.

—¡Cállate! —gritó.

De repente estaba nervioso, enfadado por algo. Sus ojos pasaron de mí al piso y viceversa. Otro paso. Más dudas.

Y entonces me di cuenta de lo que estaba mal.

Había olvidado algo.

Un rastro de emoción pasó por sus ojos y, al ponerse a la altura del piso, echó otra última y persistente mirada al interior. Se acercó a la puerta, como preguntándose si podía correr el riesgo. Luego se volvió hacia mí y se dio cuenta de que no podía.

Y salió huyendo.

46

Cinco minutos después, Healy empezaba a volver en sí, pero hablaba arrastrando las palabras y una parte de él —los pies, la pierna, el brazo, los dedos— estaba sin vida y no respondían. Le apoyé contra la pared y lo miré a los ojos.

—¿Cómo te encuentras?

Me miró.

—Bien.

—Vale. Y otra cosa: no *vuelvas* a empujarme así por la puta espalda, ¿entendido? —Asintió con la cabeza y se masajeó la zona en medio del pecho por donde le había entrado la aguja—. Voy a echar un vistazo al piso.

No me quedé para oír la respuesta.

El piso era una réplica exacta del de Markham, pero estaba completamente vacío. Paredes desnudas, suelos vacíos, sin cortinas ni muebles. Un piso donde nunca nadie había vivido. Del techo colgaba un cable blanco, pero no había ninguna bombilla; las ventanas del salón eran la única luz. Justo en medio de la habitación había una caja de madera y un cubo de basura dados la vuelta.

Encima había un portátil.

Un cable de alimentación serpenteaba hasta un enchufe y otro se desplazaba por el suelo del piso hasta un pequeño agujero en la esquina. Debía conectarse a la cámara del piso de abajo. Me acerqué al ordenador. El escritorio era sencillo y había dos carpetas a la derecha, bajo el icono del disco duro: una llamada «Imágenes fijas» y la otra llamada «Fotos». En el centro de la pantalla, ocultando la mayor parte del resto del escritorio, había una barra de carga que se iba llenando poco a poco. Acababa de alcanzar el noventa y dos por ciento. Me acerqué más.

Entonces me di cuenta de que no se cargaba.

Se estaba borrando.

Estaba borrando todo lo que había en el portátil.

Hice clic en cancelar, pero no pasó nada. Fui a «Forzar salida» y

pulsé la tecla ir. Nada. Fue una pérdida de tiempo; el borrado se había bloqueado, y cuanto más tiempo pasaba intentando averiguar cómo detenerlo, más datos desaparecían. Hice clic en el escritorio y doble clic en la primera carpeta. «Imágenes fijas» se abrió. Dentro había cuarenta y dos fotografías. Abrí la primera. Healy y yo en el piso quince minutos antes. La cerré. Abrí la siguiente. Exactamente igual, excepto que esta vez estaba mirando a la cámara. Dentro de la carpeta, las imágenes fijas empezaron a borrarse de abajo arriba, pero todas habían sido modificadas en menos de una hora, lo que significaba que todas eran fotogramas congelados de Healy y yo, tomados con la cámara de vídeo.

Noventa y cuatro por ciento.

Abrí la carpeta «Fotos». Dentro había diez fotografías. Las agrupé todas y luego hice doble clic. Ralentizadas por el proceso de borrado, se fueron abriendo una a una.

Noventa y seis por ciento.

La primera era una toma desde la ventana de Healy y yo acercándonos al edificio. Pasé a la siguiente. Healy recogiéndome fuera de mi casa esa mañana.

Noventa y siete por ciento.

La tercera era una fotografía del final de mi calle la noche en que Phillips y Davidson me detuvieron. Estaba lloviendo. Estaba de pie junto a mi coche, detrás de la cinta policial, con un dedo apuntando a la cara de Phillips. A la izquierda de la toma había algunas personas que reconocí desde lo alto de la carretera. Había estado entre ellos todo el tiempo.

Entrando en mi casa. Preparándome.

Vi cómo se desarrollaba todo.

La siguiente era yo fuera del club juvenil la noche que había entrado. Medio oscurecido por las sombras, con horquillas en la cerradura.

Noventa y ocho por ciento.

Dos fotos desaparecieron simultáneamente de la carpeta y del escritorio. Avancé con más rapidez por las imágenes restantes. Las

fotos cinco y seis eran mías en el sendero de las Vías de la Muerte. Reconocí la zona: pasado el segundo tramo de vía férrea, cerca del claro. La foto había sido tomada desde detrás de uno de los árboles, a unos cuatro metros del camino. En la foto cinco, miraba vagamente en dirección a la cámara. Como si la hubiera visto.

Noventa y nueve por ciento.

Otra foto desapareció. Quedaba una.

Un hombre de espaldas a la cámara y una mujer frente a él. Estaban hablando entre ellos frente a la entrada de una especie de edificio de oficinas. La gente salía a su alrededor. Todo estaba un poco apagado, un poco borroso. Había sido tomada con el *zoom* al máximo y la cámara se había movido justo en el momento de la toma.

Me acerqué más.

Miré al hombre y a la mujer por segunda vez.

La cara de ella no estaba bien definida. Su contorno estaba borroso. El desenfoque de la imagen había convertido sus ojos en manchas oscuras. Pero aun así la reconocí.

Era la mujer del octavo expediente de Healy.

A su lado, de espaldas, el hombre enseguida me resultó familiar. Entonces vi el borde de sus gafas, las ondas de su pelo oscuro, la elección de la ropa, la actitud estudiosa... y me di cuenta de a quién estaba mirando.

Daniel Markham.

Saqué mi teléfono, lo desbloqueé y seleccioné la opción cámara. Quería una foto de los dos para enseñársela a Healy. Pero, cuando una versión pixelada del portátil apareció en la pantalla del teléfono, el proceso de borrado llegó al cien por cien.

Y la fotografía desapareció para siempre.

Hice doble clic en el disco duro, intentando encontrar algún rastro del archivo. Pero toda la información había desaparecido. El portátil había vuelto a su configuración de fábrica. Había formas de extraer la información si quería, formas de recuperar las imágenes. Los archivos nunca se borraban por completo de un ordenador, solo las

entradas de los archivos; los datos en sí permanecían. Pero la única persona que podía hacer eso por mí, con rapidez y a escondidas, era Spike.

Cerré el portátil y miré a mi alrededor.

En la encimera de la cocina, vi algo.

Cuando recorrí el piso por primera vez, pensé que era algún utensilio de cocina. Pero el piso estaba vacío, *no había* utensilios. Me levanté y me acerqué. Era un recipiente metálico de unos treinta centímetros de largo con una tapa de rosca extraíble en un extremo. Cuando empecé a juguetear con él, surgió un recuerdo: la vacilación del hombre cuando nos enfrentamos en el pasillo y sus ojos desviándose hacia la puerta abierta.

«Como si hubiera olvidado algo».

Aquello era lo que se había olvidado.

Healy todavía estaba en las escaleras cuando salí. Tenía un par de dedos apretados contra el pecho. Se giró y miró hacia arriba, haciendo una mueca de dolor por el movimiento. En una mano tenía el portátil. En la otra llevaba el recipiente metálico.

—¿Cómo te encuentras?

—Sobreviviré —dijo, y se puso en pie con cautela. Sus ojos se desviaron hacia mis manos y luego volvieron a mirarme—. ¿Era el tipo del club nocturno?

—Sí, era él. —Levanté el portátil—. Se ha dejado esto. Lo había configurado para que borrara cualquier cosa remotamente incriminatoria, y la mayor parte había desaparecido cuando llegué allí.

Healy asintió.

—¿Qué es?

Estaba mirando el recipiente. Me agaché, coloqué el portátil en el suelo y el recipiente a su lado. Healy se dejó caer sobre sus piernas a mi lado, resollando un poco. Metí la mano y saqué un segundo tubo del interior del recipiente.

Era un barril cilíndrico de cristal, de unos quince centímetros de

largo y quince de alto, lleno de líquido transparente. Ambos extremos estaban taponados con juntas herméticas.

—No me jodas —dijo Healy en voz baja.

Dentro del barril había dos corazones humanos.

Uno de un adulto. Otro de un niño.

47

A las doce, Healy y yo estábamos aparcados en una calle de Beckton, frente a una hilera de siete almacenes idénticos. En uno de ellos, un gran cartel rojo estaba clavado en la parte delantera: «Importaciones Drayton». Pertenecía a Derrick Drayton, el dueño del almacén de Bow en el que había muerto Frank White. Y el hombre que había traído la caja de armas para los rusos y, suponía, la formalina para el cirujano.

—Si esperas que Drayton caiga del cielo, vas a esperar mucho tiempo —dijo Healy, con los ojos de ambos fijos en el almacén. Un camión estaba aparcado con la cabina hacia fuera. En el interior del almacén, unos hombres sacaban cajas de la parte trasera y se retiraban fuera de la vista.

—Drayton se ha ido. Ya lo sé.

—Su familia no sabe nada.

Miré a Healy.

—¿En serio crees eso?

—El equipo especial pasó tres días aquí abajo entrevistando a toda la tribu —respondió Healy—. Mujer, madre, padre, hermano, hermana. Parecían aterrorizados.

—Eso no significa que no lo sepan.

Healy se había pasado el viaje masajeándose el punto del pecho por donde le había entrado la jeringuilla. Aunque dijo que se encontraba bien cuando salimos del piso de Markham, no quería correr riesgos, así que me ofrecí a conducir. El portátil estaba en el asiento trasero. El bote cilíndrico estaba a sus pies, de nuevo en su recipiente original. Hasta ahora, ninguno de los dos había hecho mención del contenido.

Healy me estudió y luego se volvió hacia el almacén.

—¿Qué? —dije.

—¿Crees que es de ella? —Seguía mirando el almacén, a los hombres que sacaban cajas de la parte trasera del camión. Como no le contesté, se volvió de nuevo hacia mí—. ¿Crees que es de Megan?

Miré el recipiente metálico.

—Podría ser, sí.

—Así que el otro...

—Sería de su bebé.

Probablemente él había visto cosas peores. La oscuridad en los hombres; los momentos de la vida en que asesinos, violadores y maltratadores metieron la mano en la tierra y sacaron con ella un trocito del infierno. Yo también lo había visto. Había caminado a través de la sangre. Pasado por encima de cadáveres. *Flashes* del tiempo en el que, por un segundo, me di cuenta de que la humanidad había desaparecido y no quedaban reglas. Ambos habíamos conocido cosas peores que un corazón arrancado del cuerpo donde debía estar. Pero las cosas cambiaban cuando había un niño de por medio. Y, en este caso, podía que ni siquiera fuera un niño: un nonato. Healy siguió masajeándose el pecho.

—¿Se conservan en esa cosa?

Miré a Healy.

—¿En la formalina? Me imagino que sí. Supongo que Drayton consiguió todas esas armas para los rusos y que los químicos llegaron con las armas. Esa era la moneda con la que los rusos pagan al doctor Glass: la formalina.

Cuando volví a mirar a Healy, su boca se había aplanado y sus ojos parecían proyectar sus pensamientos: Leanne y la formalina, y lo que su imaginación pudiera soportar.

En el almacén, alguien empezó a cerrar las puertas traseras del camión. El ruido cruzó la calle hacia nosotros: un enorme estruendo metálico. Ambos nos giramos y vimos cómo el conductor daba la vuelta por delante y desaparecía por la puerta de la oficina. Dos minutos después, volvió a aparecer, se subió a la cabina de su camión y salió. El camión desapareció en treinta segundos.

Dentro del almacén veíamos a la gente arremolinada. En la parte trasera había una pared de ventanas de color nebuloso. La escasa luz del día brillaba a través de ellas, convirtiendo a todos los que estaban dentro en siluetas. Conté cinco personas. Posiblemente seis.

Aparte de eso, era difícil distinguir el interior, pero parecía cavernoso y vacío.

—Espero que sepas lo que estás haciendo aquí —dijo Healy, apretando de nuevo los dedos contra su pecho—. Recuerda que estás en libertad bajo fianza.

Por el retrovisor, un Nissan azul apareció en lo alto de la calle, bajando hacia nosotros.

—Lo sé —dije, mirando el coche. Aminoró la marcha al llegar al almacén y subió a la acera.

Healy oyó el ruido y se volvió para mirar.

—Es él —dijo.

—¿El hijo de Drayton?

—Sí.

—¿Qué sabes de él?

Healy se encogió de hombros.

—Solo lo que he oído. Recuerdo que Phillips dijo que pensaba que el chico podría estar ocultando algo. Pero ya sabes cómo es Phillips.

El hijo de Drayton salió del coche. Un par de personas del interior del almacén lo saludaron y luego desapareció por la puerta de la oficina.

—¿Estás listo? —pregunté.

Healy me miró.

—Hagámoslo.

48

El despacho era pequeño y sencillo. Había un mostrador que ocupaba casi toda la sala a nuestra izquierda y una ventana detrás que daba al almacén. El lugar era un desastre: facturas y papeles clavados en las paredes, un calendario de chicas en lencería, recibos, incluso fotografías de la familia. Había tres asientos desgastados, ninguno a juego, y una mesa circular en la sala de espera. Todo olía a comida. El hijo de Drayton estaba de pie detrás del mostrador, apoyado en él mientras anotaba algo. Levantó la vista cuando Healy se acercó. Podía ver cómo le daba vueltas el cerebro, intentando decidir si lo reconocía. Me quedé en la puerta todo el tiempo.

—¿Luke Drayton?

Estudió a Healy y luego me miró a mí.

—¿Te conozco?

Healy rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó su identificación policial. Cuando la dejó sobre el mostrador, mantuvo un par de dedos apretados contra la cartera. Pude ver lo que hacía: las puntas de ambos dedos cubrían su nombre.

—Somos de la Policía Metropolitana.

Drayton nos miró.

—*¿Otra vez?*

—Tenemos algunas preguntas más.

—¿Sobre qué?

—Sobre tu padre.

Drayton puso los ojos en blanco.

—Os contamos todo lo que sabíamos la primera vez que vinisteis. Y la segunda. Y la tercera. ¿Quieres que me invente algo? ¿Es eso?

Healy dio un paso hacia Drayton. Se apoyó en el mostrador.

No pude decir nada.

—Papá nos jodió —continuó Drayton—. Destruyó la reputación de este negocio. Todo lo que os dije las otras veces que vinisteis a

verme sigue igual. Espero que se pudra en el infierno. Espero que nunca encuentre la paz, esté donde esté.

Healy asintió.

—Parece que lo echas de menos.

Drayton frunció el ceño y negó con la cabeza.

Los dejé así, dejé que la puerta se cerrara tras de mí y me dirigí hacia el lateral del almacén. En la parte trasera había un patio de hormigón rodeado por un muro de metro y medio con alambre de espino. Eché un vistazo: una pequeña carretilla elevadora; dos coches y una furgoneta; unos cuantos barriles sin marcar; y una enorme pila de cajas de cartón, cubiertas con una lámina impermeable. Dos hombres se arremolinaban alrededor de las cajas. Uno sostenía un portapapeles, marcando algo. El segundo estaba añadiendo más cajas a la pila desde un montón interior, presumiblemente parte de la entrega de antes.

Seguí el camino alrededor de la propiedad y al final había un arroyo, probablemente alimentado por el Royal Albert Dock. Recorría los siete almacenes y desaparecía en un nudo de árboles al final. Pude ver que la pared trasera del patio estaba coronada por tres líneas de alambre de espino en lugar de una. No había entrada. No había forma de pasar a menos que quisieras arrancarte la piel a tiras.

Subí por el sendero hasta mi posición original y volví a mirar por encima del muro. La única persona que quedaba en el patio era el tipo del portapapeles. Estaba de pie a la derecha de la pila de cajas, pasando un dedo por una lista impresa. Las cajas eran de diferentes alturas y tamaños, y estaban apiladas en una serie de torres.

Desde el interior del almacén, el hombre que había estado transportando las cajas apareció de nuevo. Tenía delante una enorme caja de cartón en forma de cubo, con los brazos apenas extendidos hasta la mitad de cada lado. Se tambaleó al caminar, bordeando lentamente la pila, con cuidado de no golpear nada. A unos tres cuartos de camino, de lado hacia donde yo miraba, se agachó y colocó la caja en un espacio del montón. El movimiento

llevó su peso hacia delante, y la puntera de su bota golpeó contra el fondo de una de las cajas que había debajo. Esta se desplazó. Giró ligeramente. Debajo de la caja apareció una línea tallada en el suelo de hormigón.

El hombre se agachó, puso una mano a cada lado de la caja y luego la volvió a colocar en su posición, por encima de la línea. En un par de segundos, estaba en su posición original y no se veía nada en el suelo de cemento, salvo marcas de neumáticos y polvo.

Volvimos al coche. Healy mantuvo la vista en el almacén.

—Sabe algo —dijo.

—¿Qué ha dicho?

—Nada.

—¿Qué te hace sospechar?

—No estoy seguro —dijo, y me miró—. Tal vez solo me has puesto paranoico. Pero, si *está* inventando una historia, es un maldito experto en mentir.

Las ventanillas del coche crujían con el viento.

—¿Has visto algo por allí detrás? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Tenemos que volver aquí cuando oscurezca.

—¿Por qué?

Podía ver a través de las puertas traseras en la parte posterior del almacén y el patio más allá.

—Porque hay una trampilla en la parte de atrás.

49

Había una cafetería justo al lado de East India Dock Road. Healy encontró sitio a un par de calles de distancia, con el Millenium Dome —enmarcado por el cielo gris y la llovizna— al otro lado del agua. Estábamos a punto de entrar cuando, un poco más arriba, vi a alguien que reconocí: Aron Crane. Esta vez no le acompañaba Jill, y vestía de traje.

Le dije a Healy que lo vería dentro. Aron se quedó pensativo, con los ojos fijos más allá, donde los rascacielos de Canary Wharf aguijoneaban la nube baja. A seis metros de la cafetería, me vio.

Esbozó una sonrisa y se detuvo.

—David.

—¿Cómo estás, Aron?

—Estoy bien. —Nos dimos la mano—. ¿Qué haces en esta parte del mundo?

—Solo tomando café con un amigo. —Señalé con la cabeza. Healy estaba apoyado en el mostrador mirando hacia fuera, sus ojos moviéndose entre nosotros—. Bueno, más bien un conocido, para ser sincero.

Aron miró a Healy.

—Parece enfadado.

—Está sonriendo por dentro —le dije. Aron se rio—. Entonces, ¿trabajas cerca?

—Sí. Bueno, más o menos. Al menos durante los próximos quince días. Estoy haciendo un trabajo de consultoría para Citigroup y HSBC. Probablemente por eso tengo esta mirada perdida.

—Recuerdo que dijiste que trabajabas en banca.

—No me lo tengas en cuenta.

Sonreí. En el breve silencio que siguió, ambos nos dimos cuenta de lo que había entre nosotros.

—¿Cómo está Jill? —pregunté finalmente.

—Está bien. —Hubo un segundo de silencio—. Me dijo que la llamaste ayer.

No parecía haber animosidad en lo que decía, pero cuando me miró, pude ver lo que me estaba diciendo: «*La molestaste*».

—No quise ofenderla.

Él asintió con la cabeza.

—Lo sé.

—Es solo que... —Me detuve. Era una forma natural de evitar dar más información de la necesaria sobre un caso que seguía activo. «*Pero ella ya se lo habrá contado todo. Tienen una relación muy cercana. Sabe lo que le dije*»—. Tan solo había algunos vínculos inesperados entre lo que le ocurrió a Frank y lo que estoy investigando en este momento. Parecía demasiado conveniente. Necesitaba preguntarle a Jill qué sabía, si es que sabía algo.

Volvió a asentir y se pasó una mano por el pelo, como si no supiera qué hacer consigo mismo.

—No tienes que dar explicaciones.

—¿La vas a ver esta noche?

—No. —Miró su reloj—. Tengo que ir Canary Wharf para recoger mis cosas y volar a París a las cuatro para una reunión. Es un fastidio y me siento muy mal por ello. Mañana por la noche es la reunión del grupo de apoyo y le prometí a Jill que iría, pero no volveré hasta el miércoles.

Lo había olvidado por completo.

—¿Vas a ir?

—Me gustaría —dije. «*Me gustaría tener la oportunidad de hablar con Jill, mirarla a la cara y averiguar lo que sabe*»—. Pero creo que tendré que ver cómo se desarrollan las cosas. Iba a pedirte que te disculparas de nuevo por mí si ibas.

—No, pero la llamaré más tarde y se lo diré.

Le di las gracias con la cabeza.

—Vale, bueno, será mejor que me vaya —dijo.

Volvimos a darnos la mano y, mientras se alejaba por la calle, tuve la sensación de que intentaba por todos los medios mantenerse neutral, pero le resultaba difícil. Lamenté haber ofendido a Jill, pero no me arrepentí de haberle hecho la pregunta.

Porque algo, en algún lugar, no estaba bien.

50

La cafetería era pequeña. Los taburetes junto a las ventanas daban a una hilera de casas adosadas de dos plantas y a un flamante bloque de apartamentos de cristal y cromo. Pedí un café solo y un sándwich de queso y pastrami, Healy pidió un café más grande y un panecillo de ternera y mostaza, y nos sentamos junto a la ventana mirando al exterior. Eran casi las dos y había empezado a llover. Teníamos al menos tres horas antes de que empezara a oscurecer. Mucho tiempo para matar sin hacer nada.

—Esto debe ser como estar en casa para ti —dijo.

Le di un mordisco al bocadillo.

—Estaba un poco más abajo, en Wapping.

—¿Crees que habrías dejado el periodismo si tu mujer... —se detuvo y me miró—, si no hubiera sucedido?

—Probablemente no. —Acerqué mi café hacia mí. Fuera, la lluvia empezó a escupir sobre los cristales y se apagó un poco la luz del día. Señalé con la cabeza el agua que corría por la ventanilla—. Una de las razones por las que podría haber aguantado en el periódico era poder alejarme de un tiempo de mierda como esta de forma habitual.

—¿Pasaste mucho tiempo en el extranjero?

Le di otro mordisco a mi bocadillo. Sabía bien.

—Sí, bastante. La mayoría de las veces llevaba a Derryn conmigo. Era enfermera titulada, pero trabajaba con contratos de corta duración, así que venía y se quedaba conmigo, siempre que no estuviera en medio de una zona de guerra. Pasamos un año y medio en Estados Unidos, un año en Sudáfrica, pero la mayor parte del tiempo era un mes aquí, un mes allá. Venía conmigo y me mantenía cuerdo.

Ambos nos quedamos callados. Al cabo de un par de minutos, la llovizna había vuelto a amainar, dejando en su lugar una fina niebla.

—¿Y tú?

—¿Y yo qué?

Lo miré. Estaba sacando los pepinillos de su sándwich. Tras unos segundos, se volvió hacia mí y se encogió de hombros.

—Tú ya sabes de mí.

—Ah, ¿sí?

Él sonrió.

—Te daré el beneficio de la duda. Sabías lo de Leanne, así que voy a arriesgarme y a decir que conoces mi historia reciente.

No pude decir nada.

Volvió a sonreír.

—Tomaré eso como un sí.

—Tómatelo como quieras —respondí, y me llevé a la boca un sorbo de café—. O me lo cuentas, o no. Depende de ti.

Silencio de nuevo.

Me comí todo el bocadillo y me bebí todo el café. Healy siguió picoteando su comida y mirando su bebida.

—Tenía este caso —dijo finalmente. Sacó los últimos pepinillos del sándwich y volvió a colocar el pan encima de la ternera—. Dos chicas asesinadas en New Cross. Gemelas. Ocho años. Un vecino llamó a la policía tras no oír nada en la puerta de al lado durante una semana. Habían sido violadas y estranguladas. La madre estaba muerta en la habitación de al lado. Apuñalada en el pecho. El padre... a saber dónde coño estaba. Las niñas no lo conocían. Nunca había participado en sus vidas. Ni siquiera la madre conocía su apellido. Aportó solo una cosa a sus vidas, y eso fue nueve meses antes de que nacieran.

Hizo una pausa, vació un sobre de azúcar en su café y empezó a removerlo.

—Así que el primer sospechoso fue el camello de la madre. Las niñas volvieron del colegio, encontraron a su madre y al traficante en el piso. Se inició una discusión entre los dos adultos. El traficante se volvió loco, apuñaló a la madre, se volvió contra las niñas. *O* le dio una paliza a la madre y la obligó a ver lo que hacía con las niñas mientras ella se desangraba, hasta que le pagase lo que le debía. La autopsia situó su muerte antes que la de las dos niñas. —Se detuvo

y se encogió de hombros—. Fuera una cosa u otra, ambas me hicieron sentir jodidamente enfermo.

Dio un mordisco a su panecillo, se limpió la boca y volvió a encogerse de hombros.

—Trajimos al traficante, esa mierda de alimaña. Probablemente sea responsable de la mitad de la miseria de New Cross, pero no era el asesino. Así que volvimos al principio. Los forenses no tenían nada. Volvieron con fibras y huellas, pero sin ninguna coincidencia. Preguntamos por ahí y nadie había visto ni sabía nada. Una semana se convirtió en dos. Dos, en tres. Tres semanas, en una investigación de asesinato... Empiezas a ponerte un poco nervioso. Empiezan las dudas. Piensas: ¿me he perdido algo? ¿Qué es lo que no encuentro? ¿Qué es lo que no veo? Y, después de eso, comienzas a dar vueltas en círculos. Vuelta a la escena. Vuelta al ordenador. Vuelta a los forenses. Vuelta a las declaraciones. De repente, un mes después, literalmente *solo* podía pensar en el hecho de que alguien estaba libre tras haber enterrado a dos niñas inocentes.

Healy volvió a hacer una pausa.

—Nadie entiende la deuda que tienes con las personas por las que tienes que hacer justicia en situaciones así. Y cuando tienen *ocho* años... Ocho años, y no se podía encontrar ni rastro del gilipollas que les hizo esas cosas en ningún lugar de esta ciudad de mierda. Nadie puede entender lo que se siente. Incluso algunas de las personas con las que he trabajado en la policía. Y, si no lo entienden ellos, ¿cómo coño lo va a entender tu familia?

Asentí, pero no dije nada.

—Fue más o menos al mes cuando me enteré de que mi mujer estaba viendo a otra persona —dijo, hablando ahora de su mujer—. Si me hubiera enterado en cualquier otro momento, me habría enfadado. Habría roto los muebles. Pegado patadas a la puerta. Sé que tengo mal genio. Soy así. Tengo cuarenta y seis años. Soy demasiado viejo para cambiar. Pero aquel no era cualquier otro momento. Me enteré de que me estaba engañando cuando estaba hasta el cuello de fotografías de dos niñas de ocho años a las que

les salía sangre por todos los agujeros del cuerpo. Tenía a los medios pidiendo sangre, a mi superior jodiéndome por detrás... —Se detuvo y me miró—. Y lo peor de todo: tenía cero putos sospechosos. A nadie. La deuda que sentía por esas chicas..., nunca lo había pasado tan mal. Así que, cuando Gemma me contó su infidelidad, me volví loco.

—Todos hemos hecho cosas de las que nos arrepentimos.

Una sonrisa sin humor.

—No pareces del tipo de persona que pega a su mujer.

—Todos hemos hecho cosas de las que nos arrepentimos —volví a decir.

Healy se volvió hacia mí.

—¿Y qué has hecho tú?

Lo miré. «*He matado a gente. Gente que se lo merecía. Gente que me habría quitado la vida si yo no les hubiera quitado la suya. Pero aun así he matado. Seré juzgado igual que ellos».* Como no respondí, se quedó mirando por la ventana. Frente a él, su comida estaba prácticamente intacta y su café había perdido el calor.

—Nunca se conoce a nadie de verdad —dijo finalmente—, ni siquiera a aquellos que quieres. Ella creía conocerme y yo creía conocerla. Pero no nos conocíamos de nada.

Pasaron un par de minutos. Observé cómo se frotaba el pulgar y el índice de la mano derecha; ahora habría cogido un cigarrillo. Al cabo de un rato, volvió al mostrador y pidió una taza de café recién hecho, después desapareció para ir al servicio. Unos minutos más tarde volvió, añadió azúcar a su café y le dio un largo trago. Pude ver cómo le daba vueltas la cabeza y me pregunté en qué estaría pensando. Su mujer. La noche que le habló del otro hombre. El momento en que la golpeó. Las gemelas. Leanne.

—¿Cuándo aceptas que alguien se ha ido definitivamente? —dijo en voz baja.

Me giré y lo estudié. La pregunta me sorprendió, pero intenté no demostrarlo. No me lo esperaba de él. No esperaba que una emoción así existiera tan cerca de la superficie.

—Es diferente para cada uno. Pero no hay que sentir vergüenza por aferrarse a ellos. No hay que avergonzarse de creer que pueden entrar por la puerta en cualquier momento.

Healy no respondió.

Le dejé un momento de silencio y continué:

—Entonces, ¿me lo vas a decir?

Me miró.

—¿Decirte qué?

—Lo que sabes sobre la mujer del octavo archivo.

Miró hacia la calle. A través de la ventana, el movimiento y la luz se reflejaban en sus ojos.

—Sona —dijo.

—¿Se llama así?

Él asintió con la cabeza. Era un nombre poco corriente. Me gustó, pero nunca la había escuchado. Healy empezó a buscar algo en el bolsillo.

—Creo que su madre nació en algún lugar del extranjero —dijo—. En Europa del Este. —Sacó un papel doblado y me lo entregó. Era la misma página que había visto antes dentro del archivo, salvo que esta vez no había nada tachado. Toda la información estaba allí.

—Entonces, ¿dónde encaja?

Me miró.

—Ella es quien consiguió escapar.

Quien consiguió escapar

Sona se despertó de un sobresalto, tan fuerte y tan rápido que sintió que algo se desgarraba. Dos tiras de esparadrapo le colgaban de los párpados, pues se las habían colocado sobre los ojos. Miró a su alrededor. Estaba en una cama de hospital. A un lado: una mesa metálica llena de instrumentos quirúrgicos y una máquina de electrocardiograma. En el otro, un desfibrilador amarillo con dos palas metálicas enrolladas en una clavija lateral. La habitación tenía cinco puertas: una a la izquierda, otra a la derecha y tres frente a ella.

Se incorporó y algo tiró de su pecho. Los cables salían de debajo de la bata y se dirigían hacia el electrocardiograma, y podía sentir dos electrodos pegados a los espacios por encima de ambos pechos. En la parte superior de su mano derecha había una vía que conducía a una bolsa de suero que colgaba de un soporte metálico. Por un segundo se sintió mareada, como si la hubieran sacado de la inconsciencia demasiado de repente. Pero entonces llegó la realidad. El miedo revoloteó en su pecho, un escalofrío recorrió su columna vertebral. No era así como trabajaba. Él sabría cuándo debería estar despierta. Observaba. Escuchaba.

Entonces, ¿por qué no había ido a por ella todavía?

«Porque se supone que no debo estar despierta».

La había anestesiado. La había dejado allí porque pensó que le había dado suficiente para noquearla.

Pero no lo había conseguido. Estaba despierta.

«Y ahora necesito salir de aquí».

Se quitó la cinta adhesiva de los párpados, desconectó el catéter y se quitó los dos electrodos del pecho. Al instante, la imagen del electrocardiograma se aplanó y su *bip, bip, bip* constante fue sustituido por un largo ruido. Se situó en el centro de la sala y miró hacia las puertas. Ahora él *tenía* que aparecer a través de una de ellas. *Tenía* que ir a por ella. Pero un minuto después seguía esperando.

Volvió a mirar la mesa metálica. Había un par de tijeras de unos quince centímetros de largo, con los extremos apuntando en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Tijeras de cirujano. Al lado había una serie de escalpelos; una mezcla de diferentes longitudes y pesos, de diferentes hojas y diseños. Más instrumentos: algo que parecía un martillo, una jeringuilla y un taladro. Y, por último, una botella de líquido azul claro.

El mismo que le había hecho aplicarse en la cara.

Se tocó la mejilla. Podía notar la textura cerosa brillante de su piel en la punta de los dedos, pero no sentía nada en la cara. Nada. Todo estaba muerto: ninguna terminación nerviosa se disparaba, ninguna sensación de movimiento al abrir y cerrar la mandíbula. Nada. Estaba completamente entumecido. Extendió la mano hacia el otro lado para ver si era lo mismo, no sintió nada y retiró los dedos... y entonces una oleada de horror le recorrió el pecho. Sus dedos estaban cubiertos de sangre.

De repente, una horrible comprensión se movió como una mancha de aceite en su interior: «*Estaba usando el líquido para preparar mi piel para la cirugía. Me está cortando la cara».*

Sona cogió uno de los escalpelos. «*Pues venga, ven aquí, bastardo»*. Intentó que la adrenalina recorriera su cuerpo, trató de poner en marcha algún tipo de respuesta, pero estaba a medio camino de la habitación cuando percibió movimiento.

Pasos rápidos resonando en un pasillo más allá de la puerta más cercana.

Entonces, el sonido de estática.

Ella se detuvo, inmóvil. Ya no había pasos. Solo aquel ruido. Pasó el bisturí de una mano a la otra y lo sostuvo frente a ella, en la vaga dirección hacia la puerta. Esperó. Esperó. Entonces se dio cuenta de que la estática procedía del interior de la habitación. Miró a su izquierda, en lo alto del rincón, encima del lavabo. Oculto en la oscuridad había un altavoz, empotrado en la pared, pintado del mismo blanco uniforme para disimularlo.

—*Sssssssssona*.

Una voz desde el altavoz.

Y entonces, frente a ella, la manilla de la puerta empezó a girar.

El corazón le dio un vuelco en el pecho, se hizo a un lado y avanzó hasta situarse detrás de la puerta cuando esta se abrió hacia ella. Tragó una vez. Dos veces. La tercera vez casi tose. Ahora estaba tan asustada que sentía como si sus dedos se estuvieran cerrando alrededor de su garganta. Se llevó una mano a la boca, intentando detener cualquier sonido, cualquier gemido, cualquier aliento que pudiera abrirse paso y formar un ruido. A su lado, la puerta seguía abriéndose. «*No hagas ruido*». La puerta se acercaba hacia ella. «*No hagas un...».*

Y se detuvo.

Sona bajó la mirada. El borde de un zapato negro estaba a la vista. Y nada más.

El electrocardiograma dio un estruendo. La estática chisporroteaba. Pero lo único que ella oía era su corazón en los oídos, golpeando contra sus costillas, un ruido tan fuerte que anulaba todo lo demás. De algún lugar sacó la fuerza suficiente para levantar el bisturí, con los dedos sin color, y lo sostuvo delante de ella, listo para usarlo, esperando a que él entrara en la habitación.

Y esperó.

Él no se inmutó. Entonces, desde el altavoz de la esquina de la habitación, el ruido se hizo más fuerte durante un segundo. Crepitante. Reverberante. Cambió el tono y el timbre.

—¿Dónde te escondes, Sona?

Su voz, procedente de los altavoces situados encima de ella, y junto a ella, al otro lado de la puerta. Una oleada de miedo recorrió sus piernas y paralizó temporalmente sus músculos. Dio un paso atrás, hacia la pared, para evitar caerse del todo. El movimiento hizo el menor de los ruidos; un chirrido cuando la piel de su pie descalzo se deslizó por el suelo pulido.

Fue suficiente.

La puerta giró hacia ella tan rápido que apenas tuvo tiempo de darse cuenta. En un segundo, se estampó contra su cara, la dura

madera de la puerta golpeando contra su pómulo. Retrocedió a trompicones, intentando mantener el bisturí frente a ella, desesperada por no bajar la guardia. Durante un breve segundo, su cerebro le dijo que ahora debería sentir dolor en la cara, pero en lugar de eso no sintió nada.

Se acercó a ella desde la puerta.

Llevaba un uniforme médico azul claro, una gorra y una mascarilla. Pudo ver sus ojos, de un azul brillante, y un cable que salía de debajo de la mascarilla, por debajo del uniforme. En la fracción de segundo que tardó en apartar los ojos de los cables y volver a su rostro, él le puso una mano en el cuello y apretó.

Estática.

La empujó hacia el suelo. Ella lo miró. A los ojos. Estaban entrecerrados, concentrados en hacerle daño. La empujó hacia el suelo, y sus piernas cedieron bajo ella. Le estaba demostrando que él mandaba. Obligándola a hacer ruidos cortos y agudos de asfixia mientras sus pulmones trataban de empujar el aire a través de su garganta. Su pulgar presionó con más fuerza contra su tráquea. Estaba al borde del desmayo.

El instinto de supervivencia entró en acción.

Nervios disparados. Músculos tensos.

Agarró el bisturí con toda la fuerza que pudo y se lo clavó en el dorso de la mano derecha. Él gritó, su chillido fue inicialmente apagado por la máscara, pero ahogado un segundo después cuando gritó desde los altavoces en una copia distorsionada y rota de su reacción. Ambas manos la soltaron. El sonido se apagó. Un lamento de agonía sustituido por retroalimentación y estática.

Sona se puso en pie, lo rodeó y salió por la puerta. Un largo pasillo gris. Muros de hormigón. Fluorescente a lo largo de todo el techo. Miró a ambos lados. El pasillo giraba en ángulo recto hacia su izquierda. Lo único que veía al doblar la esquina era oscuridad. A su derecha había una pesada puerta de hierro, con enormes remaches trazando su circunferencia.

Se dirigió a la izquierda.

—¡Maldita *zorra*!

Podía oírlo pero no verlo mientras corría, su voz le llegaba a través de un altavoz situado frente a ella, en lo alto de la pared. Más abajo había dos puertas enfrentadas, ambas cerradas. Entonces el pasillo se torció hacia la izquierda.

Detrás de ella: pasos.

Volvió a mirar por encima del hombro. Él emergió por puerta y sus ojos se fijaron en ella de inmediato. La sangre le corría por la mano, por la parte delantera de la bata y por los pantalones. Pero ahora no le importaba. Por encima de ella, la estática chisporroteaba a través del altavoz y luego, susurrando, su voz se dirigió a ella:

—No tienes a dónde huir.

Sona se dio la vuelta y volvió a correr. Cuando el pasillo giró a la izquierda, se abrió a otro más corto. Un par de cajas se apoyaban contra una pared. No había luces sobre ella. Se veían tres paneles de cristal a su izquierda y más muros de hormigón a la derecha. Más allá había una puerta, a unos doce metros, que comunicaba el pasillo en el que se encontraba con una habitación mejor iluminada.

—¿A dónde vas, Sona?

Pasó por debajo de otro altavoz.

—¡No tienes a dónde huir!

Oyó sus pasos detrás de ella, pero esta vez no miró atrás. Solo mantenía la vista en la puerta al final del pasillo. Sin cejar en el empeño. Sin bajar nunca el ritmo. Ignorando el dolor que empezaba a surgir en sus mejillas y en su frente. Haciendo caso omiso de la voz chillona en su interior que le decía que nunca iba a conseguir alejarse de él.

Entonces, al pasar junto a ellos, se dio cuenta de que los paneles de cristal eran ventanas.

La primera ventana pertenecía a una habitación que reconoció. Paredes blancas. Techos blancos. Pudo ver la mesa y las tarjetas colocadas encima, señalando el agua y el lugar donde había estado la bata médica. En un rincón de la habitación estaba su ropa. Dejada allí en un montón. Toda menos su ropa interior.

Siguió corriendo.

La siguiente habitación era exactamente igual, excepto que estaba vacía.

Luego llegó a la tercera habitación.

Una mujer estaba sentada en el suelo, en la esquina opuesta, con las piernas recogidas hasta el pecho y la cara hundida en las rodillas. El pelo le cubría los hombros y los brazos, tapando algunos de los moratones de su piel, pero no todos. Sona se frenó un poco: una reacción automática.

«Hay más como yo».

Un ruido detrás de ella. Miró hacia atrás.

Estaba acortando la distancia.

Frente a ella, de repente, pudo ver una habitación muy iluminada más allá de una puerta de hierro abierta. La habitación tenía unos diez metros cuadrados y una gruesa puerta cortafuegos en el otro extremo.

—¡Ayuda! —gritó mientras corría hacia la habitación—. ¡Que alguien me ayude! —A través de dos finos paneles de cristal de la puerta cortafuegos, pudo ver armarios de acero y el contorno del agujero en el que la había encerrado.

Volvió corriendo, agarró la pesada puerta de hierro y empezó a empujarla para cerrarla. Giró hacia dentro y se tambaleó. Se estaba acercando. Seis metros, tal vez menos. Empujó con más fuerza, con el dolor agudizándose de repente en su cara. En su nariz. Sus labios. Sus mejillas. Entonces la puerta se atascó.

Estaba a tres metros.

«Ciérrate».

Dos metros.

«Ciérrate».

Dos metros.

—¡Ciérrate! —gritó.

La puerta se movió y se cerró contra el marco de hierro. Echó un vistazo a la habitación en busca de algo con lo que atascarla. Parecía la puerta de un submarino —enorme, voluminosa e intrincada—,

pero no tenía mecanismo de cierre giratorio, lo que significaba que lo único que él tenía que hacer para volver a abrirla era empujar desde el otro lado. En medio de la habitación había un tubo metálico —como de un andamio— apoyado contra la pared. Fue a cogerlo.

Entonces la puerta empezó a chirriar.

Él empujaba desde el otro lado.

Agarró el trozo de tubo, colocó un extremo contra un hueco del suelo e introdujo el otro en un espacio situado a media altura de la puerta. Aguantaría un tiempo. Pero no mucho.

—*¿Sona?*

Se quedó inmóvil. Se giró despacio. No había nadie más en la habitación. Pero en la pared del fondo, encima de la puerta cortafuegos, pudo distinguir otro altavoz. Frunció el ceño y dio un paso hacia el aparato.

—*¿Sona?* —volvió a decir la voz.

Se acercó más. Lo miró un momento. A través de los cristales de la puerta pudo ver más del agujero en el que la habían encerrado. Había contenedores de plástico apilados en un rincón de la habitación y una escalera apoyada en la pared del fondo, fuera de la vista. Así fue como él se había metido en el agujero la primera vez.

—*Tienes que dejar de correr.*

Volvió a mirar al altavoz. La voz sonaba suave ahora, casi cariñosa. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Déjame ir —dijo en voz baja—. Solo... déjame ir.

—*Lo haré* —fue la respuesta.

—¡Lo digo en serio!

—*Yo también.*

Miró hacia la puerta y luego al altavoz.

—No te creo.

Esta vez no hubo respuesta.

—¡No te creo! —gritó, y empezaron a rodarle lágrimas por la cara. Estaba asustada, desesperada. Se secó las lágrimas, intentando serenarse.

Un sonido de arañazo.

*Cra*c.

Se volvió hacia la puerta. Él seguía presionando. La puerta movió un poco y el tubo se dobló contra el suelo. Entonces, desde algún lugar por encima de ella, pudo oír lluvia.

Levantó la vista.

Dos metros por encima, había un agujero circular en el techo. Una alcantarilla. A un lado del agujero había una escalera desplegable. Miró a su alrededor. En una pared junto a la puerta de cristal había tres interruptores. Dos eran para las luces, presumiblemente para la habitación en la que estaba y para la habitación con el agujero. El otro funcionaría para otra cosa.

Sona se dirigió hacia él. Accionó el interruptor.

Con un ruido metálico, la escalera empezó a descender. Cuando una parte de ella se había extendido por completo, la segunda continuaba hacia abajo. Se detuvo frente a ella, a medio metro del suelo de la habitación.

—*Pisa esa escalera y te mataré.*

Miró el altavoz.

—*Te atraparé y te cortaré en pedazos. Lo digo en serio. Te abriré en canal si pones un pie en esa escalera.*

Ella puso el pie en la escalera.

—*¡Zorra estúpida!* —Una manivela. El tubo que bloqueaba la puerta resolló cuando él empujó, doblándose un poco más. Golpeó con los puños el otro lado, martilleándolo como un tambor—. *¡Estás muerta! ¡Estás jodidamente muerta!*

A medio camino de la escalera, se detuvo un instante y miró hacia la habitación. Arriba, la lluvia seguía cayendo. Abajo, la puerta se inclinaba aún más hacia dentro y ella vislumbró el azul pálido de su bata médica.

—Te acordarás de mí —le dijo desde abajo.

Empujó la tapa de la alcantarilla por encima de ella. Se alejó del agujero. La lluvia caía del cielo y bajaba a través de ella, hasta la habitación de abajo. Puso un pie en el siguiente escalón. Luego, en el siguiente. Sacó la cabeza por encima del borde de la alcantarilla.

—Cada día, cuando te mires al espejo, te acordarás de mí.
Y entonces salió y echó a correr.

CUARTA PARTE

51

Hacia las seis de la tarde, cuando empezó a oscurecer, estábamos sentados en las sombras de un callejón frente al almacén. En la oficina, enmarcado en el cristal de la puerta, pudimos ver a Luke Drayton todavía detrás del mostrador, escribiendo algo. El almacén estaba cerrado, las enormes puertas de entrega estaban selladas con candado.

—¿Cómo de grande era la trampilla? —preguntó Healy.

Me encogí de hombros sin dejar de mirar a Drayton.

—Es difícil de saber. La mayor parte estaba cubierta por cajas. Parecía una tapa de alcantarilla circular. No más grande de un metro de ancho.

Volvimos a quedarnos en silencio. Pasaron diez minutos. Veinte. Treinta. A las seis y cuarenta, Drayton seguía en el mostrador escribiendo. Ahora tenía una calculadora a un lado.

—Tal vez vive en el agujero —dijo Healy.

Sonreí. De vez en cuando miraba a Healy y veía un breve atisbo del hombre que una vez fue. Una persona diferente, no construida sobre la venganza y el arrepentimiento, sino sobre cualidades mejores; sobre la compasión y el humor. Me gustaba ese Healy, y me preguntaba cuánto tardaría en recuperar esa faceta de sí mismo, y si alguna vez lo haría.

Un par de minutos después, el teléfono de Healy empezó a sonar, vibrando por el salpicadero hacia él. Lo cogió y miró la pantalla.

—Mierda.

—¿Qué?

No me contestó y cogió la llamada.

—Healy.

Incluso con la lluvia, pude oír la voz al otro lado.

—Healy, soy Phillips. ¿Dónde estás?

—Tengo el día libre.

—No está marcado en la pizarra.

—Se lo dije a Moira.

—No está marcado en la pizarra —volvió a decir Phillips.

—Pues lo marcaré mañana.

Hubo un segundo de silencio. Me miró.

—¿Tienes idea de dónde está David Raker? —lanzó Phillips.

—¿Quién?

—David Raker.

Healy volvió a hacer una pausa y miró a través del parabrisas, donde Drayton seguía de pie en la misma posición frente al mostrador.

—¿Raker? —dijo—. Es el tipo que trajiste, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Por qué iba yo a saber dónde está?

—Davidson dice que ayer os encontró a ti y a Raker solos.

—¿Y?

—¿Por qué estabas con él?

—Porque Davidson le había dejado solo, y no creí que quedara bien que una de nuestras mejores pistas en el caso Carver desapareciera de la comisaría para no volver a ser visto.

—¿No tienes casos propios? —lanzó Phillips.

—Escucha...

—No, escucha *tú* —replicó Phillips—. No sé qué demonios crees que estás haciendo, pero sea lo que sea *va contra la ley*, ¿entendido?

Healy no respondió.

—¿Sabes?, hay una razón por la que no formas parte de este equipo especial ni de ningún otro. Y es porque no se puede confiar en ti. Eres un mentiroso, Healy.

—¿Qué has dicho?

—Ya has oído lo que he dicho. Intentamos contactar con Raker, pero su móvil está apagado. Lleva apagado todo el día. Fuimos a su casa, y parece un mausoleo. Así que nos damos una vuelta por tu casa porque, ya sabes, se supone que es tu *día libre*... y ¿adivina qué?

—Estoy fuera con mi mujer.

—Mentira, Healy. Sé que estás con Raker.

—Estoy fuera con mi mujer.

—Raker está jugando contigo. Juega con todos. Hoy nos ha mandado a hacer el ganso a ese club juvenil, ¿y adivinas qué hemos encontrado?

Healy no contestó.

—Nada. Absolutamente nada. Como la última vez.

Healy volvió a mirarme y negó despacio con la cabeza. «*Tenemos problemas*». Sus ojos se dirigieron a Drayton por segunda vez.

—No sé dónde está Raker —dijo finalmente.

Phillips resopló por el teléfono, la línea se distorsionó.

—*Acabas* de terminar con tu carrera, lo entiendes, ¿verdad?

Healy no contestó.

—*¿Verdad?*—dijo Phillips por segunda vez. No obtuvo respuesta—. ¿Confías en Raker más que en tus compañeros de la comisaría? ¿Más que en las personas con las que has cerrado casos, que te apoyaron y trabajaron gratis cuando Leanne desapareció?

Lo vi estremecerse al oír el nombre de su hija. Sus mejillas empezaron a sonrojarse, llenándose como la sangre que empapa el algodón.

—No hicisteis nada por mí. Ni siquiera está en vuestro radar.

—Intentamos ayudarte a encontrar...

—¡No me digas que intentasteis ayudarme a encontrarla! —estalló Healy, con los ojos ardiendo ahora—. La mayoría de las personas que me ayudaron no eran de tu equipo. Tú y Hart... no os importaba una mierda. No me disteis a nadie. *A nadie*.

—Leanne no puede ser oficialmente vinculada...

—*¡No me digas que no puede estar relacionada con esto, maldito gilipollas*! —gritó por la línea—. Ese pedazo de mierda de Glass se llevó a mi hija. ¿Y sabes lo que voy a hacer ahora? Voy a encontrarlo y voy a matarlo.

—Healy —dijo Phillips despacio—. Irás a la *cárcel*.

—Me importa una mierda.

Me miró. Luego, sus ojos volvieron a cruzar la calle en dirección a

Drayton y señaló con la cabeza la puerta de la oficina. «*Vamos a entrar ahora*».

Puse una mano en la puerta y la abrí.

—Estás metido en un buen lío, Healy —dijo Phillips—. *Estás hasta el cuello de mierda*. Y también tu compañero de fechorías ahí, a tu lado, donde demonios sea que te escondas. Pero déjame decirte esto ahora, para que todos lo tengamos claro: te tenemos en el punto de mira. ¿Me entiendes? Hemos seguido tu rastro. —Phillips hizo una pausa—. Y, cuando lleguemos a ti, ambos caeréis.

52

Cruzamos la calle hacia la oficina, con Healy al frente. Su rostro estaba enrojecido y ardía de ira, sus puños se abrían y cerraban, dispuestos a empujar, apartar y despedazar. —Healy —le dije, intentando mantener el nivel de mi voz, tratando de despejar la niebla que se estaba formando dentro de su cabeza—. —Espera un segundo.

Pero no se detuvo. Se acercó a la puerta de la oficina y la abrió de un empujón. La puerta se balanceó con tanta fuerza que chocó con la pared adyacente y el cristal repiqueteó dentro de su panel. Desde el mostrador, Drayton levantó la vista, con los ojos desorbitados. Se alejó del escritorio.

—¿Qué estás haciendo?

Healy agarró a Drayton por detrás de la cabeza y tiró de él hacia delante, estampándolo contra el mostrador. El lado de su cara emitió un sonido de bofetada cuando su mejilla golpeó el vinilo. Gritó de dolor. Healy se inclinó hacia su oído.

—¿Qué hay en la trampilla?

—¿Qué? —respondió Drayton, sus palabras amortiguadas por la mano de Healy.

—Será mejor que me digas qué hay ahí.

Los ojos de Drayton se movían entre nosotros.

—Healy —volví a decir.

Me miró.

—¿Qué?

—Cálmate.

—Cierra el pico —espetó, y tiró de Drayton hacia él, arrastrando su pequeño cuerpo por encima del mostrador. Drayton cayó de bruces al suelo, gritando, y luego se revolcó en la alfombra como si esperara que le llovieran puñetazos. Cuando no lo hicieron, nos miró, con la sangre corriendo por una de sus mejillas.

Healy se agachó, lo puso en pie de un tirón y tiró de él para que quedaran nariz con nariz.

—Abre la trampilla.

—¿De qué hablas?

—Abre la trampilla *ahora*.

Drayton nos miró. Retrocedí hacia la puerta del despacho y miré hacia fuera. La carretera estaba oscura y silenciosa; solo se oía el ruido de la lluvia sobre el techo metálico. Cuando me volví, Healy había hecho girar a Drayton y tenía una mano bloqueándole en la nuca. Le guio fuera de la oficina y por la parte delantera del almacén hasta las puertas de reparto. Estaban cerradas con candado.

—Ábrelas.

—No hay nada...

Healy lo empujó hacia delante y la cara de Drayton chocó con la puerta metálica. El ruido atravesó el edificio como una onda.

—Te lo estoy diciendo —dijo Drayton con voz vacilante—. Por favor. Te digo que no hay nada ahí.

—Ábrelas y veremos.

Drayton rebuscó en sus bolsillos y sacó un llavero. Seleccionó una llave de latón con una marca roja en el lateral y la introdujo en el candado. Este hizo clic. Healy estiró la mano, arrancó el candado de la placa metálica y lo arrojó a la calle. Luego abrió de un tirón una de las puertas y empujó a Drayton al interior. El almacén estaba completamente a oscuras, salvo por un tenue rectángulo de luz naranja que se filtraba por una ventana situada encima de nosotros.

—¿Dónde están las luces?

—Ahí. —Drayton señaló con la cabeza.

Dirigió la vista a un panel de interruptores blancos a mi izquierda. Los encendí todos. Los fluorescentes zumbaron en la oscuridad y luego una luz blanca e intensa recorrió el techo.

La puerta trasera era del mismo tamaño que la de la entrada de reparto de la parte delantera. Drayton abrió el candado con una segunda llave de latón, también marcada en rojo. Entonces Healy lo utilizó como ariete, forzándolo a avanzar hacia la puerta hasta que esta se abrió lo suficiente como para dejarlos pasar. Fuera, en el patio, cuatro luces de seguridad se encendieron a la vez desde

postes empotrados en la valla. Bajo su resplandor, la lluvia caía a nuestro lado.

Healy me miró e inclinó la cabeza hacia la pila de contenedores.

—Muéstraselo.

Lo miré a él y luego a Drayton, después caminé hasta el lugar que había visto antes y aparté un par de los contenedores más grandes. Debajo de uno, asomó el borde de la trampilla.

—¿Qué es eso? —le dijo Healy a Drayton, empujándolo por el cuello.

—Es para almacenamiento.

—No me digas.

Moví algunas de las otras cajas. Un minuto después, había despejado un espacio. Un círculo, realizado en el suelo y de un metro de diámetro, se vislumbraba bajo las luces de seguridad. Parecía una tapa de alcantarilla. Tenía una pequeña asa y un candado. Me agaché, agarré el asa y tiré. No se movió.

Miré a Drayton.

—¿Qué llave la abre?

No dijo nada.

Healy obligó a Drayton a avanzar, de modo que casi estaba de pie sobre la tapadera de la trampilla.

—¿Qué llave es? —dijo apretando los dientes.

Drayton tiró el llavero. Aterrizó en un charco en el suelo a mi lado.

—Es la pequeña plateada, marcada con un punto azul.

Seleccioné la llave y la introduje en la cerradura del candado de la tapa de la alcantarilla. Hizo clic. Volví a deslizar los dedos alrededor de la empuñadura y tiré de ella.

El espacio bajaba menos de un palmo.

Y lo único que había dentro era un trozo de papel A4 doblado por la mitad.

La lluvia empezó a arreciar, golpeando la chapa ondulada del almacén. Saqué el trozo de papel, lo deslicé dentro de mi chaqueta y le indiqué a Healy con la cabeza que volviéramos a entrar. Empujó a Drayton delante de él y volvimos a introducirnos en el edificio.

Abrí el trozo de papel.

—¿Qué es? —preguntó Healy.

Parecía el plano de una calle. Ambos reconocimos de inmediato el estilo: rotulador negro; solo líneas. Sin nombres de calles. Sin plazas. Sin marcas de identificación. Era del mismo estilo que el mapa del instituto que había encontrado en el sitio web de LCT. Esta era una única carretera recta, con casas dibujadas como cuadrados de idéntico tamaño a ambos lados. A mitad de camino, una de las casas estaba coloreada de rojo. De ella salía una línea hasta un número veintinueve. Aparte de eso, no había nada más.

Miré a Drayton.

—¿Quién te ha dado esto?

Se me quedó mirando.

—¿Quién te dio el mapa? —dijo Healy.

De nuevo, Drayton no respondió. Healy apretó más los dedos alrededor del cuello de Drayton.

—Dinos quién te ha dado este mapa y dinos de qué es, o te juro que la próxima vez que te despiertes será con los huevos en la boca.

Los ojos de Drayton se fijaron en mí. Por un momento pareció que iba a decir algo. Luego se detuvo, miró como pudo a Healy y se encogió de hombros.

Healy le dio un puñetazo en el costado de la cabeza. El impacto sonó sordo, como el de la franela mojada contra una pared. Drayton no hizo mucho ruido; solo se desplomó a cuatro patas y luego rodó sobre su espalda. Miró a Healy, con la nariz sangrando.

—Healy.

Él se volvió hacia mí.

—¿Qué?

Di un paso adelante, más cerca de él. «*Cálmate*». Vio mi expresión y me miró los pies, como si me hubiera metido en su espacio personal. Se quitó la chaqueta y la tiró encima de la caja más cercana.

—¿Quién te dio el mapa?

No obtuvo respuesta.

—*¿Quién te dio el puto mapa?*

Drayton nos miró alternativamente, pero permaneció callado.

Healy sopló un poco de aire.

—Eres un estúpido pedazo de mierda, ¿lo sabías?

—Drayton —dije, tratando de frenar a Healy—. Esto es fácil. Dinos quién te dio el mapa, nos vamos de aquí y no nos vuelves a ver.

Me miró desde el suelo; una mirada que decía que no podía decírnoslo y que yo era el único que podía intervenir. Luego se volvió hacia Healy, con la sangre llenando los huecos entre los dientes, y lo miró a los ojos.

Silencio.

—Creo que tenemos que limpiarte los oídos —dijo Healy, mirando alrededor del almacén. Frente a nosotros, unas escaleras metálicas conducían a un mirador, donde un escritorio y una silla estaban colocados mirando hacia el almacén. Los ojos de Healy se clavaron en la silla y, luego, en un rollo de cinta aislante que había en una caja cerca de nosotros.

Se agachó, tiró de Drayton y lo arrastró por el almacén, recogiendo la cinta adhesiva por el camino. Cuando llegaron a las escaleras que conducían al mirador, Healy lo empujó hacia arriba. Drayton me devolvió la mirada con el mismo mensaje en ella: «*Detén esto*».

—Healy...

Me dirigió una mirada.

—Si no te gusta, vete y siéntate en el coche.

Cuando llegaron arriba, cruzaron la plataforma y Healy empujó a Drayton a la silla. Lo seguí.

—¿Quieres jugar? —dijo Healy, desenredando la cinta.

Utilizó una de sus manos para sujetar la muñeca de Drayton al brazo de la silla y empezó a dar vueltas con la cinta aislante. Una vez hecho esto, hizo lo mismo con el otro brazo. Luego las dos piernas. Drayton me miró y luego volvió a mirar a Healy, que se sacó un pañuelo de la chaqueta y lo hizo una bola. La introdujo en la

boca de Drayton, arrancó otra tira de cinta adhesiva y aseguró la mordaza en su sitio.

—Tú no tienes hijos —dijo Healy, inclinándose hacia Drayton, nariz con nariz—. Quiero decir, mírate: tú también eres un niño. No tienes ni idea de lo que se siente por algo que has creado tú. El vínculo que tienes. Hasta dónde estarás dispuesto a llegar para protegerlo. Lo que harás para vengarlo. —Se enderezó y se subió aún más las mangas de la camisa—. Pero estás a punto de averiguarlo.

Se movió rápidamente hacia delante y lanzó un puñetazo al estómago de Drayton. Drayton se dobló sin aliento, con los brazos rígidos sobre la silla.

Aquello empezaba a descontrolarse. Di un paso adelante.

—Drayton, deja de joder. Solo dinos quién te dio el mapa y todo esto terminará.

Estaba inclinado, con saliva y sangre goteando de sus labios.

—*Drayton* —dije de nuevo.

Nada.

Healy le sonrió.

—Eres un maldito idiota, ¿lo sabías?

No hubo ni un movimiento. Solo silencio, sangre, saliva y los sonidos superficiales de su respiración.

Healy se dio la vuelta y empezó a rebuscar en uno de los cajones del escritorio. En el tercero, encontró algo. Un abrecartas. Largo y delgado. De doble filo. Lo cogió y luego levantó a Drayton por el pelo para que quedaran frente a frente.

—¿Recuerdas lo que te dije? —le preguntó Healy.

Drayton no dijo nada.

—¿Lo de que te despertarás con las pelotas en la boca?

Hubo un destello de miedo en la cara de Drayton. El aire salía a chorro por sus fosas nasales. Intentó moverse en la silla, mirando del abrecartas a Healy.

—Bueno, ahora vas a descubrir que no estaba bromeando.

53

—Healy —dije, pero él me ignoró, acercándose al cinturón de los pantalones de Drayton, y lo aflojó—. *Healy*.

Esta vez se detuvo, estudiándome.

—¿Crees que nos dirá algo si se lo pedimos con amabilidad? ¿Te lo *parece*?

—Es un maldito crío.

—¿Y qué?

—Mírate.

Hizo una pausa, miró el sudor que empapaba su camisa y la sangre de Drayton, que salpicaba el algodón. Luego me estudió con el rostro inexpresivo. Por un segundo, sentí como si la mecha se hubiera apagado. Luego se volvió hacia Drayton.

—Me da igual que sea un crío —dijo en voz baja, y me di cuenta de que la única forma de que aquello acabara era que yo lo impidiera.

Drayton se retorció en su asiento cuando Healy empezó a juguetear de nuevo con el cinturón. El miedo nubló sus ojos. Respiraba entrecortadamente por la nariz. Al cabo de unos segundos, Healy había desabrochado el pantalón y tirado de él a lo largo de los muslos de Drayton, y el chico había empezado a gritar. Un ruido largo y terrible que era peor a través de la mordaza, como un animal en peligro. Healy me miró, tiró de los calzoncillos de Drayton, metió la mano bajo su camiseta y le agarró el pene. Drayton gritó esta vez aún más fuerte y durante más tiempo, con los ojos como platos: abiertos y aterrorizados, y brillantes de lágrimas. Cuando vio que había conseguido la reacción que quería, Healy lo soltó, le arrancó la mordaza y volvió a inclinarse hacia él.

—Habla —dijo.

—Vale, vale —dijo Drayton, sin aliento—. Lo haré.

—*Habla* —repitió Healy.

—Un hombre —dijo Drayton, mirándonos.

—¿Qué hombre?

—No me dijo su nombre.

—¿Y qué te dijo?

Drayton miró a su izquierda, un movimiento menor. Healy no pareció darse cuenta. Estaba hirviendo, alimentado por la adrenalina. Pero lo vi la primera vez, y de nuevo un par de segundos después: un giro de ojos, por encima del hombro, hacia el almacén de abajo.

—*¿Qué te dijo?*

—Solo me dijo que guardara el mapa a buen recaudo, que no se lo enseñara a nadie, que nunca intentara reproducirlo, fotocopiarlo o dibujarlo. Básicamente, que lo guardara bajo llave.

—¿Por qué?

Drayton dudó.

—¿Por qué?

—Él es...

Los ojos de Drayton volvieron a desviarse. Un movimiento de una fracción de segundo.

—¿Él es qué? —dijo Healy.

—Es un cliente habitual.

—¿Un habitual cuyo nombre no conoces? —Healy resopló. Se inclinó hacia él, apoyando una mano en cada brazo de la silla—. Tienes dos segundos, o de verdad que te *cortaré* las pelotas.

Drayton resopló. Movió suavemente la cabeza de un lado a otro, como si intentara decidir cuál era el mejor curso de acción. Luego, en voz baja, dijo:

—No sé cómo se llama.

Healy volvió a sacudir la cabeza.

—Respuesta errónea.

—Espera un segundo —dijo Drayton—. Espera un seg...

Healy cogió el pañuelo del suelo, lo introdujo de nuevo en la boca de Drayton y volvió a sujetarlo con la cinta adhesiva. Drayton empezó a gritar a través de la mordaza. Me acerqué a Healy, cruzando la línea de su espacio personal. Me miró y luego se echó hacia atrás.

—¿Vas a intentar detenerme?

Miré más allá de él, a través de las puertas traseras del almacén. Afuera llovía a martillazos y la lluvia azotaba el patio. También se había levantado viento, que azotaba las vallas y levantaba las láminas de plástico de las cajas.

—Quédate aquí —le dije—. Y no hagas nada.

—¿A dónde vas?

—Quédate aquí.

Bajé las escaleras y salí, subiéndome la capucha de la chaqueta. Las cajas que ya había trasladado estaban más empapadas por la lluvia. Saqué mi navaja de bolsillo y clavé la hoja en la parte superior de la caja más cercana, la rajé en forma de L y tiré. Dentro había sartenes para wok, cada una separada por una capa de espuma. Aparté la caja y fui a por la siguiente. Platos de porcelana. La siguiente: sartenes. Di un paso atrás y miré más adentro del montón, bajo las láminas de plástico. Una ráfaga de viento entró por detrás y levantó la lona. Justo en el centro, rodeada por todos lados, había una caja alta y delgada, con un pequeño símbolo negro en la esquina.

Empujando las cajas a un lado, me desplacé más hacia el centro de la pila, intentando crear un espacio en el que pudiera arrastrar la caja conmigo. Cuando llegué a ella, intenté moverla. Era pesada. Al menos quince o veinte kilos. Hundí la hoja de la navaja en cada lado y corté un par de agujeros para los dedos, luego volví a apretar el agarre y saqué la caja. Mientras se movía, aunque llovía a cántaros y el viento aullaba, oía que algo se movía en su interior. Líquido chapoteando.

De vuelta al almacén, Healy miró hacia abajo con el ceño fruncido. Pude ver a Drayton tratando de girarse.

—¿Qué es eso?

Tiré de la caja hasta el final de los escalones para que ambos pudieran verla. Entonces lo tuve claro. Drayton se quedó mirándola, como si algo en su interior se desvaneciera, como si un gran secreto acabara de ser arrastrado por el viento. Antes solo había visto un

pequeño movimiento en sus ojos, pero fue suficiente para darme cuenta de que ocultaba algo. Los ojos no eran solo la puerta del alma. Eran la prueba definitiva del polígrafo.

—¿Qué es eso? —dijo Healy de nuevo.

Clavé el cuchillo en la parte superior de la caja y abrí un agujero.

—Formalina —dije, pinchando con un dedo el símbolo del exterior —. Este es el número ochenta en cirílico. —»*Igual que el símbolo pi*». Ya lo había visto antes, en las cajas de cartón del fondo de la foto que había encontrado en la muñeca. La fotografía que se había utilizado para inculparme—. Hay alrededor de ochenta botes de esa materia aquí. Y estoy dispuesto a apostar a que quien dibujó ese mapa para Drayton esperaba recibirlos.

Drayton no hizo ningún ruido.

Volví a subir los escalones.

—Entonces —dije, y cogí el mapa del escritorio—. ¿Dónde está esto?

Me miró y pude ver que estaba tan involucrado en todo esto como su padre; y también que era tan buen mentiroso como él. El problema era que no era tan organizado ni tan bueno cubriendo sus huellas. Se había descuidado, guardando la mercancía que había importado en sus instalaciones en lugar de enviarla a otro almacén. Había pensado que esconderla entre los utensilios de cocina sería suficiente. Y tal vez lo habría sido si yo nunca hubiera hablado con Spike y me hubiera enterado de lo que significaba el símbolo de la fotografía.

Healy se acercó y le arrancó la mordaza.

—Dijo que tenía información sobre el negocio —empezó a decir Drayton—. Dijo que enviaría pruebas de las entregas, de los bienes que habíamos importado, a la policía. Dijo que acabaría con nosotros.

—¿Quién era?

—*No lo sé* —respondió Drayton, con la voz llorosa—. No puedo llevar este negocio como mi padre. No puedo hacerlo. *Lo odio*. Pero le prometí que cumpliría sus expectativas. Le prometí que cuidaría

de la familia. Le prometí que nunca le defraudaría. Pero ni siquiera puedo hacer eso por él.

Señalé el mapa.

—¿Dónde está esto?

—Walthamstow. Pine Terrace. Número 29.

—¿Se suponía que ibas a dejar la formalina allí?

Drayton asintió.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Cuáles eran sus instrucciones?

Drayton miró hacia abajo.

—Dejar la caja en la entrada de la casa.

—¿Solo eso?

—Solo eso —dijo—. Siempre las mismas instrucciones. Llevo meses importando cosas para él. Cuando viene aquí, me dice siempre lo mismo: «Memoriza el nombre de la carretera. No lo escribas. No lo fotocopies. Mantén el mapa en un sitio seguro. Dile algo a alguien y te hundiré el negocio».

—¿Está en casa cuando dejas el paquete?

Drayton negó con la cabeza.

—La casa está vacía. Hubo un incendio allí. La mitad está tapiada, pero se puede ver a través de una de las ventanas rotas. El salón está quemado por completo. No hay moqueta. Ni muebles. El jardín trasero parece una jungla, y el delantero es un vertedero. Hay latas, envoltorios y mierda de perro por todas partes.

—¿Alguna vez te quedas después de la entrega?

—No. Nos dice que entreguemos el paquete y nos vayamos inmediatamente.

Metí la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta y saqué una foto que había arrancado de uno de los expedientes del personal del club juvenil. Se la tendí.

—¿Es este el hombre que viene a verte?

Drayton estudió la imagen.

—Sí, es él.

Era Daniel Markham.

54

Pine Terrace era una estrecha y olvidada hilera de casas que no solo había dejado atrás sus mejores días, sino que parecía que nunca los había tenido. Todas las casas tenían el mismo muro uniforme de ladrillo blanco, pero estaban pintadas con una mezcla de colores que chocaban entre sí, como una obra de arte moderno que hubiera salido mal: rojos, cremas, melocotones, verdes, todos visibles incluso bajo la tenue luz de la calle y la lluvia torrencial. A mitad de camino, manchado de hollín y ceniza, estaba el número veintinueve. Drayton había acertado con su aspecto: su camino de cemento se había convertido en escombros; su puerta estaba llena de bultos y combada; había cristales esparcidos por lo que quedaba de césped; y alguien había pintado grafitis en las paredes. Los carteles de advertencia del ayuntamiento, pegados en su día en la puerta principal, se habían despegado con el tiempo.

Healy se detuvo un poco más adelante. Me bajé, me subí el cuello de la chaqueta y estudié la carretera. Si Markham le pedía a Drayton que dejara la caja en la escalinata de la entrada, entonces confiaba lo suficiente en llegar al paquete antes de que algún transeúnte se interesara. Eso significaba que cuando Drayton —o la gente que trabajaba para él— se presentaba en la casa, Markham tenía que estar vigilando. Miré al otro lado de la calle, a las casas de enfrente. Eran edificios sin vida. Toda la carretera tenía un aire deprimido, una falta de luz interior. Era obvio por qué Markham había elegido esa calle.

—Vaya montón de mierda —dijo Healy al pasar junto a mí, estudiando la oscura ventana delantera de la casa. En sus manos tenía una linterna que había cogido de la parte trasera del coche. Subió por el camino de entrada, con el hormigón desmoronándose bajo sus pies, y miró a través de un agujero en el cristal. Unos segundos después, encendió la linterna y la dirigió hacia el interior. En el cono de luz, pude ver paredes ennegrecidas, una chimenea y, al fondo, puertas de patio.

—¿Sabes cuánto tiempo lleva desocupada? —Alumbró con la linterna el cartel del ayuntamiento que había en la puerta principal y luego dirigió la luz hacia el salón—. Tres años. No me extraña que huela como si alguien se hubiera cagado encima ahí dentro. La mitad de los vagabundos de Londres probablemente lo han usado como hotel.

Seguí a Healy, comprobando las casas de enfrente. Las ventanas del otro lado de la calle serían el lugar obvio para ver cómo se hacía la entrega: posición alta, vista despejada, buena cobertura. Si utilizaba cualquiera de los lugares que flanqueaban el número veintinueve, debía tener más cuidado, pero también tendría una vista aún mejor de la bajada. Sin embargo, ninguna de las dos parecía probable: en la de la derecha, a través de un par de visillos, pude ver a una pareja de ancianos sentados frente a su televisor; en la casa de la izquierda, había juguetes de niños en el alféizar de la ventana, y detrás de las cortinas cerradas se percibía una luz encendida.

Healy apagó la linterna.

—Mejor aguanta la respiración.

A lo largo del borde del marco de la puerta, el ayuntamiento había colocado cinta amarilla luminosa en un intento de impedir el paso a la gente. Se apartó un poco, se alejó de la puerta y la abrió de una patada. Esta se tambaleó y se movió, y luego todo volvió a la oscuridad.

El pasillo era pequeño y estrecho, y tan negro como el exterior de la casa. Mientras mirábamos hacia el interior, la lluvia arreciaba a nuestras espaldas. Corría por las paredes abrasadas y formaba charcos en el cristal que brillaba a la luz de las linternas en la entrada.

El olor nos llegó un metro adentro. El espeso hedor del fuego. El hedor de la orina, el sudor, el alcohol y el vómito. Healy encendió una linterna al llegar a la sala de estar. Dos hombres estaban tumbados en el suelo bajo mantas, uno de cara a nosotros y otro de espaldas. Ambos estaban borrachos. Healy les silbó. El que estaba

frente a nosotros abrió los ojos; el otro ni siquiera se movió. Miró vagamente en nuestra dirección, incapaz de concentrarse, y luego sus pupilas se volvieron hacia atrás. Un segundo después, volvió a quedarse quieto.

Había trozos de moqueta en el suelo debajo de ellos, pero la mayor parte eran tablones expuestos y, en algunos lugares, agujeros negros por donde el fuego se había abierto paso. Más allá de los hombres, escondida al otro lado de la habitación, estaba la escalera. Los escalones estaban destrozados y se había colocado más cinta adhesiva del ayuntamiento en la entrada. Cerca de la escalera había una chimenea, y más allá estaba la cocina.

Los dos hombres en el suelo se agitaron, uno murmurando y el otro emitiendo un sonido como si estuviera sufriendo su último y agonizante aliento. Entre ellos había una sucesión de latas y botellas vacías. Uno se había meado encima.

—Qué asco —dijo Healy en voz baja—. Esto parece el Día de San Patricio.

Volvimos a cruzar el salón. Healy se dirigió directamente a la salida, pero me detuve a mirar hacia las escaleras. Pude ver parte del descansillo: las paredes estaban quemadas y llenas de grietas, y los agujeros atravesaban el techo hasta el salón.

La luz de la linterna volvió a girar en mi dirección.

—¿Vienes o qué?

Ignoré a Healy y me acerqué a la chimenea.

—Dame la luz —dije.

Extendió el brazo. Lo miré sin moverme, esperando a que me la trajera. Al final, sacudió la cabeza y se dirigió hacia la chimenea, entre los cristales y la madera rota. Me la puso en la mano.

—¿Quieres provocar otro incendio?

Lo ignoré por segunda vez y utilicé la linterna para encender la chimenea. Era un sistema de fuego de gas: falsos trozos de carbón colocados en una bandeja, dentro de un marco de plata que alguna vez fue elegante. No estaba empotrada en la pared. Había un hueco de un centímetro alrededor, y cuando dirigí la luz hacia atrás, parecía

que era solo un agujero. No era el hogar de una chimenea real. Ni una cavidad en la pared. Solo un espacio vacío.

—Échame una mano —le dije, y Healy se colocó al otro lado de la chimenea. Ambos introdujimos los dedos en el hueco y separamos el marco plateado de la pared. Al principio se atascó, haciendo un ruido sordo al arrastrarlo. Entonces se soltó, y con ella la bandeja de carbón.

Volví a coger la linterna.

Había un agujero en la pared de un metro de alto y un metro y medio de largo. Lo iluminé con la luz. A través del agujero, los ladrillos, el aislamiento y la cavidad de la pared habían sido derribados.

Al otro lado estaba la casa contigua.

55

Me puse a gatas y me arrastré por el espacio, entre yeso y polvo, cristales y trozos de ladrillo. Healy me siguió.

Al otro lado, la disposición era exactamente la misma que en el número veintinueve. Estaba escasamente amueblado: una lámpara alta enfrente de nosotros, encendida y enchufada a un temporizador; un sofá desgastado; un televisor nuevo en una esquina sobre un mueble, con un reproductor de DVD y un vídeo muy viejo; cintas de VHS debajo. En la cocina había cubiertos sobre las encimeras y paquetes de comida medio abiertos. Las escaleras estaban sin enmoquetar.

Junto a las ventanas delanteras había dos maniquíes. Ambos estaban desnudos, aunque a uno le faltaba un brazo y algo le colgaba de la cara. Parecía una lámina de plástico fino, parte de ella pegada a un lado de la cabeza del maniquí.

Me acerqué y toqué con un dedo el plástico.

Pero no era plástico.

Era látex.

Uno de los lados era liso y cremoso, casi pulido. El otro lado tenía más color y textura. Pasé mi dedo por la cara del maniquí y Healy se acercó por detrás de mí, mirando por encima de mi hombro.

—¿Qué demonios es eso?

Lo alisé hacia abajo, sobre la parte superior de la cabeza del maniquí.

—Es una cara.

Dimos un paso atrás, con los juguetes de los niños esparcidos por el alféizar de la ventana a nuestras espaldas, osos de peluche y animales de plástico asomando entre las cortinas. Todo estaba allí para crear siluetas. Hacer creer a la gente de fuera que la normalidad existía en el interior.

Pero no era así.

Frente a nosotros, el maniquí miraba hacia atrás, su mirada muerta asomando por los agujeros de la fina máscara de látex. A

través de la hendidura de la boca se veían unos labios pequeños y fruncidos. La máscara empezó a resbalar de nuevo, el pegamento ya no era lo bastante fuerte para sujetarla. Pero no antes de que tanto Healy como yo nos diéramos cuenta de quién nos estaba mirando.

Milton Sykes.

Arranqué la máscara de la cúpula de plástico curvada de la cabeza del maniquí. Healy estaba a mi lado, los dos mirando la imitación de látex de Sykes.

Era un trabajo muy hábil. No era perfecto ni mucho menos —algunos colores se habían desvanecido y había pegamento y gotas de barniz en algunas partes de la piel—, pero era lo bastante bueno como para convencer. La máscara cubría desde la parte superior de la frente hasta las orejas y bajaba hasta justo por debajo de la barbilla. Quienquiera que la hubiera fabricado se había asegurado de que la frente fuera más gruesa que el resto de la máscara para que coincidiera con el rasgo más prominente de Sykes. La profundidad del látex en la frente era casi cuatro veces mayor que en el resto de la cara. Si alguien se hubiera acercado lo suficiente, habría podido darse cuenta de que algo no iba bien. Pero, a través del blanco y negro entrecortado de la cámara del circuito cerrado de televisión de Tiko›s, había parecido real.

Me acordé del hombre del piso de Markham. La rareza de su rostro: cómo se habían movido su boca y sus ojos, pero el resto de su cuerpo había permanecido inmóvil.

Ahora entendía por qué.

Buscamos en la sala de estar. No había arcilla. Ni herramientas para esculpir. Ni látex líquido. Ni pinturas. Ni material de referencia ni fotos de Sykes. No había nada que sugiriera que la máscara había sido creada dentro de la casa. Con algo tan complejo y que lleva tanto tiempo como moldear y diseñar una máscara de látex, debería haber alguna evidencia. En cambio, la casa estaba medio vacía. «*Así que la ha traído aquí*».

Healy cruzó la habitación y miró hacia la oscuridad de la escalera. Encendió la linterna y la agitó arriba y abajo por los escalones para

comprobar que no estuvieran en el mismo estado de deterioro que los de al lado. Luego probó con los interruptores de la luz que había junto a él en la pared. Ninguno de ellos hizo nada. Me miró y me dijo con la cabeza que iba a echar un vistazo arriba. Asentí. Mientras él desaparecía entre las sombras, con solo un cono de luz como guía, yo me dirigí a la parte trasera de la casa.

Clac-clac-clac.

Algo se movió en la oscuridad de la cocina. De izquierda a derecha. Me hice a un lado y me incliné hacia la izquierda, tratando de tener una mejor vista alrededor de la encimera. No había nada. Ningún movimiento. No había más sonido que el de Healy moviéndose arriba y las tablas del suelo crujiendo bajo su peso.

Di un paso adelante.

Clac-clac-clac.

Entonces se oyó un débil chirrido, como el movimiento de una bisagra oxidada.

Saqué mi teléfono, lo encendí y dirigí la luz de la pantalla hacia el espacio del otro lado de la encimera. Una rata se escabulló y sus garras hicieron *clac-clac-clac* en el linóleo. Se metió en un agujero entre uno de los armarios y la cocina.

Al dar la vuelta a la encimera vi una segunda rata, con su gorda cola rosa a la vista, el resto del cuerpo oculto por uno de los muebles. No chirriaba ni se movía, pero seguía haciendo ruido. Uno diferente: húmedo, mojado, como si estuviera masticando algo. A mi izquierda vi a Healy bajando las escaleras, con la linterna delante. Me miró y negó con la cabeza. Nada arriba. Entonces una mosca pasó zumbando junto a mi cara. Cuando fui a espantarla sentí otra, adormilada y sin respuesta. Un segundo después, pude oír más.

Estaban por todas partes.

Y entonces mis sentidos se abrieron: animales, sangre... y decadencia.

Volví a encender el teléfono y dirigí la luz azul hacia el espacio que había detrás de la encimera. La rata se movió esta vez, siguiendo el camino de la otra.

Clac-clac-clac.

Excepto que esta dejó un rastro: una serie de pequeñas marcas rojas.

Huellas.

Tirado en el suelo, medio desplomado contra los muebles de la cocina, estaba el cuerpo de un hombre. Tenía los brazos a los lados, las palmas hacia arriba y los dedos como si quisiera arañar algo. Sus ojos miraban fijamente a la noche, muy abiertos y pálidos, y su ropa y el linóleo que lo rodeaba estaban cubiertos de sangre. Le habían abierto la camiseta por la mitad, y en la piel del pecho pude ver una serie de heridas de cuchillo, probablemente hechas con una hoja dentada: largas y finas, clavadas tan profundamente y sacadas tan deprisa que la carne, el músculo y la grasa se habían desprendido con ellas. Los pantalones se le subían por una de las piernas y un calcetín estaba al otro lado de la cocina, entre salpicaduras de sangre que parecían hechas con aerosoles.

—¿Y qué coño se supone que tenemos que hacer ahora? —dijo Healy desde detrás de mí, iluminando con la linterna la cara del hombre que estaba en el suelo.

Habíamos encontrado a Daniel Markham.

56

Healy iluminó el cadáver de Markham con la linterna, con cuidado de no alterar la escena del crimen. Al final tendríamos que informar, pero primero teníamos que aclarar nuestras ideas. Reiniciarlas. Nuestra mejor pista yacía en un charco de su propia sangre en el suelo de una casa abandonada.

—Es difícil saber cuánto tiempo lleva así —dijo Healy—, a menos que quieras meterle un termómetro por el culo y tomarle la temperatura.

Movió el haz de la linterna por el brazo de Markham, en el que destacaban las venas azules bajo la piel. La sangre que no había salido de su cuerpo por el pecho se le había acumulado en las piernas, los pies y la parte baja de la espalda. Healy utilizó la linterna para señalar uno de sus gemelos. La zona en contacto directo con el linóleo no se había llenado de sangre. La zona justo por encima de esa sí.

—Eso es hipóstasis —dijo.

Una vez que la gravedad entra en juego, los glóbulos rojos se dirigen hacia abajo y se asientan; pero la piel que está en contacto directo con una superficie no se llena porque los capilares están comprimidos.

Giró la linterna alrededor de la cocina.

—El cuerpo no se ha movido —continuó—. Una vez que los glóbulos rojos bajan, se quedan ahí. Si le hubieran dado la vuelta, la sangre estaría en las espinillas, las rodillas, la parte superior de los muslos y la parte delantera del pecho, no donde está ahora.

—Parece que también tiene *rigor mortis* —dije.

Healy se detuvo y se volvió hacia mí, con los ojos entrecerrados.

—¿Qué más te estoy diciendo que ya sepas? —Estaba enfadado porque habíamos llegado a otro callejón sin salida y necesitaba a alguien con quien desahogarse—. ¿Me vas a decir cómo es que eres patólogo a tiempo parcial además de policía a tiempo parcial?

Dejé pasar el insulto.

—¿Eh?

—¿De qué estamos discutiendo, Healy?

—Me gusta saber con quién estoy tratando.

Me pasé los dedos por la frente. Lo conocía desde hacía poco tiempo, pero era muy predecible.

—Quiero saber a quién tengo de acompañante —dijo—. No quiero sorpresas. No quiero un cuchillo en mi espalda.

Lo miré fijamente.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Ya sabes lo que significa.

—Ni siquiera entiendo por qué te pones así. Sé cómo es el *rigor mortis*. ¿Y qué?

—Pues que no confío en ti.

—No tienes que confiar en mí. Solo tienes que trabajar conmigo. Cuando todo esto acabe, estoy seguro de que tendremos tiempo de sobra para encontrar un rincón acogedor en algún sitio y discutir lo que sabemos y lo que no sabemos sobre el cuerpo humano después de muerto.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Qué coño sabes *tú* de la muerte?

Se dio cuenta de lo que había dicho al segundo de salir de su boca, pero Healy no era de los que se disculpan. Lo mejor que pudo hacer fue apretar ligeramente los labios. Era un momento típico de Healy, una discusión sin sentido nacida de la frustración al darse cuenta de que no tenía todo el control.

Fijó la luz de la linterna en el rostro de Markham.

—Sí, está rígido —dijo en voz baja.

El *rigor mortis* siempre comienza en los músculos faciales, antes de extenderse por la mandíbula y la garganta y luego por el resto del cuerpo. Te puede dar una hora aproximada de la muerte, pero incluso un patólogo habría tenido problemas para precisarla con exactitud basándose en el tipo de condiciones a las que nos enfrentábamos. El hecho de que se hubiera instaurado el *rigor mortis* lo situaba sin duda por debajo de las treinta y seis horas, y la

hipóstasis en las partes inferiores de su cuerpo era de un púrpura oscuro. Había estado dos meses en el Laboratorio de Ciencias Forenses de Pretoria como parte de un reportaje que estaba escribiendo sobre la Sudáfrica posterior al *apartheid* de finales de los noventa, y había estado en algunas escenas del crimen. La máxima lividez se produce entre seis y doce horas después de la aparición de la hipóstasis. Lo que significaba que Markham estaba vivo cuando despertó esa mañana.

—Si damos el aviso, se acabó —dijo Healy, con la linterna de nuevo sobre el cuerpo de Markham, recorriendo una de las heridas de cuchillo—. Toda la investigación se irá por el retrete.

Asentí con la cabeza. Tenía razón. De momento, íbamos por delante y la policía jugaba a ponerse al día.

Empecé a buscar por la habitación, apartando muebles, arrastrando el sofá de la pared, intentando localizar cualquier cosa que pudiera darnos una pista. Healy se puso también en marcha, rodeando a Markham por la cocina y abriendo y cerrando cajones.

Me acerqué al mueble del televisor y a la pila de cintas de vídeo, me arrodillé y empecé a sacarlas de sus fundas, tirándolas una tras otra.

Entonces, a mitad de camino, me detuve.

La penúltima estaba en un estuche rojo brillante, distinto de los demás, y no tenía ninguna impresión. Saqué la cinta. En el centro de la etiqueta había un mensaje escrito con rotulador negro.

Decía: «*Ayúdame*».

Healy y yo no hablamos mientras encendía el vídeo, deslizaba la cinta y encendía la televisión. La pantalla se vio negra. Y entonces, segundos después, apareció un plano de Markham.

Tenía lágrimas en los ojos.

Llevaba el pelo castaño más corto que en la foto que le habían hecho en el club juvenil y había perdido las gafas de montura de pasta. Unos ojos oscuros como astillas de madera nos miraban; la barba incipiente se erizaba mientras su mano trazaba la línea de su

mandíbula. Parecía en buena forma y también iba bien vestido: un polo de marca y unos vaqueros. Sin zapatos.

Espiró y luego inspiró largamente. Sus ojos se desviaron de la cámara, antes de volver de nuevo. Se había grabado durante el día, en medio del salón. Al fondo se veía la cocina y parte de la escalera. Se pasó una mano por el pelo, como si no supiera por dónde empezar.

Luego se aclaró la garganta.

—Me llamo Daniel Markham —dijo con la voz temblorosa, los ojos llorosos y el rostro marcado por la inquietud—. Y esta es mi confesión.

El médico

Once meses antes

Daniel Markham abrió la puerta de su despacho y entró. Hacía demasiado calor. En el hospital siempre hacía un calor sofocante o un frío glacial. Nunca un término medio. Era principios de noviembre, y el tiempo había sido inusualmente suave durante una semana, pero aun así la calefacción central en su parte del edificio no se había ajustado de manera correcta. Había presentado dos quejas, ninguna de las cuales había recibido ningún tipo de respuesta. Era el Servicio Nacional de Salud en pleno funcionamiento.

Colgó el abrigo, se acercó a las ventanas y las abrió hasta el tope. Soplaba una ligera brisa. Sentado en su escritorio, arrancó el ordenador y empezó a revisar el correo que no había abierto. En la parte superior de su bandeja de entrada había una agenda de citas que su secretaria rellenaba por él al principio de cada semana. Sin ella, estaría perdido. Recordaba las caras de sus pacientes, pero no siempre sus nombres y, desde luego, no las horas en que se les esperaba. La única cita que *sí* recordaba era la que tenía los lunes por la tarde en el Barton Hill Youth Club, donde —como parte de una iniciativa del hospital para que los consultores salieran al campo como voluntarios— pasaba cinco horas con los padres de niños con parálisis cerebral, ayudando en lo que podía.

Al principio, había visto el trabajo voluntario como horas perdidas. De hecho, cuando le llegó el correo electrónico, pensó que era una broma. En un sistema hospitalario que apenas podía hacer frente a la proporción de pacientes por personal, una excursión por la tarde parecía una idea que solo conseguiría que se atendiera a menos gente y se acumularan más quejas. Pero la fundación del hospital estaba decidida a cumplir el compromiso adquirido con la comunidad en una costosa campaña de relaciones públicas el año anterior y, tras el escepticismo inicial, a Markham le encantaba el tiempo que

pasaba en el club. Los padres de los niños eran muy diferentes de los pacientes que tenía en el hospital; positivos, a pesar del dolor que habían tenido que soportar. Sus pacientes solían ser lo contrario: la mayoría eran negativos desde el principio, y solo buscaban formas de seguir cayendo en la espiral.

Borró la mitad del correo que había abierto, sacó su agenda de citas de la bandeja de entrada y se fijó en el 3 de noviembre. Sus días se dividían en sesiones de una hora, y la jornada era completa, de 8:00 a 13:00 y de 14:00 a 18:00 horas. El primero era un nombre que no reconoció: *Sykes.* Probablemente un nuevo paciente. Se dirigió a su ordenador, entró en su agenda electrónica y pulsó en la entrada de las ocho de la mañana marcada como «Sykes». Apareció su historial médico. Brazo roto a los nueve años. Fractura de muñeca a los diecisiete. Citas médicas sin relevancia a lo largo de su vida, hasta que hacía quince días volvió cinco veces en un periodo de diez días quejándose de insomnio, ataques de ansiedad, fuertes dolores en el pecho y problemas de concentración en el trabajo. Markham se desplazó hacia abajo y pulsó sobre la carta de remisión del médico de cabecera. El paciente había sido sometido a un examen médico en su última visita a la consulta, y no se había encontrado nada. Físicamente, estaba bien. El diagnóstico de dos segundos de Markham fue depresión.

Sobre el escritorio, su teléfono empezó a sonar.

Contestó.

—¿Hola?

—El señor Sykes está aquí para su visita —dijo su secretaria.

Markham miró el reloj de la pared. Eran poco antes de las ocho.

—De acuerdo. Que pase.

Se dirigió hacia donde había dos sofás en forma de L en la esquina de la habitación. Estaban frente a un sillón de cuero basculante y de respaldo alto. En medio había una mesita con una serie de libros pesados, y en gran parte tediosos, que había comprado en un mercado por diez libras. Quería que la habitación pareciera menos

un despacho en un hospital enorme e impersonal y más un lugar en el que sentirse como en casa.

Dos golpes en la puerta.

—Adelante.

El señor Sykes entró. Tenía unos treinta años y medía un metro ochenta, aunque parecía mucho más bajo. Estaba encorvado, casi curvado desde la mitad de la columna vertebral. Pelo castaño, ojos oscuros, un par de días de barba incipiente y expresión cansada. Markham lo estudió: parte de ello era la falta de sueño, pero no todo. Llevaba consigo una especie de tristeza.

—¿Señor Sykes?

Él asintió con la cabeza.

—Doctor Markham.

—Por favor —dijo Markham, señalando los sofás—. Toma asiento.

Sykes dio las gracias con la cabeza y echó un vistazo al despacho, sentándose en el sofá más cercano. Se colocó al borde, con las piernas juntas por las rodillas, parecía nervioso.

—¿Te traigo algo de beber?

—No, estoy bien, gracias —respondió Sykes, mirando brevemente a Markham y alejándose de nuevo. Tenía la mirada que muchos tienen al entrar en la consulta por primera vez: una mezcla de expectación y terror.

Markham se sentó en el sillón de cuero.

—¿Qué te trae por aquí hoy?

Sykes asintió. Luego dudó.

—Yo, eh... —Se detuvo y volvió a echar un vistazo al despacho. Tamborileó con los dedos sobre las rodillas—. No me he estado sintiendo bien.

Markham asintió.

—¿En qué sentido?

—Creo que llevo dos semanas sin dormir. No correctamente.

—¿Algo te ha estado molestando?

Sykes levantó la vista.

—Sí.

—¿El qué?

—Muchas cosas. Muchas cosas diferentes. Me preocupo tanto que tengo ataques de ansiedad, grandes oleadas de pánico que se apoderan de mí.

—¿Qué te preocupa?

—Me duele el pecho —dijo Sykes, con los ojos fijos en un espacio detrás de Markham. Casi sin contacto visual—. Físicamente no encuentran nada malo, pero siento que algo me corroe por dentro.

Markham hizo una pausa.

—De acuerdo. Demos un par de pasos atrás. ¿A qué te dedicas?

Sykes levantó la vista un instante.

—Soy una especie de autónomo.

—¿Y qué haces?

—Tratar con la gente.

—¿Eres gerente?

—No. Observo y luego actúo.

Markham frunció el ceño.

—¿Qué tal si te explicas un poco más?

—No puedo concentrarme en mi trabajo, en nada de mi vida. Me paso el día sentado, mirando la pantalla del ordenador, y lo único que veo es la cara de ella devolviéndome la mirada.

—¿De quién estamos hablando?

Sykes no contestó. Tenía la mirada clavada en su regazo, los dedos en las rodillas, una de las piernas vibrando suavemente, el zapato repiqueteando contra la alfombra.

—¿Señor Sykes?

No obtuvo respuesta. Markham se inclinó hacia delante.

—¿A quién puedes ver devolviéndote la mirada?

Nada.

—¿Señor Sykes? ¿De quién es la cara que ves?

Un segundo después, como si se apagara una luz, Sykes se quedó completamente inmóvil. Siguió mirando hacia su regazo, con los dedos de cada mano apoyados en cada rodilla.

—¿Señor Sykes? —Markham se inclinó aún más hacia delante,

intentando conseguir un ángulo en el que pudiera ver la cara de Sykes con mayor claridad—. ¿La cara de quién puedes ver?

Despacio, Sykes empezó a moverse: sus dedos se deslizaron hacia atrás a lo largo de sus muslos, sus piernas se aflojaron y su cuerpo pareció expandirse, como si se llenara de aire. De repente, cada centímetro de su metro ochenta era visible: los hombros se ensancharon, el pecho se llenó, la curva de la inclinación se desvaneció. Markham se recostó en su asiento, consciente, sin entender muy bien por qué, de que Sykes se estaba transformando en otra persona. El nerviosismo había desaparecido. También la falta de confianza y la sensación de expectación e incertidumbre. Por fin, Sykes alzó la cara, con los ojos fijos en Markham y una sonrisa dibujándose en su rostro. Y, en ese momento, Markham se dio cuenta de algo: todo había sido una actuación.

—¿Quiere saber a quién puedo ver, doctor Markham? —preguntó, incluso su voz era diferente ahora—. ¿Quieres saber a quién puedo ver todos los días mirándome, aterrorizada, desde un agujero en mi suelo? —Hizo una pausa. Sus ojos brillaron; tan oscuros como la entrada de una tumba—. Puedo ver a tu mujer.

57

No había ruido dentro de la casa. En la pantalla, Markham había dejado de hablar y se limpiaba un ojo. Acababa de repasar el momento en que había entrado en contacto con Glass.

Healy se volvió hacia mí.

—¿Glass secuestró a la *mujer* de Markham?

—Ahora sabemos por qué nadie pudo encontrarla.

Ambos miramos a Markham. Su imagen era borrosa, la edad del televisor drenaba el color de su piel. Se movió en su asiento como si no pudiera ponerse cómodo.

—Así que Markham era solo un peón —dijo Healy.

—Eso parece.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué Glass empezaría a usar a Markham?

Sacudí la cabeza.

—Quizá estemos a punto de descubrirlo.

Ambos volvimos a mirar la pantalla. Markham seguía recomponiéndose.

—Glass —dijo Healy en voz baja, como si se le hubiera ocurrido algo. Se adelantó y pulsó pausa—. Tenía un historial médico. Ya has oído a Markham. Brazo roto, ataques de ansiedad, dolores en el pecho. Podemos rastrearlo.

—No será suyo.

—¿De qué está hablando?

—Si Markham tuvo un historial médico delante, no era de Glass. Es demasiado cuidadoso para eso. No comete errores.

Ambos nos quedamos callados y volví a pulsar *play*.

—Todo lo que vino después fue mentira —dijo Markham en pantalla—. Pero lo hice para proteger a Sue. No podía soportar la idea de que le hiciera daño. No paraba de llamarme, diciendo que le haría cosas indescriptibles: rebanarla, apuñalarla y cortarla. En los días posteriores a su primera visita a mi despacho, intenté defenderme. Intenté encontrarlo. Pero él sabía lo que estaba haciendo; me estuvo observando todo el tiempo. Y no pude

encontrar ni rastro de él. Nada. Su historial médico era una farsa. Su número de móvil era ilocalizable. —Miró a su alrededor—. Ni siquiera parece ser el dueño de esta casa de mierda en la que me hace vivir. Y unos tres o cuatro días después de que viniera a verme aquella primera vez, solo para demostrar que *era él quien* mandaba, me llamó y me hizo escucharla suplicar por su vida.

Una larga pausa. Esperamos a que Markham continuase.

—Le tenía miedo, y él lo sabía. Se aprovechaba de ello. Yo volvía a esta casa y él hacía pequeños cambios, solo para mostrarme que había estado aquí. Dejaba juguetes nuevos en el alféizar de la ventana, ajustaba la posición de los maniquíes o dejaba máscaras de goma pegadas a sus caras. Una vez, dejó la blusa de Sue en medio del salón, con sangre por todas partes. Fue entonces cuando me asusté de verdad.

Suspiró. Se movió en su asiento. Miré a Healy y vi que volvía a frotarse lentamente los dedos y el pulgar. Esta vez no era su ansia de nicotina; era el aire de inevitabilidad que se instalaba a nuestro alrededor. El temor y la anticipación de que lo peor estaba por llegar. A Healy estaban a punto de arrancarle el corazón.

—Así que me llevé a tres —dijo Markham, mirando a la cámara. A mi lado, sentí que Healy se tensaba—. Me dijo a quién quería y se las llevé. Porque la alternativa era que matara a Sue. Estaba... Es que no...

Otra pausa. Me volví para mirar de nuevo a Healy. Vio el movimiento. Pude ver cómo sus ojos se desviaban en mi dirección y luego volvían a la pantalla.

—No tienes que ver esto —dije.

—Sí, quiero.

—Puedo verlo y decirte lo que necesitas saber.

—Lo voy a ver —dijo, con los dientes apretados.

En la pantalla, Markham se recolocó. No era un hombre acostumbrado a este tipo de cosas. Incluso mientras sus ojos se llenaban de lágrimas, había en él una extraña especie de reticencia, como si estuviera asustado por todo lo que estaba sintiendo.

Luego volvió a empezar:

—Me quedó mucha culpa después de que Sue y yo nos divorciáramos. La forma en que todo fue cuesta abajo tan rápido. —Hubo un segundo de silencio—. Quiero decir, hice que la *internaran*. ¿Quién interna a su propia *mujer*? —Se detuvo por segunda vez—. Y luego, cuando salió, ni siquiera me puse en contacto con ella. No sabía lo que podía decirle. No podía enfrentarme a ella. No podía tratar con ella. Y supongo que él usó eso. Fue con lo que jugó. Utilizó toda la culpa y me hizo creer que nunca tendría la oportunidad de pedir perdón.

Healy negó con la cabeza. Ahora podía oler su sudor.

—Así que me llevé a Leanne.

Cuando Markham pronunció su nombre, el rostro de Healy experimentó un sutil cambio y me di cuenta de algo: le dolía demasiado como para superar lo que le iban a decir. Podía vengarse, pero nunca repararía el agujero que había dejado. Toda la frustración, toda la agresividad, toda la violencia que se avecinaba, al final no significaban nada.

—Debió elegirme a través del club juvenil —dijo Markham—. Debía estar vigilando ese lugar, observando a Leanne y Megan, y me vio allí un lunes. Tenía una buena relación con ambas. Supongo que confiaban en mí. Quiero decir... —Se detuvo—. ¿Por qué no lo harían?

Miré a Healy. Estaba muy quieto.

—Llamó a Leanne mi fase de prácticas. Tenía que hacerle creer que quería estar con ella. Después tenía que llevarla al bosque y entregársela. Me dijo que si me descubrían, si dejaba algo para que alguien lo encontrara, me dejaría a la deriva y no volvería a ver a mi mujer. —Markham apartó la mirada un momento—. Así que eso es lo que hice. Le hice creer a Leanne que me gustaba. Me metí a la fuerza en su vida. Y luego, cuando la tuve engañada, simplemente... se la entregué a él.

—Healy —dije.

—La cinta sigue.

—Puedes...

—La cinta *sigue* —espetó, volviéndose hacia mí. En la luz mortecina, algo brilló en uno de sus ojos. Y luego volvió a fijar la mirada en el televisor cuando Markham se levantó de su asiento. Sorbió con la nariz, pasó junto a la cámara y todo se volvió negro.

Un segundo después, arrancó de nuevo.

Salió de detrás de la cámara y volvió a su asiento. Esta vez parecía más sereno.

—Tuve la sensación de que Megan era más importante para él que Leanne. No sé por qué, pero así fue como lo sentí. Lo planeó todo para Leanne, pero parecía aún más meticuloso con Megan. Tal vez era solo que Leanne era más fácil de conseguir. No era muy inteligente y venía de una familia desestructurada. Su madre tenía una aventura y su padre nunca estaba cerca.

Miré a Healy. Nada.

—Megan era diferente. Tenía padres ricos, y la riqueza conlleva recursos. Si desapareciera, usarían esa riqueza. Lo usarían todo si eso significaba encontrarla. Leanne..., simplemente se la conseguí. Pero Megan vino con una serie de reglas básicas.

Volví a mirar a Healy. El sudor le había empapado la camisa bajo los brazos y en el cuello. Se volvió hacia mí, con el rostro inexpresivo.

—¿Qué quiere decir con «reglas básicas»?

—Creo que se refiere a la London Conservation Trust —dije, pulsando pausa en el vídeo—. Glass lo preparó para hacerse imposible de localizar. Utilizaba boletines falsos para ocultar mensajes y el sitio web para darle detalles de las reuniones. Ella pensó que todo estaba siendo enviado por Markham, pero no era así. Era Glass.

—¿Y Megan no pensó que era un poco raro?

Yo me encogí de hombros.

—Tal vez. Pero recuerda: Markham era casi veinte años mayor que ella. De hecho, técnicamente, aún no era adulta. Tal vez Glass le dijo que jugara con eso, hizo que Markham le dijera que tenía un trabajo

de cara al público y no podía arriesgarse a ninguna polémica. Markham debió acabar convenciéndola de que era más seguro utilizar la LCT como tapadera hasta que cumpliera los dieciocho, y entonces podrían hablar a la gente de su relación.

—¿En qué demonios estaba pensando?

—Era el primer chico del que se enamoraba. Su amiga dijo que nunca había sido así con nadie en su vida. Tan solo se dejó llevar.

—¿Nunca hablaron por teléfono?

—Dudo que Glass le permitiera a Markham comunicarse con Megan de otra forma que no fuera la web. No hay correos electrónicos, mensajes ni llamadas telefónicas. Nada rastreable. Solo cara a cara en el club juvenil y a través de la página web. Quiero decir, ¿qué sentido tendría tomarse la molestia de crear la LCT si tienen el número de móvil del otro?

Healy sacudió la cabeza, se acercó y le dio a *play*.

—Todo iba bien con Megan —continuó Markham, con la voz empezando a tambalearse—. Había conseguido convencerla de que lo que sentía era auténtico, como había hecho con Leanne. Y, una vez que empezó a creerme, fue más fácil engañarla con cosas como la página web. —Hubo un segundo de silencio. Otro dedo le rozó la cara, esta vez más cerca del ojo—. Pero entonces el chico apareció en mi puerta, gritando y amenazándome, y... —Pareció encogerse un poco—. Sé que suena estúpido, pero creo que todo lo que me dijo me dolió más que cualquier cosa que alguien me haya dicho en mi vida. Que me llamen pervertido, pedófilo...

Markham miró hacia su regazo. Aspiró. Se hizo el silencio en la pantalla. Healy me miró.

—¿Está hablando del chico Bryant?

Asentí con la cabeza.

—Charlie, sí.

—¿Cómo sabía el chico lo de Markham?

Recordé algo que Kaitlin me dijo sobre Charlie: «*Él estaba enamorado de Megan. Totalmente enamorado de ella. A veces se pasaba de la raya y nos hacía sentir incómodos... A veces la seguía».*

—Debió haber estado observándola —dije—. Y quizá le dijo a Markham que se mantuviera alejado de Megan. Charlie estaba celoso. Pero para entonces ya era demasiado tarde. Megan estaba enamorada de Markham... o, al menos, de la idea de él.

Markham se aclaró la garganta y el sonido se distorsionó a través de los altavoces del televisor.

—Tal vez tenía razón sobre mí. Quizá *sí* era un pervertido. —Se aclaró la garganta por segunda vez. Luego, cuando volvió a hablar, su voz empezó a temblar—. Fue un *accidente* —dijo en voz baja—. Fue solo un accidente. Se suponía que tomaba la píldora.

Healy me miró.

—¿Crees que el chico Bryant lo sabía?

—¿Que Megan estaba embarazada? Sí, lo sabía. Recuerda que fue quien advirtió a Kaitlin de que no se lo contara a la policía. Megan podría habérselo dicho, pero es más probable que se hubiera enterado de otra forma. Quizá la siguió a un supermercado, a un ambulatorio o a una farmacia. Quizá la vio comprando una prueba de embarazo.

El vídeo saltaba, crepitaba y más líneas se deslizaban por la imagen. Markham empezó a hablar de nuevo.

—Cuando Glass me llamó la noche siguiente, le dije que teníamos un problema. Le dije que Charlie Bryant sabía lo mío con Megan. También le conté que Megan estaba embarazada, pensando que sería el final del camino para mí y para Sue. Pero no estaba enfadado. —Healy frunció el ceño—. Tan solo se rio. Y luego dijo: «Daniel, es perfecto. Absolutamente perfecto».

Puse la cinta en pausa. «*¿Por qué se alegró de que estuviera embarazada?*».

—Creo que al menos explica algo.

—¿El qué? —preguntó Healy.

—Por qué Charlie y su padre fueron asesinados.

—El chico se acercó demasiado.

Asentí con la cabeza. Ambos dejamos que eso se asentara, y en el

silencio pude ver cómo la mente de Healy se agitaba. Al final se volvió hacia mí:

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué empezó a usar a Markham? Se lleva a cinco mujeres antes que a Leanne sin la ayuda de Markham. Y luego se lleva a tres más: Leanne, Megan y Sona, *con* su ayuda. ¿Por qué?

—Tal vez quería aislarse.

—Entonces, ¿por qué no lo hizo desde el principio?

Vi a dónde iba Healy.

—Por Frank White.

—Exacto. Creo que Glass funcionó bien por su cuenta hasta el 25 de octubre del año pasado. Ya llevaba cinco mujeres, y nadie era capaz de seguirle el rastro. Entonces las cosas se fastidian en el almacén, Frank White muere y, de repente, vuelve a sentirse mortal. Se da cuenta de que basta un error para que todo el castillo de naipes se venga abajo. Así que elige a Markham.

—Por sus conexiones con el club juvenil.

—Eso es. Glass localiza a Megan en algún lugar, en la calle, en un autobús, en alguna parte, y la sigue hasta el club juvenil. Ve a Markham en el club, tal vez ve la forma en que Megan lo mira o algo así, y se da cuenta de que puede utilizar a Markham para llegar a Megan sin arriesgarse a más exposición. Y hay una ventaja añadida...

—Susan Markham.

Healy asintió.

—Glass investiga un poco a Markham y descubre no solo que parece tener una relación cercana con Megan, sino que puede ser manipulado a través de su mujer.

Miré de Healy a la pantalla de televisión y viceversa. Me estaba mirando, sin ningún rastro de nada en su cara ahora, y una mezcla de sudor y *aftershave* emanaba de él. Tal vez era así como trataba las emociones: las reprimía, las escondía, hasta que un día no pudo contenerlas y acabó haciendo algo de lo que se arrepentía de

verdad. Como ponerle a su mujer un collarín. O discutir con su hija. O decirle a su jefe que iba a despedazar al hombre que se la había llevado.

Cuando volví a poner en marcha la cinta, hizo clic y zumbó.

—Si estás viendo esto, probablemente me haya matado —dijo Markham, deteniéndose un momento—. Probablemente he intentado encontrar una salida. No puedo soportarlo. No veo el final. Leanne, Megan, y ahora hemos pasado del club juvenil a Sona... —Contacto visual con la cámara ahora—. Lo sé, a menos que me niegue a hacer esto más, solo va a seguir y seguir, y él va a continuar usándome. Y aunque...

Se detuvo. Se le aguó un ojo. Una parte de mí sintió lástima por él, por la forma en que un buen hombre había sido empujado contra su voluntad. Pero no podía perdonarle del todo que se hubiera llevado a esas mujeres. Porque cuando te enfrentabas a la oscuridad, a veces *no* había luz. A veces había que dar un paso a ciegas y tener la suficiente fe, la suficiente intrepidez para intentar encontrar el camino correcto. Y lo correcto para Markham habría sido contraatacar.

En la pantalla, se movió en su asiento y sacó una fotografía de debajo de él, de debajo de una pierna o de un bolsillo oculto. La sostuvo ante la cámara.

—Esta es Sue —dijo—. Era guapa: morena, menuda, ojos brillantes. —En la foto parecía casi tímida; ligeramente de espaldas a la cámara, con una sonrisa en la cara. Llevaba una blusa blanca y una cadena al cuello, un corazón de plata colgando de su garganta —. Quien encuentre esta cinta, ¿puede decirle algo de mi parte? ¿Puedes decirle que, aunque sé que he hecho cosas terribles, y sé que no merezco el perdón, yo solo...? —Se le quebró la voz—. Lo siento mucho.

Se levantó, se dirigió a la cámara y todo se volvió negro.

Healy no se movió. Cuando me volví hacia él, seguía mirando la pantalla negra. Al cabo de un par de segundos se revolvió,

mirándome, con un borrón en uno de sus ojos. Luego apartó la mirada.

—Lo encontraremos —dije.

Él no contestó. No se movió.

—Te lo prometo, lo encontraremos.

58

Cuarenta minutos más tarde, estábamos husmeando por City Road, en dirección a un nudo de casas municipales en King›s Cross. En uno de ellos, aislado del mundo exterior, estaba aquella que había conseguido escapar.

Sona fue un gran avance. Una grieta enorme que debería haber resuelto el caso en el momento en que fue encontrada. En cambio, todo lo que había visto, todo lo que sabía, estaba oculto entre las paredes del piso franco en el que la mantenían. Su familia la había visto desaparecer, y durante casi un mes habían mantenido la esperanza de que sonara el teléfono: esperaban noticias de que alguien la había visto, mencionado, cualquier chispa, por pequeña que fuera. Pero seguirían esperando dentro de un mes. Y seguirían esperando dentro de un año. Porque la policía no iba a llamarles. Iban a exprimirle hasta el último gramo de memoria para llegar al doctor Glass, y luego enterrar el resto bajo tierra. Me ponía enfermo solo de pensarlo.

—¿Su familia no sabe que ha escapado?

Healy negó con la cabeza.

—No. Solo la policía.

—Pero no se puso por arte de magia bajo custodia policial. Alguien debió verla cuando escapó. Debe haber testigos. ¿Dónde están?

Me miró de reojo.

—¿Has estado siguiendo las noticias?

Y entonces me di cuenta.

Recordé la historia que había visto de pasada dos veces durante la semana pasada: una en la cafetería cercana al instituto Newcross y otra a través de las ventanas de la fachada de la casa de Liz. «Encuentran a una mujer flotando en el Támesis».

—*¿Era* Sona?

Él asintió con la cabeza.

—Pero yo creía que la habían reunido con su familia.

—Igual que el resto del mundo.

Sentía que la bilis me subía por la garganta y que la ira me tensaba los músculos.

—¿Es todo mentira?

—La parte de encontrarla no lo era. Los testigos tampoco. Pero todo lo demás sí. No pidió el anonimato. No pidió nada.

—¿Y qué pasó?

—Apareció en el Támesis a las siete de la mañana. Un barco de excursiones vacío la sacó de allí, y uno de los guías turísticos llamó al 999. Tenía una leve hipotermia y una conmoción cerebral. Estaba aturdida y confusa. No dijo mucho. No sabía dónde estaba. No llevaba identificación ni tenía idea de dónde había estado o qué había pasado, además de que estaba bastante mal.

—¿En qué sentido?

—Tenía moratones y muchos cortes. Sangraba.

—¿Qué pasó después de que la encontraran?

—La llevaron a urgencias y los guías se fueron a hablar con los medios. A la mañana siguiente, apareció en la prensa nacional. Fue entonces cuando Phillips y Hart se enteraron. Por suerte para ellos, la mitad de su cara estaba dañada, lo que hacía difícil describirla. Los guías contaron a los periódicos todo lo que sabían, que no era mucho. Al día siguiente, el equipo especial filtró una historia diciendo que «creían» que tenía cuarenta y tantos años...

Lo que la situaría fuera del rango de edad de cualquiera de las mujeres desaparecidas —incluida Sona— y disiparía cualquier expectativa que pudieran tener sus familias. Otro agujero tapado antes de que se lo llevara todo por delante.

—Un par de días después, Phillips filtró otra historia a los medios diciéndoles que ella y su familia querían permanecer en el anonimato. Fin de la historia.

Miré hacia la noche, con los puños cerrados y los dientes apretados. Tantas mentiras, una detrás de otra.

—¿Cómo se ha contenido todo?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿por qué en el Departamento de Normas

Profesionales no se han enterado de esto? La gente habla. No puedes decirme que todos los del equipo especial han permanecido en silencio.

—Puedo, porque lo han hecho.

—¿No se ha filtrado nada?

Healy se encogió de hombros.

—Los grupos operativos son pequeños. De confianza. Quemarán el uniforme antes de darle al Departamento de Normas Profesionales algo de lo que alimentarse. Los policías que investigan a otros policías están en el fango.

Recordé el comentario de Phillips a Healy por teléfono antes: «*Hay una razón por la que no formas parte de este equipo especial ni de ningún otro. Y es porque no se puede confiar en ti».*

—Si es tan hermético, ¿cómo sabes tanto?

—Después de que Leanne desapareciera, uno de los chicos me ayudó a intentar encontrarla. Lo conozco desde hace mucho mucho tiempo. Me contó algunas cosas. El resto lo he resuelto yo.

Lo miré. En su cara pude verlo todo: «*Y husmeé en sitios que no debía, descubrí cosas que no debía, y ambos equipos especiales lo saben»*. A eso se refería Phillips cuando dijo que Healy no era de fiar. Ahora la batalla no consistía en evitar que Healy contara a nadie lo que estaba ocurriendo; Healy estaba demasiado empeñado en vengar a su hija como para preocuparse por desvelar secretos. La batalla consistía en intentar evitar que derribara todos los pilares que habían levantado en su persecución de Glass y su pequeña libreta negra.

—¿Recuerda Sona por qué estaba en el Támesis?

—No. En realidad, no ha hablado.

—¿Sobre lo que le pasó?

—Sobre nada.

—¿En absoluto?

—Un poco, pero no mucho. O la ha jodido del todo, o de verdad no se acuerda. Los médicos creen que tiene algún tipo de estrés

postraumático. Tal vez amnesia leve también. Necesitó catorce puntos en la cabeza.

—Seguro que quiere decirle a su familia que está viva.

—Phillips, Hart, Davidson, todos ellos están jugando con su miedo. Básicamente piensa que no puede decirle a nadie que está viva, o Glass volverá a por ella.

Golpeé con el puño el salpicadero.

—Te dije que sería así.

Sus palabras de la noche anterior volvieron a mí: «*Puedes venir conmigo o puedes echarte atrás. Pero, si vienes conmigo, prepárate para que la cosa se ponga fea*».

—¿Tenemos que preocuparnos de que tenga protección policial esta noche?

Healy sacudió la cabeza.

—No. No mantenemos una presencia allí, de lo contrario empezaría a parecer sospechoso. Las casas están muy juntas; muchas ventanas, mucha gente. El grupo operativo la llama un par de veces al día, y tiene un botón del pánico para emergencias. Por eso es mejor ir de noche. No la molestan después de las siete de la tarde a menos que indique que tiene problemas, y todos los vecinos tendrán las cortinas cerradas, así que no llamaremos la atención.

Nos sumimos en el silencio.

Healy encendió la radio y ambos escuchamos el resultado del derbi de fútbol del norte de Londres en el estadio Emirates. Unos cinco minutos más tarde, giró a la derecha en un corto tramo de carretera con una serie de casas adosadas de dos plantas y ladrillo gris en el extremo. Parecían haber sido transportados en avión desde el bloque soviético y arrojados al centro de la ciudad para que se descompusieran. Un delgado sendero conducía a través de un arco a un patio. No había puertas en el exterior de los edificios. El aparcamiento adyacente estaba en penumbra, con una farola solitaria de centinela, cuyo resplandor naranja se encendía y apagaba. Healy se detuvo y apagó el motor.

Un segundo después, mi teléfono empezó a sonar. Lo había tenido

apagado todo el día, pero lo había encendido brevemente para consultar los mensajes al salir de Walthamstow. Había olvidado volver a apagarlo. Metí la mano en el bolsillo y lo saqué, dispuesto a cortar la llamada.

Pero era Jill.

Pulsé responder.

—¿Hola?

Silencio. Un zumbido, como estática.

—¿Jill?

La línea se cortó. Me giré hacia Healy. Miraba por la ventana, donde un grupo de adolescentes se había reunido bajo la farola. Estaba escuchando cada palabra. Intenté devolverle la llamada a Jill, pero tras diez tonos sin respuesta saltó el buzón de voz.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer? —dijo Healy, sin mirarme.

Me guardé el teléfono.

—¿Con qué?

—Con ella.

Era obvio que lo veía como una especie de debilidad en mí, como si al expresar una leve preocupación por Jill hubiera bajado la guardia de alguna manera. Pero lo ignoré y volví a pensar en ella. ¿Para qué llamar a alguien si no vas a contestar? Y aunque hubiera marcado mi número por accidente, ¿por qué no lo había cogido cuando le devolví la llamada?

—No podemos permitirnos perder el tiempo.

—Lo sé, Healy.

—¿Dónde vive?

—En Acton.

Puso los ojos en blanco y volvió a mirar hacia donde los adolescentes habían sacado una botella grande de sidra y un paquete de cigarrillos.

—Acton está a kilómetros de distancia.

—*Ya lo sé*, Healy —dije secamente.

Hizo ademán de mirar el reloj como si no me creyera. Volví a sacar el teléfono y marqué el número de Jill, solo para cabrearlo.

La línea daba señal.

Dejé que sonara nueve veces y colgué. A continuación, llamé a la guía telefónica y conseguí un teléfono fijo. Llamé. De nuevo, la línea sonó durante medio minuto. Pero, justo cuando iba a colgar, alguien contestó.

—¿Hola?

—*¿Jill*?

—¿David?

—¿Estás bien?

—Sí, muy bien. ¿Por qué?

—Es que... me has llamado hace un minuto y no has contestado.

Una vacilación.

—Ah, ¿sí?

—Solo quería asegurarme de que estabas bien.

—Estoy bien.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy bien. Yo solo... —Se interrumpió.

—¿Solo qué?

—Oh, nada. Supongo que me he asustado otra vez, eso es todo.

—¿Con qué?

Silencio.

—No lo sé. Esta casa, estar sola.

—¿Qué pasa?

Ella no contestó.

—¿Jill?

—Es... —Se detuvo de nuevo—. Es solo que...

—¿Qué?

—Estoy segura de que acabo de ver a alguien.

—¿Qué quieres decir?

—El mismo hombre de la otra vez. El hombre del Ford rojo. El que estaba vigilando mi casa cuando viniste aquella noche. Estoy segura de que sigue vigilando mi casa.

Me giré hacia Healy. Había movido ligeramente la cabeza en mi dirección, acercándose mientras escuchaba lo que ella decía. Pero

hizo ademán de mirar el reloj para recordarme que nuestra prioridad estaba en el interior de una casa situada a unos quinientos metros.

—¿Puedes llamar a Aron?

—No. Está en París.

Recordé que me había comentado que iba a volar temprano ese mismo día.

—Vale, escucha. Voy a llamar a un amigo mío y a enviarlo para allá. Su nombre es Ewan Tasker. Haré que se quede contigo hasta que pueda ir yo.

—Oh, *gracias*, David.

—Está bien. Estate tranquila.

Colgué, ni siquiera me molesté en mirar a Healy mientras volvía a echar un vistazo a su reloj, y marqué el número de Tasker. Contestó al tercer tono. Le dije lo que necesitaba que hiciera y accedió de inmediato a conducir hasta casa de Jill. Le di las gracias, le pasé su número por si acaso, colgué y salí del coche. Healy me miró.

—Bueno —dije—. ¿A qué esperas?

59

Las casas del complejo de Sona eran cuadradas y las puertas daban a un patio. Eran casas de dos plantas, un piso independiente en cada una, con una escalera que conducía al piso superior. Todo era exactamente igual: alféizares encalados, puertas azules, tejado de pizarra gris.

Atravesamos el arco y entramos en el patio. Era grande y estaba cubierto de maleza, con un enorme roble que se elevaba en espiral hacia la noche desde el centro. Las farolas de color crema apagado corrían en línea, trazando los ángulos rectos de los edificios a lo largo de todo el recorrido. Cada grupo de diez casas había recibido un nombre distinto: los pisos del uno al veinte eran Randall; los pisos del veintiuno al cuarenta, Chance. Parecía que los pisos del cuarenta y uno al sesenta se llamaban Wren, pero cuando llegamos a los números veintiséis y veintisiete, Healy se detuvo.

—¿Es aquí?

—Sí, es aquí —respondió Healy, y empezó a subir por la escalera hasta el piso superior. Miró a izquierda y derecha, y luego llamó cuatro veces a la puerta. Solo silencio. Luego volvió a llamar—. Sígueme la corriente —susurró—. Y no hagas ningún gesto de sorpresa.

Lo miré confuso.

—Ningún gesto de sorpresa —repitió.

Un golpe en la puerta, desde dentro.

Healy se inclinó aún más, como si lo hubiera estado esperando.

—Charlie, Hotel, Alpha, Noviembre, Charlie, Eco. Caso número 827-499.

No hubo respuesta. Healy miró su reloj y volvió a mirarme, asintiendo con la cabeza como si así debieran ir las cosas.

—Prima.

Una voz femenina. Tan silenciosa que por un segundo no estuve seguro de si había venido de otra casa. Healy se inclinó de nuevo.

—Primavera —dijo él.

—Ama —volvió a decir la voz.

—Amanecer —respondió Healy.

Entonces todo volvió a la calma. Mientras esperábamos, me di cuenta de que podía oír una televisión al otro lado de la puerta, amortiguada pero audible. Dos personas estaban discutiendo. Healy se volvió hacia mí y, luego, hacia la puerta. El código confirmaba que formaba parte del equipo especial, aunque no fuera así. Las respuestas habrían sido palabras solo conocidas por los íntimos de la investigación: los miembros de confianza del equipo especial que Healy había descrito.

—¿Qué quieres?

Se escuchó su voz. Un poco más fuerte ahora, pero aún pequeña.

—Soy el sargento detective Colm Healy —dijo, añadiendo una suavidad a su voz que yo no había oído antes—. Formo parte de la Operación Luz de Gas. No nos conocemos, pero esperaba poder hablar contigo unos minutos. Hemos tenido algunos avances en el caso y me gustaría comentarte un par de cosas.

Me pareció oír algo: papeles.

—No eres uno de los nombres de mi lista.

—Lo sé. —Me miró. Tenía una expresión en la cara que sugería que esto no iba según lo previsto—. Si te acercas a la ventana, te mostraré mi identificación.

Más sonido de páginas pasadas. Luego, pasos. Healy retrocedió y se acercó a la ventana, que estaba junto a la puerta. Levantó su identificación policial ante el cristal. La cortina se movió y se abrió. En el hueco en forma de V, pudimos ver a una mujer, en su mayoría solo una silueta, con los brazos en las cortinas a ambos lados de ella. Sus ojos pasaron de la identificación a Healy y luego a mí. La cortina volvió a su sitio. Más pasos.

—¿Quién es él?

—Es David Raker. Es investigador de personas desaparecidas. Ha estado tratando de rastrear el paradero de Megan Carver.

—Tampoco está en la lista.

—Megan Carver fue raptada por el mismo hombre que te raptó a

ti.

Más silencio. Incluso para mis oídos, aun sabiendo que Healy decía básicamente la verdad, sonaba sospechoso. Dos hombres, ninguno de los cuales figuraba en la lista de contactos que le había proporcionado el equipo especial, se presentaban en la puerta de su casa a las diez de la noche. Solo uno con identificación. Otro ni siquiera era empleado de la policía. Si se hubiera negado a dejarnos entrar, no habría sido una sorpresa. En su lugar se oyó un ruido, como de cerradura deslizándose, y la puerta se abrió una fracción sobre una cadena.

En el hueco, pudimos ver el pelo rubio y un trozo de cara. Un ojo. Parte de la nariz. Un poco de mejilla. Su mirada se desvió entre nosotros y luego hacia el patio.

—¿Puedo ver su identificación otra vez, por favor? —dijo.

Healy asintió.

—Por supuesto.

Sacó una pequeña cartera negra, extrajo su identificación policial y se la entregó a través del hueco de la puerta. Ella la cogió, desapareció un momento mientras la comprobaba y luego se la devolvió. Me miró.

—¿Y tú?

Saqué mi cartera y de ella, mi carné de conducir y una tarjeta de visita, y se los entregué. Los estudió y desapareció de nuestra vista. En algún lugar del fondo se podía oír un suave *tap, tap*. Un minuto después, reapareció. Los ojos fueron de mi carné a mí. Finalmente, me lo devolvió y cerró la puerta. Se oyó el sonido de la cadena al ser retirada. Healy volvió a mirarme, esta vez sin decir nada, con el mismo mensaje de antes grabado en la cara: «*No hagas ningún gesto de sorpresa*».

La puerta se abrió.

Enmarcada por la puerta, Sona nos miró. Había sido hermosa. Pelo rubio. Ojos azules. Un rostro esculpido que recorría una nariz fina y unos pómulos altos. Iba vestida con pantalones de chándal y camiseta, con los brazos al descubierto. Aunque se acercaba a los

cuarenta, seguía siendo esbelta, la piel de sus brazos de un rosa pálido, sus dedos largos y gráciles, tan inmaculados y suaves como los de una veinteañera. En su expediente, recordé haber leído que una vez fue modelo de catálogo. Era fácil de imaginar.

Excepto que, ahora, imaginar era todo lo que podías hacer.

Glass había realizado la mitad de su operación cuando se despertó. Manchas pálidas cubrían gran parte de su rostro, como tinte extendiéndose bajo su piel. Ambas mejillas estaban completamente blanqueadas. En los pliegues de la frente y en la suave hendidura de la barbilla se habían formado líneas aún más blancas, como si algo hubiera corrido por su rostro y se hubiera acumulado allí. Y también se había extendido a su cuello, a lo largo de las hendiduras de su garganta. Una cicatriz le seguía la línea del cabello en el lado derecho de la cara, y una segunda en la misma posición en el izquierdo. También tenía moratones donde no se habían formado las manchas: el puente de la nariz estaba casi negro, como en las fases avanzadas de la congelación; y bajo ambas pestañas, manchas de color azul púrpura bajaban hasta las mejillas. Sus ojos se posaron en mí, astillas de piedra azul, estrechándose ligeramente como si esperara que reaccionara al verla. Asentí una vez, sonreí, pero no desvié mi mirada. Se apartó de la puerta, miró a Healy y nos invitó a entrar a los dos.

Al entrar había un estrecho pasillo que daba a una sala de estar, de la que salían otras tres habitaciones. La primera era la cocina. Los platos se amontonaban en el fregadero, unos encima de otros. La siguiente era un dormitorio con solo una cama y un armario independiente. La última era el cuarto de baño. El extractor seguía encendido cuando entramos, había condensación en los espejos y su toalla estaba tirada en medio del suelo.

La sala de estar era austera: dos sofás, ambos con aspecto de haber dejado de ser útiles cinco años, y un televisor sobre una caja de cartón, con cables que serpenteaban hasta un descodificador de la empresa Sky en el suelo, detrás de él. Había una pequeña mesa de café en un rincón. Unos libros estaban apilados sobre ella en dos

montones: los que parecían haber sido leídos y los que parecían nuevos. En el suelo, entre uno de los sofás y el televisor, había una revista con un crucigrama a medio rellenar. También había un ordenador portátil. De ahí había salido el *tap, tap*. En la pantalla vi que había buscado mi nombre en Google. El primer golpe la había llevado al sitio web de la BBC, donde un reportaje relataba lo ocurrido en mi caso antes de Navidad. Había una foto mía saliendo de una comisaría, flanqueado por Liz.

Sona se dejó caer en uno de los sofás. A su lado había un mando a distancia. Lo cogió y apagó el televisor.

Healy y yo también nos sentamos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Healy, sonriendo de nuevo. Era raro verlo así. Sonreír no parecía resultarle fácil, pero era un convincente don Buen Tipo.

—Bien —dijo en voz baja.

Nos miró, esperando a que reaccionáramos a su cara. Como no hubo reacción, señaló con la cabeza una hoja de papel que había encima del televisor. Era la lista de nombres a la que se había referido. Desde donde yo estaba sentado, parecía que solo había unos seis. En la parte superior estaban las palabras «*Operación Luz de Gas*». En la parte inferior, con la misma letra: «*SOLO estas personas*».

—¿Por qué no estáis en la lista? —le dijo a Healy.

Él me miró y luego volvió a mirar a Sona. Se inclinó hacia delante.

—Vale, la hora de la verdad. Pertenezco al equipo especial, pero no estoy tan involucrado como me gustaría.

Un destello de miedo apareció en el rostro de la chica.

—No pasa nada —dijo Healy, levantando una mano. Hizo una pausa y me miró. Otra pausa, como si no estuviera seguro de comprometerse—. Hace nueve meses, se llevaron a mi hija, igual que a ti.

La expresión de Sona cambió; el rescoldo del miedo se desvaneció, sustituido por un destello de sorpresa en sus ojos. Nos miró, pero no dijo nada.

—Sé que el hombre que te raptó se la llevó. Lo supe en cuanto llegamos a ti. Sabía que era el mismo capullo... —Se detuvo—. Perdón.

Ella se limitó a asentir.

—Igualmente, hace una semana, la familia de Megan Carver se puso en contacto con David para investigar su desaparición. Cuando eso ocurrió, cuando me enteré de algunas de las cosas que había descubierto, me di cuenta de que había llegado el momento de hacer algo. Era hora de encontrar a ese tipo. Porque a nadie más le importaba encontrar a mi chica. Creen que se escapó de casa porque... —Hizo otra pausa y me miró de reojo—. Porque no nos llevábamos muy bien como familia.

Me volví hacia Healy mientras hablaba, sorprendido de que fuera tan sincero. Quizá pensó que a Sona ya le habían mentido bastante. Todo lo que Markham le había contado. Todo lo que Phillips y Hart le estaban haciendo creer. O tal vez lo vio como la mejor manera de hacerla hablar. El problema era que Sona no era una víctima corriente, y Healy no era un detective corriente. Él tenía un interés personal en sus respuestas, y la necesitaba mucho más que ella a él. Ella era callada e introspectiva, encerrada en su caparazón por el hombre que se la había llevado, y sacarla de él podría llevar semanas. Nosotros solo teníamos horas.

—Así que —dijo retomando la conversación—, para encontrarlo, para terminar con esto, me preguntaba si podríamos repasar algo de lo que te ocurrió.

Obtuvo la reacción que esperaba: nada. Ella desvió la mirada hacia el portátil, donde aún se veía la foto en la que salíamos Liz y yo.

Healy se inclinó hacia delante, intentando suavizar su rostro.

—¿Sona?

—No me acuerdo —dijo.

Me miró.

—Vale. —Healy se recolocó, preparándose para atacar de nuevo—. Tal vez podríamos empezar con el hombre que te raptó. Daniel Markham. Creo que antes le llamabas Mark.

Ella se estremeció un poco. No contestó.

—¿Podrías hablarme de él?

Nada.

—¿Sona?

—No me acuerdo —dijo.

Healy se inclinó más hacia delante, pero aquello no iba a ninguna parte. El secreto consistía en encontrar el botón en su escudo que lo pudiera abrir lentamente para que todo se derramara. Lanzarle una sucesión de preguntas, o reformular la misma, no iba a funcionar.

—¿Recuerdas algo del día en que te secuestraron? —preguntó.

Ella miraba a la nada.

—¿Cualquier detalle, por pequeño que sea?

Sona sacudió negativamente la cabeza.

—Aunque creas que no tiene importancia.

Otro silencio prolongado. Healy hizo una pausa. Se movió en su asiento. Podía sentir que se estaba frustrando, pero solo porque íbamos muy justos de tiempo. Había hecho miles de entrevistas. Podía ir a su ritmo, o podía ir fuerte y rápido, pero normalmente no tenía que estar pendiente del minutero. El peligro era que, cuanto más se esforzara, menos sacaría de ella y más aumentaría la frustración. Se arrastró hasta el borde del sofá.

—Sona, tenemos que detener a ese tipo.

Ella bajó la mirada hacia su regazo. Los dos la observamos un momento, pero, como no hizo ningún movimiento para responder, Healy me miró. Sacudí la cabeza. «*No digas nada más*». Él me miró como diciéndome que me estaba pasando de la raya. Pero Healy estaba demasiado cerca de lo que ocurría, dependía demasiado de sus respuestas, para ver el motivo por el que ella había vuelto a encerrarse en sí misma. En otro lugar, en otro caso, puede que lo viera claro. Pero ahora no.

—No tienes por qué sentirte sola —le dije.

Ella me miró. Yo no le quitaba los ojos de encima, y ella no me quitaba los suyos. Ese era el botón de su escudo.

—No siempre será así —continué—. Te sientes traicionada, lo

entiendo. Te sientes abandonada, y no solo por Daniel Markham, también por la policía. Te han dejado aquí y se han olvidado de ti, y lo único que parece que quieren son respuestas.

Sus ojos miraron a Healy y luego volvieron a mí. Se inclinó hacia delante, cruzando los brazos, casi abrazándose a sí misma.

—Mientras tanto, no puedes irte a dormir por la noche sin temer que vuelva a por ti. Porque eso es lo que te ha dicho la policía.

Finalmente me acerqué a ella, hasta el borde de mi asiento, de modo que nuestras rodillas quedaron a escasos centímetros. Miró hacia abajo y, luego, hacia mí.

—Pero, Sona, déjame decirte algo: él no sabe dónde estás. No va a volver a por ti. Y no estás sola en absoluto.

Me alejé de ella. Miró a Healy y luego a mí, pero no habló. Miré a Healy, diciéndole que no se metiera.

—¿Cómo sabes que no vendrá a por mí?

Su voz parecía pequeña después del silencio que la había precedido. Healy volvió a inclinarse hacia delante.

—Lo siento, no había entendido cómo te sentías —dijo.

Pero ella me estaba mirando a mí.

—¿Cómo sabes que no vendrá a por mí?

—No sabe dónde estás —le contesté—. Y no se va a enterar.

Dudó un momento, como si la idea de recordar fuera demasiado dolorosa. Sus dedos se movieron juntos, deslizándose alrededor de su rodilla y tirando de ella hacia dentro. Una acción de protección; inconscientemente formando una barrera entre nosotros. Desvió la mirada un segundo, hacia el espacio de la sala de estar. Entonces sus ojos volvieron a nosotros.

—Vale —dijo en voz baja—. Supongo que debemos empezar con Mark.

60

Poco a poco, muy poco a poco, Sona empezó a contarnos cómo había conocido a Markham. Era recepcionista en el hospital Saint John, donde había trabajado Markham, y él se había acercado y había empezado a hablar con ella. Le dijo que odiaba el nombre de Daniel y que la mayoría de la gente del hospital le llamaba Mark. No habría estado intentando ocultar su identidad —todo el mundo en el club juvenil conocía ya su verdadero nombre—, así que era probable que cuando le dijo a Sona lo de su nombre le estuviera diciendo, por una vez, la verdad.

Probablemente nunca la había mirado dos veces hasta entonces, a pesar de que habían trabajado en el mismo lugar..., pero entonces Glass la había descubierto de algún modo, tal vez tras seguir los movimientos de Markham en el hospital y sus alrededores, y le había dicho que se acercara a ella. Pelo rubio, ojos azules. Encajaba perfectamente en su retorcida fantasía.

Sona reveló que Markham se había mostrado nervioso y tímido al principio, casi como si no tuviera experiencia con las mujeres. Pero, en realidad, no era tímido: solo le carcomía la idea de llevar a otra mujer a las manos de un psicópata.

—¿Recuerdas el día que te atacó? —preguntó Healy.

Sona frunció el ceño y miró hacia otro lado, pasándose la mano por el pelo.

—No mucho —dijo en voz baja—. Me llevó de pícnic porque era mi cumpleaños. Creo que tal vez me drogó o algo así. Empecé a sentirme un poco mal cuando llegamos. Como un dolor de cabeza; una presión entre mis ojos.

—¿No recuerdas a dónde fuiste?

Sona se encogió de hombros.

—Me vendó los ojos. Pero no sentí miedo. Sé que suena raro que me vendara los ojos, pero no fue nada malo. O, al menos, nunca lo sentí así. Dijo que quería llevarme a un sitio como sorpresa por mi

cumpleaños. Confiaba plenamente en él. Llevábamos viéndonos casi seis meses.

«Casi seis meses». Eso significaba que Glass le había pedido a Markham a Sona solo unos días después de que se llevaran a Megan.

—¿Y después de que te quitara la venda? —preguntó Healy.

Sona sacudió negativamente la cabeza.

—No. Quiero decir, recuerdo retazos de cosas: tendió una manta y había traído una cesta de pícnic. Y recuerdo... —Hizo una pausa. Un parpadeo—. Después de que me atacase... Recuerdo que lo miré y recuerdo lo que dijo.

—¿Qué dijo?

—Me dijo: «No puedo seguir haciendo esto».

Los dos asentimos, pero no dijimos nada.

—Lo siguiente que supe es que me estaba despertando en un agujero en el suelo.

Sona hizo una pausa, con los ojos fijos a nuestra derecha, intentando sacar recuerdos de la oscuridad. La habían encontrado tres semanas después de que se la llevaran, y aunque los forenses tomaron muestras de orina para buscar alguna droga, setenta y dos horas era normalmente el plazo máximo para identificar algo sospechoso. Por ello, la policía solo especuló sobre la causa de la amnesia. Podría haber sido flunitrazepam, más conocido como Rohypnol. Explicaría el dolor de cabeza y los periodos de amnesia. O podría haber sido otra cosa. Al fin y al cabo, Glass era cirujano; sabría qué fármaco hacía qué y cómo protegería sus planes.

—Volviendo al pícnic por un segundo —dijo Healy—. ¿Recuerdas algo de su entorno? No importa si es algo pequeño o sin importancia.

—La mayor parte... La mayor parte está en blanco.

—Has mencionado una manta —dije—. ¿Había muchos árboles?

Me miró.

—No estoy segura.

—Creemos que te llevó a un lugar llamado Hark›s Hill Woods. ¿Te

suena ese nombre? ¿Markham lo mencionó alguna vez?

Silencio. Entrecerró los ojos intentando recordar.

Luego sacudió la cabeza.

—Lo siento.

—No pasa nada —dije, levantando una mano. Me detuve un segundo para darle tiempo a reponerse—. En tu declaración, una de las cosas que mencionaste fue que oías cosas.

—Sí. Visualmente, tengo un muro negro que no puedo traspasar. —Hizo una pausa. Se tocó la cara con un dedo—. Pero recuerdo haber *oído* algo.

—¿A qué sonaba?

Se detuvo un momento.

Me incliné hacia delante.

—¿Sona?

Ella me miró. —A nada a lo que pueda encontrarle sentido.

Miré a Healy y negué con la cabeza. «*Volveremos sobre ello*». Lo peor que podíamos hacer era intentar obligarla a recordar algo. Si se intenta forzar una respuesta, o bien se les aleja más, o bien se les presiona para que inventen algo.

—¿Puedo preguntarte por él? —dije.

—¿Por Mark?

—No. Por el hombre que te mantuvo prisionera.

Ella asintió y se movió un poco en su asiento. Pude oler brevemente su perfume, y en el cuarto de baño el extractor se había parado por fin. El silencio era total ahora.

—¿Lo pudiste ver?

—Nunca a la luz del día, pero lo vi un par de veces mirándome desde el borde de ese agujero.

—¿Qué aspecto tenía?

—Pelo oscuro, ojos oscuros, un poco... feo, supongo. Tenía una gran frente y una horrible sonrisa que parecía que nunca podría..., no lo sé, *moverse* de forma adecuada.

Healy y yo nos miramos. «*La máscara de Milton Sykes*».

—¿Te habló alguna vez?

—Sí. Pero siempre a través de ese asunto del micrófono. Siempre había estática cuando hablaba. Retroalimentación. Tenía una serie de altavoces conectados dentro del lugar donde me tenía, y su voz siempre salía por ellos. Era... —Hizo una pausa—. Era aterrador. ¿Por qué creéis que lo hacía?

—Para que siempre pudiera comunicarse —dije—. Podría hablarte, asustarte, decirte lo que quisiera, y ni siquiera tendría que estar en la misma habitación que tú.

Ella asintió.

—¿Cómo escapaste? —preguntó Healy.

—Me desperté —dijo—. No debía hacerlo. Me había anestesiado y estaba a punto de... —Silencio. «*Abrirme en canal*»—. Pero me desperté en lugar de seguir dormida. —Miró un momento detrás de ella, al cuarto de baño—. Algunos días me miro al espejo y desearía no haberlo hecho.

En el expediente original que Healy me había dado antes decía que tenía hipopigmentación —una pérdida completa del color de la piel— como resultado de una exfoliación química demasiado profunda. En su piel se habían encontrado fenol y pequeñas trazas de aceite de croton, ambos utilizados en cirugía estética como exfoliante. La eliminación de las capas externas de la piel ayudó a revitalizar el rostro, alisando las arrugas en el proceso. Pero la exfoliación había quemado demasiado el rostro de Sona y había sido demasiado profunda, eliminando la coloración y las pecas. Llevaba semanas preparando su piel para el tratamiento, pidiéndole que se aplicara una crema hidratante líquida dos veces al día. Pero el resultado final había salido terriblemente mal.

Y eso me molestó.

Puede que Glass fuera un cirujano a sueldo, pero nada de lo que había hecho hasta ahora era de aficionado. Era meticuloso. Exacto. Sabía cubrir sus huellas. Y sabía hasta dónde llegar al realizar una exfoliación química facial, aunque los resultados finales no fueran tan buenos como los que se pueden encontrar por cinco cifras en una clínica del oeste de Londres. Entonces, ¿por qué profundizar

tanto? ¿Y por qué realizar la cirugía en primer lugar? ¿Le gustaba cortar mujeres? Lo dudaba. Un hombre así tenía un plan. Operaba a las mujeres porque servían para algún propósito más amplio.

Vi cómo Sona se pasaba un dedo por la cara, por el puente de la nariz y luego por la cicatriz del nacimiento del pelo. Su nariz tenía un aspecto horrible, pero se recuperaría. La cicatriz de sus orejas era de color rojo sangre, pero haría lo mismo. Su expediente había calificado las lesiones como «las primeras fases de una rinoplastia y una ritidectomía»: una operación de nariz y un *lifting* facial. Para la operación de nariz, había cortado desde dentro y raspado el puente. Eso explicaba los moratones. Para el *lifting*, le cortó a lo largo de la línea del cabello, pasando por la oreja y alrededor del lóbulo hasta la parte posterior. La idea era separar la piel del tejido y tensar su aspecto. Excepto que nunca había llegado tan lejos porque Sona se había despertado. Probablemente sabía lo afortunada que era. El *lifting* facial era la intervención más complicada de todas. Toca un nervio y la próxima vez que abras los ojos parecerá que te ha dado un ataque.

—¿Qué pasó después de que escapases? —preguntó Healy.

Ella se volvió hacia nosotros.

—Solo corrí.

—¿Puedes describir el lugar donde te retenía?

—Para entonces, mi cara estaba... —Sona sacudió negativamente la cabeza—. Estaba ardiendo. Y tenía miedo. Creo que nunca he sentido tanto dolor en mi vida. Uno de los médicos del hospital me dijo que una exfoliación profunda como esa debía realizarse con anestesia. Pero yo desperté de la mía. Cuando encontré la salida, ya no me sentía entumecida. *Lo* sentía *todo*. Apenas podía poner un pie delante del otro.

Nos miró, luego se tomó un momento, levantando la mano para disculparse.

—Lo único que recuerdo del lugar donde me retuvo es que parecía una cloaca, pero no había nada que la atravesara. Estaba todo seco. Limpio. Parecía haber sido adaptado de alguna manera, y había

construido una serie de habitaciones en su interior, con grandes ventanas de cristal.

—¿Habitaciones?

—Había una chica en una de ellas.

—¿Pudiste verla? —preguntó Healy, arrastrando los pies por el sofá hacia ella.

—No.

—¿Estaba viva?

—Sí.

—¿Viste a alguien más?

Sona sacudió negativamente la cabeza.

—No. A nadie más.

Healy se reclinó en su asiento, con la mente en blanco. Retomé la conversación, tratando de mantener el ritmo.

—Entonces, ¿estabas bajo tierra?

—Sí. Escapé por una tapa de alcantarilla, casi como una especie de túnel de servicio, hasta la cocina de una vieja casa. Las paredes estaban deterioradas y agrietadas. Todo estaba en silencio. Había un piso de arriba, pero no había suelo. Era una gran habitación. El tejado también se había roto, y había pintadas en las paredes y cristales por todas partes.

—¿Alguna señal de que estuviera habitada?

—No —dijo ella—. De ninguna manera. Había sido abandonada hacía mucho tiempo.

—¿Recuerdas algo más?

—Había árboles encima, en el espacio donde debería haber estado el tejado. Habían crecido por arriba y entraban en la casa. Pero, aparte de eso, no recuerdo mucho. Lo siento, salí de allí y corrí.

—¿Hacia dónde?

—Hacia el río.

—¿Así que la casa estaba al borde de un río?

—Sí.

—¿Qué aspecto tenía la casa desde fuera? —pregunté.

—Hormigón. Había árboles y enredaderas por todo el tejado y las

paredes exteriores.

—¿Qué había alrededor?

—No me fijé mucho. —Sacudió la cabeza, y pude ver que la emoción empezaba a apoderarse de ella. Se pasó un dedo por el ojo —. Solo corrí.

—¿Al río?

—Sí. Tan rápido como pude.

—¿Recuerdas algo más cerca del río?

—El río era estrecho. *Muy* estrecho. Era más como un canal, supongo. Tal vez solo dos metros de ancho. Al otro lado había un muro de hormigón: alto, sin camino delante. —Volvió a enjugarse un ojo, pero los recuerdos empezaban a fluir ahora—. A mi lado *había* un camino, pero era irregular, lleno de agujeros y barro. Y después no pude asimilar mucho más.

—¿Y eso por qué?

—Vino a por mí.

—¿Te persiguió?

—Sí.

—Pero obviamente no te atrapó.

—No.

—¿Porque te caíste al río?

Ella asintió.

—Iba descalza. Y ese camino... era irregular. Peligroso. O me rompía el tobillo, o me caía al agua, y me caí al agua. —Sona se inclinó hacia delante. Con los dedos, se separó el pelo en la coronilla. Una línea roja como la sangre se abría paso a través de su cráneo, en el que aún se veían las costuras—. Me abrí la cabeza y me desmayé durante un segundo antes de volver en mí.

—¿Qué pasó entonces?

—Había corriente en el agua. Lo recuerdo mirándome mientras el río se me llevaba. Al principio corrió detrás de mí, pero, cuando vio que iba demasiado rápido, se detuvo. Todo estaba borroso, como si mirara a través de un velo. Podía distinguir árboles y recuerdo que el camino terminaba al cabo de un rato, y solo había más hormigón y

más árboles. Ah, y debía haber una ligera curva porque... —Sona hizo una pausa y se frotó la cicatriz del cuero cabelludo— al cabo de un rato, él desapareció de mi vista.

—¿Algo más? —preguntó Healy.

Sus ojos se entrecerraron, tratando de pescar recuerdos.

—Está bien, Sona —le dije, manteniendo la expectación fuera de mi voz—. Si eso es todo, si eso es lo que puedes recordar, está muy bien.

—Creo que había un almacén —continuó en voz baja—, pero solo recuerdo que la corriente era muy rápida y, mientras me llevaba, el dolor empezó a hacer mella. Después de eso, debí desmayarme otra vez.

—Te encontraron cerca de los muelles de Royal Docks, ¿verdad?

Ella asintió.

—Creen que la bata con la que me había vestido se infló y sirvió de ayuda improvisada a la flotabilidad. La corriente me arrastró hacia el Támesis.

Fuera de un afluente, lo que reducía las opciones a dos posibles arroyos: Barking o Bow. Ambos daban al Támesis, a ambos lados de donde fue encontrada. Barking habría sido una investigación más sencilla: atravesaba la ciudad, dividiendo Creekmouth y Beckton antes de seguir aproximadamente la North Circular hasta Ilford. Una vez que llegaba a Barking, se movía en una línea relativamente recta hacia el norte. Bow Creek era diferente: un estuario mareal de tres kilómetros que luego desembocaba en el río Lea y se convertía en kilómetros y kilómetros de vías fluviales. Su vaga descripción no iba a servir de mucho: cuanto más cerca del Támesis se estaba, más instalaciones industriales había cerca del río. Con el tiempo, *todo* se convirtió en la chapa ondulada de los muros de los almacenes y en flamantes promociones inmobiliarias construidas sobre los restos de las antiguas. Si la casa estaba abandonada, eso podría ayudar, pero el sistema fluvial de la ciudad era un laberinto. Llevaría meses recorrerlo todo, incluso si se redujera la distancia que Sona habría recorrido dadas las corrientes de las mareas.

Me giré hacia Healy.

—¿La policía aún no ha encontrado la ubicación del edificio?

Nos miró a Sona y a mí. Sacudió la cabeza.

—No. No están cerca de encontrarlo. —En su cara podía ver lo que me estaba diciendo: «*Y es que esto es lo máximo que ha hablado desde que la encontraron».*

Cuando me volví hacia Sona, parecía cansada. Se cubrió un lado de la cara con una mano y su teléfono móvil empezó a sonar. Estaba en el sofá junto a ella. Lo miró.

—Es el inspector jefe Hart.

—Probablemente deberías contestar —dije.

—No creo que sea una buena idea —respondió Healy.

Me dirigí hacia él.

—¿Por qué crees que la llaman? Porque supusieron que vendríamos a buscarla. Probablemente ya estén de camino. Es demasiado tarde. —Me volví hacia ella—. Puedes contestar, Sona.

Cogió el teléfono.

—¿Hola?

—Sona, soy Jamie Hart.

Podíamos oírlo. Ella me devolvió la mirada. Sonreí y asentí para que continuara.

—Hola —dijo en voz baja.

—Solo quería que supieras que vamos para allá.

Miré a Healy y luego a Sona.

Healy se puso en pie y fue directo a la ventana que daba al patio. Corrió las cortinas. Se acercó más al cristal para poder ver a lo largo del camino que llevaba de la carretera principal al patio.

—Estamos a unos dos minutos —le dijo Hart.

—Vale.

—Nos vemos en un momento.

La llamada terminó.

—Tenemos que irnos —dijo Healy.

Miré a Sona: empezaba a preguntarse en qué se había metido ahora, si debería haber confiado en nosotros.

—Solo necesito hacer una pregunta más.

—*Raker* —dijo Healy—. Tenemos que *irnos*.

Levanté una mano.

—Lo sé. Una pregunta.

Sona nos miró.

—Has dicho que no podías darles sentido a las cosas que oíste después de que Markham te atacara, después de desmayarte. ¿Qué quieres decir con eso?

Healy miraba su reloj.

Ella frunció el ceño.

—Quiero decir que oí cosas. Cosas fuera de lugar.

—¿Como qué?

Silencio.

Entonces:

—Después de que Mark dijera «No puedo seguir haciendo esto», todo se volvió negro. Pero... —Hizo una pausa—. Pero juro que pude oír algo. Juro que oí gemidos.

61

Mientras bajábamos las escaleras de la casa, vimos a Hart y a Davidson pasar por la entrada del complejo en un Ford Focus sin matrícula. Se dirigían al aparcamiento.

—Verá mi coche —dijo Healy, ya jadeante.

—Sabe que estamos aquí —dije—. Habrá rastreado tu teléfono.

Nos escabullimos por el arco oscuro que unía el patio y la carretera, y luego observamos cómo Hart y Davidson salían del Focus. No hablaban, pero se movían con un propósito. Habían seguido nuestro rastro más rápido de lo que pensaba.

Hart iba delante y Davidson lo seguía con cautela. Formaban una extraña pareja; en otra época, casi habrían resultado cómicos. Era difícil imaginar que Davidson fuera delgado. Fornido habría sido lo mejor que le hubieran llamado, pero la mediana edad le había robado incluso eso. Hart era el polo opuesto: demacrado, casi dolorosamente, como si su esqueleto fuera la única parte de él. Sin músculos. Sin tendones. Solo hueso.

Retrocedimos y volvimos al patio. Justo a la derecha, en el lado opuesto al piso franco, había una larga sombra. Nos adentramos en ella, agazapados, y esperamos. Treinta segundos después aparecieron, dirigiéndose hacia su izquierda. Los vimos desaparecer de nuestra vista.

De repente, Healy echó a correr.

Intenté sujetarlo, tirar de él hacia atrás, pero ya estaba fuera, usando la oscuridad como cobertura. Fue un movimiento estúpido y desesperado. No quería que lo atraparan, no ahora, no ellos, pero si hubiera esperado un par de minutos más, habríamos estado a salvo. Miré en dirección a Hart y Davidson. Healy había sido silencioso, pero no lo suficiente. La grava crujió bajo sus pies. Una losa de pavimento suelta se balanceó. Los dos inspectores volvieron a aparecer... y lo vieron.

—¡Healy! —gritó Davidson.

Ambos echaron a correr, Hart más rápido. Me giré hacia Healy. Su

corpulencia le frenaba. Estaba hecho para la fuerza, no para el ritmo. Tropezó. Se acercó a una de las paredes del interior del arco. Cuando miró hacia atrás, pudo ver que estaban ganando terreno. Que estarían sobre él incluso antes de que llegara al coche. Se veía asustado, enfadado y culpable. Tenía los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada.

Estaba viendo cómo se derrumbaba su plan.

«Tienes que hacer algo».

Salí de la oscuridad justo cuando Hart estaba a punto de pasarme. Aminoró la marcha y se detuvo a metro y medio de donde yo estaba. Davidson estaba tres o cuatro segundos por detrás. Levanté ambas manos.

—Está bien.

Hart miró a Healy. Miré hacia atrás por encima del hombro y vi que aminoraba la marcha y se detenía. Cuando me volví hacia Hart, me estaba mirando fijamente.

—No está *bien*, David.

—¿Raker? —La voz de Healy.

—Coge el coche y haz lo que tengas que hacer, Healy —dije, sin apartar los ojos de Hart. Davidson estaba a su lado ahora, pero apenas podía respirar. Estaba casi doblado, con las manos en las caderas y su mirada iba de Healy a mí—. Haz lo que tengas que hacer.

Hart volvió a mirar a Healy con sorpresa.

Miré por encima del hombro.

Healy retrocedía hacia nosotros, con los ojos fijos en Hart y Davidson y las manos en los bolsillos.

—Healy, he dicho que cojas el coche y hagas lo que tengas...

Y entonces hizo algo estúpido.

Sacó una pistola.

Aquello nos cogió a todos por sorpresa. No lo había visto venir en absoluto, ni siquiera había pensado en la posibilidad. Y, sin embargo, en esa fracción de segundo quise rebobinar hasta el momento en que me había recogido esa mañana, porque ahora tenía todo el

sentido. Debería haberlo sabido. Debería haberlo visto. Era un hombre a merced de sus demonios, una figura solitaria que cazaba sin otro plan más que la venganza. Ardía en su interior. Le alimentaba. Y ahora estaba frente a dos de los hombres a los que consideraba culpables, con el arma frente a él y el dedo acariciando el gatillo. Las armas reflejan a sus propietarios: o bien muestran a tu oponente que tienes el control, o bien le muestran que lo has perdido por completo.

—Retrocede, Hart —espetó Healy.

Hart dio un paso atrás con las manos en alto. Sus ojos se desviaron entre nosotros dos.

—Por el amor de Dios, Healy —murmuró Davidson a su lado.

—Healy —dije con suavidad.

—Cállate.

—Healy, esta no es la manera de...

—*¡Que te calles!* —me gritó.

Hart señaló el arma con la cabeza.

—Colm, tranquilízate.

—Estoy tranquilo —dijo.

—Esta no es la manera de encontrar a Leanne.

—¿Y cuál es la manera de encontrarla entonces? —respondió Healy—. ¿La *tuya*? —Hizo una pausa y resopló—. Phillips ya me dio esta pequeña charla.

Vi cómo Hart levantaba un poco más las manos.

—No sé lo que se siente al perder a una hija como tú, Colm. En absoluto. Pero esta no es la forma de encontrarla, te lo prometo. Si tiene pruebas sobre el hombre que se la llevó, debes presentarlas de la forma adecuada. Este... —Se detuvo, miró la pistola—. Este no es el camino.

Hart me miró y supe lo que decía: «*Acércate a él, David*». Quería que detuviera a Healy. Quería que cogiera el arma y la bajara. Una parte de mí sabía que era lo correcto. Healy ya estaba casi en terreno resbaladizo. Era poco fiable y peligroso. Si no fueran Hart y

Davidson los que se interpusieran, sería otro. Tarde o temprano, alguien quedaría atrapado en el fuego cruzado.

Pero me di cuenta, en ese momento, de que no podía volverme contra él.

De un modo extraño, en algún lugar de mi interior, sentí afinidad por él, incluso mientras sostenía una pistola. Creía que lo había abandonado la gente con la que trabajaba, la gente junto a la que había pasado su vida, y yo estaba de acuerdo con él. Odiaba a Hart, a Davidson, a Phillips y a todos los demás porque, a pesar de todos los casos en los que habían trabajado juntos, de todos los cadáveres que habían investigado y de las escenas del crimen en las que habían estado, seguían tratando a Leanne como a una víctima más. Y algunos días, él ni siquiera sentía que hubieran hecho algo. Al no vincularla plenamente a las otras mujeres, la habían dejado como una víctima sin rostro en algún lugar, anclada a la nada. Una parte de mí comprendía la sensación de injusticia que sentía por ello. Y todo yo comprendía su necesidad de afrontar lo que le había ocurrido a la persona que más había amado en este mundo.

—Colm —dijo Hart—. Solo baja el arma y...

—¿Y *qué*? —dijo Healy, acercándose a ellos, paso a paso. Miré a Hart, que pareció reconocer la decisión que había tomado con otro pequeño movimiento de sus ojos—. ¿Vas a encontrar a Leanne por mí? —continuó Healy—. ¿Vas a admitir que te equivocaste y encajarla en tu investigación igual que a las demás? Olvídalo. No te necesito ahora: tú, Phillips, y tus robots, marchaos de vuelta a la comisaría. He averiguado más sobre ella en el último día que en nueve *meses* trabajando contigo.

—Colm —dijo Hart, tratando de hacerlo entrar en razón por última vez.

—No me llames «Colm». No me llames nada.

—Vamos a tener que ir a por ti.

—Venid a por mí o no, me da igual. Pero será mejor que lo tengas claro: mataré al bastardo que se llevó a mi chica. No va a haber ninguna detención. No va a haber interrogatorio. Esto no va a los

tribunales. Voy a ser yo metiéndole una bala en medio de la cara y dejando su cuerpo a las putas moscas. Y si quieres interponerte, más vale que te asegures de que cabes en el ataúd, porque te lo *juro*: te mataré a ti también.

Algo cambió en los rostros de Hart y Davidson, y todos supimos lo que era. Healy acababa de cruzar una línea por la que no podría retroceder. Su carrera, todo por lo que había trabajado, había terminado. Estaba acabado. Una conversación tácita atravesó el espacio entre nosotros, una confirmación silenciosa de que este era el final. Y entonces agarré el brazo de Healy y corrimos hacia el coche.

62

Nos dirigimos hacia el este a través de las calles vacías de la ciudad, con la lluvia cayendo con fuerza. Las luces de las calles y los escaparates eran solo manchas borrosas en la noche mientras Healy se abría paso por Commercial Road.

Ir a nuestras casas estaba descartado. Phillips y Hart tenían a sus equipos especiales siguiéndonos y seguramente tendrían hombres apostados fuera de los lugares donde dormíamos. Hasta que esto acabara —cuando fuera y como fuera—, teníamos que adelantarnos a ellos sin que nos descubrieran. *Teníamos* que encontrar a Glass. Si no lo hacíamos, la próxima vez que viéramos la luz del día iba a ser cuando estuviéramos haciendo rondas en el patio de una prisión.

—¿Cuánto de lo que Sona nos ha contado esta noche sabe ya el equipo especial?

Healy se encogió de hombros.

—No mucho. Es lo máximo que ha hablado.

—¿Nunca mencionó nada sobre el lugar donde estaba retenida?

—Esta noche ha dicho que parecía una especie de alcantarilla. Recuerdo haber leído eso también en la declaración. Pero nada más. Obviamente saben dónde fue a parar, así que Phillips y Hart han tenido equipos haciendo búsquedas a pie por los ríos.

—¿Han encontrado algo?

—¿Sabes cuánto viaja el agua hacia el norte solo desde el arroyo de Bow Creek?

Sacudí la cabeza.

—Cuarenta kilómetros. Hasta más allá de la M25. No fue arrastrada hasta abajo desde allí, obviamente, pero eso es caminar mucho para estar seguros.

—¿Algo aparte de búsquedas a pie?

—Sacaron planos del Támesis. Comprobaron la red cercana a ambos arroyos y no encontré nada que coincidiera con su descripción. No hay alcantarillas en desuso cerca de ninguna de las vías fluviales de las que hablamos. —Me miró—. Así que no la retuvo

en una alcantarilla, si eso es lo que estás pensando. Puede que adaptara una estructura existente, pero no formaba parte del sistema de alcantarillado en funcionamiento.

Asentí y miré por la ventanilla. La lluvia resbalaba por el cristal. Incluso con la calefacción encendida, podía sentir el frío de la noche.

—Eso está bien —dije finalmente.

—¿El qué está bien?

—Que nadie haya averiguado aún a dónde se la llevó.

—¿Cómo demonios va a estar eso *bien*?

—Porque se la llevó del bosque de Hark›s Hill, y parece bastante obvio que también la retuvo allí. Mira todas las conexiones con ese lugar: la obsesión de Glass con Sykes; la relación que Sykes tenía con el bosque; Sona hablando de subir a la superficie en esa casa, y todos los árboles que crecían a su alrededor. Además, justo al final, habló de oír gemidos antes de que Markham la atacara.

—¿Y?

—Era un perro lo que oía. El perro *de Glass.*

—¿Cómo lo sabes?

—Fui a las Vías de la Muerte hace unos días. Mientras estaba allí, ese chucho emergió de entre los árboles. Está en las últimas. Parece que le han chamuscado el pelaje y lo han maltratado mucho. —Volví a hacer una pausa. Parecía una locura, aunque lo había visto con mis propios ojos—. Y tenía una zona afeitada en un lado de la cara donde le habían injertado un parche de piel.

Healy me miró sin comprender.

—Creo que Glass lo estaba utilizando.

—¿Utilizándolo cómo?

—Como rata de laboratorio. A ver si la piel aguantaba.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero mira lo que le hizo a Sona. —Hice una pausa, viendo la incredulidad en la cara de Healy—. ¿Quieres mi mejor suposición? Planeaba algo grande y no quería arriesgarse a dañar a las mujeres.

Se quedó callado, y ambos pudimos ver por qué: su hija era una

de esas mujeres. La lluvia llenó el silencio, golpeando aún más fuerte contra el techo del coche.

—¿Y qué? ¿Buscamos a un *perro* miserable?

Sacudí la cabeza.

—Buscamos la casa que ha descrito Sona. Donde esté la casa, está el perro, porque ahí está Glass.

Healy suspiró.

—Ese lugar es un kilómetro y medio cuadrado de nada más que árboles. ¿Sabes cuántas casas lo bordean?

—Recuerda lo que ha dicho. No buscamos una que aún esté habitada. Buscamos una que apenas se mantenga en pie. Una casa muy específica.

—¿De quién?

Rebusqué en mi bolsillo y encontré mi bloc de notas.

—De Milton Sykes.

Healy sonrió satisfecho.

—Llegas unos setenta años tarde, Raker. Derribaron toda la carretera durante la guerra y construyeron un polígono industrial encima.

—No buscamos la casa que tenía en la avenida Forham —dije, levantando el bloc y apoyando un dedo en una de las entradas: *42 Ovlan Road*—. Estamos buscando la casa en la que nació.

63

Viajamos hacia el este por Derry Road, la calle en la que había aparcado antes, y giramos a la izquierda al final, conduciendo entre filas de fábricas abandonadas y viejos edificios de ladrillo. Parecía que lo había atravesado un terremoto. A ambos lados, los tejados se habían derrumbado, las paredes se habían desprendido y los cristales brillaban entre la maleza en la base de los edificios.

—Este lugar me da escalofríos —dijo Healy.

Estudié los edificios, las ventanas, las puertas. Tanta oscuridad. En todo el tiempo que llevaba viviendo y trabajando en Londres, nunca había visto una zona tan inhóspita y abandonada. Healy tenía razón: era inquietante porque estaba fuera de lugar.

Al final volvimos a girar a la izquierda en lo que había sido la avenida Forham, la calle que desembocaba en Ovlan Road. Excepto que ahora todo se llamaba Peterson Drive. No quedaba nada de las casas que una vez ocuparon la zona. La carretera estaba bordeada por grandes almacenes metálicos a la derecha y las lindes del bosque a la izquierda. El bosque estaba cercado por una valla de malla metálica de dos metros y medio de altura, rota en algunas partes, pero intacta en su mayoría. Había señales de «Peligro» cada treinta metros más o menos. Al final, la carretera se abría al polígono comercial que había visto en las fotos de satélite.

Healy hizo un giro de ciento ochenta grados a la entrada de la urbanización y luego encaró el coche de vuelta por Peterson Drive. La lluvia había amainado, pero las luces de la calle revelaban nubes bajas, hinchadas y oscuras sobre nosotros. Miré el reloj. La una y media.

—Entonces, ¿dónde está la casa? —dijo Healy. Se inclinó hacia delante, con los ojos fijos en los árboles y las manos alrededor del volante—. ¿En el bosque?

Estaba medio bromeando. Pero entonces me vio la cara.

—¿Crees que está *en* el bosque?

—No hay vallas ni señales de advertencia en la entrada sur —dije,

señalando con la cabeza los marcadores de peligro en forma de diamante—. ¿Por qué están aquí?

—Porque este lado es peligroso.

—Así que tal vez la casa tenía una dirección postal en Ovlan Road, pero no estaba *en* Ovlan Road. Quizá estaba dentro de los límites del bosque.

Healy sacudió la cabeza.

—¿De dónde demonios has sacado *eso*?

—Estoy haciendo una suposición, Healy, ¿de acuerdo? Siéntete libre de intervenir cuando creas que puedes tener una idea mejor.

Se hizo el silencio entre nosotros. No había conocido a nadie en mi vida que me cabreara y me diera pena a partes iguales.

—La casa estaba toda destrozada —dijo Healy en voz baja. Lo miré y vi lo que era: su disculpa—. Eso es lo que Sona dijo antes. La casa estaba toda destrozada.

Asentí con la cabeza.

—Sin suelos. Árboles por el tejado, por las ventanas. ¿A qué te suena eso?

Healy echó un vistazo a la valla.

—Suena a que es aquí.

—Ha pasado un siglo desde que Sykes murió. Más o menos lo mismo desde que las fábricas empezaron a decaer. Eso significa *al menos* setenta años en los que los límites del bosque pudieron crecer hasta este punto, sin ser cuidados ni tocados. Es tiempo suficiente para que las cosas desaparezcan. Grandes cosas.

—Pero derribaron todas las casas después de que Sykes fuera ahorcado.

—Derribaron las casas por *aquí*.

—Entonces, ¿qué, cercaron la otra y se olvidaron de ella?

—Eso es lo que supongo. Por aquel entonces era algo cercano a la superstición. Hoy en día se trata de limpieza y seguridad. El ayuntamiento querrá asegurarse de que la gente no entre ahí. Un edificio tan viejo e inestable como ese probablemente se vendría abajo con una fuerte brisa. Si la gente empieza a trepar, a dormir

allí, a provocar incendios, acabará matando a alguien. *Por* eso le dicen a la gente que no entre.

—Y por eso levantaron el muro.

Se refería al muro de hormigón que Sona había descrito al otro lado del río. Le hice un gesto con la cabeza.

—Apuesto a que se levantó la última vez que se sustituyó esta valla; para mantener alejados a los invitados no deseados y como medida de seguridad adicional.

—¿Y al otro lado del muro?

—Está el río que llevó a Sona al Támesis.

—Y al otro lado del río...

—Supongo que estará la casa.

Por un momento se hizo el silencio más absoluto. No había ruidos de coches lejanos. No caía lluvia sobre el techo. Era como si el bosque y la idea de lo que había dentro hubieran absorbido todos los sonidos de la noche.

Entonces mi teléfono empezó a sonar.

Era Ewan Tasker.

—Task. ¿Todo bien en casa de Jill?

—No lo sé.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no está aquí. La casa parece una morgue. No hay luces encendidas y nadie abre la puerta. He gastado el timbre, lo he tocado muchas veces.

—¿Has intentado llamar a su número?

—Su móvil está apagado. El teléfono de su casa no para de sonar.

Me giré hacia Healy. Miró hacia atrás.

—¿Has revisado si la puerta está forzada?

—La de detrás y la de delante.

—¿Nada?

—Cero.

—Mierda. —Volví a mirar a Healy y esta vez ni siquiera intentó disimular su interés. Se había movido en su asiento para mirarme.

—¿Quién era el otro tipo? —dijo Tasker.

—¿Qué quieres decir?

—El otro tipo. Sé que soy viejo, pero no necesito que nadie me eche una mano, Raker. Puedo hacer de canguro perfectamente, te lo prometo.

—¿De qué estás hablando?

Una pausa confusa.

—Supuse que tú lo habías enviado.

—¿A quién?

—Cuando me presenté en la casa, otro tipo ya estaba en el jardín trasero. Me enseñó una identificación policial. Me dijo que se ocuparía de todo.

—¿Un policía?

—Sí. ¿No lo enviaste tú?

—No. ¿Quién era?

—No lo sé. No me dijo su nombre. —La línea se cortó un momento. Pude oír el claxon de un coche de fondo—. La cosa es...

—¿Qué?

—Juraría que parecía que acababa de *salir* de la casa. Como si hubiera estado dentro, se hubiera ocupado de algo y luego hubiera vuelto a salir. Parecía sospechoso. Nervioso. Pero no le di más vueltas, porque pensé que era de los tuyos.

El pavor se enroscó y retorció en mi pecho.

—¿Qué aspecto tenía?

—Altura media, pelo oscuro.

—¿Algo más?

—Tenía un tic raro.

—¿Tic?

—Iba jugueteando con su anillo de bodas.

Y entonces el recuerdo me golpeó como un mazo.

La primera vez que me habían llevado a la comisaría, cuando Davidson y yo habíamos esperado en el aparcamiento mientras Phillips iba a su coche a por su teléfono móvil.

—¿Era escocés?

—Sí.

—¿Viste lo que conducía?
—Sí —dijo Tasker—. Un Ford Mondeo rojo.
El mismo coche que tenía Phillips.
Y el mismo coche que había estado vigilando la casa de Jill.

64

Esperamos a que amaneciera —durmiendo en turnos de noventa minutos— para facilitar la ruta por el bosque. Y a las cinco y media, cuando las nubes empezaban a disiparse y las primeras manchas de luz del día teñían el cielo, dejamos el coche y nos dirigimos a la valla. Unos veinte metros más abajo, parte de ella había empezado a oxidarse y la malla metálica se había disuelto en una costra marrón escamosa. En el maletero del coche, Healy guardaba una caja de herramientas y se había traído unos alicates. Se arrodilló junto a la valla y empezó a arrancar la malla, doblándola y haciendo un agujero. Al cabo de cinco minutos, había creado un espacio lo bastante grande para que metiéramos las manos y la abriéramos más.

Un minuto después, estábamos dentro.

El bosque era tan espeso en el extremo norte como en el sur. Excepto que aquí no había camino. Entre los troncos de los árboles, pudimos ver más adentro, donde una luz gris difusa se había instalado en una abertura a unos veinticinco metros de distancia. Guie la marcha por el terreno irregular, la espesa maleza contra nuestras piernas, las hojas empapadas de rocío rozándonos la cara. En la apertura, las copas de los árboles se abrían y el cielo empezaba a colorearse.

Healy se apartó una rama baja de la cara y se puso a mi lado. Adelante todo era sombrío: muchos troncos de árboles uno al lado del otro y apenas espacio para distinguir lo que había entre ellos.

—Veo lo que quieres decir sobre este lugar —dijo en voz baja, y no estaba seguro de si se refería a lo espeso que era todo o a la sensación que invadía el bosque. Al igual que la primera vez, la temperatura parecía bajar cuanto más nos adentrábamos, y había un ruido constante de fondo: un viento que pasaba entre las hojas.

Excepto que, de vez en cuando, sonaba como si alguien hablara.

Avanzamos con cuidado en dirección sur. El follaje era cada vez más espeso y la luz se iba desvaneciendo, bloqueada por las copas

de los árboles y la red de troncos y ramas. Al final se hizo tan denso que tuvimos que parar y volver sobre nuestros pasos. Dimos la vuelta en la misma dirección pero más abajo, donde pequeñas flechas de luz matutina conseguían abrirse paso desde arriba y en ángulo hacia abajo.

Fue entonces cuando nos dimos contra la pared.

Pareció aparecer de la nada. La había imaginado de color blanco grisáceo, colocada en los últimos diez o veinte años. En cambio, era casi negra, manchada por el paso del tiempo, el barro y el musgo, y parecía tener al menos cuarenta años. Se habían caído trozos. Había algún grafiti, pero no demasiados, como si ni siquiera los muchachos atrevidos se aventuraran tan adentro. Puse una mano contra él. Polvo y un sedimento pegajoso, como savia, se aferraron a la piel de mis dedos. Levanté la vista. Había enormes abetos sobre nosotros y piñas cubiertas de mantillo a nuestros pies.

Crac.

Ambos nos giramos y miramos en la dirección por la que habíamos venido. Healy me miró y luego volvió a mirar la penumbra.

—¿Qué demonios ha sido eso? —dijo en voz baja.

No respondí, esperando a que sonara de nuevo. Pero no ocurrió. En su lugar, un silencio desconcertante se instaló a nuestro alrededor, todos los demás ruidos se alejaron brevemente, hasta que lo único que podía oír era la respiración de Healy a mi lado. *Algo* estaba fuera de lugar allí. Había estado en lugares donde la muerte se aferraba a las paredes, a las calles y a las personas que quedaban atrás. Pero nunca había estado en un lugar así. Yo no creía en fantasmas. Pero, fuera lo que fuera lo que había ocurrido allí, lo que estuviera enterrado, algo de ello permanecía en la superficie.

Me giré, me agarré a la parte superior del muro y me levanté.

Cuando estaba arriba, me asomé.

Justo debajo estaba el río, tal y como lo había descrito Sona. Probablemente algo más de dos metros, pero no mucho. La corriente fluía muy rápido, chapoteando y gorgoteando mientras se alejaba hacia la derecha. Al otro lado del agua estaba el camino

accidentado desde el que se había caído. Parecía que alguna vez había sido un muro; tal vez el límite de una propiedad. Quedaban trozos de ladrillo rojo incrustados en el barro y la grava. Más allá del camino, al otro lado del agua, enormes árboles surgían de la tierra, como gruesos antebrazos que alcanzaran las nubes. Luego, oculta entre ellos, rodeada de naturaleza, estaba lo que quedaba de la carretera de Ovlan. Y la casa que Sona había descrito.

Cuatro paredes. Sin techo. Un interior oscuro y vacío.

Trepé a lo alto del muro y esperé a que Healy hiciera lo mismo. Era más grande, más lento, pero parecía moverse con bastante soltura.

—Parece que vamos a tener que dar un salto para llegar —dije, volviéndome hacia él. No parecía entusiasmado.

Apunté hacia un trozo de hierba ligeramente a la izquierda, y casi lo alcanzo. El impacto fue duro, pero no doloroso. Me levanté y miré a Healy. Estaba evaluando la distancia. Un pie a cada lado del espacio en el que yo había caído y aterrizaría sobre ladrillos o piedras y se rompería un tobillo. Me miró y luego volvió hacia la zona en la que quería aterrizar. Entonces saltó al otro lado del río. Al aterrizar, oí un fuerte ruido de golpes: piel, huesos y cartílagos impactando contra el suelo. El barro se levantó y la grava salió despedida.

—¿Estás bien? —dije.

Asintió, se movió con cautela.

—Sobreviviré.

Ahora que estábamos más cerca de la casa, parecía aún más grande y ominosa que antes. La abertura de su parte delantera era una boca. Las ventanas que quedaban eran ojos. El musgo ennegrecido corría por los ladrillos y estaba moteado alrededor de la entrada, como si la casa hubiera tosido sus recuerdos. Los árboles asomaban, casi inclinados, como atraídos por el edificio. Y de repente volvió a faltar el sonido. El río. El susurro de las hojas.

Pero nada más.

En el bolsillo de mi chaqueta estaba la linterna de Healy. La

encendí e iluminé la oscuridad de la casa. El cono de luz barrió el interior. Había dos ventanas en el piso de arriba, ambas destrozadas desde hacía tiempo, con enormes ramas que salían de los árboles y bordeaban la parte trasera del edificio. Quedaban algunos de los suelos de madera originales, pero estaban desconchados y arañados, rotos por la caída de ramas y trozos de mampostería. Había escombros esparcidos por todas partes: piedra, hormigón, madera, tejas.

Más adentro hacía aún más frío. Y entonces se oyó un ruido. Muy distante, pero claramente audible. Me giré hacia Healy.

—¿Has oído eso?

Se acercó y escuchó.

El viento pasó por los agujeros de la casa, disimulando el sonido durante un segundo. Entonces, cuando todo se asentó de nuevo, el ruido surgió por segunda vez.

—Algo está haciendo clic —susurró Healy.

Me arrodillé y dirigí la linterna hacia el centro de la habitación. Se habían formado montones de escombros por todas partes. A mi izquierda estaba parte de la pared que antes dividía la cocina y el salón. Más escombros. Ladrillos. Hierba entrando por una grieta en el suelo. A mi derecha estaba lo que quedaba de la sala de estar: una chimenea empotrada en la pared; un par de tablas del suelo originales, pero sobre todo solo el espacio bajo ellas. Me puse en pie, caminé hasta donde ya no había tablones y alumbré con la linterna. Una rata correteó por el suelo. Mucho polvo y escombros. Ladrillos de las paredes.

Y escondida en la oscuridad: una tapa de alcantarilla.

65

Saltamos al espacio bajo las tablas del suelo. Todo lo demás tenía décadas, pero la boca de alcantarilla parecía nueva. La habían pintado de negro. Había una palanca en forma de T empotrada en su centro, asentada en un espacio hueco. Me agaché, rodeé la palanca con los dedos y la giré. Un chirrido. Y empezó a moverse. Al otro lado, el chasquido continuaba, la palanca giraba, ninguno de los dos dijo nada.

Finalmente, la palanca chocó contra un tope y se oyó un suave ruido metálico.

Miré a Healy, asentí con la cabeza y la abrí. Era pesada, pero fácil de mover. La moví de lado y la coloqué con suavidad en el suelo, entre todos los escombros. Luego nos volvimos hacia el agujero y miramos hacia abajo.

Justo dentro había un altavoz, del que salía un crujido como de estática. Al lado, empotrada en la pared, había una pequeña caja de plástico, del tamaño de un billete de diez libras. No tenía nada más que dos luces LED. Una roja. Una verde. Era un sistema de alarma. La luz verde estaba encendida y el chasquido era ahora más rápido. La luz debió cambiar de rojo a verde en cuanto quité la tapa de la alcantarilla, y el chasquido más rápido fue la alarma que sonó en otra parte.

«Sabe que estamos aquí».

Una escalera descendía hacia un círculo de oscuridad. Iluminé el espacio con la linterna. Podía ver un suelo pulido debajo, pero no mucho más. Tal vez un armario y una puerta a la derecha, pero la linterna no daba para más. Las pilas eran viejas y el haz de luz empezaba a desvanecerse de tanto usarlo en casa de Markham. En quince minutos, tendríamos una luz que no definiría nada con claridad. En veinte minutos, no tendríamos nada.

Miré a Healy. «*¿Estás bien?».* Asintió, pero de repente parecía viejo y agotado. Este lugar, la expectación ante lo que le esperaba,

los enfrentamientos, los callejones sin salida y las traiciones que habían salpicado su viaje: todo había llegado a su fin.

—¿Healy? —dije en voz baja.

Un segundo de pausa, como si intentara salir de su depresión, y entonces me respondió.

—Estoy bien —me dijo. Y, como para demostrarlo, se colocó en posición junto a la boca de alcantarilla y empezó a descender por la escalera.

Me llevé un dedo a los labios. «*Despacio*». Mientras se dejaba caer por el agujero, oía el suave *chirrido* de sus zapatos contra los peldaños metálicos. Cuando iba por la mitad, empecé a preguntarme si no sería esa la cuestión: cada superficie, cada movimiento, producía un sonido.

Después de unos diez segundos, todo lo que podía ver de Healy era su cabeza. Me incliné y le entregué la linterna, un puño surgió del círculo negro y me la arrebató. Entonces me puse en posición. Abajo, podía oírlo dar el resto de los pasos. *Ching, ching, ching*. Después, nada. Debía haber llegado al fondo. Me detuve y miré en la oscuridad. La linterna oscilaba a izquierda y derecha, distinguiendo paredes, otra puerta y el armario que había vislumbrado antes.

Empecé a bajar tras él. Había treinta y ocho peldaños en total, y cada uno de ellos se sentía húmedo al tacto. Tal vez era el rocío de la bota de Healy. Tal vez era aceite. Me pareció más espeso que el agua, pero no me dejó color en la piel. Una vez que mis pies tocaron el suelo, me limpié las manos en los pantalones y busqué a Healy. Estaba a mi derecha, sosteniendo la linterna a la altura del hombro. Estaba alumbrando a través de un gran panel de cristal en una puerta de la esquina. Intentó abrirla, pero estaba cerrada. Dentro estaba casi todo oscuro, pero la linterna reveló lo que parecían armarios médicos de acero, en cuya superficie se reflejaba la linterna al girarla en todas direcciones. En el centro de la habitación, perforado en el suelo —tan oscuro y tan profundo que no podíamos ver el fondo— había un agujero.

Healy enarcó las cejas: «*Ahí es donde tenía a Sona*».

De repente, un ruido estalló a nuestro alrededor.

Ambos nos llevamos las manos a los oídos y Healy movió la linterna hasta encontrar un segundo altavoz en lo alto de la pared opuesta. Luego, tan rápido como había empezado, se detuvo. El silencio fue como una onda expansiva que atravesó la habitación.

A mi lado, Healy metió la mano en su chaqueta y sacó su pistola.

Seguí el círculo de luz mientras lo movía por la habitación. Ahora él tenía la linterna *y* la pistola, y yo no tenía nada. Dependía completamente de él. No me gustó la falta de control, pero me gustó aún menos cedérselo a Healy. No es que no confiara en que me cubriera las espaldas, es que no confiaba en que se cubriera las suyas.

—¿Qué *es* este lugar? —susurró.

No formaba parte de la red de alcantarillado, así que tenía que pertenecer a un sistema de túneles diferente. Como la casa había sido construida demasiado pronto para la Segunda Guerra Mundial, tampoco era un refugio antiaéreo o, al menos, no se construyó para albergar personas. Lo que significaba que podría haber sido una reliquia de las fábricas del extremo oriental: algún tipo de túnel de transporte. Healy volvió a dirigir la linterna hacia la boca de alcantarilla. Parecía un añadido nuevo, como si lo hubieran vaciado y perforado para unirlo a la zona en la que estábamos. Pero todo lo demás parecía viejo. Me pregunté por un momento cómo había conseguido Glass meter todo su equipo allí y cuánto tiempo le había llevado hacerlo. Y entonces volví a pensar en él, en lo meticuloso y paciente que era. Cómo, en última instancia, el tiempo y la logística no habrían importado. Lo habría conseguido y, como ya había demostrado, mataría a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Healy recorrió la habitación con la linterna por segunda vez y distinguió una gruesa puerta reforzada. Parecía la escotilla de un submarino, negra y oxidada, con un agujero en el centro donde antes había estado la rueda. No parecía encajar en el marco, o el marco se había hecho demasiado grande. Había huecos en la parte

inferior y en el borde derecho, por los que se filtraba una tenue luz desde el otro lado. Del altavoz de arriba salía un zumbido constante.

Atravesamos la habitación, Healy algo adelantado con la linterna y la pistola delante de él. Su dedo estaba apretado contra el gatillo. Tenía el aire de un hombre que había usado un arma antes, y no solo en un campo de tiro. En las identificaciones policiales se indicaba si el agente tenía derecho a portar armas de fuego. La de Healy no lo decía. Dondequiera que hubiera aprendido a disparar armas o lo que sea que hubiera hecho con ellas antes, no había sido dentro de los límites de la ley.

En la puerta, tiró de la trampilla. Se atascó, se tambaleó en su marco y luego volvió hacia nosotros, chirriando al girar sobre sus goznes. Al otro lado había un pasillo parcialmente iluminado, con una serie de paneles de cristal a la derecha. Las paredes eran de ladrillo rojo y los suelos, de hormigón pulido. Al final del pasillo, la luz artificial cesó y quedó un muro de oscuridad vagamente circular. Encima de nosotros, los cables salían de otro altavoz, del que provenía la estática que llenaba el aire muerto del pasillo. Cuando atravesamos la escotilla, pudimos ver que los paneles de cristal eran ventanas.

«Justo como lo describió Sona».

Eran tres, que daban a tres habitaciones pequeñas; cada una, de unos seis metros cuadrados. Todo se había pintado de blanco: las paredes de ladrillo, el techo, los suelos de hormigón, la puerta del otro lado. En la primera habitación había una pequeña mesa sin nada encima. Seguimos avanzando. La segunda estaba completamente vacía.

Se escuchó un ruido más adelante.

Healy movió la linterna en la oscuridad hacia el final del pasillo. Este hacía una curva hacia la derecha justo al final, pasando cuatro barriles sin marcar. A medida que avanzábamos hacia la tercera ventana, aumentaba la estática. Healy dirigió la luz hacia arriba. Un metro por encima de nosotros había otro altavoz que emitía sonido.

Un constante e ininterrumpido muro de ruido, como si alguien hubiera puesto un canal de televisión muerto.

Llegamos a la tercera ventana.

En el centro de la habitación había una cama de hospital. Un colchón blanco y ropa de cama blanca encima, la sábana cubriendo las piernas de la mujer tumbada en él. Estaba semiinconsciente, llevaba un vestido de noche azul pálido y estaba tumbada de lado en posición fetal. Una de sus manos descansaba sobre su estómago. Al cabo de un rato, sus dedos empezaron a moverse con suavidad por su vientre, incluso mientras dormía. Trazando la redondez de su vientre. El abultamiento de su embarazo. Finalmente cambió de posición en el colchón, girando la cabeza en nuestra dirección.

Era Megan Carver.

66

No había puerta de entrada a la habitación desde el pasillo y el cristal era un espejo unidireccional. Reforzado. Cuando le di un golpecito, no emitió casi ningún sonido: solo un *bum* sordo. «*Tenemos que llamar a la policía. Necesitamos un equipo médico*». Saqué mi teléfono y lo encendí. No había señal tan lejos bajo tierra. Solo me llevaría un par de minutos subir a la superficie y hacer la llamada, pero antes tenía que llegar hasta Megan. No iba a dejarla. No ahora.

Avanzamos con rapidez hacia la penumbra del pasillo, con la linterna oscilando de derecha a izquierda en las manos de Healy. Cuando lo miré, pude ver cómo crecía su desesperación. El sudor se le estaba formando en el nacimiento del pelo, aunque hacía frío en el pasillo. Sus hombros se habían tensado. Sus músculos se habían endurecido. Más adelante, los barriles empezaron a emerger con más claridad en la oscuridad, los cuatro sin marcar excepto por un número de serie en cirílico en su base. Healy los alumbró con la linterna.

Pero entonces se apagó.

La golpeó contra su mano, tratando de dar nueva vida a las pilas. Pero se habían ido. Saqué mi teléfono y lo volví a encender. La luz azul de la pantalla se deslizó por las paredes y el suelo, iluminando nuestro camino unos tres metros. Señalé con la cabeza su chaqueta, indicándole que sacara su móvil.

—Uno de nosotros tiene que ir delante —dije, manteniendo la voz baja—. Tenemos que estar a dos metros de distancia, así podremos iluminar más el pasillo.

Asintió con la cabeza, tirando la linterna al suelo. Luego levantó el arma, colocó la mano izquierda bajo la parte inferior de la empuñadura y se puso el teléfono entre los dientes. El teclado estaba orientado hacia el exterior y la luz de la pantalla era ligeramente anaranjada. Su rostro era una mezcla de nerviosismo y temor.

Los dos empezamos a trotar al doblar la esquina, con el eco de las pisadas que recorrían el pasillo como un tamborileo sordo. Había dos puertas al final: una vieja y pesada con remaches frente a nosotros, y una segunda escotilla tipo submarino a la derecha. Cuando llegamos a la de la derecha, estiré la mano hacia el asa. Los ojos de Healy se desviaron hacia un altavoz que había sobre nosotros y volvieron a mí. Ambos lo sentimos. Un escalofrío. Una profunda sensación de malestar. Luego agarré la manilla con más fuerza y empujé la puerta hasta el fondo.

Al otro lado había una habitación larga y estrecha, de unos veinte metros. Las paredes de piedra eran desiguales y el techo bajo, de apenas tres metros en algunas partes. Hacía frío. Bajo nuestros pies había linóleo verde y sobre nuestras cabezas, fluorescentes. La habitación estaba completamente vacía, aparte de una cama de hospital en el centro. A su alrededor había un equipo médico completo: un electrocardiograma, un catéter, un tubo intravenoso y una bolsa de suero salino, y electrodos enrollados en uno de los postes de la cama. Había un carro metálico a un lado, con instrumentos colocados encima: tijeras de cirujano, escalpelos, un mazo, retractores, fórceps. El área médica estaba absolutamente impecable y bien iluminada. El resto de la habitación parecía algo de la Edad Media; una instantánea de las ruinas de un castillo medieval.

Me acerqué un poco más y pude distinguir tres puertas blancas, parcialmente ocultas por las sombras. Ninguno de ellas tenía manivelas, solo cerraduras. La más cercana a mí era en la que estaba Megan. Corrí hacia ella, mirando a Healy por encima del hombro. Excepto que no estaba allí. A través de la puerta pude ver que había abierto la que tenía los remaches. Delante de él había una pared de negrura sólida; una enorme boca oscura.

—Healy, espera.

Se me quedó mirando. Parecía aturdido, como si de repente no estuviera seguro de lo que hacía. Su dedo se retorció en el gatillo de la pistola.

—No entres solo.

Sus ojos se desviaron hacia el espacio negro que tenía delante y luego volvieron a mí. Sabía que tenía razón. Sabía que era mejor esperar, ir con apoyo. Pero no se detuvo. En lugar de eso, levantó la pistola, se puso el móvil entre los dientes y cruzó la puerta. En un segundo, fue engullido y solo quedó el resplandor de su teléfono.

«Mierda».

Me volví hacia la habitación que albergaba a Megan. Estaba cerrada. La puerta se movía en su marco cuando presioné una mano contra ella, y tenía un tacto barato y hueco, como dos planchas de madera a cada lado de un espacio vacío.

Retrocedí unos pasos y volví a mirar hacia la oscuridad que Healy acababa de atravesar. Necesitaba llegar a él. Necesitaba respaldarle. Pero necesitaba más llegar a Megan. Healy podía arreglárselas solo. Megan no. Llevaba seis meses fuera y ahora lo único que nos separaba era un trozo de madera.

Me alejé otro paso de la puerta.

Y entonces me lancé con el hombro.

La puerta se desprendió del marco, golpeando con toda su fuerza contra la pared. Megan ni se inmutó.

—¿Megan?

Me moví alrededor de la cama para poder verle la cara.

—¿Megan?

Nada. Estaba muy sedada, su respiración era suave. Me puse el teléfono entre los dientes, me acerqué a la cama y la levanté. No era pesada, ni siquiera a los ocho meses de embarazo. Cuando la acerqué hacia mí, su cabeza rodó contra mi pecho y pude sentir la hinchazón de su vientre.

Me moví rápidamente, salí a la habitación blanca y volví al pasillo, deteniéndome un momento en la puerta con los remaches. En la oscuridad, nada volvía. Ni sonido. Ni luz. Ni ningún movimiento. Estuve a punto de llamar a Healy, pero sentí que su nombre se detenía en mis labios mientras el sonido de la estática subía y bajaba a mi alrededor. En el fondo, sabía que nada de iba bien. Hasta ahora había sido demasiado fácil. Todo era demasiado fácil. Pero, cuando

miré a Megan, lo dejé pasar y me dirigí de nuevo al pasillo. Pasé por las ventanas y por la escotilla hacia la escalera. Tal vez hubiera una salida más fácil, tal vez no, pero no podía arriesgarme. Tenía que sacarla. Tenía que intentar despertarla. Y luego, una vez despierta, tendría que subirla por la escalera para ponerla a salvo.

Pero la escalera no estaba allí.

Mirando hacia arriba, pude ver que la tapa de la alcantarilla seguía abierta, un círculo de cielo azul visible, pero la escalera había retrocedido hacia el espacio que había debajo. Estaba demasiado lejos del suelo para alcanzarla ahora. «*La ha quitado*». No nos había adelantado, así que, o bien la escalera se accionaba a distancia, o bien había estado en la superficie y la había subido manualmente desde el borde del agujero, lo que significaba que había otra salida. Ahora ya no importaba. La única opción era volver a atravesar la puerta con los remaches, un pensamiento que me llenó de pavor. «*¿Cómo demonios voy a mantenerla a salvo si ni siquiera sé lo que me espera?*».

Dejé a Megan en el suelo con suavidad y le aparté el pelo de la cara. Estaba fría. Tenía sangre seca y mocos alrededor de la nariz, pero por lo demás parecía estar bien. Su cara estaba un poco más redonda, pero lo que evidenciaba su embarazo era el abultado vientre. Mirando a su alrededor, la única luz provenía de las tres habitaciones del pasillo contiguo; todo lo demás estaba cubierto de oscuridad. Necesitaba despertarla antes de encontrar la otra salida, porque, con ella inconsciente en mis brazos, ambos éramos blancos fáciles.

La miré, intentando pensar en cómo hacerlo.

Y esa vez estaba despierta.

Me miraba con los ojos muy abiertos, con el miedo tan claro y tan marcado en la cara que parecía congelada en hielo. Se alejó de mí arrastrando los pies por el suelo, lejos de mí, con la mano cubriéndose el vientre, protegiéndose a sí misma y a la vida que llevaba dentro.

—Megan, está bien —dije con suavidad, cayendo de rodillas.

Sus ojos volvieron a parpadear. Estaba asustada.

—Me llamo David Raker. —Levanté una mano, pero me quedé donde estaba—. Tu madre y tu padre me han enviado. Te voy a sacar de aquí, ¿de acuerdo?

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Pero primero necesito tu ayuda. ¿Puedes ayudarme, Megan?

Miré alrededor de la habitación usando la luz del teléfono. Hacia el fondo había una serie de postes metálicos de dos metros de largo.

—Megan, no voy a dejar que te pase nada. Tú y tu bebé estáis a salvo. Pero necesito tu ayuda. Necesito saber qué has visto de este lugar. Necesito saber cómo podemos salir.

Ella no dijo nada.

—¿Megan?

Entonces la estática se detuvo. El silencio se extendió por el pasillo. Cinco segundos de nada absoluta. Ambos miramos hacia el altavoz situado encima de la escotilla.

Y entonces se oyó un grito.

—*¡Noooooooooo! No, no, no, no*.

El sonido crepitó de repente a través de él, cada letra se distorsionó. Y mi corazón se hundió. Era Healy.

—*¡Maldito bastardo! ¡Maldito pedazo de mierda!*

Había encontrado a Leanne.

Healy gritó algo más, lo chilló, pero sus palabras eran retorcidas y entrecortadas; un largo y terrible lamento. Entonces rompió a llorar, la emoción le consumía. Intentó hablar por encima de sus sollozos. Buscando que algo tuviera sentido. Pero, durante un tiempo, no salió nada. Al final volvió a gritar.

—*¿Dónde estás? ¿Dónde coño estás?*

Mi corazón latía más rápido. Mi mente daba vueltas. ¿Debía ir a buscar a Healy? ¿Debía llevar a Megan conmigo? ¿Debía arriesgarme a dejarla aquí con la esperanza de que estuviese a salvo? Podía hacer que trabara la puerta con los postes metálicos. Pero entonces dependería de encontrar primero al cirujano. Era un riesgo decidiera

lo que decidiera. Dejarla aquí lo invitaría a acercarse a ella. Llevármela conmigo implicaba no saber lo que me esperaba.

Entonces me di cuenta de algo: Healy.

Su voz se oía por los altavoces, cada vez más fuerte, como si estuviera subiendo el volumen.

O alguien se estaba acercando a él.

—*Voy a destriparlo, David*.

Un susurro a través del altavoz.

Entonces el sonido se cortó.

67

Treinta segundos después estábamos en la puerta con los remaches, adentrándonos en la oscuridad. Había traído a Megan conmigo, tenía su mano en la mía. Podía oír su respiración cerca de mi oído, suave, corta, asustada, y supe que me estaba arriesgando. Pero tenía que ponerla a ella y a su bebé a salvo. Y tenía que llegar a Healy también.

Entramos. Sentí una vacilación en su paso y miré hacia atrás. Parecía aterrorizada. Sus ojos se abrieron de par en par, brillando en el resplandor azul de mi teléfono. Le apreté la mano y giré la luz. La habitación era grande. Tenía techos tan altos que la luz no llegaba hasta ellos. No había altavoces en esta parte del sistema de túneles y, a medida que nos adentrábamos, la estática fue sustituida por un suave zumbido, como una corriente eléctrica. También hacía un frío que congelaba. Sentí una brisa a la altura de los tobillos y el aire helado contra la cara y las manos.

«Una brisa. Eso significa una salida».

Había un muro de ladrillo rojo a unos cuatro metros a nuestra derecha, con cajas de madera apiladas contra él. No podíamos ver dónde terminaba la habitación a nuestra izquierda. Delante de nosotros, un camino se abría paso entre más cajas, algunas rotas y vacías, otras sin abrir. Llevábamos unos cuarenta segundos cuando el zumbido se hizo más fuerte. Sin duda era una corriente eléctrica, y alimentaba algo grande.

Miré a la derecha, el resplandor de mi móvil me seguía.

Y entonces sentí como si el corazón me hubiera llegado a la garganta.

De la oscuridad aparecieron una serie de maniquíes, todos en fila, todos mirándonos fijamente. A algunos les faltaban brazos. A otros piernas. Todos eran mujeres y estaban completamente desnudas y sujetas a una base por un poste metálico.

Llevaban máscaras de látex.

Milton Sykes, una y otra vez. Cada máscara era un poco distinta,

un prototipo de la siguiente. Nariz modificada. Mejillas modificadas. Barbilla más grande. Barbilla más pequeña. Frente más prominente. Coloración diferente. Algunas se habían roto y no colgaban tan bien. Otras parecían muy realistas en la falta de luz, solo el maniquí que había debajo las delataba. Megan fue a gritar y luego se apretó una mano contra la boca, con la respiración silbándole por la nariz en breves ráfagas.

Un ruido a nuestra izquierda.

Giré y levanté mi teléfono. La luz azul que desprendía se desvaneció a unos seis metros de distancia. Pude ver el suelo de hormigón pulido desvanecerse en la oscuridad, y algún tipo de unidad base en el borde del resplandor del teléfono. Parecía un pedestal. Avancé un par de pasos, arrastrando a Megan detrás de mí, y la luz azul se extendió por la estructura. Otro paso. Otro. Definitivamente era un pedestal.

Entonces me di cuenta de lo que había encima.

Un ataúd.

Era completamente transparente. De plástico reforzado. Todas las superficies, todos los ángulos, brillaban a la luz del teléfono. En su interior, en la parte inferior, pude ver dos bloques, pero entonces me percaté de que no eran bloques. Eran pies. Moví el teléfono por el lateral del ataúd: pies, piernas, manos, brazos. Era una mujer. Tenía la cabeza girada hacia la derecha, mirando hacia nosotros, con el pelo rubio ondulado alrededor de la cara. Estaba desnuda y flotando en formol.

—Joder —dije en voz baja, acercándome al ataúd y mirando hacia abajo a través de la tapa. Su piel se había blanqueado, pero por lo demás podría haber estado a la deriva bajo la superficie de las olas. Aparte de su pelo, estaba completamente quieta, con el cuerpo endurecido, los brazos extendidos a ambos lados, las piernas juntas, los ojos abiertos. La habían operado antes de morir: tenía una cicatriz a lo largo de la cara, que pasaba por la oreja y llegaba hasta la espalda. Un *lifting* facial. Los puntos seguían en su sitio, pero no llegaban hasta abajo. A la altura de la parte superior del lóbulo de la

oreja se detenían, como si el cirujano hubiera abandonado el procedimiento. La carne era visible donde las puntadas no continuaban.

La reconocí como Isabelle Connors.

La primera mujer desaparecida hacía más de dos años.

Volví a mirar a Megan. Las lágrimas corrían por su rostro mientras miraba a la mujer en el ataúd. La atraje hacia mí, en parte para protegerla de la vista de la mujer que miraba hacia fuera, y en parte para calmar los sollozos que emitía.

Continuamos.

De la oscuridad surgieron más formas, definidas y congeladas en el resplandor del teléfono. Más ataúdes. Más mujeres. Todas rubias, todas con la misma pose mientras yacían sumergidas. Cuando pasé a la siguiente, pude ver que había sido sometida a la misma operación, salvo que también le habían abierto la barbilla, con un trozo de silicona visible donde los puntos no se habían cerrado bien. April Brunel. La segunda mujer en ser secuestrada. Los ataúdes estaban en orden.

Entonces, detrás de mí, otro ruido.

Un ruido sordo.

Esperé a que se repitiera, pero no hubo nada. Solo un zumbido. Y supe que tenía razón: era un generador.

Se encendieron las luces.

Por un segundo me sentí desorientado. Y me di cuenta de por qué: la luz era morada. Encima de nosotros, una serie de fluorescentes recorría toda la habitación, con un brillo apagado. Creaba un efecto acuoso, como si el color de la habitación se hubiera subido un grado en su intensidad. Todas las formas surgieron de repente, sin estar totalmente definidas.

La habitación no era ni de lejos tan grande como había parecido en la oscuridad, pero el techo era alto —tal vez de unos veinte metros— y tenía una forma semiovalada, como la sección media de un túnel ferroviario. Había cajas por todas partes, pero congregadas sobre todo a mi izquierda. Ataúdes en fila a mi derecha. Un gran

arco detrás de ellos, que conducía a una sala llena de más maniquíes, de pie como un ejército.

Al otro lado de la habitación, en la esquina más alejada, había una pared encalada con fotos de las mujeres desaparecidas en dos filas. Cuatro en la parte superior. Cinco en el fondo. Cada una de las mujeres tenía líneas de puntos marcadas en la cara. Marcas quirúrgicas. Alrededor de las fotografías había una red de otros documentos: recortes de periódicos, dibujos anatómicos, cortes transversales de rostros, planos de edificios. Otras fotografías. Markham. Frank White. Jamie Hart. Charlie Bryant. Mi casa. Mi cocina. Mi sala de estar. Liz y yo en el porche de su casa.

Entonces las luces volvieron a apagarse.

Oscuridad total.

Megan se acercó aún más a mí, con la cara pegada a mi pecho y los ojos aún cerrados. Podía sentir su llanto, el movimiento de su mandíbula, el suave sonido al intentar amortiguar el ruido. Apoyé una mano en su cabeza, la mantuve cerca y empecé a avanzar.

Dos metros más adelante, había un resplandor naranja apagado en el suelo.

«El teléfono de Healy».

En el borde mismo de la luz, pude ver una mano y la pistola a unos treinta centímetros de ella. Cuando dimos otro paso adelante, apareció Healy, tumbado bocabajo, con regueros de sangre que le salían de la cabeza. A su lado, con el hocico pegado al pecho, estaba el perro. La mancha de piel de su cara parecía infectada. Nos echó un vistazo, con los ojos convertidos en puntitos de luz, y luego se dio la vuelta y se alejó en otra dirección.

«Si el perro está aquí dentro, la salida también debe estarlo».

Apreté a Megan para hacerle saber que íbamos a movernos de nuevo, y luego me incliné hacia delante. Cuando llegué a Healy, estaba haciendo ruidos silenciosos, como el aire que se escapa de un globo. Seguía vivo, pero por poco. Su sangre estaba esparcida por el suelo y sobre el ataúd que había a su lado.

El sexto.

Leanne.

Miraba a través de la tapa con los ojos muy abiertos y la piel del color de la nieve. En ese momento, fue como si cada gramo de la venganza de Healy se hubiera transferido a mí. Sentí su dolor. Su rabia ardiente. Su necesidad de golpear hacia fuera.

—*Uhhhhhhh...*

Mientras Healy gemía, el generador emitió un sonido metálico y una luz púrpura volvió a surgir justo encima de nosotros. En mi visión periférica, algo se movió. Un borrón, corriendo de derecha a izquierda. Los pies golpeando el suelo. «*Intenta confundirme*». Apreté a Megan con más fuerza, mirándola.

Y fue entonces cuando vi mis manos.

Eran naranja fluorescente, mis dedos, mis palmas, mis muñecas, brillaban. También estaba por toda la manga de mi chaqueta. Revisé mi cuerpo y había marcas en mis pantalones y zapatos. Los hombros de Megan y su ropa también brillaban, donde yo la había rodeado con mis brazos.

Me giré hacia Healy.

Exactamente igual: manos, brazos, piernas, ropa, zapatos, todo iluminado. Y de repente me di cuenta —demasiado tarde— de lo que estaba pasando. El residuo que había sentido al bajar la escalera no era rocío ni aceite. Las bombillas sobre mí eran de luz negra ultravioleta. Sin luz visible, sin efecto visible... hasta que reaccionaron con pintura fluorescente.

Y yo estaba cubierto de ella.

—Hola, David.

Me di la vuelta. Estaba de pie detrás de mí, todo de negro, con un fragmento de cristal en una cadena en la garganta y una mascarilla quirúrgica en la boca y la nariz. Sus ojos se abrieron de par en par, como si quisiera atraerme.

—Eres más fácil de ver cuando estás iluminado como un árbol de Navidad.

Y luego me apuñaló con un bisturí.

68

En una fracción de segundo empujé a Megan hacia un lado y levanté el brazo. El bisturí entró en la carne justo por encima de mi codo. La hoja no medía más de cinco centímetros, pero sentí el dolor al instante. Me subió por el brazo y me estalló en el pecho.

Oí pasos mientras Megan se alejaba corriendo en la oscuridad, y sentí un segundo de alivio al ver que no estaba cerca. Glass también siguió el ruido. Para cuando se dio cuenta de su error, yo estaba sobre él: un puñetazo en la cara; otro en un lado de la cabeza; otro en el pecho, junto al corazón. Nos estrellamos contra el suelo. El bisturí chocó contra el suelo y se alejó girando. Estaba aturdido, pero seguía luchando: las manos subieron hasta mi garganta, los guantes quirúrgicos me arañaron la cara, los dedos me agarraron la nariz y los ojos.

Le empujé y volví a golpearle. Toda mi rabia y repulsión canalizadas en el puñetazo. Algo se rompió. En la oscuridad, semiiluminados los dos por el teléfono de Healy, se le pusieron los ojos en blanco y me di cuenta de que le había roto la nariz. La sangre empapaba lentamente el interior de la máscara.

Se quedó quieto. Ojos cerrados.

Me levanté y busqué a Megan en la penumbra de las luces negras.

—¿Megan? —Silencio. Me acerqué a las sombras del fondo de la sala, sintiendo la brisa—. ¿Megan? Está bien, cariño. Todo va bien. Solo necesito saber que estás a salvo.

De repente, todo volvió a sumirse en la oscuridad y oí pasos. Giré sobre mis talones, preparándome para la aproximación de Glass, pero no llegó. En cambio, los pasos me rodeaban. Oí cajas que se movían y algo que caía al suelo con estrépito. Y entonces un rectángulo de luz cremosa se abrió en el espacio más allá de los ataúdes.

Una puerta.

Glass me devolvió la mirada y desapareció en el interior. Corrí tras él. El pasillo parecía haber sido una especie de túnel de servicio. Las

paredes se desmoronaban, el cemento se convertía en polvo. Al final había una escalera, zigzagueando hacia arriba y fuera de la vista. Glass volvió a mirar hacia atrás desde los escalones y luego empezó a subir a la superficie.

La escalera se elevaba unos diez metros. En la parte superior, se había sellado una puerta con un soplete y una serie de tablas. A un lado, la luz del día entraba por un conducto de ventilación en desuso. Glass se zambulló en el interior del conducto, repiqueteando contra el metal. Al llegar a la zona, me dirigí tras él. El conducto se abrió en línea recta durante unos doce metros, antes de inclinarse hacia arriba. Cuando Glass llegó al final, se incorporó. Pies colgando. Luego desapareció. Frené a metro y medio del final y miré hacia arriba.

Por encima de mí, el mismo sistema de alarma de luces led estaba allí. La cubierta de la rejilla de ventilación, que cubría la mitad del agujero, era un trozo de malla metálica. Podía ver un denso dosel de árboles y retazos de cielo azul. Glass no estaba en el borde del agujero, pero eso no significaba que no estuviera cerca. Si hubiera cogido la pistola de Healy, la habría disparado. Pero podría tener otro cuchillo, y yo no podía luchar contra él desde mi posición.

Despacio, en silencio, maniobré para prepararme.

Luego me agarré a los bordes de la parte superior del agujero y me impulsé hacia arriba. El conducto de ventilación daba a un pequeño edificio de ladrillo con suelo de hormigón. Sin techo, con árboles encima.

Detrás de mí, apiladas contra una de las paredes restantes, había una serie de traviesas de ferrocarril a las que se aferraban telarañas. La línea de ferrocarril que nunca llegó a construirse.

«Las Vías de la Muerte».

Busqué un arma y encontré una pala oxidada apoyada contra las traviesas, luego rodeé rápidamente el edificio. A mi izquierda había un vago sendero entre largas hierbas; a mi derecha, un camino que continuaba durante veinte metros antes de llegar a un bosque impenetrable.

Me dirigí a la izquierda.

Las copas de los árboles creaban mucha espesura y el camino se convirtió en barro y piedras con rapidez. Más adelante había un tramo de vía férrea que atravesaba el sendero de un lado a otro. Seguí adelante, mirando por encima del hombro todo el tiempo, con la pala levantada y preparada. Momentos después, una ráfaga de viento atravesó el bosque, susurrando entre las hojas de los árboles. Unos segundos más tarde volvió a sonar, y esta vez parecía claramente una voz. O tal vez me asusté. No estaba seguro. Miré a mi alrededor, sintiendo que alguien me observaba.

A mi derecha, me di cuenta de que la hierba había dejado de crecer. Había sido aplastada, arrancada en algunas partes. Y en los espacios que quedaban había una serie de postes blancos, espaciados por igual, cada uno numerado.

Una extraña sensación me recorrió.

Y entonces me di cuenta de por qué: «*Está detrás de ti*».

Me di la vuelta. Sus penetrantes ojos azules se abrieron por encima de la máscara ensangrentada mientras levantaba el bisturí que llevaba al costado. Me aparté de él, pero demasiado tarde. La hoja se acercó rápidamente y atravesó la piel en la parte superior de mi hombro. Aguanté el dolor y me alejé rodando, sin dejar de agarrar la pala.

Se abalanzó sobre mí por segunda vez, intentando clavarme el bisturí en la garganta para cortarla de un solo tajo. Di un paso atrás, pero él me mantenía encerrado, forzando mis brazos contra mi cuerpo como protección, sin permitirme abrir un arco para la pala. La tercera vez logró alcanzarme en los pliegues de mi camiseta. Oí el desgarro de la tela, sentí la punta de la hoja del bisturí llegar hasta mi piel. Pero entonces, mientras se alejaba, hice un barrido con la pala en semicírculo. Le golpeó la parte superior del brazo y resbaló en el suelo mojado, cayendo de lado. Cuando fui a por él de nuevo, levantó un antebrazo y la pala chocó contra el hueso. Gritó de dolor y el ruido resonó en las Vías de la Muerte Volví a golpearle en la

parte baja de la espalda y se estampó contra el césped como un saco de cemento.

Inmóvil.

Cuando me acerqué, con la pala en alto, pude ver los postes con más claridad. Eran trece, todos recién clavados en la tierra. Cada uno situado a un metro y medio de distancia. Me detuve, con los ojos moviéndose de un poste a otro, formándome una asquerosa idea. «Es aquí». Una ráfaga de viento vino hacia mí a través de los árboles. Breve y violenta, como el último aliento de las trece mujeres que Milton Sykes había matado un siglo antes.

«Este es el cementerio de Sykes».

Glass lo había encontrado. Y cuidado.

Me puse detrás de él. El agua de la hierba había empapado su bata médica. La máscara se le había subido a la cabeza. La hierba larga cubría sus rasgos.

—Date la vuelta —exigí, con los dientes apretados. Él no reaccionó. Le pinché con la hoja de la pala—. Date la vuelta, pedazo de mierda.

Nada.

Forzando la pala debajo de él, volteé su cuerpo. Rodó sobre su espalda con los ojos cerrados. Y, de repente, se convirtió en otra persona.

Alguien a quien conocía.

Aron Crane.

Pero no era el Aron que recordaba del grupo de apoyo. El hombre que se había sentado al lado de Jill. Incluso inconsciente, era distinto: más oscuro y peligroso. No era el hombre que se había preocupado por Jill. El hombre con el que pensé que me había topado por accidente el día anterior. No era nadie que yo recordara.

—¿Aron?

Se movió rápido y agarró mi tobillo, tratando de girarlo, de torcerlo en el sentido equivocado para obligarme a caer al suelo. Con los dientes apretados. Los ojos parpadeantes. La adrenalina se apoderó de su sistema al ver una última oportunidad de cambiar las

tornas. Me obligó a dar media vuelta para alejarme de él y se puso en pie en un segundo, me agarró por el cuello y me empujó al suelo. De repente estaba debajo de él, su cuerpo sobre el mío, sus manos apretándome la garganta. Mientras me cerraba el aire, empecé a perder la sensibilidad en las manos: se me entumecieron los dedos, las palmas, las muñecas.

Pero entonces su agarre se aflojó.

No mucho, pero suficiente.

Los nervios se dispararon en mis manos. Una sensación de pinchazos me recorrió los dedos. Y pude sentir la pala de nuevo. La madera. El metal. El *peso*.

La agarré tan fuerte como pude y la lancé desde el suelo hacia él. La pala estaba de lado, con el borde delgado por delante. Golpeó contra su cráneo, detrás de la oreja, y sus dedos saltaron de mi garganta de inmediato, como una trampa para osos abriéndose de repente. Se le pusieron los ojos en blanco. Se tambaleó. Luego se desplomó de lado y se golpeó contra el suelo húmedo a unos dos centímetros de la decimotercera tumba.

Sobre mí, empezó el suave golpeteo de la lluvia, que cayó sobre el dosel de árboles antes de alcanzar mi cara como una fina llovizna.

Por lo demás, las Vías de la Muerte permanecieron en silencio.

QUINTA PARTE

69

La policía llegó al extremo norte del bosque diez minutos después de que les llamara. Arrastré el cuerpo de Crane hasta el almacén y lo até, y luego Megan y yo nos acurrucamos juntos, lejos de él, bajo lo que quedaba del tejado. Cuando la cabeza de Hart asomó por la rejilla de ventilación, con el cuerpo cubierto por un traje blanco de escena del crimen, Crane estaba despierto pero somnoliento. La sangre le corría por la cara, mezclándose con el agua de lluvia que caía por el tejado abierto. Hart se acercó, flanqueado por un agente uniformado, y le dijo a Megan que iban a llevarla a un lugar seguro. Ella me miró en busca de algún tipo de seguridad y, cuando le dije que todo iba a salir bien, susurró un gracias, se la llevaron y la perdí de vista. Un minuto después, estaba esposado.

Tres horas después, Hart y Davidson estaban frente a mí en una sala de interrogatorios. Estaba cansado. Apenas había dormido en más de treinta horas y podía sentir cada minuto. Ya me habían quitado lo que llevaba puesto como prueba y habían enviado a un agente uniformado a mi casa para que cogiera ropa de repuesto. Pero la ropa nueva y el café de máquina no ayudaron. Lo que más deseaba mi cuerpo era desconectar y recargarse.

—¿Cómo está Healy? —pregunté.

Hart había estado rellenando unos papeles, pero levantó la vista al oír su nombre. Soltó el bolígrafo y sus huesudos dedos golpearon la mesa al mismo ritmo.

—Tu compañero de fechorías —dijo en voz baja.

—¿Está vivo?

Ninguno de los dos dijo nada por un momento.

Entonces Hart empezó a asentir.

—Sí, está vivo, pero lo están operando. Cuando despierte, probablemente deseará que esas cuchilladas hubieran sido un par de centímetros a la izquierda.

Un golpe en la puerta.

Ambos levantamos la vista cuando un agente uniformado hizo pasar a Liz. Iba vestida con un traje pantalón negro y una blusa crema, con el pelo cayendo por los hombros. Estaba fantástica. Venía directamente de la oficina: en una mano llevaba un maletín; en la otra, una bolsa para el portátil. Me alegré de verla, y no solo porque fuera mi abogada.

Me miró, pero no sonrió.

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza.

Se volvió hacia Hart y Davidson.

—Espero sinceramente que la cinta no esté grabando.

Él sacudió la cabeza.

—No, no hemos empezado...

—Vale. Porque quiero algo de tiempo para hablar con mi cliente. Y eso significa no aquí, y no con vosotros dos tomando notas. —Miró por encima del hombro—. ¿Hay algún lugar en el que mi cliente y yo podamos tener algo de privacidad?

Pude ver cómo Davidson se crispaba. Le habría gustado más que fuera como la primera vez que me habían traído: solo y sin abogado. Hart sonrió, tratando de seguirle el juego, pero a Liz no le sirvió de nada. Ella se quedó mirándolo fijamente, y tanto Hart como Davidson se dieron cuenta en unos tres segundos de que era de verdad. Hart, un poco resignado, se reclinó en su silla y luego se volvió hacia el agente uniformado.

—Agente Wright, por favor, acompañe a la señora Feeny y al señor Raker a la sala C. —Miró a Liz—. Avísame cuando estéis listos.

Ella asintió una vez y me acompañó a la salida.

Pasé una hora repasando el caso con ella. Cada detalle que podía recordar. No dijo mucho, lo que no hizo sino aumentar la tensión entre nosotros. Nunca la había visto así. Se limitó a teclearlo todo en su portátil, pidiéndome un par de veces que deletreara nombres o repasara ciertos acontecimientos. Esta no era la Liz que yo creía conocer.

Cuando terminamos, se reclinó en su asiento y me estudió.

—Te has metido en un buen lío.

Asentí con la cabeza.

—Lo sé.

—¿Dónde está ese tal Healy?

—En el hospital.

—¿Está muerto?

—No.

Puso las manos sobre la mesa.

—¿Tienes algo con lo que negociar?

—Tal vez.

—¿El qué?

Le hablé de las mujeres, de cómo las habían relacionado los equipos especiales y de cómo la policía había ocultado toda la información.

—Maldita sea —dijo cuando terminé. Sus ojos oscuros estaban fijos en mí, su mente dándoles vueltas a las cosas. Leyó un par de líneas de lo que había escrito en su portátil y volvió a mirarme—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

Hizo una pausa. Un dedo se movió hacia la pantalla del portátil.

—¿Por qué haces esto?

Arrugué el gesto.

—Es mi trabajo.

—No, no me refiero a eso. Quiero decir... —Se detuvo por segunda vez y se apartó el pelo de la cara—. Entiendo que tu trabajo es encontrar gente. Lo comprendo.

Me miró, con los ojos fijos, pero no dijo nada. Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa, pero no como solía hacerlo.

—¿Qué pasa, Liz?

Sus ojos volvieron a su portátil.

—¿Liz?

Por fin levantó la vista.

—¿Recuerdas la última vez que estuvimos en una habitación como

esta?

—Claro.

—El año pasado, en ese caso en el norte.

—Lo recuerdo, sí. —Levanté la mano y le enseñé las uñas—. Tengo las cicatrices aquí para recordármelo —dije sonriendo, intentando deshacer la tensión que se había instalado entre nosotros.

—Cuando terminamos con eso, pensé en lo que hiciste, en hasta dónde estabas dispuesto a llegar para terminar lo que empezaste en ese caso. —Me miró—. Sé que no fuiste completamente honesto conmigo sobre lo que pasó. Soy consciente. Está bien así. Me diste suficiente con lo que trabajar y te saqué, y eso era todo lo que importaba. Lo archivé como algo que tendríamos que revisar más adelante, si alguna vez... pasaba algo entre nosotros. —Se pasó un dedo por el labio inferior—. Pero, aunque nunca me contaras lo que ocurrió allí, no me molestaría si solo fuera algo puntual. —Se enfrentó a mí—. Pero no va a ser algo puntual.

—Liz, es mi trabajo. Esto es lo que hago. Yo no... —Esta vez me tocó a mí hacer una pausa. Me acerqué al escritorio y le cogí la mano. La apartó—. Encuentro gente.

—Encuentras gente *jodida*, David. Te la juegas, arriesgas tu integridad física, y esperas, de alguna manera, salir vivo. No me importan las mentiras y los detalles que omites. Lo que me importa es *por qué* lo haces. —Se detuvo y me miró largo rato—. ¿Por qué lo haces?

—Tengo otros casos.

—*¿Los tienes?*

—Por supuesto que sí.

—¿Cuántos desde el último?

—Cuatro.

—¿En diez meses?

—Ese último... —Me miré las uñas—. Me costó mucho. Necesitaba tiempo para recuperarme. Pero casos como ese, casos como este... —sonreí— son inusuales.

—Pero aun así los aceptas.

—No puedo predecir cómo van a terminar. Si pudiera hacer eso, no estaría buscando desaparecidos, estaría echando la lotería todas las semanas.

—Sí, pero la mayoría de la gente se da la vuelta y se marcha cuando las cosas empiezan a torcerse —dijo—. ¿Crees que cualquier otro se habría aliado con Healy, habría desafiado a la policía y se habría metido de lleno en la guarida de un psicópata como Glass?

—Tenía que ser detenido.

—Por la policía.

La alcancé y esta vez no dejé que se apartara.

—A veces hay que hacer las cosas porque son correctas, aunque no lo sean *legalmente*.

Tenía la cabeza gacha, de cara a la mesa, con el pelo cayéndole por delante. Le apreté las manos intentando que me mirara. Pero no lo hizo. Se quedó quieta. En silencio.

—¿Liz?

Luego levantó la vista.

—No puedo competir con ella.

Arrugué el gesto.

—¿De qué estás hablando?

—De Derryn. No puedo competir con ella, David.

—¿Qué? No *tienes* que competir con...

—No tienes ese mecanismo que te dice cuándo es suficiente. No sabes cuándo parar. Intentas tapar agujeros en el mundo porque sabes lo que es perder a alguien, y crees que es tu trabajo evitar que nadie más sufra lo mismo. Estás haciendo esto por *ella*, David. El caso del norte era para ella. Y este también lo es. Estás tapando el agujero que ella dejó asumiendo el dolor ajeno. Y no puedo competir con eso.

Le solté las manos. Me miró y se le escapó una lágrima, dejando una estela de rímel tras de sí. Le devolví la mirada, incapaz de articular palabra. Incapaz de ofrecer ningún argumento.

Porque sabía, en el fondo, que podía tener razón.

70

El interrogatorio duró dos horas y media. Liz estuvo sentada a mi lado todo el tiempo, deteniéndome si consideraba que debía desviarme de algo perjudicial. Hart y Davidson vinieron a por mí con fuerza, como perros de presa, tratando de pillarme, intentando llevarme a callejones sin salida y a calles de sentido único. Ambos jugaron con mi relación con Healy. Intentaron que sonara más fuerte y decidido de lo que era. Utilizaron el momento fuera del piso franco cuando Healy había sacado una pistola para subrayar su caso, y Hart mencionó que yo no había hecho nada para disuadirlo.

—Le dije que guardara el arma.

—Una vez —dijo Hart—. A medias. La segunda vez, cuando viste lo que te decía que hicieras, me ignoraste. Luego huiste con él.

—Sentí...

—Sentías afinidad por él, David.

—No.

—Creías que lo que hacía estaba bien.

—No —suspiré.

—Entonces, ¿por qué hiciste lo que hiciste?

Hice una pausa, miré a Liz y, luego, a ellos.

—Sentí que sus acciones estaban equivocadas, pero sus razones eran correctas.

Davidson resopló.

—¿Cómo lo sabes?

—Creo que estaba frustrado.

—¿Con quién?

—Contigo.

Se hizo el silencio. Hacía calor en la habitación y el único sonido era el zumbido de un aparato de aire acondicionado.

—Míralo desde su punto de vista —continué—. Escondiste la desaparición de su hija bajo la alfombra junto con las otras siete chicas, pero ni siquiera tuviste la decencia de relacionarla con Glass.

Un temblor recorrió la sala.

Davidson palideció. Hart se cruzó de brazos y se reclinó en la silla.

—¿De qué estás hablando, David?

—Sabes de lo que hablo.

No obtuve respuesta. No querían que se grabara nada. En sus caras, pude ver que estaban tratando de entenderlo. Cómo lo sabía. Si Healy me lo había dicho. Cómo había averiguado tantas cosas. Los tenía cogidos por las pelotas y ya no había marcha atrás.

—Lo pillo —dije—. Niega todo conocimiento, mantén el silencio. El problema es que vuestro círculo de confianza ha sido violado. Ya no sois los únicos que sabéis lo que pasó *en realidad*. El resto del mundo podría pensar que es una posibilidad entre un millón que nos tropezáramos con siete mujeres en ese lugar, pero todos los que estamos aquí sabemos que no es así.

Davidson apartó la mirada. Hart mantuvo el contacto visual, pero su mano se acercó a la grabadora, desesperado por que aquello terminara. Asentí para que pulsara el botón.

Paró la cinta.

Liz se inclinó hacia delante.

—Muy bien —dijo ella—. Este es el trato: David sale de aquí, sin cargos. Lo dejáis en paz. No volvéis a por él. Todo lo que tenga que ver con su participación en esta investigación se acabó. A cambio, mantiene un silencio digno.

Nos miraron.

Finalmente, Hart asintió.

—Déjame hacer algunas llamadas.

Me dejaron solo en la sala de interrogatorios, con una taza de café y un sándwich insípido de jamón y queso. Liz desapareció para llamar a la oficina y ver qué se había perdido. Me sonrió al marcharse, me tocó el brazo y me dijo que lo había hecho muy bien, pero no mencionó nada de lo que habíamos hablado antes. Estaba demasiado cansada, demasiado agotada para pensar si la fisura que se había abierto entre nosotros podría volver a cerrarse como era

debido. Eso esperaba, pero me alegraba, al menos, de haberle sacado algún tipo de reacción.

No había reloj en la sala, pero me pareció que habían pasado unos quince minutos cuando la puerta volvió a abrirse. Me giré esperando ver a Liz.

Pero era Phillips.

Me miró, cerró la puerta tras de sí y se dirigió al otro lado de la mesa. Me dieron ganas de agarrarlo por el cuello y romperle la cara contra la pared.

—¿Cómo estás, David? —preguntó sentándose.

Sonreí satisfecho.

—Oh, estoy *bien*.

—¿Puedo ofrecerte algo más?

—Sí —dije, empujando la taza de café sobre la mesa—. Otro de esos, y una explicación de qué demonios estabas haciendo en casa de Jill.

Asintió con la cabeza, como si se lo hubiera esperado de entrada.

—Ella me llamó.

—¿Por qué haría eso?

—Porque Frank y yo nos conocíamos desde hacía mucho. Ascendimos juntos y yo le conseguí el trabajo en la Metropolitana. Conozco a Jill desde hace años.

—Entonces, ¿qué? ¿Simplemente te quedas en su casa?

—Dejó un mensaje raro en mi teléfono. No dijo nada, fueron solo diez segundos de silencio, pero cuando volví a llamarla no contestó.

Y entonces todo se aclaró: la noche anterior, llamó por teléfono y no contestó, y luego se había mostrado rara cuando la llamé al fijo. «*Porque Crane había ido a buscarla a casa*». La primera había sido una llamada de socorro. Ella debió hacer la misma llamada a Phillips también. Pero Crane se había enterado, y la siguiente vez que la llamé, Crane la obligó a decirme que todo estaba bien. Probablemente con un cuchillo en la garganta.

—No me gustó —continuó Phillips—. Así que fui por allí... —Miró detrás de él, aunque la puerta estaba cerrada—. Y me las arreglé

para entrar en su casa. —»*Justo como Ewan Tasker sospechó*»—. Pero no estaba allí. Se había ido.

Lo miré.

—Una noche me llamó asustada y me dijo que creía que alguien había estado vigilando su casa. Eras tú. Vio tu coche.

—Era yo. Era mi coche. —Hizo una pausa. Un largo suspiro—. Frank y yo teníamos una especie de... acuerdo. Una promesa que hicimos.

—Os cuidaríais mutuamente.

—Eso es. Si alguno de nosotros... —Se detuvo un instante—. Mira, cuando le hice esa promesa a Frank, cuando nos hicimos esa promesa el uno al otro, creí que nunca tendría que cumplirla. Pero ahora tengo que hacerlo. Así que de vez en cuando compruebo cómo está Jill. Pasé por su casa un par de veces de camino a la comisaría ayer por la tarde. Esa noche de la que hablas, cuando fuiste por allí, supongo que no me escondí lo bastante bien. Había sido un día largo.

No pude decir nada. Solo lo miraba fijamente.

—Estás cabreado —dijo—. Lo entiendo.

—*¿Lo entiendes?*

Asintió, tratando de calmar la situación.

—Lo creas o no, lo hago.

—¿Y dónde está Jill?

—No lo sé.

—¿No estaba en el bosque?

—No. Siete mujeres muertas fueron recuperadas de allí, ninguna de ellas era ella.

—¿Siete?

—Encontramos el cuerpo de Susan Markham en una cavidad de la pared.

No la habían colocado con las demás. No había ataúd. Ni formol. Lo que significaba que obviamente no la veía como parte de su plan. Solo era el cebo para atraer a Markham. Las otras mujeres, incluso Leanne, eran otra cosa. Todas rubias. Todos de ojos azules.

Que para él merecían la pena.

—De todos modos —dijo Phillips—. Jill no estaba allí. Destrozamos ese lugar.

—¿No ha vuelto a casa?

—No. No ha ido a ninguna parte por lo que sabemos. No está en casa, en el trabajo ni con su familia.

«Crane sabe dónde está».

—¿Crees que te lo dirá?

—No ha dicho ni una palabra. Pero encontramos fotos de ella en su escondite. Fotos de ella, de su casa, de sus amigos. Tú estabas en algunas de ellas. —Sus dedos se dirigieron a su alianza y se reclinó en la silla—. Se la llevó, creo que ambos lo sabemos. —Finalmente sus ojos volvieron a los míos—. Mira, David...

Sabía lo que se avecinaba y no iba a ponérselo fácil.

—Sé que podrías usar lo que sabes contra nosotros.

—Tienes toda la razón. Lo que hicisteis con esas mujeres... —No dijo nada, solo me miró. Sentí que la ira me punzaba bajo la piel mientras lo observaba, esperando a que justificara lo que había hecho—. Estuvo mal.

Él asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo.

—¿Y lo hiciste de todos modos?

—Haciendo creer a Glass que no sabíamos nada sobre él, estuvimos a poca distancia de los rusos. Eso no lo hace correcto. Eso no borra a esas mujeres. Pero ahora tenemos *de todo*: asesinatos, drogas, prostitución, tráfico de personas, tráfico de armas, blanqueo de dinero. ¿Mereció la pena el sacrificio? —Se encogió de hombros —. Depende de según como se mire.

—Teníais la obligación legal *y* moral de decírselo a sus familias.

—Prueba a estar junto al cadáver de una prostituta de diez años a la que le han destrozado todos los agujeros del cuerpo. O en la parte trasera de una furgoneta que acaba de traer al país a diecisiete mujeres y niños, todos los cuales han muerto asfixiados porque la furgoneta no tiene ventilación. O junto a las armas

importadas o las drogas de mierda que están matando gente, día tras día. De repente, las cosas no están tan claras.

—A mí me lo parecen.

Se inclinó hacia delante.

—¿Siete mujeres o siete niños de diez años?

—No se trata de elegir: se trata de hacerlo todo.

Phillips sonrió.

—Eres un idealista.

—Puede que sí. Pero te equivocaste.

Phillips empezó a girar de nuevo su alianza. Luego miró su reloj.

—No tenemos tiempo para esto. Tenemos que encontrar a Jill.

—Pues encuéntrala.

Volvió a mirarme, pero no habló.

—¿Qué está pasando?

—Hart me ha comentado que deberíamos hacer un trato contigo —dijo finalmente— y, dado lo que sabes, creo que tiene razón. Pero ¿qué hay de tu nuevo amigo Healy?

—¿Qué pasa con él?

—¿Estás dispuesto a ayudarlo?

—¿Ayudarlo cómo?

—Está acabado, David. Cuando se recupere lo suficiente para salir del hospital, será con unas esposas puestas. Entonces irá frente a un juez. Y lo meterá entre rejas. ¿Sabes lo que les hacen a los policías corruptos en la cárcel?

—¿Y qué me quieres decir?

—Pues que estamos dispuestos a ponérselo fácil a Healy a cambio de un favor.

—¿Qué favor?

Phillips hizo una pausa.

—Necesitamos tu ayuda.

—¿Qué tipo de ayuda?

—Necesitamos que interrogues a Aron Crane.

71

Phillips nos condujo a Liz y a mí a una pequeña habitación con una estantería metálica llena de equipos electrónicos y un enorme espejo unidireccional. A través de ella, podía ver a Aron Crane sentado en la sala de interrogatorios, solo, esposado a un arco metálico soldado a la mesa. Estaba mirando fijamente la pared, con la nariz rota y moratones salpicados por el lado de la cara donde le había dado con la pala. Al menos me hizo sentir bien haberle hecho daño.

Junto al equipo de audio, un agente sentado ante un ordenador, con los auriculares puestos y una imagen en color de un circuito cerrado de televisión en pantalla. En la sala también estaban Jamie Hart y un superintendente uniformado. Lo reconocí de la última vez que me habían traído para interrogarme. Se levantó y vino a nuestro encuentro. Le dio la mano a Liz, pero a mí no. Se presentó como Ian Bartholomew. El jefe de la comisaría. Me dio las gracias con los dientes apretados por mi cooperación, y no parecía muy entusiasmado con la idea de hacer la vista gorda a lo que había sucedido con Healy y conmigo. Evidentemente, fueron Hart y Phillips quienes lo convencieron de seguir este camino. Cuando Bartholomew terminó, se sentó al fondo de la sala y saludó a Phillips con la cabeza.

—Solo ha hablado un minuto desde que lo trajimos —dijo Phillips.

La puerta de la sala se abrió y un agente uniformado trajo una bandeja llena de cafés comprados en una tienda. No tenía por qué aguantar los efluvios de las máquinas ahora que necesitaban mi ayuda. Cogí uno, le quité la tapa y observé a Crane. Estaba absolutamente quieto.

—Pon la grabación —dijo Phillips al hombre del ordenador.

El agente pulsó un par de opciones y, segundos después, apareció un cuadrado de imágenes de circuito cerrado de televisión. Phillips y Hart en la sala de interrogatorios con Crane.

—No se puede estar callado todo el día —dijo Hart.

Crane miraba hacia abajo. Miró a Hart, le sostuvo la mirada un

momento y luego volvió a centrar su atención en la superficie de la mesa. En la esquina de la pantalla había un contador. 01:57:43. Una hora y cincuenta y siete minutos de entrevista y no había hablado ni una sola vez.

—Puedes ponerte en contacto con un abogado cuando quieras —añadió Hart—. Es tu derecho legal hacerlo. —Nada. No obtuvo respuesta—. Vamos, Aron, ¿dónde está Jill White?

Crane resopló.

—¿Por qué no nos hablas de David Raker en su lugar? —ofreció Phillips.

Me volví hacia él. No me miró a los ojos.

En la pantalla, Crane finalmente levantó la vista.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Te interesa.

—Ah, ¿sí?

—En tu escondite tenías fotos de él en la pared.

Crane frunció los labios, como si de repente se diera cuenta de que Phillips tenía razón.

—Te diré una cosa —dijo—. Trae a Raker aquí para que hable conmigo, a solas, y tendrás tu confesión.

—Sabes que no podemos hacer eso, Aron —dijo Phillips.

Crane se encogió de hombros.

—Entonces, supongo que no hablaré.

—¿Por qué quieres hablar con David Raker?

Nada.

—¿Aron?

Cero. Crane había vuelto a bajar la cabeza y miraba hacia la mesa. Un par de segundos después, el vídeo se congeló. El clip había terminado.

—¿De qué quiere hablarte? —preguntó Bartholomew.

—No tengo ni idea. —Volví a mirar a Crane—. Pero parecía pensar que tenemos algún tipo de conexión. Algo en común.

—¿Como qué? —lanzó Phillips.

Sacudí la cabeza.

—No lo sé.

—Esto es una locura —dijo Bartholomew. A su lado, Hart se revolvía en su asiento, con las dos finas manos juntas sobre el regazo—. Esto no es un circo.

—Pues no hablaré con él.

Bartholomew y Phillips se miraron. El superintendente jefe se puso en pie y vino hacia mí.

—Esto no me gusta, señor Raker —dijo—. No me gusta nada.

—Ya somos dos.

—¿Qué podría hacerte tan especial para él?

—No lo sé —dije, dando un sorbo a mi café y acercándome al cristal—. Pero tengo la sensación de que estoy a punto de averiguarlo.

72

Aron Crane levantó la vista cuando entré. Detrás de mí, un agente uniformado cerró la puerta. La habitación era cálida y no tenía ventanas. Ni relojes. Ni luz del exterior. Podía ser cualquier hora del día. Crane permaneció inmóvil, con las manos apoyadas en la mesa y los ojos azules fijos en mí. Me senté. Echó una rápida mirada de reojo al espejo unidireccional.

—Hola, David —dijo en voz baja.

Estudié su rostro.

—¿Qué quieres de mí?

Me miró medio sonriendo, pero no contestó.

—Si te vas a quedar ahí en silencio, me levanto y me voy, y te lo prometo: no volveré.

Empezó a asentir.

—Me parece justo.

—¿Dónde está Jill?

—¿Por qué no empezamos por el principio? —Se pasó la lengua por los labios, sobre un corte en la parte inferior. Luego se levantó la manga con la mano libre y me mostró una cicatriz en la parte inferior del brazo, casi como una quemadura—. Isabelle Connors.

«La primera mujer que mató».

—¿Qué pasa con ella? ¿Ella te hizo eso?

Se miró el brazo.

—Una chica dulce, de verdad —dijo—, pero de mal carácter. Un poco... *impredecible*. A ella no le gustaba todo... —Con la mano derecha agitó un par de dedos delante de su cara—. Salió de la anestesia un poco más rápido de lo que esperaba y, antes de que me diera cuenta, tenía media botella de ácido sulfúrico en el brazo. —Se detuvo. Sus ojos se abrieron de par en par—. Ouch.

Se tocó la cicatriz con un dedo. Era moteada y de color rosa oscuro.

—¿Lección que aprendí? No comprar nunca pentotal sódico en Rumanía. Cambié mis anestésicos después de eso. Conseguí un poco

de éter dietílico de Rusia, y estuvo bien durante un tiempo, pero al final me aburrí de limpiar todo el vómito. Suele sentar un poco mal todo eso. —Hizo una pausa, me estudió—. Detenme si te estoy aburriendo, David.

No pude decir nada.

—Así que pasé al halotano, y eso funcionó bien hasta Sona. Por desgracia, una vez más fracasé en mi trabajo como anestesista a tiempo parcial. Ahora sabes por qué estudian durante siete años.

Se reclinó en su asiento como si hubiera terminado.

—¿Eres siquiera médico cualificado?

Él asintió con la cabeza.

—Cinco años en la Facultad de Medicina, un año de residencia, dos años de formación médica general, un año de especialización en plástica. Sé cómo hacer un *lifting*, si te refieres a eso. Pero ¿soy un cirujano plástico *cualificado*? No, no lo soy. —Se frotó los dedos y el pulgar de la mano—. En mi segundo año de especialización surgieron oportunidades más gratificantes que seguir a un médico y sujetarle unas tijeras.

—¿Te refieres al crimen organizado?

—¿Sabes cuánto gana un cirujano plástico al año en el Sistema Nacional de Salud?

Negué con la cabeza, todo el tiempo tratando de descifrar su jugada. Tratando de averiguar la dirección que tomaba y las trampas que intentaba tender.

—Los normales, probablemente setenta de los grandes. Los buenos, ochenta o noventa. Los mejores, alrededor de los cien mil. ¿Sabes cuánto gané haciendo la cara de ese ruso? —Se refería a Akim Gobulev. El fantasma. Inclinó ligeramente la cabeza—. ¿David?

—¿Cuánto?

Esbozó una sonrisa.

—Pensé que te habías dormido un momento.

—¿Cuánto?

—Doscientos cincuenta *de los grandes*. Por *una cara*. Gané más en siete horas que los mejores cirujanos en *un año*. Están ocupados

haciendo microcirugías. Procedimientos dignos como reemplazar la pierna de un tipo tras un accidente de moto o trasplantar músculo. Gano el doble y hago la mitad de esfuerzo. Retirar la mandíbula, aumentar los pómulos, levantar los ojos, tensar la cara, adelgazar la nariz, mover huesos, liposuccionar, cortar y rellenar. Es complicado, pero... —Se llevó un dedo a los labios e hizo un gesto de «*sshhhhh*»—. Era jodidamente feo antes, así que a nadie le importaba que mi trabajo pareciera una mierda.

Lo miré fijamente.

—Debes sentirte muy bien.

—¿Por?

—Ahora eres como tu héroe, Milton Sykes. —Señalé con la cabeza su mano, encadenada al arco metálico de la mesa—. Ambos pasaréis a los libros de historia.

Se rio.

—Cierto. Solo que no se embolsó dos millones de libras en un solo año.

Una sonrisa se dibujó en su rostro. Le habían arrancado una de las uñas de la mano derecha. Parecía reciente; un hematoma hinchado en la punta del dedo corazón. Movió la mano por la mesa como una araña, con el dedo por delante.

—Es bueno ser rico, David —dijo en voz baja.

Lo ignoré.

—¿Por qué las mujeres?

—Todos tenemos ciertos gustos.

—¿Por qué operarlas?

Se encogió de hombros. No dijo nada.

—¿Qué esperabas conseguir?

Volvió a mirar al espejo unidireccional y se volvió hacia mí, con los ojos muy abiertos.

—¡Quería hacer un ejército de imitadores! —Se echó a reír y se reclinó en su asiento. Entonces se detuvo—. No, en serio, simplemente me gusta cortar mujeres.

Sus palabras flotaron en el aire y se hizo el silencio entre nosotros.

Lo miré. Tenía la cara endurecida como el hormigón. No había nada que leer.

—Entonces, ¿por qué no cortaste a Megan?

Él no contestó.

—¿Qué, te parece bien asesinar mujeres, pero pones el límite en las adolescentes embarazadas? —Hubo un destello de algo en su cara—. Sé que eso no es verdad.

Crane frunció el ceño.

—¿Y eso por qué?

—El contenedor que dejaste en Mile End.

No obtuve respuesta.

—Un corazón adulto. Y otro de un niño.

Pensé en aquello. La policía lo había encontrado en el coche de Healy después de llegar al bosque. Ahora probablemente estaba en un laboratorio forense en alguna parte.

—¿Te suena de algo? —le pregunté.

De nuevo, sin respuesta. Ahora tenía la cara inexpresiva.

—¿Quién más estaba embarazada? —Y nada. Al final, cuando era obvio que no iba a decir nada, me volví hacia el cristal unidireccional —. ¿Alguna de las otras mujeres mostraba signos de haber dado a luz? ¿Una cesárea? ¿Trauma vaginal? —Silencio. Clic. A continuación, una respuesta resonante de Phillips—: No. —Silencio de nuevo en la sala de interrogatorios. Lo miré—. ¿De quiénes eran los corazones?

Me observó, rozando los dedos índice y pulgar de su mano izquierda. Un gesto de reflexión. Finalmente, se encogió de hombros.

—No es importante para este caso.

—¿Qué caso?

—Las seis mujeres.

Lo estudié.

—¿Quieres decir que has matado a más?

Suspiró.

—Las seis mujeres eran solo prácticas. Las corté porque me hacía

sentir bien. *Me gusta* cortar a la gente. Pero también lo hice en nombre de la investigación.

—¿Qué investigación?

—Quería ver cómo se podían cambiar las caras. Pensar en esas mujeres como el primero de dos lienzos. Y el segundo como la obra maestra.

—¿Qué quieres decir?

Fue a hablar y se detuvo. Tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Me gustan las rubias, David, ¿qué puedo decir?

—¿Qué investigación? —dije de nuevo, con los puños apretados.

—Supongo que es por Marilyn Monroe. —Volvió a esbozar una sonrisa—. O tal vez me recuerdan a mi madre.

—¿Por qué dices eso?

—¿No es eso lo que somos?

—¿Somos?

—Asesinos en serie. —Otra sonrisa se dibujó en sus labios—. Vamos, David. Sabes tan bien como yo que un asesino en serie tiene que ceñirse a su *modus operandi*. Es *muy importante*. Bueno, para mí las mujeres cumplían todos los requisitos. Rubias. Características buenas y fuertes. Algunos defectos, pero nada que no pudiera rectificarse con un rápido... —Utilizó la mano libre para simular el tajo de un cuchillo—. Eran femeninas. Bonitas. Delgadas, pero no todo piel y huesos. No me gustan así. Me gustan con un poco de forma. Si quisiera esqueletos, los desenterraría.

—¿Dónde las conociste?

Me miró. Quieto, excepto por sus ojos, que se movían por mi cara.

—Me las encontré por ahí. A la pequeña Isabelle la conocí en un taller al que asistía.

—¿Un taller médico?

—No. Estaba aprendiendo a hacer máscaras. Una especie de vocación a tiempo parcial. Al fin y al cabo, no tenía un trabajo de día, y solo había un número limitado de Ferraris que podía comprar con todo ese dinero sucio. —Le brillaban los ojos—. Uno de los médicos a los que seguí durante mi año de formación especializada

me metió la idea en la cabeza. Era un hombrecillo raro. Solía encargar máscaras de látex hechas a medida para poner a los maniquíes, de modo que siempre pudiéramos que mirar a la cara cuando hablábamos de cortar algo. Pensó que sería una forma de humanizarlo todo, incluso los montones de plástico. Si siempre tuvieras que mirar a la cara, siempre irías con más cuidado. Excepto que no me importaba una mierda nada de eso. No dejaba de mirar las máscaras y pensar qué se sentiría al convertirme en otra persona.

—¿Por qué Sykes?

—Lo encontré interesante.

—¿Porque mató a trece mujeres?

—No, porque la gente le sigue teniendo miedo, incluso ahora. Si vas a Hark›s Hill y mencionas su nombre a los viejos, se cagarán en los pantalones en el acto. Si se lo mencionas a los niños que viven por allí, puede que no hayan oído hablar de él, pero sabrán una cosa: algo va mal en ese lugar. Quiero decir, has estado allí, David. Lo has sentido, ¿verdad?

No pude decir nada.

Él sonrió.

—Por supuesto que lo has sentido. Enterró a trece mujeres en esos bosques y nadie pudo encontrarlas. Y mientras nadie las encontrara, ese lugar nunca perdería su poder. Y lo único que pudieron hacer al final fue levantar un muro de hormigón y una valla en un extremo, y dejar que la naturaleza se encargara del resto. Intentar olvidar los cadáveres, la casa en la que nació y los fantasmas que vagan por ese lugar. —Hizo una pausa y se inclinó hacia delante, bajando la voz a un susurro—. Pero yo no me olvidé de ellos. *Tenía* que encontrar esos cuerpos.

—¿Por qué?

—Llamémoslo ventaja psicológica. Encuentra los cuerpos, y Sykes ya no tendrá control sobre ese lugar. Ya no es el papá. —Hizo una pausa. Guiñó un ojo—. *Yo* lo soy.

—Estás como una puta cabra.

—¿Sí?

—*Escúchate*.

—Me escucho. —Se llevó la mano libre a la oreja—. Oh, creo que sueno *genial*, David. Quiero decir, soy el hombre que encontró a las *víctimas* de Milton Sykes. La policía debería agradecérmelo. He resuelto un misterio centenario.

—¿Cómo sabías dónde estaban?

Se inclinó hacia delante. Se pasó un dedo por el ojo.

—El perro las encontró.

—¿El galgo?

—Lo descubrí vagando por el bosque al principio. Entonces empezó a seguirme, a molestarme. Y un día comenzó a cavar en esa zona del bosque día tras día tras día, y finalmente trajo un hueso de muslo.

—Y le recompensaste muy bien.

—Lo hice, ¿verdad?

—Quemaduras de cigarrillo, piel trasplantada, un lado de la cara cortado. La mayoría de los dueños de perros dan a sus mascotas botes de Pedigree para comer.

Él sonrió.

—Algunos días me molestaba. Otros me daba pena.

—Lo dudo.

—Tiene cáncer de piel. Cogí piel de uno de los muslos de la mujer y se la trasplanté al perro. No es muy científico, lo admito, pero qué demonios, la chica ya estaba muerta. —Se encogió de hombros y levantó ambas manos—. ¿Ves? Incluso *yo* puedo ser un buen tipo.

Pasaron treinta segundos. Ninguno de los dos hablaba; solo nos mirábamos. Finalmente rompió el silencio.

—Interesante zona, Hark›s Hill —dijo—. Hay otro mundo bajo la superficie del bosque, y la mayoría de la gente ni siquiera sabe que está ahí. O simplemente lo han olvidado. Ahí es donde Sykes llevó a Jenny Truman. La convenció para que se fuera con él y luego la introdujo clandestinamente en los túneles que salían de las fábricas. —Se detuvo. Hubo un destello en esos ojos azules—. Era un

escondite preparado. ¿Esa puerta tapiada junto al conducto de ventilación? Eso lleva hasta la antigua fábrica de municiones al otro lado del bosque. Lo bajé todo por ahí. Los suministros. Las herramientas. El equipo. Y, cuando terminé, lo soldé.

Más silencio. Nos miramos el uno al otro. Volvía a tener el mismo gesto inexpresivo en el rostro; ningún atisbo de emoción, ninguna pista de lo que estaba pensando. Se apartó un mechón de pelo oscuro de los ojos y aspiró suavemente, como si oliera algo dulce.

—¿Por qué dejar los collares? —pregunté.

—Porque era divertido.

—Fue lo que hizo que te atraparan.

—¿Fue así?

—Si no hubiera sido por los collares, nadie habría conectado a las mujeres entre sí, *ni* contigo. Te has delatado.

Se encogió de hombros.

—No estaba lejos de terminar mi pequeño proyecto.

—¿Qué quieres decir?

—Que los collares eran un componente vital de lo que estaba haciendo. Me gustó la idea de dejar algo para que lo encontrara la policía. Una pequeña tarjeta de visita. Algo para provocarles y ponerles a prueba. Pero no iba a durar para siempre. Una más después de Jill, entonces mi investigación estaría hecha.

—¿Ibas a dejarlo sin más?

Él sonrió.

—No exactamente.

—Entonces, ¿qué?

—Aún no lo había decidido.

Lo estudié. Pasaba el dedo de la mano libre por el borde de la mesa, la piel hacía un ruido crepitante al engancharse en las astillas de la superficie.

—¿A cuántas personas has matado?

Suspiró, pasando el dedo por la mesa en dirección contraria.

—No lo sé, David —dijo mirándome—. ¿A cuántas?

Había un atisbo de sonrisa en su rostro. El café había estado sobre

la mesa a mi lado todo el tiempo, con el vapor saliendo de su superficie. Lo cogí y bebí unos cuantos tragos. Luego lo dejé y me incliné hacia delante, con las manos apoyadas en el escritorio.

—¿Aron Crane es tu verdadero nombre?

Se encogió de hombros y volvió a sentarse.

—Nombres, números, no son esenciales, David. No importan. Un nombre es solo un trozo de papel. Puedes ponerte el nombre que quieras y no cambiará nada en lo que eres o en lo que haces. Un nombre es solo un vehículo que te lleva de un sitio a otro. Otra pequeña etapa.

—¿Así que Aron Crane era solo una tapadera?

Asintió con la cabeza, mirándome fijamente, queriendo que apartara la vista, como si fuera una victoria. Pero eso no iba a ocurrir. No iba a ganar. Ni ahora ni nunca.

—¿Por qué reclutaste a Markham?

Suspiró.

—Estoy seguro de que sabes por qué.

—Lo utilizaste después de que las cosas fueran mal en el almacén de Bow.

—¡Correcto! —Golpeó la mesa con su mano derecha desencadenada. Entonces, de repente, se quedó quieto. Con el gesto serio. Los ojos fijos en los míos—. Había policías encubiertos entre los rusos, y la operación de Drayton también estaba siendo un poco... *problemática*. Tarde o temprano iban a llegar a mí. Frank White se interpuso y el otro fiambre también, así que los maté y seguí mi camino.

—Tan fácil como eso.

—Cualquier cosa es fácil cuando se hace lo suficiente.

Volvió a abrir los ojos y se reclinó en el asiento mientras las esposas encajaban en su sitio.

—¿Dónde encontraste a Markham?

—Me llamó la atención cuando empecé a seguir a Megan. Llevaba tiempo observándola. Ella era... —Volvió a inclinarse hacia delante, susurrando—. Era mi tipo, ¿sabes lo que quiero decir? —Me guiñó un

ojo—. Necesitaba dar un paso atrás después de que White me pisara los talones, y Markham parecía encajar a la perfección. Era amigo de Megan, ella confiaba en él... Además, su mujer estaba como una puta cabra, lo que significaba que tenía una parte vulnerable. —Los ojos se le entrecerraron y su rostro se puso serio—. La gente que amas tiende a ser tu debilidad.

Algo brilló en sus ojos y luego volvió a desaparecer.

—Tras la muerte de Frank White, hubo mucha cobertura sobre él en las noticias. Quiero decir, matas a un poli y es la bomba atómica cayendo, ¿no? Entrevistas con la gente con la que había compartido comisaría, su familia, amigos... y finalmente Jill. La viuda llorona. Me gustó su aspecto enseguida. Cumplía los requisitos. Así que empecé a tomar mi café matutino en el mismo sitio que ella. Después de una semana mirándola, al final me saludó. Al cabo de quince días, estábamos charlando. Al cabo de un mes, la tenía comiendo de la palma de la mano. Puedo ser realmente encantador cuando quiero.

—¿Por qué no hiciste que Markham te la llevara?

—Me picó el gusanillo al verlo hacer todas esas cosas divertidas. Además, él no podía seguir el ritmo de mi... *apetito*. Para ser sincero, era un quejica de mierda. Tuve que tratarlo como a un niño para que entendiera todas las normas y reglamentos. Nos hice un favor a todos al cortarlo en pedazos, créeme.

Hizo una pausa, y un ademán de aclararse la garganta.

—Te vi entrar en casa de los Carver hace una semana y media. Digamos que había estado vigilando de cerca todo lo relacionado con Megan. Asegurándome de que seguía aislado. Mientras la investigación avanzaba, todo iba bien. —Inclinó la cabeza hacia el espejo unidireccional y bajó la voz, pero habló lo bastante alto como para que lo oyeran en la habitación contigua—. No tenían ni idea de quién era yo, David. Ni una pista.

«Por eso vino al grupo de apoyo. Para mantenerme cerca».

—¿Así que me estabas observando?

—Básicamente, sí. Cuando Jill empezó a confiar en mí, le propuse la idea del grupo de apoyo para poder conocerte. Pero entonces me

di cuenta de que necesitaba saber más de ti, de tus habilidades. Así que la convencí para jugar con tu conciencia y que investigaras la muerte de Frank.

—¿Por qué correr el riesgo?

—No era un riesgo. Todo lo que le dijiste me llegó a mí. Mucho mejor que ir dando tumbos a ciegas intentando averiguar lo que sabías y lo que no. Una sola noche en el grupo de apoyo bastó para tener una idea clara de ti. Lo que es probablemente algo normal. Asumámoslo, ese grupo es donde la ambición va a morir. —Volvió a guiñarme un ojo y sonrió—. Sin ánimo de ofender, por supuesto, David. Seguro que te ha ayudado a superar el tener que haber visto a tu mujer perder el pelo y la dignidad.

El fuego se encendió en mí, subiendo por mi garganta hasta mis músculos. Quería atravesarle la cara con el puño. Quería sentir cómo se rompían sus huesos. Pero, en lugar de eso, dejé que un temblor recorriera mis manos y saliera por mis dedos. Me encontré con su rostro inexpresivo. Ahora no había ninguna sonrisa en él, solo una mirada sin rasgos.

—¿Dónde está Jill?

No obtuve respuesta. Ni un movimiento en la cara. Era como si se hubiera apagado un interruptor y ya no pudiera oírme.

—Ya no tienes el control, Aron. *¿Dónde* está?

—He entrado en tu casa, David —dijo, como si aún no me hubiera oído, continuando con una voz desprovista de toda emoción—. Cuando estuve allí, vi algunas de sus fotos. Tu mujer. Era guapa, Derryn. Ya sabes, *antes*. Pelo rubio. Bonita figura. No huesuda y aniñada. Tú y yo tenemos el mismo gusto.

—No lo tenemos.

—*¿En serio?*

—Eres una bestia. Y, si no fuera porque supone la diferencia entre ir a la cárcel o salir de aquí, te metería bajo tierra.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—*Oooh*, David. Qué chulería.

Esta vez no respondí. No mordí el anzuelo.

—De todos modos —continuó, quitándose un pelo imaginario de la manga de su mono—, es lo que hay. Interpretas bien el papel de viudo afligido. Te conviene. A las mujeres *les encantan* esas cosas. Apuesto a que tu abogada se moja viendo cómo te haces el fuerte y el sensible. —Respiró hondo y bajó la vista hacia la mesa. Luego volvió a levantar la cabeza y se le escapó una sonrisa—. ¿Qué se siente al follársela después de años haciéndolo con la misma? ¿Es diferente? —Se lamió los labios—. ¿Está *más apretada*?

—Déjame preguntarte algo —le dije, inclinándome hacia él.

Hubo un movimiento en sus ojos. No había obtenido la reacción que deseaba. Pero mantenía una media sonrisa en la cara, lo que me decía que seguía teniendo el control. Lo miré. «*Creo que ahora sé por qué mantuviste viva a Megan. Creo que sé a quiénes pertenecen los corazones».*

—¿Dónde está enterrada tu mujer?

Se reclinó en su silla.

—Porque esta es mi teoría, Aron, o doctor Glass, o como coño te llames. Esta es tu oportunidad de redención. Estás intentando recuperarla. Creo que mataste a la única persona que amabas de verdad.

Intentó borrar cualquier emoción de su rostro. Pero algo quedaba; una luz que se consumía. Había dado con algo.

—Tal vez la mataste para satisfacer tu «apetito». O tal vez la mataste por accidente. Pero ahora desearías no haberlo hecho, y todas estas mujeres, el aspecto que tienen, la forma en que las estás cortando, no son más que sustitutas de ella. —Me incliné aún más—. La cosa es, sin embargo, que no importa cuántas mujeres mates, cuántas veces las descuartices y trates de hacerlas como ella; la que realmente amabas no va a volver. Tómalo como un consejo de alguien que sabe.

Su sonrisa se hizo añicos. Lo había atrapado. Había acertado.

—¿Tu mujer estaba embarazada cuando murió?

Se crispó, como si le hubieran pinchado con una pistola eléctrica.

—¿Eran sus corazones los que encontré?

Puso ambas manos sobre la mesa delante de mí.

—Megan es exactamente igual a tu mujer, ¿no? —le pregunté—. Uno o dos pequeños ajustes y la tendrás de vuelta. Un poco más joven tal vez, pero lo soportarás. *Por* eso te tomaste la molestia de crear el sitio web, de inventar la LCT; por eso le dijiste a Markham que nunca la llamara ni le enviara un correo electrónico. Porque no querías arriesgarte. En última instancia, Megan era lo único que importaba.

Estaba callado. Inspirar y espirar.

—Y todas los demás eran como los cadáveres con los que practicabas en la Facultad de Medicina. Tejidos y huesos. Maniquíes. Nada más. Eran tus investigaciones. Tu pequeño proyecto. Les cortabas la cara y la nariz para no meter la pata cuando llegara el momento de hacerlo en la que *de verdad* importaba. Y al final la encontraste. Megan. El hecho de que Markham la dejara embarazada fue una suerte terrible para ellos, pero para ti probablemente fue como una especie de señal. Porque dentro de siete semanas, no solo se habría acabado por fin el proyecto y Megan habría quedado como tú querías, sino que habrías recuperado a tu mujer y también a tu hijo nonato.

Ahora su cara no mostraba ninguna emoción. Había conseguido destapar su secreto.

—Pero aquí está la cuestión, Aron: todo este proyecto tuyo es *una locura*. Eres un psicópata. Estoy seguro de que hay un psiquiatra en alguna parte que te encontrará fascinante; el hecho de que puedas matar sin remordimientos y aun así conservar algún tipo de conexión emocional positiva con alguien. Pero, para mí, es negro sobre blanco. No hay ningún misterio. No eres más que otro pedazo de mierda sin valor alguno.

Silencio.

Le sostuve la mirada durante largo rato y luego la apartó de mí. Su mano izquierda, encadenada a la mesa, rodeaba el arco metálico. Las esposas tintinearon contra la superficie. Parecía ir a la deriva. Pero segundos después se movió en su asiento, las esposas

tintinearon por segunda vez. Soltó la mano del arco. Me miró. Se encogió de hombros.

Pero no dijo nada.

Me puse en pie. Sus ojos me seguían, pero su cuerpo estaba completamente inmóvil. Atravesé la habitación y llamé al interfono. La puerta se abrió hacia dentro. En el pasillo, un agente uniformado me esperaba para acompañarme a la sala de observación contigua. Cuando volví la vista, Aron me miraba con un atisbo de sonrisa de nuevo en su rostro. Una de verdad esta vez. Los labios hacia arriba. Ojos abiertos, como si intentaran absorber toda la luz de la habitación.

—Se acabó —le dije.

Se pasó la punta de lengua por los labios.

—¿Tú crees? —dijo en voz baja.

Derecho legal

La celda de detención era pequeña y fría. Las paredes blancas parecían recién pintadas, pero el techo, de color crema, estaba desconchado en el centro y en las esquinas de la habitación. Había una litera atornillada a la pared y un retrete metálico atornillado al suelo.

Aron Crane estaba sentado en el borde de la cama. Su ropa había sido embolsada y llevada a alguna parte. Ahora vestía un jersey azul oscuro, unos pantalones negros y unas zapatillas negras con suela de goma. En la puerta de la celda, un agente uniformado montaba guardia. Crane vio parte de su cabeza y el algodón blanco de su camisa cuando se asomó por el ojo de buey. De vez en cuando, otros policías se asomaban, algunos de uniforme, otros de paisano.

Todos querían ver al doctor Glass.

Llevaba una hora allí sentado cuando la puerta sonó y se abrió. Dos agentes estaban en la puerta. Uno de ellos llevaba unas esposas. Entraron y le dijeron que se pusiera de pie, luego el que llevaba las esposas se las colocó alrededor de las muñecas, las encajó en su sitio y lo condujo fuera. Lo llevaban de vuelta a la sala en la que se había enfrentado a Raker ese mismo día.

Raker.

Crane lo había subestimado. Pensó que podría utilizarlo, que tenía puntos sensibles. Debilidades. Pero Raker era perspicaz e inteligente. Había usado a la mujer de Crane como cebo y había intentado meterse en su cabeza, había intentado forzarlo a reaccionar. Pero eso estaba bien. Raker podría haber estropeado el proyecto antes de terminarlo, pero Crane tenía planes para él.

La venganza llegaría.

Doblaron una esquina, entraron en la sala de interrogatorios y lo sentaron a la mesa. Lo encadenaron al arco metálico, soldado a la superficie, y se marcharon.

Se hizo el silencio.

Al final descubrirían lo de Phedra. Él lo sabía. Si buscaban bien, encontrarían lo que quedaba de su cuerpo. Y también encontrarían el cuerpo que había al lado. Se darían cuenta de que la inscripción de su cadena, PC, eran sus iniciales y que la cadena había sido suya.

Pero nunca descubrirían lo que pasó.

Porque ni siquiera él estaba seguro ahora. Le había dado tantas vueltas en la cabeza que unos días recordaba que había sido un accidente y otros no. Algunos días ella llevaba una bandeja por el entarimado del tejado de su casa y tropezaba. Otros días ella le gritaba, le decía que estaba a dos meses de dar a luz y que necesitaba que él *la cuidara*, y él la empujaba. Lo único que estaba claro era que miró por encima del borde del tejado y la vio sobre la hierba debajo de él, bocarriba.

Mirándolo mientras la vida se le escapaba.

Entraron dos policías de paisano. Uno era Hart, el otro Phillips. Hart le preguntó a Crane si estaba bien. Crane no respondió. Les había hablado poco desde que lo trajeron; solo para decirles que quería que Raker hiciera las preguntas. Ahora iban a intentarlo de nuevo.

—Señor Crane —dijo Hart—, necesitamos saber dónde está Jill White.

Estudió a Hart. «*Pareces un esqueleto*».

—¿Señor Crane?

«Deberías estar enterrado bajo tierra».

—Señor Crane, de verdad necesitamos que...

—Quiero hacer una llamada.

Lo miró. En su interior sintió que sonreía. Los había dejado atónitos, en silencio. Hart miró a Phillips y luego a Crane.

—¿Quiere un abogado ahora?

Crane asintió.

—Podemos asignarle uno.

—Yo tengo el mío.

—Vale, podemos llamarle para...

—No —dijo Crane—. Yo le llamaré.

Lo miraron. Hart se inclinó hacia delante. Phillips empezó a girar su alianza, con los ojos fijos en Crane.

—¿Por qué ahora? —lanzó Phillips.

—Porque es mi derecho legal.

—Sí, pero ¿por qué ahora?

—Porque es mi derecho legal.

Más silencio. Hart miró a Phillips, pero Phillips estaba observando a Crane, con la cabeza ladeada como si tratara de averiguar qué se le pasaba por la cabeza. Crane le devolvió la mirada, y ambos se quedaron con los ojos fijos en los del otro. Se daba cuenta de que Phillips tenía algo. En muchos aspectos, no era muy distinto de Raker: ambos observaban y estaban atentos a los ritmos de las conversaciones y a las cosas que estaban fuera de lugar. Al final, Phillips dejó de girar su alianza y asintió.

—Entonces, parece que puede llamar a su abogado —dijo.

73

Eran casi las nueve de la noche cuando llegué a Derry Road. Los coches de policía estaban alineados a la entrada del callejón que conducía a las Vías de la Muerte, toda la calle acordonada. El taxi me dejó en el extremo sur. Esperé mientras un agente uniformado se comunicaba por radio con Phillips para decirle que había llegado. Un minuto después, levantó la cinta, y yo me agaché y avancé por la acera hacia el ojo de la tormenta. Las ventanas estaban abiertas. La gente miraba hacia abajo. Las sirenas pintaban de azul el hormigón. Había olor a comida en el aire, que salía de las casas, y el frescor de una lluvia inminente.

En medio de la calle había dos agentes especializados en armas de fuego. Uno de ellos estaba en la parte trasera de su vehículo, revisando un subfusil Heckler & Koch MP 5 y con una Glock 17 enfundada en la cadera. El otro estaba en la parte delantera del coche, al teléfono, escribiendo algo en un papel que había pegado al salpicadero. Más allá había un furgón policial Mercedes Sprinter. Dos agentes estaban apostados fuera. A su alrededor, en un semicírculo impreciso, había una serie de coches marcados. Junto a uno de ellos, pude ver a Phillips y a Hart hablando entre ellos; Hart señalaba hacia las puertas traseras cerradas del furgón policial.

Dentro estaba Aron Crane.

Hart levantó la vista cuando me acerqué; Phillips también. Ambos asintieron. No me querían en ese lugar, y yo no quería estar allí tampoco. Pero, cuando intentaron preguntarle a Crane dónde estaba Jill, dijo que se lo enseñaría, siempre que yo estuviera allí. Tenían una expresión en la cara que yo podía leer tan claramente como si estuviera impresa en una valla publicitaria: yo estaba vinculado a eso de alguna manera. Pero lo único que sabía con certeza era que había algo siniestro en todo ese asunto. Algo peligroso y amenazante. Me invadió un pavor sigiloso y una frialdad me recorrió la columna vertebral.

Él mismo había rastreado a Jill durante meses mientras obligaba a

Markham a atraer a Megan y a Sona. Imaginé que le gustaba la idea de perseguir a la mujer del hombre que había matado. Enaltecía su ego. Su sentido del poder. Su control. Y ahora, a pesar de todos los hombres, los coches y la demostración de fuerza, solo había una persona dirigiéndolo todo: Aron Crane.

Phillips me dijo que estaría conmigo en breve, y luego tanto él como Hart me dieron la espalda, ocultando su conversación. No me importaba. No necesitaba conocer su estrategia para saber que todo aquello iba mal.

A su alrededor se reunieron agentes de policía. Algunos con perros. Otros con linternas. Los dos agentes especializados en armas se colocaron junto a la parte trasera de la furgoneta, observando la escena. Uno de ellos jugueteaba con la corredera de su Glock. La sacó de su funda, la revisó y se la guardó de nuevo. En cualquier momento, las puertas se abrirían de par en par y Crane estaría allí sentado, mirando hacia fuera. Le encantaría el caos que había creado.

Finalmente, Phillips y Hart terminaron de hablar y Hart se alejó. Phillips tenía el aire del hombre al mando. Hart era policía de carrera. Sólido, fiable, brillante, pero no tenía un talento natural. Había ascendido a base de buenos resultados y de decir lo correcto. Phillips era diferente. Sabía jugar, pero también era bueno en su trabajo. Los agentes esperaban a que Phillips diera la orden.

Se acercó a mí.

—Crane estará esposado en todo momento —dijo, obviando cualquier tipo de saludo—. Dos uniformados irán al frente con linternas, un par más a los lados. Los agentes especializados en armas estarán a su lado todo el tiempo, y también llevarán linternas.

Hizo una pausa cuando se acercó una agente y le preguntó si quería que la prensa retrocediera aún más. Le dijo que sí y se volvió hacia mí.

—¿Habéis entrado? —pregunté.

—Sí.

—¿Y habéis encontrado algo?

—No. Crane nos dijo que ella está a unos veinte minutos a pie, pero no nos dijo en qué dirección. —Se detuvo, debió ver algo en mi rostro—. Hemos hecho una evaluación de riesgos y creemos que tenemos todos los ángulos cubiertos.

—Estará muy oscuro ahí dentro.

—Si esperamos hasta mañana, Jill podría estar muerta. —Tenía razón, pero no me hizo sentir mejor—. También vendrán un paramédico y dos unidades caninas de apoyo; una irá por delante y otra nos seguirá por detrás. Y eso solo nos deja ya al detective Hart, a mí y a ti.

—¿Va a venir algún médico forense?

—No, estarán a la espera. Esperaremos a ver a dónde nos lleva y luego llamaré a Davidson. —Miré a mi alrededor y vi a Davidson hablando con un uniformado al otro lado del furgón policial—. Ya llevamos a demasiada gente con nosotros.

Cerca de allí, uno de los agentes especializados abrió la recámara de su Glock.

—Son una precaución —dijo Phillips—. Un hombre con seis mujeres muertas a sus espaldas no es un hombre por el que merezca la pena arriesgarse.

«Seis que nosotros sepamos», pensé, y luego miré hacia el callejón que llevaba al bosque.

—¿Y su abogado?

—Le llamó, pero no apareció.

—¿Por qué?

—No nos lo dijo.

Miré a Phillips.

—Esto no me gusta.

No dijo nada. Pero en sus ojos pude ver lo que estaba pensando: «*A mí tampoco me gusta*». Por un momento, algo pasó entre nosotros: un segundo en el que ambos consideramos echarnos atrás. Pero entonces Phillips debió acordarse de la evaluación de riesgos que habían hecho en la comisaría, de la planificación, de los agentes que llevaba con él, y pensó que estaban todo lo preparados

que podían estar. Quizá tuviera razón. Y esperaba que así fuera. Pero eso no calmó mis nervios. Porque ahora conocía a Crane. No nos llevaría hasta Jill a menos que tuviera una forma de volver las cosas a su favor.

—No entables conversación con él a menos que sea necesario —dijo Phillips—. Esto es un juego para él. Pero nosotros no estamos en la partida. Lo que queremos es encontrar a Jill.

Asentí con la cabeza. En última instancia, Jill era lo único que importaba.

—Una vez hecho esto, llamamos al equipo forense y nos largamos.

Hart apareció por mi izquierda.

—Señor Raker.

—Inspector jefe Hart.

—¿Estamos listos? —le dijo a Phillips.

—Sí, estamos listos.

—Muy bien. Vamos allá.

Hizo un gesto a uno de los agentes uniformados para que abriera las puertas traseras de la furgoneta. Los dos oficiales armados se colocaron a ambos lados, con las H&K en el pecho apuntando hacia abajo en ángulo con el suelo.

Se hizo el silencio.

Las puertas del Mercedes se abrieron con estrépito.

Aron Crane estaba sentado dentro de la furgoneta. Tenía las muñecas esposadas. Desde nuestra posición era difícil verle la cara, ya que las sombras del interior lo ocultaban. Entonces levantó la cabeza, y el resplandor anaranjado de las farolas y el destello azul de las sirenas de la policía estallaron contra su piel, y quedó congelado por un instante en una erupción de color. Le brillaban los ojos. Recorrió la multitud que tenía delante, buscando a alguien. Y entonces, cuando se detuvo, me di cuenta de a quién.

«El pedazo de mierda me está buscando».

Mientras lo ayudaban a salir de la furgoneta, nuestras miradas se cruzaron. Asintió una vez y luego apartó la mirada. El equipo que se dirigía al callejón se agrupó a su alrededor y empezó a moverse.

Phillips y Hart me acompañaron hacia el grupo, deslizándose detrás de Crane, con el equipo de perros en la retaguardia. Crane miró hacia atrás por encima de su hombro y me localizó enseguida. Esta vez un atisbo de sonrisa se dibujó en su rostro.

Y luego nos dirigimos a las Vías de la Muerte.

74

Al otro lado de la fábrica, todo el mundo se detuvo. Habíamos llegado a la puerta. Nadie había dicho nada por el camino. Habíamos caminado en silencio por los restos derruidos de los edificios y el vertedero de los alrededores. Las linternas de la policía habían oscilado de izquierda a derecha, y durante breves instantes su luz se había reflejado en las ventanas que quedaban en los cascos de la fábrica y en los fragmentos de cristales rotos a nuestros pies. Pero una vez fuera del cemento y de cara al bosque, la oscuridad se hizo más densa y la luz se adentró en la noche para no volver.

Atravesamos la puerta de uno en uno. Crane me devolvió la mirada desde el otro lado y, al resplandor de una linterna que pasaba, volvió a asentir. Phillips se dio cuenta y me miró, como si hubiera habido algún tipo de mensaje secreto entre nosotros. Todo esto funcionaba a la perfección para Crane: estaba creando un conflicto entre personas del mismo bando, y ni siquiera había pronunciado una palabra.

Delante, uno de los perros ladró. Todo el mundo se detuvo.

Phillips se adelantó hacia allí y se unió al adiestrador. Los dos empezaron a hablar mientras el *spaniel* con la correa miraba hacia una franja negra a nuestra derecha. Detrás de mí, el segundo perro, un pastor alemán, miraba en la misma dirección que el *spaniel*, con el hocico hacia delante olfateando el aire. Phillips se dio la vuelta y le dijo a uno de los agentes uniformados que iluminara con su linterna la maleza. Un segundo después, una zona de espesos y enmarañados arbustos se iluminó más allá de dos grandes trozos de roble. No había señales de nada. Solo hierba alta meciéndose suavemente con la brisa y una ligera llovizna atravesando el triángulo de luz de las linternas.

Continuamos.

El bosque estaba increíblemente oscuro. Las copas de los árboles cubrían ya por completo el camino, impidiendo cualquier breve atisbo de luz de luna y cualquier resplandor de las farolas de la calle

a nuestras espaldas. Todo lo que teníamos eran seis linternas —dos delante, dos a los lados, dos enganchadas a las armas— que pasaban de un lado a otro del camino y de lo que crecía en sus bordes. «*Debería haber traído una*», pensé. Una vez más confiaba en otras personas cuando la única de quien debía fiarme era de mí mismo.

Un poco más abajo, uno de los agentes debió ver algo que le devolvía el reflejo. Se detuvo. Unos seis metros más allá, a la luz de su linterna, pude ver la primera de las vías férreas abandonadas, que atravesaba el sendero.

Llevábamos caminando unos diez minutos cuando los perros empezaron a ladrar de nuevo. Los dos esta vez. Volvían a mirar a la derecha, hacia el bosque, con la nariz en esa dirección y los ojos fijos en algo. Tres de los agentes uniformados alumbraron la maleza. Los árboles, las hojas, la hierba y los arbustos se congelaron por un segundo, la lluvia caía ahora con más fuerza.

Phillips se adelantó de nuevo y charló con el mismo adiestrador de antes. Esta vez no había brisa y todos podían oír lo que decían.

—¿Podría ser un animal? —lanzó Phillips.

—Podría ser —respondió, pero no parecía convencido. Los perros estaban tan entrenados que podían oler la sangre humana. Habían estado en el interior de edificios derrumbados y seguido rastros de supervivientes. Podían olfatear drogas, armas y explosivos. No les iba a molestar un erizo. Todos los agentes pensaban lo mismo, y un par de ellos miraron a Crane, como buscando momentáneamente seguridad en sus pensamientos. Ni siquiera se giró hacia el ruido. Se limitó a mirar al frente, hacia la oscuridad.

Un par de agentes que llevaban linternas se apartaron del camino y se internaron en la maleza todo lo que pudieron. La hierba caía bajo sus pies y volvía a brotar a su alrededor. Más allá de los troncos de los árboles, los haces de luz se movían a izquierda y derecha.

—¿Algo? —preguntó Phillips desde el sendero.

—¡Nada! —gritó uno de ellos.

Reaparecieron un minuto después, con el rocío brillando en sus

pantalones y chalecos antibalas. Crane me miró un momento y sonrió.

—¿Tienes algo que decir? —le pregunté.

Todos me miraron, luego a él. Su sonrisa había desaparecido. Había durado lo suficiente para que yo la viera, pero nadie más. La mayoría de los agentes volvieron a mirarme.

—Cálmate, Raker —dijo Hart delante de mí—. Y tú —señaló a Crane—, mantén tus malditos ojos en el camino.

Unos cinco minutos más adelante, llegamos al claro que había encontrado unos días antes. El lugar donde Markham había dejado a Megan para que Crane la encontrara. La lluvia sonaba más fuerte al caer por entre las hojas.

—Plip-plop, plip-plop —empezó a decir Crane. Algunos lo miramos. Tenía la cabeza gacha, las muñecas esposadas juntas delante de él —. Plip-plop, *bang*, plip-plop, *bang*.

Phillips se acercó a él.

—¿Qué has dicho?

Crane levantó la vista.

—¿Perdón?

—¿Que qué has dicho?

—Plip-plop, plip-plop. La lluvia, detective Phillips. Está cayendo fuerte ahora. Será mejor que sigamos o nos empaparemos todos.

Crane observó al grupo. Dos uniformados al frente, las linternas cruzando el camino. Los dos agentes armados a cada lado de él. Ambos adiestradores de perros delante ahora, enmarcados en las linternas. Otros dos uniformados a cada lado, uno de pie en la hierba alta del claro, otro en la linde del bosque. La paramédico a mi lado. Phillips y Hart junto a ella. Entonces sus ojos se posaron en Phillips.

Algo pasaba.

En ese momento, supe que deberíamos haber dado la vuelta y haber regresado por el otro camino. Crane era un asesino y un mentiroso. Confiar en él era un suicidio.

—Espera.

Todos me miraron, incluido Crane. Phillips se enfadó, pero retrocedió un par de pasos en mi dirección.

—¿Qué?

—Esto... —Sacudí la cabeza y miré a Crane—. Esto está mal.

Phillips me estudió un momento sin decir nada. Pero entonces se volvió hacia Crane. Por la expresión de su cara, vi que sentía lo mismo que yo. Pero también vi que no iba a echarse atrás. No ahora. No después de haber firmado todo esto.

—¿Dónde está Jill?

—No está lejos.

—Será mejor que no nos líes, Crane. Si todo esto es una broma, te tiraré por el retrete, lo entiendes, ¿verdad?

Crane sonrió.

—No está lejos —repitió.

Todos volvimos a nuestra posición y continuamos por el camino. Bajo los árboles, la lluvia no era tan fuerte. Caía como una mezcla de gotas intermitentes y llovizna a la deriva, arremolinada frente a nosotros por una suave brisa que resollaba y gemía. A unos cien metros, la radio de alguien crepitó, con un sonido amplificado por el silencio opresivo. Era una de los de agentes especiales. Se llevó la mano al cinturón y ajustó algo en su auricular Airwave. Salvo por la lluvia y el sonido del viento, volvimos al silencio absoluto.

Entonces algo crujió en el bosque a nuestra izquierda.

Todo el mundo se detuvo. Los perros estaban tensos con sus correas, con las narices de nuevo activas, mirando fijamente la oscuridad.

—¿Qué puedes ver? —preguntó uno de los adiestradores. El *spaniel* olfateó el aire y luego volvió a su posición original, preparado para lo que hubiera hecho el ruido. Dos uniformados se acercaron a la linde del bosque y volvieron a alumbrar con la linterna. Otro los siguió unos diez segundos después.

Miré a lo largo de la línea. Un agente armado estaba orientado en sentido contrario, hacia el bosque, al otro lado de donde había llegado el ruido. El otro observaba a los uniformados que

examinaban la zona. Nos habíamos agrupado y me di cuenta de que Crane estaba más cerca de mí de repente. Tan cerca que podría haberlo agarrado por el cuello y haber parado esto antes de que se me fuera de las manos. A mi izquierda, Hart estaba de pie en la hierba al borde del bosque; Phillips, un par de pasos detrás de él, con los ojos fijos en la oscuridad.

Otro ruido.

El agente que estaba mirando hacia el otro lado echó un vistazo por encima del hombro. La paramédico miró también, su chaqueta fluorescente brillando a la luz de las linternas que pasaban. Un adiestrador se adentró en los árboles y el otro lo siguió. En veinte segundos, Crane y yo estábamos prácticamente solos, con la única compañía de los agentes armados. Los demás estaban más allá de la arboleda, con las linternas parpadeando de un lado a otro, o vigilaban en las lindes del bosque.

—¿Recuerdas lo que te dije, David? —susurró Crane. Los ojos de uno de los agentes se dirigieron hacia él. Sus manos se apretaron contra el cañón del MP5. El otro vio el movimiento de su compañero e hizo lo mismo. Les dije a los dos con la cabeza que estaba bien, pero no se movieron. Miraban a Crane con desconfianza—. ¿Que teníamos una conexión?

No respondí, pero en mi cabeza intentaba averiguar de qué se trataba y por qué intentaba entablar conversación conmigo. Estaban en lo profundo del bosque junto a nosotros. Cuando las linternas pasaban en semicírculos, podía ver las siluetas de los agentes aparecer y luego fundirse de nuevo con la oscuridad. Hart sacó el móvil y lo giró en la palma de la mano. Phillips estaba a su lado.

—No debería haber sido tan cruel con tu mujer, David.

Lo miré. «*¿Qué me estás haciendo?*».

—Antes. No debería haber dicho esas cosas de ella.

—Hazte un favor y cierra la puta boca.

Uno de los agentes dio un paso adelante. Lo miré, luego a Crane y me volví hacia el bosque. El haz de luz de una linterna cortaba unos seis metros más allá de la línea de árboles. Un par de segundos

después, volvió a encenderse. Uno de los uniformados maldijo por las pilas.

—Soy igual que tú, David.

Le devolví la mirada. Su rostro estaba en blanco: sin expresión, sin atisbo de humor. Se limitó a sostenerme la mirada. Eché un vistazo a los agentes especiales y me acerqué a Crane.

—Ya te lo he dicho: no somos iguales.

—Claro que sí —respondió, y se detuvo sonriendo—. Me has descubierto. Mi mujer. El bebé que llevaba. Siempre pensé que lo ocultaba bastante bien. Pero supongo que uno debe acostumbrarse a las pérdidas cuando pasa tanto tiempo rodeado de ellas. Estos casos en los que trabajas están llenos de eso. Y, por supuesto, tienes todos esos recuerdos de tu mujer dentro de tu casa. Todas las fotos. Las películas caseras. Su colección de música ahí, en un rincón del salón, intacta.

—Ten cuidado —le advertí.

Miró a su alrededor, con los ojos escrutando la oscuridad.

—Todo lo que digo es que lo entiendo. Te entiendo. Yo perdí a alguien, tú perdiste a alguien. Yo mato, tú matas.

Le dirigí una mirada.

—¿Qué?

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Sé todo sobre ese caso en el norte, David. Y no me refiero a la acogedora imagen que pintaste para la policía.

Miré a los agentes y luego me volví hacia él.

—Oh, *vamos* —dijo, e hizo un sonido de desaprobación. Bajó la voz a un susurro. Los agentes nos estaban estudiando a ambos—. Te vi en las noticias después de lo que ocurrió allí, como todo el mundo. Si pasas suficiente tiempo rodeado de pérdidas, las detectas en otras personas. —Hizo una pausa—. Si pasas suficiente tiempo cerca de la muerte, puedes hacer lo mismo.

—Estás loco.

—Eres un asesino, David. A regañadientes, lo admito. Pero un

asesino al fin y al cabo. Puedo verlo en ti. Puedo leerte igual que tú puedes leerme a mí. Así que tú y yo... somos iguales.

Crane me guiñó un ojo para que solo yo pudiera verlo y retrocedió un par de pasos, acercándose de nuevo a los agentes. Por encima del sonido del bosque y del susurro en el que había estado hablando, les habría resultado difícil oír algo. Pero sabían que algo pasaba.

—No te preocupes —continuó, guiñando de nuevo un ojo—, tu secreto está a salvo conmigo. Pero tal vez quieras intentar recordar lo que se siente al, ya sabes... —Hizo una señal de pistola con una de sus manos y simuló dispararla—. Tal vez quieras volver a familiarizarte con ello, es todo lo que digo.

Lo miré. «*Puede que quiera volver a familiarizarme con disparar un arma».*

—¿De qué estás hablando? —volví a preguntar, pero no respondió, y del bosque salieron los equipos de búsqueda. Habían acabado. Phillips nos miró con desconfianza en el rostro, y entonces todos regresaron a sus posiciones—. Phillips, espera.

Me miró fijamente.

—*¿Y ahora* qué?

—Tenemos que volver.

—¿Por qué?

Miré a Crane. Me observaba fijamente, con el rostro inexpresivo.

—Tiene un plan. Algún tipo de plan jodido. No sé lo que es, pero alguien va a salir herido.

Phillips nos miró y luego a Hart. Hart me miraba fijamente, como si creyera que era yo quien tenía el plan.

—¿Qué te ha dicho?

—Algo sobre que necesito disparar un arma.

—¿Qué?

—Son acertijos. Solo un montón de... —Volví a mirar a Crane. Cualquier expresión había desaparecido de su cara. La había limpiado—. Mira, sé que sientes lo mismo: todo esto está fuera de

lugar. Estamos cayendo en una trampa, y hasta que descubramos cuál es, creo que tenemos que volver.

Phillips observó al grupo. Todo el mundo lo miraba a él o a mí, y yo sabía que no íbamos a darnos la vuelta. Puede que tuviera los mismos instintos que yo, pero esto era un reto para su toma de decisiones. Su planificación. Su posición. Si se echaba atrás ahora, decía a todos los presentes: «*Tomé la decisión equivocada*».

—Seguimos adelante —dijo en voz baja.

—Esto es un gran error, Phillips.

—*Raker* —me espetó—, aquí no mandas tú. No tienes opinión. No tienes elección. Sigues *mis* órdenes, y eso es *todo*. ¿Está claro?

—Esto es un error.

—¿Está *claro*?

Aquello formaba parte del espectáculo. No merecía una respuesta. Creía exactamente lo mismo que yo, sentía que algo no iba bien igual que yo, pero lo pasaba por alto para salvar las apariencias. Dejé que mi silencio quedara ahí, entre nosotros, y entonces el grupo reanudó la marcha.

Phillips se volvió de nuevo hacia Crane.

—¿Dónde está Jill, pedazo de mierda?

—No está lejos.

—Dijiste eso hace medio kilómetro.

—Lo digo en serio esta vez.

La lluvia empezó a golpear las copas de los árboles. A medida que avanzábamos por otro trozo de vía férrea oxidada, el viento también arreciaba, soplando desde nuestra derecha. Las hojas se rompieron. La hierba se balanceaba. Aproximadamente un minuto después, una de las linternas alumbró un trozo de hierba, enroscada y retorcida alrededor del tronco de un ficus sicomoro. Parte de ella se había desprendido y se movía, emitiendo un suave suspiro como una voz. Vi cómo algunos del equipo dirigían sus luces hacia él, como si creyeran haber oído hablar a alguien. Pero era solo aquel lugar. Los secretos enterrados. Las vidas perdidas.

Entonces una de las linternas pasó junto a una forma a unos

veinte metros por delante de nosotros.

La luz retrocedió: era una de las cajas del escondite. De un metro y medio de lado. Con letras cirílicas impresas en el lateral. Se encontraba en un claro ovalado a la derecha del sendero, donde el bosque se desviaba y volvía a acercarse más abajo. Todos nos detuvimos.

—¿Qué es eso? —lanzó Phillips.

—*Eso* —respondió Crane— es Jill.

75

Todos se quedaron mirando la caja y se dieron cuenta de que había llegado el momento. Para lo que habíamos venido al bosque. Entonces Phillips empezó a organizar las cosas: dijo a uno de los agentes especiales, a un adiestrador, a dos uniformados con linternas y a la paramédico que lo siguieran. Hart también se unió al grupo. Los demás nos quedamos quietos.

Miré a Crane y me acerqué a él por si intentaba huir. Sentía cómo el miedo se abría paso en mi pecho. «*¿Para qué nos has traído aquí, gilipollas asesino?».* Ahora estaba casi de perfil, observándome, con las comisuras de los labios torcidas en un esbozo de sonrisa.

Excepto que no me estaba mirando en absoluto.

Cuando di un paso adelante, pude ver que su cuerpo estaba de frente, pero sus ojos estaban fijos en el bosque a nuestra derecha. Seguí su línea de visión. La oscuridad era densa. El resplandor apagado de la linterna más cercana había iluminado la zona inmediata al borde de los árboles. Más allá de eso, sin embargo, no podía ver nada. Ningún movimiento. Ni sonido. Nada que justificase su atención.

La calma se vio perturbada de nuevo por la voz de Phillips. A dos metros de distancia, y con la lluvia arreciando a cada minuto, era difícil distinguir con claridad sus palabras. Pero él iba alrededor del grupo, diciéndole a cada uno lo que quería de ellos.

Me aseguré de que Crane no se había movido. Sus ojos seguían observando el bosque a su derecha, así que me puse a su altura. Notó que entraba en su campo de visión. La sonrisa desapareció. Parecía que intentaba decidir si había revelado algo.

—¿Algo que quieras compartir? —le pregunté.

Volvió a sonreír.

—Solo disfrutando del espectáculo, David.

Se volvió hacia lo que tenía delante y vimos cómo Phillips y su equipo se ponían los guantes de forense. Phillips se acercó a la caja. Colocó los dedos alrededor de la tapa. Asintió una vez a todos los

que lo miraban y fue a levantarla. No se abrió. Miró de la tapa a Crane. Intentó levantarla de nuevo.

Nada.

Los ojos de Crane se desviaron brevemente hacia la derecha y luego volvió a mirar a Phillips. Hart y él estaban examinando la caja, intentando averiguar qué impedía que se abriera.

—Agente —le dije a uno de los uniformados que sostenía una linterna. Me miró—. ¿Podrías iluminar con tu linterna el bosque de allí?

Crane frunció el ceño.

—¿Por qué?

Miré a Crane. Me miraba fijamente, con rostro estoico.

—Solo un segundo.

El agente era joven, de unos veinte años. Probablemente le gustaba el hecho de que yo estuviera allí porque significaba que él ya no estaba en el final de la cadena de mando. Sacudió la cabeza.

—No. Hago lo que el inspector jefe Phillips me dice, no tú.

El agente miró hacia el grupo. Desafiante.

El otro agente especial estaba detrás de mí. Me dirigí hacia él.

—¿Puedes hacer que dirija la linterna hacia el bosque?

—¿Por qué? —respondió.

El agente se volvió hacia nosotros.

—Porque a Crane le importa una mierda lo que está pasando ahí —dije, señalando con la cabeza al grupo de la caja—. Pero no puede apartar la vista del bosque.

Miraron de mí a Crane, luego al bosque. Crane no los miró a los ojos. Tenía la vista fija en el sendero, observando cómo Phillips, Hart y los dos uniformados intentaban apartar la tapa de la caja. Sonó un crujido y —más allá de la caída de la lluvia— Hart dijo algo. La tapa se había movido.

El agente especial me observó un momento, con el MP 5 colgando en diagonal de su cintura.

—De acuerdo —dijo, y miró al agente—. Haz lo que dice.

Crac.

La tapa se había desprendido. Todos retrocedieron, dejando a Phillips solo. Colocó las dos manos a ambos lados de la tapa, la levantó y la dejó caer sobre el camino con un golpe sordo. El grupo se acercó a la caja y miró en su interior.

—¡Está vacía! —oí gritar a Hart desde la caja.

Y entonces el agente iluminó con su linterna el bosque.

A unos cuatro metros estaba el Árbol de la Horca, el característico roble en forma de T que había visto en fotografías en Internet, y el lugar donde Milton Sykes había construido una casa en un árbol cuando era niño. Atada al tronco estaba Jill. La había atado y amordazado. Le habían atado una cuerda a la garganta, inmovilizándola contra la corteza, y un trozo semicircular de piel le colgaba de la parte superior de la cara. Tardé dos o tres segundos en darme cuenta de lo que era: su frente. El colgajo de piel cubría un ojo; el otro estaba cerrado. Tenía moratones por todas partes: en la cara, en los brazos, alrededor de la clavícula. Su ropa —unos vaqueros y un jersey fino de manga larga— estaba empapada de sangre y agua de lluvia, y su jersey roto dejaba al descubierto su vientre. Garabateado en su piel con tinta negra estaba «*8,5*».

Phillips corrió hacia nosotros, con los ojos fijos en Jill, y me dijo que me contuviera. Yo quería llegar a ella. Quería arrancarla del árbol y destrozar a Crane por el camino. Ahora él estaba completamente de cara a mí, de espaldas a ella. Al final no pude esperar más: pasé junto a él, a un metro de la línea de árboles, sin poder apartar la vista del cuerpo atado al árbol.

—¿Qué coño has hecho? —dije.

—No me dio tiempo a acabar con ella —respondió con voz seria desde detrás de mí, llevándose las muñecas esposadas a un lado de la cabeza para rascarse una mancha junto al ojo—. Así que la llamaremos ocho y medio. Me habría gustado tener tiempo para arreglar su terrible piel. Pero, aunque normalmente prefiero terminar mi trabajo, aceptaré a esta por lo que es. —Hizo una pausa. Sus ojos se desviaron hacia el bosque que había detrás de mí—. Un marcador.

Un segundo después cayó al suelo.

Fnip. Fnip.

A mi derecha, la cabeza del agente especial estalló en una lluvia de sangre. Su arma salió despedida hacia un lado, cayendo con un ruido sordo en la hierba. *Fnip*. A su lado, el agente cayó, con una herida de bala que le estalló en el pecho, cerca del corazón. Me tiré al suelo. Rodé hacia la hierba en la línea de árboles opuesta.

«Joder. Es una trampa».

Por detrás de donde yo estaba, dos hombres con pasamontañas salieron del bosque. Junto a la caja, el agente especial levantó su MP 5. *Fnip*. Otro uniformado se desplomó, cayendo contra la caja y aplastándola bajo él. *Fnip*. Otra persona. Tal vez Hart. No pude decir nada más.

El agente empezó a disparar.

Fue un ruido atronador, que atravesó el bosque y se hizo eco. Los dos hombres se pusieron a cubierto, entre los árboles y los arbustos. El agente quedó al descubierto.

Un hombre contra la oscuridad.

Agarré el MP 5 que yacía en el suelo junto al agente muerto y me escapé hacia el otro lado del sendero, donde Jill volvía a estar camuflada por la noche. *Fnip. Fnip*. Las balas golpeaban el camino cerca de mis pies. Mi cuerpo trató automáticamente de evitarlas, y el movimiento me desequilibró: avancé a trompicones, golpeando con fuerza la maleza más allá de la línea de árboles. Una fracción de segundo después, otra bala impactó en un árbol a unos quince centímetros a mi izquierda. La corteza se astilló, llenándome de polvo mientras intentaba adentrarme en la oscuridad.

Fnip. Fnip. Fnip.

Alguien gritó. Una mujer.

La paramédico.

Fnip.

Cerca de mí, el sonido de un cuerpo golpeando la hierba. Luego, los ladridos de los perros. No estaba seguro de quién seguía en pie y quién estaba ya muerto. Los disparos del MP 5 estallaron, breves

destellos de luz iluminaron el camino. Pude ver a Crane tirado en el suelo. Cuerpos esparcidos a su lado. Linternas en el suelo, una hacia el sendero y otra hacia el lado del bosque en el que estaban los hombres.

Y justo en el borde de su luz: una forma.

Estaba agazapado detrás del tronco de un árbol. Cambiando de posición. El agente especial no lo alcanzaría desde allí. Ni siquiera lo vería.

Pero yo sí.

Acerqué despacio el MP 5 a mi hombro. Lo pegué contra mi cuerpo. El dedo alrededor del gatillo. Me rodeaba una oscuridad aceitosa, tan espesa como el interior de una tumba. Pero, en cuanto disparara, delataría mi posición. Tenía que hacerlo bien.

Apunté.

Concentrado.

Pensé en mi padre enseñándome a disparar armas. En él corriendo por el bosque detrás de nuestra granja conmigo cuando era adolescente. Disparando con una réplica de una Beretta a blancos que había montado.

«Concentrado».

Apreté el gatillo.

El ruido fue inmenso. Crujió en el camino segundos después de que la bala le atravesara la cara. De un lado a otro. En la periferia de la luz, pude ver un destello rojo. Y entonces cayó. Se desplomó sobre su costado. Mitad en el bosque, mitad en el camino.

Me puse en pie y eché a correr.

Fnip. Fnip.

Las balas golpean el espacio detrás de mí. Rocé un árbol con el hombro, incapaz de distinguirlo mientras me alejaba de las dos linternas del sendero. Luego me golpeé con otro y casi me desmayo. Volví a caer entre la maleza.

Silencio.

Nada. Solo el suave golpeteo de la lluvia contra las copas de los árboles. Mis pensamientos se aceleraban. ¿Se escucharían los

disparos desde la carretera? ¿Cuánto tardarían en llegar los equipos de apoyo? Habíamos tardado treinta minutos en llegar hasta allí. Eso significaba probablemente la mitad en una carrera. Me di la vuelta. La hierba y las ramas caídas crujían bajo mis pies.

Al otro lado de la arboleda, a unos diez metros en diagonal hacia mi derecha, había otro agente muerto. Su linterna apuntaba hacia él, muy cerca de su cara. La luz le enrojecía la piel y la sangre de la boca aún más. Más allá, más arriba en el sendero, estaba lo que quedaba de la caja, solo una vaga forma contra la noche. Pude ver a otro agente muerto tumbado a su lado. De vuelta por donde había venido, Crane seguía en el suelo. No se había movido. Significaba que el último agente especial seguía vivo, o que el asesino que quedaba no estaba seguro. Si lo supiera con certeza, Crane se levantaría y se iría.

Movimiento.

Frente a mí, al otro lado del sendero, al otro lado del bosque. Entrecerré los ojos en la oscuridad. Nada. Solo la línea de árboles y las franjas negras más allá.

Pero entonces llegó de nuevo.

Más movimiento.

De repente, estalló un tiroteo en dirección a la caja y toda la zona se iluminó. Los cuerpos en el camino. Jill atada a un árbol, más atrás en la dirección por la que habíamos venido. La caja en el suelo del camino. El agente especial, MP 5 al hombro, disparaba hacia el espacio en el que yo había visto movimiento. Y el origen del movimiento: el otro asesino, oculto tras un árbol, mirando en mi dirección.

Nos mirábamos el uno al otro.

Y su arma me estaba apuntando.

Me agaché —tarde— cuando dos balas atravesaron el sendero e impactaron contra el árbol que había detrás de mí. Había fallado por dos centímetros. A través de la maleza, desde mi posición, lo vi por un segundo. Y luego desapareció. El agente había dejado de disparar.

Las Vías de la Muerte estaban completamente a oscuras.

No había más sonido que la lluvia.

Me incorporé despacio y me desplacé de lado, moviéndome de espaldas, arrastrándome por la maleza lo más rápido y silencioso que pude. Después de unos tres metros, mi brazo chocó contra un árbol. Me detuve. Me subí el MP 5 al hombro y miré en dirección al hombre.

Clic.

El agente especial estaba recargando. Ahora estaba más cerca de la caja, podía oír el suave sonido del cargador al volver a colocarse en el arma. Un breve momento de silencio.

Luego, más disparos.

Las balas del agente impactaron en el árbol que el hombre utilizaba como cobertura. Pero estaba protegido. Su tapadera era buena.

Excepto que había cometido un error.

Seguía mirando hacia la misma posición en la que yo había estado antes. En cuanto el MP 5 iluminó el bosque, disparó dos veces al espacio donde yo había estado. Pero yo no estaba allí. A través de las mirillas pude ver su pasamontañas, los ojos asomando: un momento de vacilación al darse cuenta de que yo estaba en otra parte. Oteó el bosque, moviéndose a la izquierda por el borde del sendero. Luego, sorpresa al ver mi posición a unos diez metros de él.

Apunté. Concentrado.

«Al blanco».

Disparé.

Su cabeza estalló, salpicando de sangre el árbol, y su cuerpo cayó de espaldas contra el suelo del bosque. No hubo sonido. Por el rabillo del ojo, vi que el agente especial miraba en mi dirección y asentía con la cabeza. Sabía que yo estaba allí. Había seguido mis movimientos desde la primera vez que disparé. Le asentí. Ambos nos dimos cuenta de que me había utilizado. Me había dado suficiente luz y tiempo para disparar y confiaba en que daría en el blanco. Yo

no era un tirador experto. Con menos tiempo para alinear el tiro, podría haber fallado. Pero sabía lo suficiente como para acertar a dos blancos inmóviles que no me habían visto antes. Tal vez sabía lo que podía hacer. Tal vez había leído lo que la policía tenía archivado sobre mí. O tal vez se había arriesgado. En cualquier caso, había funcionado.

Sentí un movimiento a mi izquierda. Me giré.

Crane estaba de pie, corriendo.

Fui tras él, agachándome para recoger la linterna que yacía junto a la cara del agente muerto. El hedor quemado y nauseabundo de los disparos recorría el sendero, y en el aire se percibía el sabor de la sangre, denso y fresco. Crane me devolvió la mirada y se desvió a la derecha, hacia el bosque. Lo seguí. Alumbré con la linterna delante de mí y lo vi a unos cuatro metros por delante, con el corazón latiéndome en los oídos y las manos engrasadas de sudor y lluvia. Intentaba poner distancia entre nosotros. Trataba de alejarse. Intentaba perderme y desvanecerse en la noche. Pero, sin una linterna, el bosque era como un laberinto.

Un segundo después, cayó.

De la noche surgió un enorme roble que brotaba de la oscuridad como un muro de madera. Lo rozó con el hombro al ir a esquivarlo. Tropezó. Se cayó a su izquierda. Cuando intentaba levantarse, una zarza se agarró a su pie, saliendo del suelo del bosque. Se tambaleó hacia delante y se desplomó, golpeándose con fuerza contra el suelo; el aire se le escapó de los pulmones y sus muñecas, que seguían esposadas, quedaron atrapadas debajo de su cuerpo. Se dio la vuelta, mirando hacia arriba, con su aliento condensándose en el aire frío delante de su cara.

Por un momento, no pudo enfocar. Levantó la mirada en mi dirección, pero ligeramente desviada hacia un lado. Luego movió la cabeza de izquierda a derecha, sus párpados se agitaron y se recompuso. Sus ojos azules se fijaron en mí. Le iluminé con la linterna, apuntando hacia un lado de su cara, para que pudiera verme con la mayor claridad que permitía la oscuridad del bosque.

—¿Quiénes eran? —pregunté.

—Los rusos. —Tosió y sonrió con los dientes manchados de sangre y saliva—. Tenían miedo de lo que pudiera verme obligado a contar a la policía. Pueden llegar a mí en la cárcel. Pero no pueden llegar a mí en una comisaría. Así que hice un trato.

—¿Un trato?

—El Fantasma necesita que le arreglen la cara otra vez. Está paranoico. Piensa que la policía le está cercando todo el tiempo. —Hizo una pausa y se pasó la lengua por los dientes—. Así que le dije a su gente que si me sacaba de esta, podría retrasar a la policía y le haría la cara a Gobulev gratis.

—¿Se trata de un *lifting*?

—No, David —dijo—. Se trataba de protección. ¿Tienes idea de lo valioso que soy para la policía? ¿Tienes idea de cuánto he *visto*? Los rusos estaban asegurando su posición. Y, de todas formas, ¿cuántos cirujanos plásticos crees que hay en este país dispuestos a trabajar para personas como Gobulev? —Se calló un segundo—. Soy el testigo estrella. Soy la clave. Soy *Dios*.

Un hilillo de sangre escapó de sus labios y corrió por su cara. Levantó la mano con las muñecas esposadas y la apartó. La sangre corrió por la cicatriz de su barbilla.

—¿Cómo lo sabían? —le pregunté.

—Digamos que, cuando pedí una llamada, no contacté con mi abogado.

Mientras miraba fijamente a Crane, una ráfaga de viento nos azotó, atravesando hierba, arbustos y hojas, tan frío como una capa de hielo. Un suave susurro siguió su estela; un ruido lejano como una voz que se repite una y otra vez.

Desde el suelo, Crane me estudió.

—Puedes sentirlo.

—No siento nada.

—Pero sabes de lo que te hablo. —A la luz de la linterna, sus ojos se abrieron de par en par con deleite, recorriendo mi cara de un lado

a otro—. Este lugar tiene un poder. Todos los secretos, las mentiras, la muerte, la destrucción. Deja huella.

—Ya está —dije en voz baja.

Él sacudió la cabeza.

—Todavía no he terminado, David.

Lo miré, lo estudié, sus ojos centelleando en el sutil resplandor de la luz de las linternas. Acerqué el MP 5 y lo coloqué contra su cabeza. Sus ojos se cruzaron por un momento, centrándose en el cañón sobre sus ojos. Luego volvió a mirarme.

—Somos iguales —susurró.

Mis dedos tocaron el gatillo. Mi mano izquierda apretó el cañón. La culata se me clavó en el hombro. Toda esa miseria. Todo ese dolor. Si apretara el gatillo, nadie lloraría por él. Nadie lo echaría de menos. Estaría enterrado en un cementerio en algún lugar sin nadie junto a su tumba. Si apretaba el gatillo, nadie lo lloraría.

—Somos iguales, David.

Pero, si apretaba el gatillo, tendría razón.

Aparté el MP 5 de su cara y lo arrojé a la maleza detrás de mí. Su expresión cambió. Pensaba que aún tenía el control, incluso mientras miraba por el cañón de la pistola. Pensaba que éramos iguales. Pero nunca lo seríamos.

Ni ahora ni nunca.

—Tenías razón sobre mí —le dije en voz baja—. He matado. Pero lo hice para sobrevivir. Lo hice porque la alternativa era morir yo mismo. Y no ha habido un solo día, ni uno solo, en el que no haya deseado haberlo hecho de otra manera, aunque las personas a las que hice daño eran hombres como tú: hombres que no sienten nada cuando quitan una vida. No ha habido un solo día en el que no piense en lo que he hecho. Así que puedes cazarme, torturarme e intentar matarme. Y un día, quién sabe, quizá uno de vosotros lo consiga. —Me agaché, lo agarré del cuello y tiré de él para ponerlo en pie—. Pero *nunca* digas que somos iguales. Porque nunca me entenderás. Nunca sabrás quién soy. Y nunca seremos lo mismo.

Y luego llevé a Aron Crane de vuelta a través de la oscuridad de

las Vías de la Muerte.

76

Tres semanas después, la policía seguía intentando desentrañar la mentira que era la vida de Aron Crane: su mujer, su hijo, sus víctimas, sus razones. Las seis mujeres que había dejado flotando en formol estaban allí como referencia. Podría haberlas enterrado en el suelo como Milton Sykes, pero a medida que se acercaba el momento de operar a Megan, necesitaba poder recordar los problemas que había encontrado durante la operación y los errores que había cometido por el camino.

Para empezar, al igual que cuando fue detenido por primera vez, se negó a hablar. Pero al final se abrió un poco. La policía trajo al mejor psicólogo que pudo encontrar y le sacó algunos detalles a Crane. Pequeños detalles, como que empujó a Phedra Crane del entarimado de la parte superior de su casa. Sea cual fuere su razonamiento, el psicólogo no consiguió despertar ninguna emoción en Crane en el momento en que se inclinó sobre la barandilla y miró a su esposa muerta, embarazada de su hijo; cualquier señal de que la echaba de menos o lamentaba lo que había hecho. Los enterró en el bosque, y en todo el tiempo que la gente intentó romperlo, resultó ser la única grieta en su armadura. La única manera de hacerle hablar. Puede que Crane fuera un muro de silencio, pero Phedra era el pequeño agujero que nunca se sellaría.

Se declaró culpable de asesinar a las seis mujeres que conservó en formol, matar a Susan Markham y secuestrar a Megan, Jill y Sona, pero no dijo prácticamente nada durante el juicio, salvo confirmar su nombre. Tras cuatro días, el jurado lo declaró culpable y se le impusieron siete cadenas perpetuas, de cumplimiento simultáneo. Yo veía las noticias todos los días durante ese tiempo, esperando encontrar un destello de egoísmo o verlo sonreír a los miembros del jurado mientras relataba las cosas horribles que había hecho. Pero los periodistas siempre lo describían como apagado, y al cabo de un tiempo me di cuenta de que sin su proyecto, sin la oportunidad de pasar de una etapa a otra, ya no le quedaba nada.

Cuando ni siquiera era capaz de expresar arrepentimiento por lo que había hecho a su mujer y a su hijo, era obvio que no había profundidades ocultas en él. Nada más bajo su maquillaje. Sin control ni poder, no existía Aron Crane.

Una vez concluida la búsqueda en las Vías de la Muerte, un equipo forense más reducido recorrió el lugar de enterramiento que había descubierto Crane para recuperar lo que quedaba de las trece mujeres que Milton Sykes había asesinado. Encontraron a doce. En la decimotercera tumba había huesos de animales, pero no restos humanos. Incluso antes de que un antropólogo se hubiera acercado a los cadáveres, sabía cuáles serían sus conclusiones. Sykes conocía el bosque mejor que nadie: los pequeños barrancos, los senderos, los claros, los escondites. Había vivido junto a él toda su vida. Crane había tenido suerte al encontrar a las doce mujeres indias, pero dentro de esas veinte hectáreas, atada a las raíces del lugar, Jenny Truman permanecería oculta. Y, mientras ella permaneciera oculta, tal vez siempre habría una sensación extraña en aquellos caminos. La sensación de que algo intentaba escapar, salir de la tierra y encontrar por fin la paz.

La investigación sobre la delincuencia organizada rusa continuó tras la condena de Crane, y la policía lo visitó con frecuencia en prisión en los meses posteriores, tratando de construir un caso. Nadie ajeno al equipo especial sabía hasta qué punto Crane estaba dispuesto a jugar o cuánto sabía en realidad, pero un par de personas me contaron que el servicio penitenciario había desplegado un destacamento de protección no oficial por consejo de la policía —para evitar que le hicieran daño a Crane dentro de la prisión— y que estaban más cerca de Akim Gobulev de lo que nunca habían estado.

Tal vez fuera cierto. Pero la mayoría de los días esperaba que la policía recordara el sacrificio que habían hecho para llegar hasta allí. Seis mujeres muertas, incluyendo a Leanne. Tres más —Megan, Sona y Jill— afortunadas de estar vivas. Susan Markham. Y luego la propia mujer y el hijo de Crane.

Al final, fui a visitar a Jill a su casa. Todavía llevaba un grueso vendaje en la parte superior de la frente, donde los cirujanos le habían cosido la piel al cuero cabelludo. Pero por lo demás tenía buen aspecto. Contusiones mínimas. Pocos daños visibles. Preparó café mientras yo me quedaba en la puerta de la cocina escuchando su descripción de la noche en que el hombre que creía que era Aron Crane había venido a por ella.

Mientras hablábamos, jugaba con el colgante de san Miguel que llevaba al cuello y de vez en cuando echaba un vistazo a las fotografías de su marido que nos miraban desde la repisa de la chimenea. Vi mucho de mí mismo en ella en ese momento: tenía que recordarse una y otra vez que la única persona en la que podía confiar, en la que más podía confiar en este mundo, se había ido para siempre. Y, mientras salía de su casa y me dirigía a mi coche, me di cuenta de que, después de lo que Crane le había hecho, podría pasar mucho tiempo antes de que adquiriera la distancia suficiente para volver a confiar.

***

Megan fue dada de alta al mismo tiempo que Jill. Había sufrido golpes y magulladuras, pero el bebé estaba bien. James y Caroline Carver la recogieron en el hospital, llorando entre una multitud de fotógrafos mientras la acompañaban de vuelta al coche. Pronto Megan también lloró. Les dijo que lamentaba los secretos que había guardado y que lamentaba haber creído a Daniel Markham. Cuando llegaron a casa, las lágrimas cesaron durante un rato mientras los Carver le contaban a su hija todo lo que había sucedido durante su ausencia. Después subieron a su hija embarazada a su dormitorio y los Carver —James, Caroline y Megan— pasaron diez minutos en el borde de la cama, abrazados, mientras Leigh jugaba en el suelo junto a ellos.

Megan dio a luz a una niña una semana antes de lo previsto. La llamaron Faith. Nunca conocería a su padre y, teniendo en cuenta todo lo que había hecho, quizá fuera lo mejor. Pero, algún día,

Megan podría contarle las cosas que había tenido que soportar para traer a su hija al mundo, y cómo había merecido la pena cada momento de duda y miedo que había experimentado por el camino.

La familia Healy enterró finalmente a Leanne el 3 de noviembre. Fue una gran ceremonia católica en una enorme iglesia cerca de su casa en Saint Albans. La parte irlandesa de la familia voló desde Cork, llenando los pasillos en la parte delantera, y los amigos de Leanne llenaron el centro. Me senté al fondo, junto a Phillips, el superintendente jefe Bartholomew y un par de miembros más del equipo especial que había ayudado a Healy, en aquellas primeras semanas tras su desaparición, a intentar encontrar a Leanne.

Hasta el tiroteo en el bosque, Healy no habría querido a Phillips allí, y Phillips no habría ido. Pero la bala que Phillips había recibido en la pierna, y las heridas que Healy había recibido en el pecho, tenían algo en común. Además, Phillips había aceptado presentarse como testigo de carácter de Healy en su vista de revisión. Fue un gesto egoísta en muchos sentidos, como una forma de evitar que Healy hablara públicamente de todo lo que el equipo especial había mantenido oculto. Pero Phillips estaba muy bien valorado y sería bueno para Healy tenerlo allí. En el velatorio posterior, hablaron incómodamente durante un rato —Phillips se dio de baja por enfermedad durante un mes; Healy fue suspendido indefinidamente a la espera de una revisión por parte de la dirección del Departamento de Normas Profesionales— y luego Phillips se marchó cojeando con muletas y regresó a Londres.

La mayoría de los que nos acompañaron esa noche no tuvieron tanta suerte. Jamie Hart había pasado sus tres primeros días conectado a un respirador artificial después de que una bala le perforara un pulmón y se alojara en su garganta. Cuarenta y ocho horas después, su mujer decidió apagar la máquina. También habían muerto tres agentes uniformados, y la paramédico falleció al llegar a Whitechapel. El agente especial que me había proporcionado cobertura había recibido un disparo, pero sobrevivió, al igual que

uno de los adiestradores. Puede que Aron Crane no disparara las armas, pero fue responsable de un baño de sangre.

Cuando el sol empezó a caer en el cielo, abandoné el velatorio y volví caminando por el parque Verulamium hasta mi coche. Al arrancar el motor, levanté la vista y vi a Gemma Healy acercándose a mi BMW por el césped. Tenía cuarenta y tantos años, pero los llevaba bastante bien: pelo oscuro, complexión menuda, pequeñas arrugas que salían de sus ojos verdes y una fuerza y seguridad en sus movimientos que sugerían que había conocido el dolor y lo había manejado mejor que su marido. Por un momento, pensé que se dirigía a la iglesia. Pero luego siguió hacia mí y esperó mientras yo bajaba la ventanilla.

—Hola —dijo en voz baja. También tenía acento irlandés, más fuerte que el de su marido—. No nos conocemos, pero sé quién eres.

Sonreí.

—No estoy seguro de si eso es bueno o malo.

—Es bueno —respondió ella, y logró esbozar una sonrisa—. Solo quería darte las gracias por lo que has hecho. Por mi marido. —Hizo una pausa y se corrigió—. *Ex*marido.

—No lo entiendo.

—Te necesitaba. Necesitaba a alguien fuerte que frenara sus excesos. No sé lo que encontraste en ese lugar, y no *quiero* saberlo. Pero estuve casada con Colm el tiempo suficiente como para saber que, para poder llevarlo allí, para poder contenerlo, tuviste que ser lo bastante fuerte como para enfrentarte a su arrogancia, su ira y su resentimiento. Y, como te puedo decir por experiencia personal, eso cuesta.

Asentí con la cabeza, sin saber muy bien qué responder.

—Así que gracias —añadió en voz baja.

Se dio la vuelta para irse y, mientras lo hacía, apagué el motor. Me miró con el ceño fruncido y los ojos recorriendo mi cara de un lado a otro.

—¿Te ha dicho alguna vez por qué lo hizo?

Ella sabía lo que quería decir. Inconscientemente, se llevó la mano al punto de la cara que él debió haber golpeado y lo rozó con un par de dedos. Luego sacudió la cabeza.

—No fue por la aventura que tuviste —dije, y vi cómo un leve rubor coloreaba sus mejillas—. Fue por el hecho de que pensaba que todo el mundo le había dado la espalda.

—Aun así, no debería haberlo hecho.

—Totalmente de acuerdo.

—Y no puedo perdonarle.

Le hice saber que yo también lo entendía.

—Sé por qué te alejaste de él. Incluso sé por qué hiciste lo que hiciste. Pero el aislamiento que sentiste antes de tomar esa decisión, eso es lo que él sintió en esos últimos meses. Eso es lo que sentía cuando buscábamos a tu hija. Le odiabas. Leanne le odiaba. Tenía un caso que lo consumía por completo. Pero lo reprimió y lo mantuvo dentro, y algo tenía que ceder. No digo que esté bien, solo digo que, si sentías que te había dado la espalda, entonces creo que él podría haber sentido lo mismo.

Me estudió, pero no dijo nada.

—Lo siento —dije—. Esto no es asunto mío.

—No —dijo, y levantó una mano delante de ella—. No pasa nada. Yo solo... El Colm del que me hablas no es el Colm que he llegado a conocer en el último año.

Le dije que lo entendía y arranqué el coche.

Gemma me estudió, como si estuviera a punto de preguntarme algo, pero luego giró sobre sus talones y empezó a alejarse. Al cabo de unos cinco pasos, se detuvo y volvió a mirarme.

—¿Cuánto tiempo se tarda? —preguntó suavemente.

La miré, sus ojos brillaban en la penumbra del atardecer. Healy me había hecho la misma pregunta dos días antes, y me pregunté por qué ambos pensarían que yo tenía la respuesta. Tal vez aún llevaba conmigo una tristeza, una mancha en el tejido de mi piel. O tal vez vieron débiles signos de esperanza, de recuperación. Un hombre que

había atravesado la oscuridad y estaba de pie en la luz en el otro extremo.

—En algún momento te despides de ellos —le contesté, mientras el sol desaparecía tras un bosquecillo de árboles a nuestras espaldas —. Pero la verdad es que... nunca los dejas ir.

77

El sonido de la ducha me despertó a las seis y media. Mientras me revolvía con lentitud, me tumbé bocarriba y miré al techo, con el vapor saliendo por la puerta del baño parcialmente abierta. La cama estaba vacía y la habitación, fría. Levanté el edredón y me di la vuelta, estudiando la fotografía de Derryn que tenía en la mesita auxiliar. Conocía bien cada centímetro de su cara: la forma de sus ojos, la manera en que su boca se torcía cuando sonreía, el dibujo de sus pecas, la curva de su cuerpo. Junto al marco había un café solo, con vapor saliendo de la taza.

La ducha se detuvo.

Me senté, le di un sorbo al café y miré por el hueco de la puerta. El ruido de la mampara de la ducha al abrirse. Un brazo extendido para coger una toalla. Un lado de un cuerpo, gotas de agua recorriendo la piel, trazando la cintura y las caderas.

Fuera, la lluvia golpeaba contra la ventana.

Volví a mirar la foto de Derryn y luego me acerqué a la ventana. Las primeras pinceladas del día atravesaban una mancha de nubes más allá de las casas de enfrente. Me puse unos calzoncillos y vi cómo uno de mis vecinos llenaba su coche de trastos. Cuando terminó, su mujer bajó hasta él, lo besó y lo vio salir y desaparecer por la carretera.

—Buenos días.

Me di la vuelta. Liz estaba de pie mirándome, con una toalla a su alrededor, el pelo oscurecido por el agua y pegado a uno de sus hombros como una gruesa cola.

—Buenos días —dije sonriendo, y levanté el café—. Gracias.

—De nada. —Se acercó a mi lado de la cama y se sentó en el borde. Me senté a su lado—. ¿Cómo te encuentras? —preguntó.

La miré. Parpadeó, un poco de agua se deslizó desde su cabello y corrió por su mejilla.

—Bien. ¿Tú?

Ella asintió.

—Siento haberte despertado tan temprano.

—¿Tienes que ir hoy al juzgado?

—No —dijo ella, sus ojos recorriendo mi cara—. Voy a Warwick a ver a Katie otra vez. La semana que viene se reunirá con un banco de inversión para hablar de un programa de postgrado. Le daré la vieja charla de madre a hija y luego probablemente iremos a Birmingham de compras.

—¿Tienes ganas de volver a verla?

—Muchas.

Recordé las fotografías de ellas que había visto en casa de Liz. Katie se parecía mucho a su madre. También era guapa, pero con el pelo aún más largo y oscuro.

—Lo siento.

La miré.

—¿Por qué?

—Por tener que irme así.

—No te vas sin más —le dije—. Te vas a ver a tu hija. Es la mejor excusa. —Tomé otro sorbo de café—. Y, en cualquier caso, esto es poco café para despedirse.

Se inclinó hacia mí y me besó. Cuando volvió a apartarse, sus ojos estaban fijos en los míos. Parecía que esperaba que me estremeciera.

—No me arrepiento de lo que hemos hecho —dije.

—¿Estás seguro?

Más agua corrió por su cara. Puso una mano en mi pierna, estudiándome, como si buscara signos de inseguridad.

—Derryn formó parte de mi vida durante quince años —dije, poniendo mi mano sobre la suya—. Fue la primera mujer a la que amé, lo único que me importó de verdad durante el tiempo que estuvimos juntos. Si me preguntas si al principio habrá momentos en los que me sienta un poco inseguro de mí mismo, o sienta que las cosas van demasiado deprisa, entonces sí, *habrá* momentos así. Pero, si me preguntas si me arrepiento de lo que hemos hecho, si me arrepiento de haber pasado la noche contigo, entonces no. No

me arrepiento. Me has esperado, me has apoyado y me has consolado. Has estado ahí para mí. No me arrepiento de nada.

Sus ojos brillaron un poco.

Llevé una mano a su cara, donde un reguero de agua se había abierto paso desde su oreja hasta su cuello.

—Como te dije ayer, no tienes que competir con ella.

—De acuerdo —dijo en voz baja.

—Siempre querré a Derryn —le confesé—. Una parte de mí siempre la amará, pase lo que pase.

Ella asintió.

—Pero... —Hice una pausa y la miré a los ojos—. Estoy cansado de sentirme solo. Estoy cansado de tener miedo de dejar ir. Estoy cansado de verla en fotos y sentir que la culpa me ahoga cuando pienso en seguir adelante. Me siento *culpable*, pero Derryn nunca me culpó. Ella nunca habría esperado que me pasara la vida intentando aferrarme a cada destello de un recuerdo reavivado por una foto suya. Ella no era así. Si ella hubiera podido ver cómo he estado durante casi dos años, sentado solo en esta casa, sintiendo terror por seguir adelante..., nunca me habría perdonado. Ella habría querido que diera el siguiente paso.

Pasé una mano por el pelo de Liz y luego me incliné hacia ella y la besé.

—Y eso es exactamente lo que voy a hacer...

Más tarde, mientras veía el coche de Liz desaparecer bajo la lluvia, pensé en lo que me había dicho. «*Intentas tapar agujeros en el mundo porque sabes lo que es perder a alguien, y crees que es tu trabajo evitar que nadie más sufra lo mismo*».

Había acertado.

Ella lo vio, incluso antes de que yo lo viera por mí mismo. Entendió que la razón por la que dejé que Derryn me convenciera de aceptar ese primer caso fue porque veía lo que le estaba pasando, veía venir el final y no quería que nadie más sufriera como yo. La pérdida. La

impotencia. Lo inevitable. Quería ayudar a las familias a dar un giro a sus vidas, a atravesar la oscuridad hacia la luz del otro lado.

Y luego, finalmente, traer a la gente que les importaba de vuelta de entre los muertos.

Nota del autor

Cualquiera que esté mínimamente familiarizado con la geografía londinense sabrá que me he tomado algunas libertades en *Las vías de la muerte*. Espero que los habitantes del este de Londres me perdonen por haber convertido su hogar en el coto de caza de un famoso asesino en serie victoriano y un cirujano plástico enloquecido. Evidentemente, el bosque y las fábricas que lo rodean no existen en realidad, aunque ambos están basados en lugares que he visitado en la ciudad y sus alrededores... y que me han dado un poco de miedo.

Agradecimientos

A veces tienes que admitir que has tenido suerte, y me siento muy afortunado por haber conseguido a Stefanie Bierwerth como editora; su amabilidad, apoyo, orientación y agudo poder editorial han reorientado constantemente el libro a medida que pasaba de un borrador a otro. Mi agente, Camilla Bolton, también tiene un ojo increíble para las historias y contribuyó decisivamente a dar forma al libro desde el primer momento en que llegó a su mesa. Se ha convertido en cinturón negro a la hora de calmar mis nervios, algo importante para los (muchos) momentos en los que empiezan a asaltarme las dudas. Sin estas dos maravillosas mujeres no habría libro.

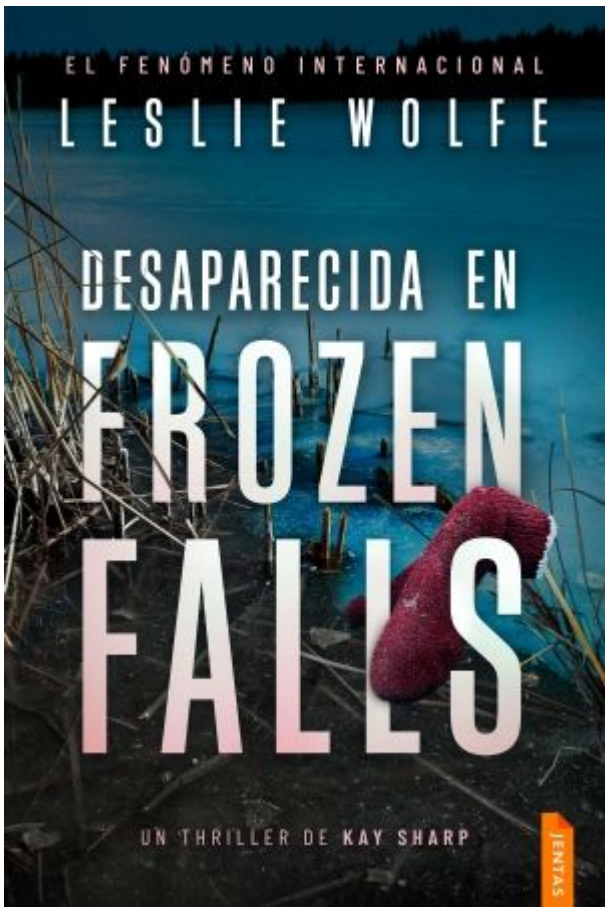
Un agradecimiento especial al brillante equipo de Penguin (que incluye, entre otros, a Tom, Jessica, Jennifer, Andrew, Shona y Caroline), que hace un trabajo increíble para que Raker llegue a las manos de la gente y que trabaja incansablemente en mi nombre. También a las mujeres de Darley Anderson, que han apoyado y promovido mis escritos desde el primer día.

Mike Hedges se mostró entusiasta y amable, me habló de sus años como uno de los policías más importantes del país y me ofreció ideas y detalles que he modificado y adaptado a los fines del libro. Cualquier error es de mi propia cosecha. Bruce Bennett también aportó algunas ideas intrigantes en las primeras fases de la novela, mientras que el cirujano plástico Rob Warr probablemente se horrorizará de cómo he retratado su profesión, aunque le advertí de que las cosas podrían torcerse un poco. Espero que me perdone.

Mi familia en el Reino Unido y Sudáfrica se ha portado de maravilla, yendo más allá del deber en su apoyo a mis historias. Gracias a todos. Y debo hacer una mención especial a mi madre y a mi padre. Este libro está dedicado a vosotros por una razón.

Por último, las dos chicas Weaver: Erin, que me despierta a las seis de la mañana después de haber estado escribiendo hasta la una; y Sharlé, que me deja dormir hasta tarde y nunca se queja

cuando Raker y yo desaparecemos durante meses. Sin vosotras dos, estaría perdido.


EL FENÓMENO INTERNACIONAL
LESLIE WOLFE
DESAPARECIDA EN
FROZEN
FALLS
UN THRILLER DE KAY SHARP
JENTAS

Desaparecida en Frozen Falls

Wolfe, Leslie
9788742813249
400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En un fresco día de otoño en la pequeña ciudad de Mount Chester, la detective **Kay Sharp** se encuentra cara a cara con el pasado del que lleva huyendo la última década. Su exmarido, **Brian**, ha sido acusado de matar a Rachel, la ex mejor amiga de Kay, la mujer con la que Brian le fue infiel y a quien dejó embarazada.

Dos días antes, Kay recibió un mensaje suplicante de **Rachel** diciendo: « Espero que me perdones. Sé que no tengo derecho, pero te necesito » . En el momento en que Kay le devolvió la llamada, ya era tarde: Rachel ya estaba muerta. ¿Podría Brian ser el asesino?

Verlo despierta en Kay un torrente de recuerdos dolorosos, pero, a pesar de su angustia, está dispuesta a arriesgar su carrera para demostrar su inocencia, enfrentándose a la presión de su equipo, que no quiere que trabaje en una investigación que le es tan cercana.

Cuando Kay visita a la madre de Rachel, descubre algo desgarrador que hace que el caso sea aún más crítico: la hija de ocho años de

Rachel, **Holly**, ha desaparecido.

Kay se enfrenta al caso más complejo y más personal de su carrera. ¿Podrá salvar a la pequeña Holly antes de que sea demasiado tarde? Y su determinación por descubrir la verdad, ¿la llevará a hacer justicia o será su perdición?

« **Es un thriller tan intrigante que me mantuvo despierta toda la noche iintentando terminar el libro!** Es una historia alucinante y me enganchó literalmente desde el primer capítulo hasta el final. ¡Estoy deseando saber qué va a pasar a continuación! De toda la serie de Kay Sharp, tengo que decir que este libro es uno de los mejores, no lo podía soltar » .

Tropical Girl Reads

« **Leslie realmente me enganchó y me sorprendió con esta historia**. El libro está lleno de acción y tensión de principio a fin. Se trata de una excelente novela policíaca que te atrapará al completo. Gracias, Leslie, por esta historia. **No puedo esperar a la próxima entrega de esta serie** » .

Star Crossed Reviews

« **Disfruto mucho con esta serie**… Historias excelentes de una escritora excepcional. Le doy cinco estrellas » .

B de Bookreview

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


AUTORA BESTSELLER DEL NEW YORK TIMES
LISA GARDNER
EL PRÓXIMO ACCIDENTE
UN ASESINO INTELIGENTE CON UN PLAN ESCALOFRIANTE.
SOLO HAY UNA FORMA DE DETENERLO ...
JENTAS

El próximo accidente

Gardner, Lisa
9788742813362
400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un asesino inteligente con un plan escalofriante. Solo hay una forma de detenerlo…

¿Qué hacer cuando un asesino ataca a las personas que más quieres, cuando sabe explotar sus vulnerabilidades, cuando sabe hacer lo mismo contigo?

Cuando su hija muere en lo que la policía califica como un accidente, al agente especial y perfilador del **FBI Pierce Quincy** le quedan demasiadas preguntas sin respuestas. Está seguro de que alguien la mató y está dispuesto a arriesgarlo todo para descubrir lo que ocurrió en realidad. Solo hay una persona dispuesta a ayudarlo: su amiga, la expolicía **Rainie Connor**. Quincy la ayudó en un momento oscuro de su vida y ahora es el momento de devolverle el favor.

Pero el que buscan es diferente a cualquier otro asesino con el que estos dos experimentados profesionales se hayan topado con anterioridad: se aprovecha de las mentes de sus víctimas y tiene un hambre insaciable de venganza… y de miedo.
La única forma en que pueden desenmascarar a este asesino

retorcido es que Rainie se interponga en su mortífera senda. Ella se convertirá en un asesinato a punto de ocurrir, será… *el próximo accidente*.

«**Una de los mejores escritoras de novelas de suspense en activo**».
Associated Press ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Justo cuando pensabas que Lisa Gardner no podía mejorar… lo hace**».
Lee Child ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Gardner nos tiene en ascuas hasta el desenlace**, manteniendo también la **tensión en todo momento**».
Los Angeles Times ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Un relato **cargado de suspense y giros** que fácilmente iguala lo mejor de **Sue Grafton** y **Kathy Reichs**».
The Providence Journal ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Desgarrador… Una danza de la muerte diabólicamente bien coreografiada**».
Booklist ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**¡El suspense es constante!**».
The Plain Dealer ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«El culpable es **brillante**. El desarrollo de los personajes es completamente **cautivador**. **Hacía mucho mucho tiempo que**

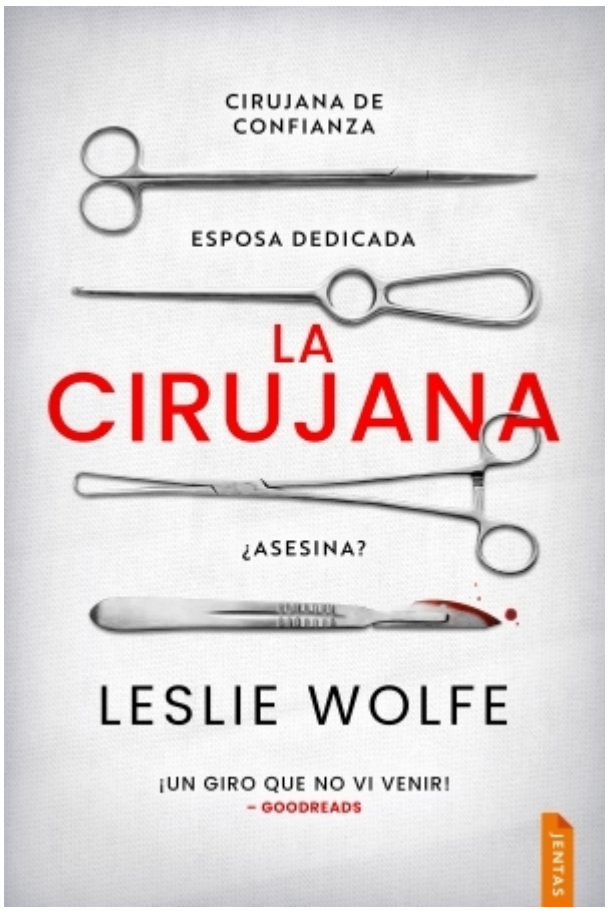
una novela de suspense no me emocionaba tanto».
Reseña en Goodreads ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**¡Este thriller psicológico es brillante! Lisa Gardner nunca decepciona** y esta no ha sido una excepción. **Tiene unos giros extremos y la revelación final me impactó…** Una gran lectura que no dudo en recomendar de forma encarecida».
Reseña en Goodreads ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Un thriller trepidante con personajes fuertes que hacen que te quedes en vilo toda la noche** leyendo "El próximo accidente"».
Reseña en Goodreads ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**¡FENOMENAL!** Este libro me mantuvo en ascuas en todo momento».
Reseña en Goodreads ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


CIRUJANA DE CONFIANZA
ESPOSA DEDICADA
LA CIRUJANA
¿ASESINA?
LESLIE WOLFE
¡UN GIRO QUE NO VI VENIR!
– GOODREADS
JENTAS

La cirujana

Wolfe, Leslie
9788742812631
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cirujana de confianza. Esposa dedicada. ¿Asesina?

Antes de que mi mundo se derrumbara, lo tenía todo. Una exitosa carrera. Una casa de ladrillo rojo preciosa, donde podía relajarme frente a la chimenea. Un apuesto y devoto marido cuyos ojos azules y sonrisa encantadora siempre me hicieron sentir segura.
Cuando digo la hora de la muerte, mi voz es firme. Mis compañeros permanecen en silencio a mi alrededor con los ojos fijos en mí, confundidos, preocupados.

Nunca he perdido a un paciente hasta hoy.

Mis manos tiemblan dentro de los guantes de látex. Me deslizo por las frías paredes de azulejos. Mi corazón se acelera en mi pecho.

Nunca he odiado a un paciente hasta hoy.

Pero ¿qué opción tenía después de haberlo reconocido?

¿Y qué haré para protegerme si alguien se entera de la verdad?

Un apasionante thriller psicológico que te pondrá el pelo de punta y te hará contener la respiración hasta el sorprendente giro final.

Opiniones sobre "La cirujana":

«**¡¡¡Guau!!!... ¡¡¡Un thriller psicológico que no podrás dejar**!!!... ¡¡**Te sorprenderá una y otra vez**!!... Absolutamente adictivo»**.** – *Ratón de biblioteca86* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

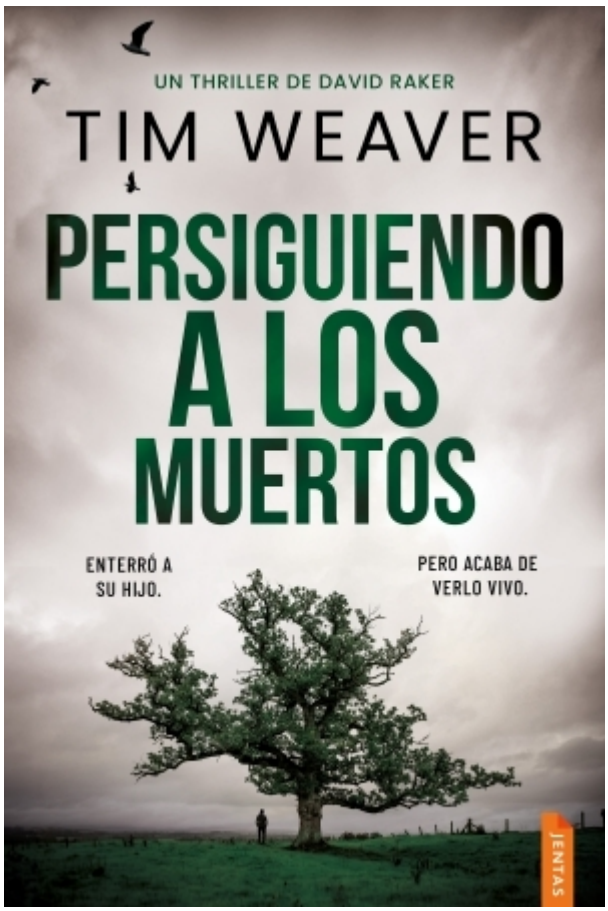
«**Me estaba aferrando a cada palabra**... **Suspense, intriga, acción, asesinato, misterio, traición y algunos giros inesperados**... ¡Definitivamente no te pierdas este libro!»**.** – *Reseña en NetGalley* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡¡¡**Nunca he leído un thriller tan fantástico en mi vida**!!! Estaba constantemente en suspenso, conteniendo la respiración y vigilando mi recuento de páginas porque no podía esperar a ver cómo terminaba el libro... ¡**Si pudiera, este libro tendría 10 estrellas**!»**.** – *Reseña en Goodreads* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Un thriller fascinante y de ritmo rápido... Te engancha desde el principio, llevándote en un viaje salvaje y retorcido... Pude leer este en unas 9 horas porque me negué a hacer nada más... ¡**Suspense increíble, absolutamente adictivo**!»**.** – *@rubie_reads*

«¡**Qué lectura más emocionante! Mi corazón está acelerado**… Me enganchó de principio a fin. Devoré "La cirujana" en menos de 2 días… ¡Absolutamente perfecto!». – Reseña en NetGalley «**No podía dejar de leer**… ¡Alucinante!». – *Reseña en Goodreads*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


UN THRILLER DE DAVID RAKER
TIM WEAVER
PERSIGUIENDO A LOS MUERTOS
ENTERRÓ A SU HIJO.
PERO ACABA DE VERLO VIVO.
JENTAS

Persiguiendo a los muertos

Weaver, Tim
9788742813324
450 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Enterró a su hijo.
Pero acaba de verlo vivo.

Hace un año, se encontró el cuerpo de Alex Towne.
Hace un mes, su madre lo vio en la calle.
Hace una semana, David Raker aceptó investigarlo.
Ahora, desearía no haberlo hecho.

El hijo de Mary Towne, Alex, desapareció hace seis años. Cinco años después, se encontró su cadáver calcinado en un accidente de coche. El investigador de personas desaparecidas David Raker cree que la mujer es incapaz de dejar marchar a su hijo, pero, atormentado por su propia pérdida, acepta a regañadientes reabrir el caso.

Gran error.

A medida que va indagando, descubre que en el pasado de Alex hay secretos que nunca debieron descubrirse y hombres oscuros y peligrosos dispuestos a matar para protegerlos.

Pronto, Raker se dará cuenta de que hay cosas mucho peores que la muerte…

«**Weaver ha creado otro thriller policíaco de primera**».
Daily Mail ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**No podía dejar de leer**».
The Sun ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Los libros de **Weaver** son cada vez mejores: **tensos, complejos, escritos con maestría y cuidado**».
Guardian ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«El lector aprende a la vez que se entretiene, se siente absorto e intrigado. **David Raker es un investigador de lo más complejo y cautivador, cada caso deja huella en su alma, y en la nuestra**».
Liz Nugent ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Fantástico**».
Sunday Times ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Una lectura oscura, enrevesada y visceral**».
Financial Times ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


MÁS DE TRES MILLONES EJEMPLARES VENDIDOS
Angela
MARSONS
GRITO DEL
SILENCIO
UN THRILLER DE
KIM STONE

Grito del silencio

Marsons, Angela
9788742812167
300 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ni siquiera los secretos más tenebrosos pueden permanecer enterrados para siempre

Cinco figuras se reúnen alrededor de una sepultura poco profunda. Se han turnado para excavar. La fosa de un adulto les habría tomado más tiempo. Una vida inocente ha caído en sus manos, pero han hecho un pacto. Sus secretos quedarán enterrados, sellados con sangre… Años más tarde, la directora de un colegio aparecerá brutalmente estrangulada, y ella será solo la primera de una serie de horribles asesinatos que conmoverán Black Country.

Después, cuando se descubren restos humanos en una antigua casa de asistencia, con ellos se desentierran, también, secretos inquietantes. La detective Kim Stone pronto se dará cuenta de que está a la caza de un individuo tortuoso cuya ola de homicidios se ha extendido por decenios. Se acumularán más muertes y Kim se verá forzada a detener al homicida antes de que vuelva a atacar. Pero, para atraparlo, ¿podrá confrontar los demonios de su propio pasado

antes de que sea demasiado tarde?

«**La inspectora detective Kim Stone es el personaje más cautivador** que ha llegado **desde que Val McDermid nos trajo a Tony Hill**.»
Mark Edwards ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Grito del silencio (el primer libro) es brillante. Juegos del mal (el segundo) es ¡excepcional!** Está claro que las calificaciones convencionales no sirven, puesto que no nos permiten acomodar libros de este calibre. Así que **doy un seis sobre cinco.**»
Little Bookness Lane ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Una vez más, Angela Marsons ha escrito una novela policíaca de cinco estrellas**. Me encantó Grito del silencio … Juegos del mal es, sin duda, tan buena como la primera, si no es que mejor, y **me encantaría calificarla con una puntuación superior a cinco sobre cinco.**»
Off the Shelf Book Reviews ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)